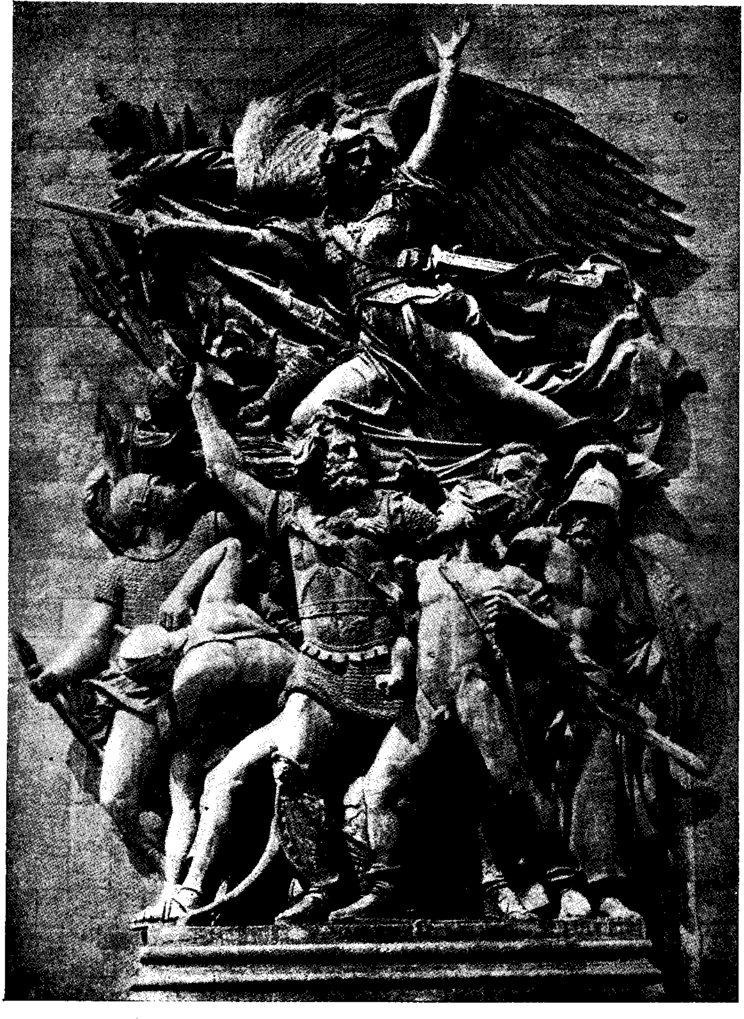


LÁM. I.—LA MARSELLESA, DE RUDE.

Ninguna imagen del espíritu que animaba a los iniciadores de la Revolución Francesa supera a la bellísima obra del escultor Francisco Rude (1784-1855), que figura en el Arco de la Estrella, en París, y es conocida con el nombre de *La Marsellesa de piedra.*

LA HISTORIA PARA TODOS

G. Lenotre

De la Academia Francesa

Historias íntimas de la Revolución Francesa

CON 63 ILUSTRACIONES

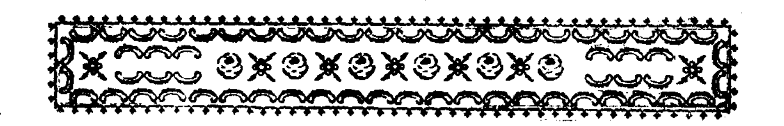


EDITORIAL PLUS · ULTRA

Don Ramón de la Cruz, 47

MADRID

TRADUCCIÓN DE
ANTONIO VILÁ Y LORENZO CONDE



Los pintores de Historia—tanto si usan pinceles, como pluma o escoplo—suelen ser grandilocuentes. Nunca los sucesos que narran, las escenas que representan o las figuras que esculpen parecen pertenecer al mundo cotidiano, ése en el cual transcurren nuestras vidas. Diríase, a juzgar por ellos, que la materia de que está hecha la Historia es algo sobrehumano y descomunal. Los lectores o espectadores se sienten transportados a un mundo que no es el suyo, desmedido y extraordinario, a unas épocas y entre unos hombres que en nada se asemejan a lo que diariamente vemos en torno nuestro. Este es el gran espejismo de las composiciones históricas. Inducen a creer que los acontecimientos formidables y deslumbradores que en ellas se representan, sólo pudieron ocurrir antes de que nosotros viniéramos al mundo, pues jamás nos ha sido dado asistir a hechos semejantes.

Leamos, por ejemplo, La Historia de los Girondinos, *de Lamartine, o la de la* Revolución Francesa, *de Michelet. Contemplemos el cuadro* Juramento del Juego de pelota, *de Couder, en el Museo de Versalles; o el de Pils, en el Louvre,* Rouget de l'Isle cantando por vez primera la Marsellesa en casa del alcalde de Estrasburgo, *o la* Llamada de las últimas víctimas del Terror, *de Muller; o el* Arresto de Carlota Corday, *de Dehodencq. Parémonos, una vez más, a admirar el grupo escultórico* La Marsellesa, *de Rude, en el Arco de la Estrella, de París, o veamos el bajorrelieve de Dalou,* Mirabeau en los Estados Generales. *En todos estos casos y otros incontables, la impresión es siempre la misma: figuras como ésas, escenas tan grandiosas, actitudes tan gallardas, gestos tan arrebatadores, palabras tan precisas y sublimes, o actos tan sobrehumanos, nosotros, pobres y vulgares mortales, no los hemos visto u oído ni en sueños, jamás. Por esto resulta tan agradable, tan voluptuoso, en cierto modo, leer libros de Historia, en invierno, al amor de la lumbre, bien encerrados en casa, mientras nieva o llueve. Es una delicia espeluznarse con las degollinas de la Revolución Francesa, mientras se espera la cena familiar o la dulce hora de conciliar el sueño.*

Este placer es puro efecto de óptica, teatralería. Los grandes acontecimientos históricos no se diferencian en nada de los hechos cotidianos, sino únicamente en eso: en que, además, son históricos. ¡Ah!

Pero el caso es que esa rara propiedad suya, la historicidad, *fué una propiedad póstuma, esto es, adquirida después de realizados. En el instante mismo en que esos hechos ocurrieron, no se diferenciaban en lo más mínimo de los que vemos ahora en torno nuestro. Muchísimos de sus contemporáneos no se dieron cuenta de la enorme importancia de tales sucesos, pues no se puso de relieve sino con el tiempo. Y a nosotros mismos, apasionados lectores de Historia, nos cuesta mucho ver la* historicidad *de los hechos presentes, de los que presenciamos con sólo salir a la calle. Cuando, dentro de doscientos años, los futuros lectores devoren los libros en que se narrarán los acontecimientos de nuestro tiempo, de seguro que no podrán menos de exclamar: «¡Qué época tan histórica!» Y les parecerá bellísima o, por lo menos, interesantísimo el haberla vivido. Pero los millones de víctimas de los cataclismos actuales no son de esta opinión. Tampoco lo serían los contemporáneos de la Revolución Francesa, si vieran el deleite con que hoy leemos los relatos sobre la época del Terror. Una cosa es imaginarse la Historia, y otra cosa vivirla.*

El mérito extraordinario de G. Lenotre consiste en haber reconstituído las admirables historias que narra, tal como fueron vividas. Nada hay en estos relatos, amenísimos y fieles, que, una vez leídos, es imposible olvidar; nada hay en ellos que recuerde la grandilocuencia corriente en las pinturas de carácter histórico. Ni gestos declamatorios, ni actitudes melodramáticas, ni frases compuestas, ni con-

juntos teatrales, de esos combinados adrede para arrancar el aplauso del espectador. Aquí la vida fluye normalmente, con toda naturalidad; los hombres, aun los más grandes o temibles, jamás dejan de ser hombres para disfrazarse de semidioses; los hechos, por fabulosas o extraordinarias que hayan sido sus consecuencias, se producen siempre de una manera simple y llana, como sale el sol cada día o después cierra la noche. La Historia, en una palabra, aquí no lo es aún; lo será después: aquí, en manos de Lenotre, es sólo vida todavía. Quien lee a Lenotre ve de una manera nueva y asequible, profundamente humana, lo mismo que, contado por otros, suele parecer cosa que sale de lo normal. Este originalísimo historiador rehace los hechos y los personajes, tal como fueron antes de que la Historia los transfigurase.

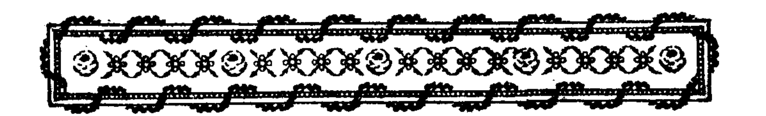
Las HISTORIAS ÍNTIMAS DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA, *que hoy ofrecemos al público de habla española, son un libro único, excepcional. Constituyen el complemento o pareja de las* HISTORIAS ÍNTIMAS DE VERSALLES, *anteriormente publicadas en esta misma colección de* LA HISTORIA PARA TODOS, *y que tanto éxito han alcanzado entre el público culto, al cual produjeron el efecto de una verdadera revelación. Así como en ellas la vida de la corte y el mundo versallescos eran evocados con magia irresistible y vistos desde un ángulo absolutamente inédito, aquí también la Revolución Francesa—ese vasto y complicado acontecimiento humano que abrió de par en par la era en que vivimos hoy nosotros, y del cual dependemos aún—se nos muestra bajo una apariencia casi diametralmente opuesta a la que de él se da en sus representaciones fastuosas. No se trata de una historia más, cronológica y sistemática. Las* HISTORIAS ÍNTIMAS DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA *nos hacen ver a ésta* por dentro, *mediante una serie magistral de escenas y retratos, en que los protagonistas no están aún revestidos de sus disfraces y afeites, como actores dispuestos a afrontar las candilejas de la Historia, sino en su humanidad pura y simple, tal como eran antes de que tuviesen conciencia de estar representando algo ante la posteridad.*

Es una historia de la Revolución Francesa vista entre bastidores. Estamos seguros de que el lector hallará en ella la misma incomparable amenidad que tanto celebró en las HISTORIAS ÍNTIMAS DE VERSALLES. *Leerá también éstas de un tirón, y le parecerán pocas.*



I

LA CASA MINADA



CUANDO se llevaba a los niños a jugar a los jardines de las Tullerías, en los primeros años del reinado de Luis XVI, se les vestía como para asistir a una ceremonia. Si, para hacer montones de arena o lanzar al aire el diábolo, se hubiese presentado a un chiquillo de seis años sin su vestido con faldones, pantalón, medias y escarpines, sin los cabellos ondulados, rizados y empolvados, sin la coleta sujeta con una vistosa cinta, sin el tricornio en la cabeza y sin encajes en la gorguera ni en los puños, se le hubiese considerado deshonrado.

Los primeros chiquillos que aparecieron liberados de esa etiqueta fueron los tres muchachitos del filósofo Girardin, amigo de J. J. Rousseau, los cuales llegaron, en efecto, un día a las Tullerías con vestido de marinero a la inglesa, sombrero

redondo, chaqueta sin faldones y pantalón. El abucheo fué general; pero no tardaron en acostumbrarse a aquel disfraz, y hasta algunos niños obtuvieron permiso para imitar a los Girardin. Este fué el verdadero principio de la Revolución.

El barón de Frénilly, que es quien nos ha informado de estos acontecimientos de su primera infancia, contaba entonces siete años; sus padres eran ricos de nacimiento y terriblemente *snobs*, tal como lo eran entonces toda la ciudad y toda la Corte. Cuando, por ejemplo, no había cumplido aún el niño los diez años, se le metió en la cabeza a su madre hacerle ver a Voltaire, que se encontraba entonces de paso en París, donde murió, como nadie ignora, de una «indigestión de gloria». El niño tenía malditas las ganas de acercarse al autor de *Mérope;* pero su mamá estimaba que esto era de *buen tono*, y deseaba que toda la vida de su hijo apareciera iluminada por este recuerdo, y pudiera decir a sus tataranietos: «*¡Yo he visto a Voltaire!*» Lo que aseguraba la gloria de todo el linaje.

El pequeño Frénilly sufrió un continuo sermoneo durante ocho días: su madre le enseñó machaconamente gran cantidad de versos o trozos escogidos, entresacados de la obra del patriarca de Ferney, de forma que pudiese responder con una cita a todas las preguntas que inevitablemente le haría el dios. «*¿Quién sois?*» Un verso. «*¿Qué es lo que deseáis?*» Otro verso. «*¿Qué queréis ser?*»

Una canción... Todo ello sacado de *Zaira*, del *Huérfano de la China* o de la *Henriade*. La idea no podía ser más halagadora.

Cuando el muchacho tuvo almacenados bastantes hemistiquios para replicar a cualquier imprevisto cuestionario, se le vistió con un traje de satén verde manzana, forrado de seda rosa, pantalón de la misma calidad, medias de seda y zapatos con hebillas, y se le puso espada al cinto, sombrero bajo el brazo y triple rizado de cabellos, y así se dejó aquella monada en el murallón de los Teatinos, que era donde vivía el gran hombre. Había estacionada allí, día y noche, multitud de personas, deseosas de distinguir, detrás de los cristales, el perfil del patriarca. El pequeño Frénilly, abriéndose paso con los codos, se deslizó hasta la puerta, se metió por una estrecha escalera que su madre le había descrito con todo detalle, y topó en el rellano con «una especie de ayuda de cámara», que le abrió, sin más ni más, una puertecita... Y se encontró frente a un esqueleto sepultado en un sillón y cubierto hasta los ojos con un gorro peludo. ¡Era *El!*

El niño, que había dado por descontadas varias horas de antecámara y solemnes pasos por innumerables salones, se quedó un tanto petrificado: de su pequeño cerebro se evaporó, de súbito, la lección aprendida. Una voz cavernosa silbó: «¡Oh, qué niño más hermoso! Acercaos, amiguito. ¿Cómo os llamáis?» El pequeño había aprendido diez ver-

sos, para responder a esta pregunta. «*Señor*—respondió—, *me llamo Frénilly.*» «¿Y quién es vuestro padre?» (Aquí correspondían seis versos, a elegir.) «*Señor, es recaudador general.*» El esqueleto hipó aún varias veces: «¡Oh, qué niño más hermoso!» Pero el niño ya no le escuchaba; su emoción había cambiado de causa: acababan de traer, para la comida del esqueleto, un enorme pastel de Saboya. Se ofreció al chiquillo un pedazo de pastel, y a poco salió de la estancia, caminando hacia atrás, con la boca llena. Una vez en la calle, se dirigió al puente Real, donde permanecía estacionado el coche de su madre. Esta estuvo a punto de desmayarse cuando se enteró del giro vulgar que había tomado la entrevista, tan laboriosamente preparada. La aventura, sin embargo, dió sus frutos: Frénilly se acordó durante toda su vida del pastel de Saboya cortado aquel día en su honor. Y hasta hubo un periódico que, dos días más tarde, contó «que un hermoso niño se había escapado de casa de sus padres, para ir a rendir homenaje al señor de Voltaire».

Las *Memorias* que ha dejado Frénilly abundan en anécdotas de ese género; pero lo más precioso que se encuentra en ellas son, según parece, unos resúmenes muy exactos sobre lo que era la educación, los «años de aprendizaje», de los jóvenes que en aquellos tiempos habían nacido para vivir entre la gente de alcurnia, jóvenes que, una vez convertidos en hombres, hubieron de sufrir los

formidables embates del huracán revolucionario.

¿Cómo se habían preparado esos jóvenes? ¿Qué se les enseñaba? Todo y nada. Frénilly vivió en un principio bajo la férula de un pedante de opereta, el señor Thiriot, especie de Don Quijote vestido de negro, con una peluca con picaportes, que cambiaba, durante las lecciones, por un bonete de papel blanco. El señor Thiriot inspiró a su discípulo el odio al solecismo y el horror al barbarismo. De las manos de Thiriot pasó a las de un pseudo abate, apodado Bréjole, a quien se había hecho venir expresamente de Alais para desempeñar esta misión. Alais gozaba entonces de muy buena reputación por la calidad de sus preceptores.

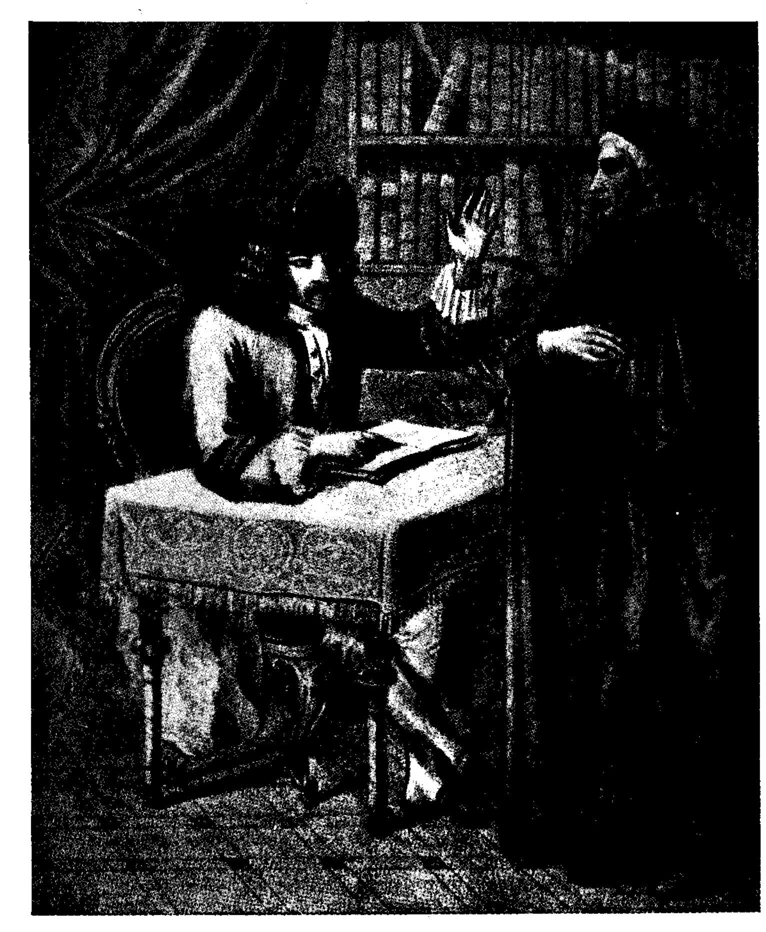
Bréjole era feo como un cuco, con las mejillas colgantes, a pesar de estar bastante flaco; era pequeño y encogido, con la tez color de aceituna, las manos en forma de espátulas y los dedos tan descomunalmente grandes, que, aunque conocía bien el piano y se pasaba el día tecleando, no había conseguido aún tocar menos de dos notas a la vez. Por lo demás, era hombre poco instruído, muy agudo, extravagante, agrio y quisquilloso. A pesar de ser completamente indiferente en materia de religión y no haber pasado su vocación más allá del seminario, le llamaban *señor abate.*

De buenas a primeras, Frénilly hizo grandes progresos en griego, hasta el punto de que, al cabo de pocos meses, pudo ya recitar a su tío Saint-

Waast, en el día de su santo, las *Nubes*, de Aristófanes, con su correspondiente traducción; pero el viejo gentilhombre, que no había oído hablar en su vida de Aristófanes, se descolgó diciendo que aquello era «una sarta de necedades, indigna incluso de ser recitada por los cocheros de punto de París». El griego fué abandonado y reemplazado por excursiones a El Havre y a Dieppe, por visitas a las manufacturas y por la obligada peregrinación a la tumba de J. J. Rousseau, en Ermenonville. Una vez allí, Bréjole y Frénilly, al visitar la célebre *isla de los Olmos*, encontraron a otro peregrino, de quien oyeron esta observación: «De buena gana compraría estos olmos, pero a condición de que no me dieran con ellos la tumba.» Quien se expresaba con tan sacrílega familiaridad era el rey Gustavo III de Suecia.

El joven Telémaco-Frénilly y su estrafalario mentor, continuando su viaje de estudios, volvieron a encontrarse con el rey de Suecia en Reims. Visitaba la ciudad a pie, vestido como simple turista; mas, para homenajearle, a pesar de su incógnito, la ciudad le hizo escoltar por guardias rurales. El vulgo, tomándole por un malhechor, se agolpaba a su paso, diciendo: «¡Mira, ahí va uno a quien van a azotar y marcar!»... Así se iba desvaneciendo, imperceptiblemente, el prestigio de la realeza.

Frénilly se estableció en Reims con su preceptor. El aprendizaje del joven gentilhombre conti-



LÁM. II.—CÓMO VEÍAN A VOLTAIRE SUS CONTEMPORÁNEOS.

Francisco Arouet, llamado *Voltaire* (1694-1778), fué uno de los más ilustres escritores franceses y el que ejerció una influencia más decisiva en el cambio de ideas que produjo la Revolución. En esta estampa de la época, el escritor aparece en su gabinete, ya en los últimos años de su vida, discutiendo con un padre jesuíta y vestido a la manera estrafalaria a que se refiere el capítulo *La casa minada*, de esta obra.



LÁM. III.—TREINTA Y TRES EXPRESIONES DE VOLTAIRE.

Un ágil dibujante francés, Hubert, contemporáneo de Voltaire, tomó del famoso escritor esta copiosa colección de croquis, hechos del natural, en que aparecen captadas diversas expresiones del más ilustre de los enciclopedistas, unas nobles, ridículas otras, y todas ellas correspondientes a sus años de ancianidad.

nuaba sobre la base de una mezcla de las teorías de Locke y de Rousseau. Bréjole dejaba que su discípulo le limpiara las botas y cepillara los vestidos, mientras él se dedicaba a disecar perros y soñaba con procurarse el cadáver de un ahorcado. Leían novelas y los *Instituta* de Justiniano, tragedias y chistes; herborizaban e iban a la caza de mariposas. Luego partieron para Suiza, con el propósito de visitar a Lavater y a Gessner, ver las nieves eternas y contemplar «sublimes horrores». Al fin, terminada de esta manera la educación, regresaron a París, donde los bailes de la Opera habían de completar la obra de Bréjole.

El viejo mundo estaba no sólo minado, sino incluso carcomido, hasta sus propios cimientos; únicamente resistía la fachada. Todos, sin embargo, habían renunciado a su apariencia protectora: los abates usaban casaca corta, y las mujeres llevaban vestidos de linón. Esto no era más que una revolución de muselina, pero no dejaba de tener su importancia. Todo el mundo se escandalizó cuando apareció el primer *pierrot* *; pero lo adoptaron todas las elegantes. Por su parte, los hombres habían conquistado el chaleco; cuando empezó a usarse hubo gran revuelo y se consideró como una indecencia, pero al cabo de tres meses todo el mundo lo llevaba. A continuación fué atacada la peluca:

* Corpiño femenino, con dos pequeños faldones levantados en la parte posterior.—(N. del T.)

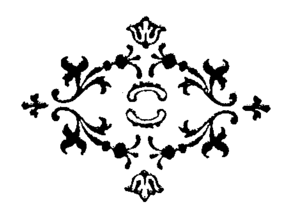
el primero que osó presentarse en un salón, con los cabellos cortos y sin empolvar, fué el señor de Valence, yerno de madame Genlís; su audacia produjo escalofríos, pero fué inmediatamente imitada.

Así se iban derrumbando sucesivamente todos los pequeños prejuicios y las tradiciones que dominaban en el atuendo y el decoro. Reinaba una gran indulgencia y un delicioso «dejar hacer»: sólo había severidad para el Rey y la Reina. Aquel mundo aristocrático no sabía hablar de Luis XVI, sin tratarle de «cerrajero» y de «cerdo». En esto, los elegantes se adelantaban a los descamisados. En cuanto a la *austríaca*, aquella misma sociedad que echaba todas las canas al aire, no le perdonaba que llevara *pierrots* de linón, ni que usara sombreros de paja, como las otras damas. El nombre de *mesalina* parecía poco, para estigmatizarla porque seguía las modas. Más adelante, cuando pasó por la calle de Saint-Honoré la carreta que llevaba al cadalso a la hija de María Teresa, las mujerzuelas que la esperaban haciendo calceta se limitaron a lanzarle al rostro los mismos apóstrofes que habían imaginado, cinco años antes, las marquesas.

Todo se iba desmoronando de la misma manera, y de ello se lamentaban todos, aunque sin afligirse demasiado, mientras paseaban por el bosque de Bolonia, que nunca se había visto tan concurrido como en aquel mes de agosto de 1792. El 9 de este mismo mes, Frénilly fué allí a pasear con

una linda prima suya; estrenaba un hermoso tílburi, que había diseñado él mismo y cuya construcción había estudiado y dirigido él también, costándole tres meses de rudo trabajo. Aquel mismo día por la noche, mientras cenaba alegremente, oyó tocar *la generala*, que fué acogida con gritos de júbilo...

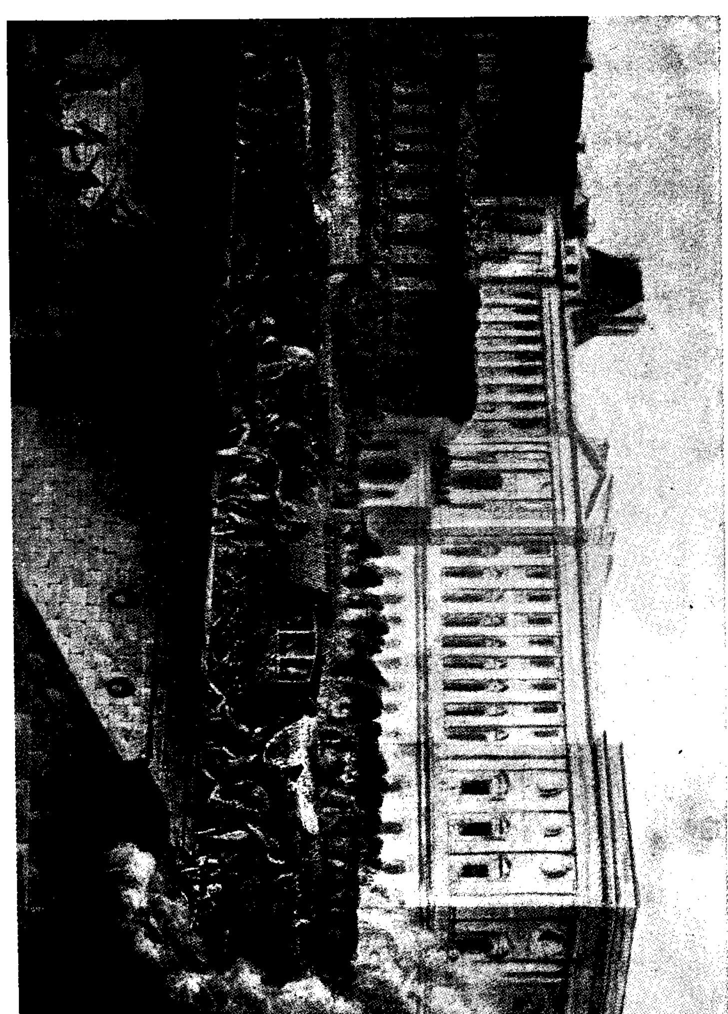
Veinticuatro horas después no quedaba nada de la vieja Francia: la casa, minada por los mismos que se encontraban tan bien en ella, acababa de derrumbarse.





LÁM. IV.—EL JURAMENTO DEL JUEGO DE PELOTA.

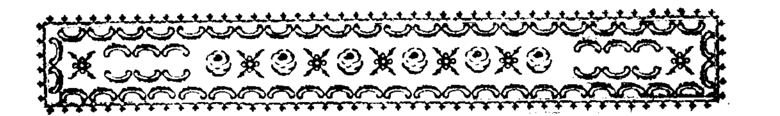
El 20 de junio de 1789, los diputados del estado llano o popular se juramentaron para no separarse hasta haber dado a Francia una Constitución. Habiéndoles negado Luis XVI el palacio de Versalles, para ese acto, lo realizaron en un trinquete de dicha ciudad. *(Famoso cuadro de David.)*



LÁM. V.—EL PUEBLO DE PARÍS OBLIGA A LOS REYES A REGRESAR AL LOUVRE.
El 17 de julio de 1789, tres días después de la toma de la Bastilla, el pueblo de París se dirigió a Versalles, donde residían los reyes, y les obligó a regresar a la capital. En este dibujo contemporáneo del hecho, y que se conserva en el Museo Carnavalet, la carroza donde van Luis XVI, María Antonieta y sus hijos, se abre paso penosamente ante el palacio del Louvre, a orillas del Sena.

II

UN PUEBLO ENTERO PARA UN SOLO HOMBRE



EL departamento de Seine-et-Oise—¿quién lo diría?—es un país lleno de rarezas. En él, en efecto, se ha señalado, recientemente, un municipio cuya población asciende a nueve habitantes, y que, en cambio, tiene dos nombres: *Tartre-Gaudran*, lo que es mucho para una aldea que cuenta tan sólo con cuatro electores. Sabido es, por otra parte, que en el mismo departamento se encuentra un pueblo cuyo nombre no puede pronunciarse, pues no contiene ninguna vocal: *Ws*, lo que es quizá una anomalía única en la superficie del globo. Y he aquí que ahora se ha descubierto también, en el mismo departamento, una localidad que durante mucho tiempo sólo tuvo un habitante.

Es, o mejor dicho era, en el siglo XVIII, la parroquia de Ormoy-en-Brie. No busquéis su nombre en los planos del Estado Mayor, ni tampoco en

los anuarios del departamento. Esta aglomeración—si así puede llamarse la aldehuela que habitaba un solo ciudadano—fué agregada, después de la Revolución, al municipio de Tigery.

La aldea de Ormoy-en-Brie se halla situada en uno de los extremos del bosque de Senart, no lejos de Lieusaint. Un historiador de la diócesis de París, el abate Lebeuf, la registra en 1757 como una de las más pequeñas del reino. A pesar de no contar con otra celebridad, sus orígenes databan de muy antiguo, pues se encuentra mencionada en textos de los siglos XII, XIII y XIV, bajo la forma de *Ormeia* o *Ulmeia*, lo cual sólo ofrece interés para los etimologistas. En 1709, si hay que dar fe al censo hecho en aquella época, la aldea comprendía *cuarenta fuegos* u hogares, y, de acuerdo con esta indicación, el número de sus habitantes se evaluaba en ciento veinte. Estas cifras subsistían en 1726. Pero, ¿qué pasó en Ormoy? ¿Qué mortífera epidemia se cebó sobre aquel tranquilo y saludable país? ¿Qué devastación o emigración en masa causaron la decadencia casi súbita de esa infortunada parroquia? No se sabe. El abate Lebeuf —y no escribía nada que no lo comprobara— afirma que a mediados del siglo XVIII, Ormoy sólo contaba, ya desde hacía muchos años, *un solo fuego*, que es la misma cifra modesta que señala igualmente la *estadística del reino* publicada en 1745.

Todo lo que se requiere para constituir una aldea en miniatura—un pequeño castillo, cuyo dueño,

el señor de Bretignères, lo tenía sin habitar; un pequeño cementerio, cuyas tumbas estaban bastante espaciadas; una iglesia minúscula, de cuatro o cinco siglos de antigüedad, con un solo altar y varias losas sepulcrales, la más antigua de las cuales databa de 1319—, allí estaba para dar testimonio del venerable pasado de Ormoy. No había casa parroquial: el cura, siempre ausente, tenía su residencia en el castillo; no había tampoco escuela ni, por consiguiente, maestro... Un solo hogar y un solo habitante.

Este Robinsón de la Isla de Francia era, en los tiempos de Luis XVI, el señor Pedro Mauchossé. Habíase elegido—por unanimidad, desde luego— síndico perpetuo de Ormoy, que equivale a decir alcalde, y todo hace creer que en esta elección no hubo lucha ni pucherazo; y, desde luego, el recuento de los votos no debió de dar lugar a muchas complicaciones ni producir demasiadas inquietudes al candidato. El título de síndico se le reconoce a Mauchossé en varios documentos oficiales. Además, en 1785, el geodesta Juan-Tomás Dupré, por orden del intendente de la Generalidad de París, se trasladó de Fontainebleau a Ormoy, para medir su territorio; y para ello se presentó en casa del síndico, quien se brindó para acompañarle en sus trabajos, pues Mauchossé no disponía de secretario ni de ayudante de ninguna clase. Y el acta da fe de ello: «...habiéndonos dirigido al citado Pedro Mauchossé, sín-

dico perpetuo de dicha parroquia, le requerimos, conforme a nuestra misión, para que nos diera las orientaciones necesarias al desempeño de nuestro cometido... El susodicho Mauchossé, que es el único habitante de la parroquia de Ormoy, nos ha acompañado inmediatamente.»

Sería interesante conocer el género de vida que llevaba este solitario. Sin duda, debía de tener conciencia de su importancia; era, según parece, ganadero y labrador; pero es probable que sus funciones de «primer magistrado» le absorbieran todos los ratos libres.

¿Cómo pasaba el tiempo? No iba a la taberna: esto era evidente. El tener al día los registros de nacimientos, bodas y fallecimientos no debía de ser para él tarea demasiado pesada; pues a menos que tomara mujer, para tener cuando menos una acta que redactar, no se adivina qué podría consignar en sus archivos. Tampoco podía los domingos jugar a los bolos, como lo hacían todos los campesinos de la antigua Francia, y el día de la fiesta mayor de Ormoy, si quería bailar al aire libre, tal como lo exigía una tradición diez veces secular, tendría que pedir refuerzos a las parroquias vecinas. Resulta difícil imaginarle, el día de la festividad de San Luis, disparando petardos para su propia y personal satisfacción, o poniendo lamparillas en su ventana, para ir por la noche *a ver las luminarias*. Y cuando llegara el carnaval, puede asegurarse que no se disfrazaría de payaso,

con la cara cubierta con un antifaz, para corretear por los alrededores de su casa... «La mejor cosa del mundo—decía Montaigne—es saber ser dueño de sí mismo.» Montaigne no conoció a Pedro Mauchossé, pues de lo contrario le habría declarado el más feliz de los mortales, ya que nadie pudo ser más dueño de sí mismo que ese solitario, síndico perpetuo de una población compuesta de él sólo, su propio administrador y administrado. Nadie pertenece con mejor derecho que él a la *pequeña Historia*, aunque haya disfrutado de los honores de un estudio que antaño le dedicó Cuard, el sabio y llorado archivero de Seine-et-Oise.

Resultaría seguramente inútil buscar en la vida de Pedro Mauchossé lo que se llama un «lance interesante», pues transcurrió sin obstáculos ni rivalidades y estuvo exenta de celos y recriminaciones. Nadie le envidió su cargo de síndico perpetuo, ni sus decisiones provocaron nunca ninguna objeción. No hay que creer, con todo, que la situación política estuviese exenta de preocupaciones. De ello pudo darse cuenta Mauchossé cuando, en víspera de la reunión de los Estados generales, se promulgó por toda Francia el decreto del 24 de enero de 1789, instituyendo la obligación de establecer para cada una de las parroquias del reino un sistema coherente de reparto de impuestos. En muchos sitios la cosa dió lugar a brutales disputas y agrias reclamaciones; pero en Ormoy todo transcurrió en calma; en parte alguna, quizá, se estable-

ció el reparto con tantas precauciones como allí, pues resulta evidente que Mauchossé no cargó la mano, sino que se mostró muy moderado en sus estimaciones.

Un poco más tarde, después de pegar en la fachada de su casa un cartel que le llegó de Corbeil, se *estacionó* Mauchossé delante de este anuncio, en el que leyó, enternecido, que Luis XVI se aprestaba a reunir los Estados generales y se dignaba autorizar a sus amados y fieles súbditos para que presentaran sus quejas y deseos. Pedro Mauchossé, en consecuencia, se convocó a sí mismo, y, después de haber discutido largamente, a solas, sobre las quejas que debía elevar al Rey, cortó con esmero la mejor de sus plumas y escribió:

Cuaderno de las quejas, reclamaciones y advertencias que presentan los habitantes de la parroquia de Ormoy-en-Brie a los Estados Generales del Reino, que se reunirán en Versalles el 27 de abril de 1789.

Mauchossé empieza por declarar honradamente en él, que la parroquia cuenta con un solo habitante, y a continuación expone sus quejas. Desde hace mucho tiempo guarda rencor a los habitantes del bosque vecino, porque le destrozan las hortalizas, y afirma sin reparos que las perdices y los faisanes arrancan el «meollo del trigo», y las liebres se lo comen y lo cortan hasta la raíz. Seguidamente trata de los animales dañinos, de todas clases;



LÁM. VI.—CAMILO DESMOULINS EN EL PALAIS ROYAL.

Rápidamente, la Revolución, que había comenzado con efusiones humanitaristas y abrazos fraternales, degeneró en lucha violenta. El 12 de julio de 1789, el periodista Camilo Desmoulins, subiéndose a una silla en los jardines del Palais Royal, dirigió a la concurrencia la primera arenga incendiaria.

LÁM. VII.—LA TOMA DE LA BASTILLA.

Este primer asalto sangriento de las turbas revolucionarias se realizó el 14 de julio de 1789. Lo notable y curioso de este grabado es que reproduce un croquis del acto, dibujado del natural por uno de los asaltantes de la Bastilla.

la montería real es causa de ruina, ya que no permite al labriego el hacer custodiar sus cosechas, durante la noche, por más de un perro, y le priva incluso de arrancar las malas hierbas; los monteros transitan a través de los campos, lo mismo a pie que a caballo, y las tierras de cultivo, «antes abundantes, disminuyen diariamente».

Y luego añade:

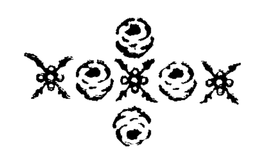
El único habitante de Ormoy, que sufre por ello más que cualquier otro, se cree con derecho a esperar que el Rey y los príncipes de sangre real, que sólo han cazado unas seis o siete veces durante doce años en este distrito, se dignarán suprimir esta capitanía de monteros y devolver a los propietarios y cultivadores la libertad de disfrutar de sus tierras de la manera que juzguen más conveniente: éste es el único medio de conseguir que vuelva a reinar la abundancia, y de procurar a los más pobres, trabajos y ocupaciones que les permitan subsistir, pues en estos desgraciados tiempos el pobre se aflige, y el que debería asistirle no se encuentra en condiciones de hacerlo.

Y firma esta animosa protesta con las palabras: MAUCHOSSÉ, *síndico.*

Con todo, cuando hubo terminado la redacción del cuaderno, le entró el temor de que sus quejas no llegarían jamás *hasta las gradas del trono.*

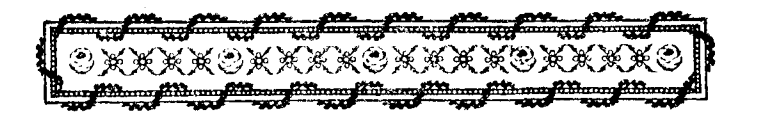
La ordenanza, en efecto, decía taxativamente que «el número de diputados elegidos por las parroquias del campo, para presentar sus reclamaciones, *sería de dos* por cada doscientos hogares o menos.» Así, pues, el caso de Mauchossé, que *no era más*

que uno, no había sido previsto por el Rey. Temerariamente, el animoso campesino violó el reglamento y, no pudiendo hacerlo mejor ni peor, se eligió a sí mismo como único diputado de Ormoy y llevó sus quejas a Corbeil. ¿Tuvieron alguna influencia decisiva sobre la marcha de la Revolución? Mauchossé pudo creerlo, pues fué quizá el único ciudadano cuyos deseos se cumplieron rápida y completamente. A consecuencia de acontecimientos demasiado conocidos, cuyo detalle sería aquí ocioso, la capitanía de monteros de Sénart, así como las monterías reales y muchas otras cosas, quedaron prontamente suprimidas, y, como poco tiempo después la aldea de Ormoy fué agregada a la parroquia de Tigery, puede afirmarse que la gestión administrativa de Pedro Mauchossé terminó triunfalmente.



III

«EL GRAN ESPANTO»



El 29 de julio de 1789, llegó, jadeante y sudoroso, a Saint-Céré, en el Lemosín, un vecino de Gamat, anunciando que se acercaba una pandilla de cuatro mil forajidos y que era preciso armarse y tocar a rebato; un poco más tarde, empezó a correr el rumor de que Brive, Tulle, Moissac, Argentat y Martel estaban ardiendo. Llenos de angustia, los habitantes de Saint-Céré tomaron las armas y esperaron; pero no se presentó nadie. Días después se enteraron de que habían sido víctimas de una broma pesada, ya que en el país entero reinaba la mayor tranquilidad.

El mismo día, en las campiñas del Artois, corrió súbitamente la noticia de que una escuadra inglesa había desembarcado en las costas; algunos, además, decían que los austríacos habían atravesado la frontera, o que gavillas de bandidos,

asesinos e incendiarios asolaban la región, «sembrando la muerte y el saqueo». Nadie había visto nada, pero todos se precipitaban aterrorizados, huyendo hacia las ciudades u ocultándose en los bosques.

Igualmente, el mismo día, el criado del cura de la Brulatte, en la diócesis del Mans, compareció a caballo, a las ocho de la noche, en el pueblo de Ruillé-le-Gravelais, gritando que mil quinientos forajidos, que acababan de salir de Anduillé, lo saqueaban todo a su paso, degollando a cuantos encontraban, y que se dirigían hacia Saint-Ouen-des-Toits. Una hora después, el recaudador de consumos, de la Gravelle, que había recibido el mismo aviso, salió en dirección de las fraguas de Saint-Brillet, con sus subordinados, reforzados por cien campesinos armados con hoces, horquillas y garrotes. «El pánico que se apoderó de los espíritus era tal, que la gente salió de sus casas para ir al azar sin saber adónde; el cura de Ruillé estuvo confesando aquel día, desde las cuatro de la tarde hasta las nueve de la noche, a multitud de personas alocadas por la idea de una muerte inminente...» Al día siguiente se supo que no había motivo alguno de alarma, y todos regresaron a sus casas.

Así, pues, casi a la misma hora, de un extremo a otro del reino, en Quercy, en la Picardía y en el Maine, se produjo el mismo hecho, en idénticas circunstancias. Y aquel pánico instantáneo, sin motivo ni razón, se registra en todas las localidades de Francia; el rumor de que *llegan* o de que ya *están aquí*. se abre paso en todas partes. ¿Quiénes? Nadie lo sabe, pero todos tienen miedo; el espanto aumenta a cada instante, alimentado y sobreexcitado hasta el paroxismo y la locura por misteriosos correos. Los hombres se apoderan de cuanto puede servirles de arma: fusiles viejos, sables, estacas, horquillas, hoces, palas, garrotes; las mujeres y los niños se esconden; se oculta bajo tierra cuanto se posee de más precioso; se abandonan casas, cosechas, muebles y ajuares... Durante unas horas, el pueblo de Francia no fué más que un rebaño que huía a la desbandada.

Algunos rasgos de este pánico son particularmente característicos: un tejedor de Laval, que escribía muy cuidadosamente su diario, anota que los habitantes de las aldeas y los campesinos, el día del «gran espanto», acudían, a campo traviesa, hacia la ciudad, por parroquias enteras, diciendo: «*¡Se encuentran* en tal sitio y saquean todas las casas!» *¿Quiénes?*, se les preguntaba. «Forman todo un ejército.» *¿En dónde está?* «La gente dice que muy cerca.» *¿Quiénes les han visto?* «No lo sabemos...» Las ciudades se llenaron muy pronto de fugitivos. Muchos se disponían a llevar socorro a aquellos cuyas granjas se decía que habían sido incendiadas. De modo que, cuando se corría en dirección de Craón, llegaba la noticia de que los hechos habían ocurrido en la carretera de Forcé; se retrocedía, pero inmediatamente se

anunciaba que no había que ir en aquella dirección, sino hacia la Huisserie. En realidad, no se sabía a dónde había que acudir. Toda la mañana transcurrió en carreras y sustos. Por la tarde, todos se reían...

En Neris, cerca de Montluçón, el día 30, a las dos de la madrugada, se oyen gritos de «¡A las armas! ¡Socorro! ¡Se nos abrasa!» Pasa un desalmado llevando un cartelón en el extremo de una horquilla, en el que se anuncia que la parroquia de Montluçón se encuentra abocada a la ruina y pide asistencia. El cura manda tocar a rebato, la gente se arma y se pone en marcha; pero, al llegar, los señores de Montluçón despiden con malos modos a aquella tropa, a la que no quieren tener que alimentar; no necesitan socorro ni nadie les amenaza. Los voluntarios regresan a Neris; pero, por la tarde, llegan tres caballeros desconocidos, que atraviesan el pueblo a todo galope y gritan que es a Limoges a donde hay que acudir, pues los bandidos lo están devastando...

Y lo mismo ocurre en el Lyonnais, en la Champaña, en Auvernia, en el Lemosín, en Saintonge, en la Vendée y en Sedán, en Guéret, en Tolosa y en Montaubán; pero en estas últimas localidades, como estamos en el Mediodía de Francia, no se trata ya, como en otras partes, de tres o cinco mil bandidos... Se anuncian «treinta mil»; ¡se han visto por enjambres! Hasta en las regiones más remotas, el espantoso rumor llega con la rapidez del eco; en

los bajos Alpes el pánico es extremo; en Tarantaise reina una loca agitación; las poblaciones bajan de las montañas; la pequeña ciudad de la Seyne, junto al Durance, es un hervidero. El marqués de Hugues se dirige a Tallard, con setecientos hombres, para defender el burgo contra el enemigo imaginario.

Como en aquel tiempo no existían telégrafos ni teléfonos, no se concibe cómo un movimiento pudo sacudir tan rápidamente a la nación entera. ¿De dónde partía la consigna? ¿Quién dió la señal? He aquí el misterio que importaría aclarar. Tarea difícil, pues la obra fué tenebrosa. En varias comarcas, las actas señalan el paso de emisarios desconocidos, que, después de sembrar el terror y de recomendar que se acudiera a las armas, desaparecían inmediatamente. En Thiviers, en el Périgord, llegó un caballero a medianoche, llamó a la puerta de un carpintero y le ordenó que confeccionara en seguida doscientas astas de pica; mas luego partió sin decir quién era ni dejar sus señas. Las astas se terminaron, y el municipio se hizo cargo de ellas. Estas órdenes secretas, emanadas de autoridades invisibles, han sido calificadas de leyendas; pero hay que reconocer que se encuentran sus huellas en todas las páginas de esta historia.

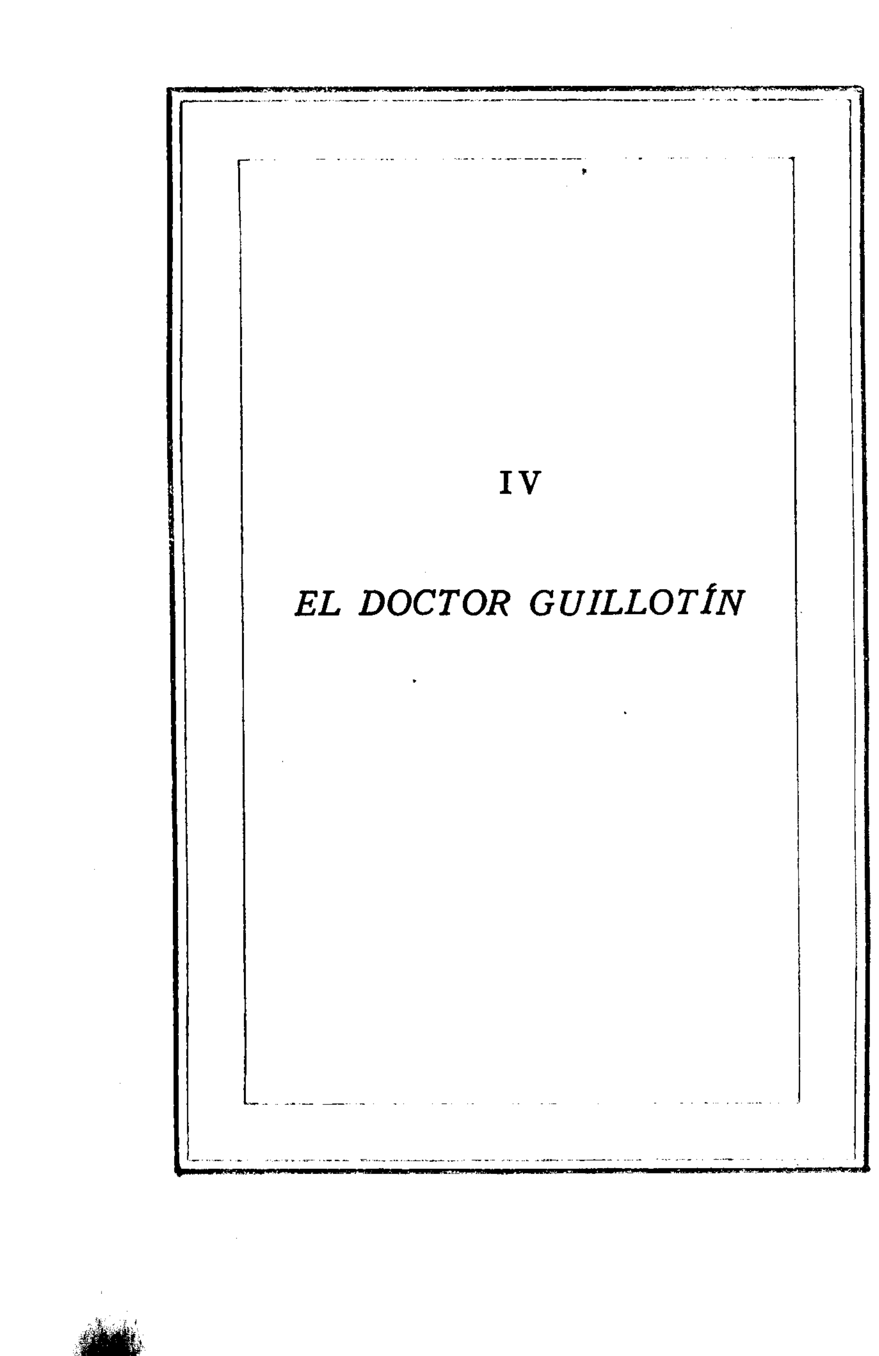
¿Con qué objeto y por quién fué organizado este vasto complot? Unos acusan al duque de Orleáns y otros a Mirabeau; pero, en general, todos

están de acuerdo en atribuírlo «a los jefes de la Revolución», expresión un poco vaga, desde luego. He aquí la tesis: París, que había sido «preparado» desde hacía mucho tiempo, el 14 de julio reaccionó conforme a las miras del partido revolucionario; mas la población rural, muy adicta a la Monarquía, parecía indiferente a los acontecimientos. ¿Cómo resolver el problema de galvanizar a aquella masa despreocupada, y, sobre todo, cómo armar instantáneamente, sin que el Gobierno pudiera impedirlo, a aquel pueblo cuyo concurso era indispensable? Los campesinos de Francia, en efecto, se encontraban sin armas ni municiones. Desde hacía varios años, a petición de la nobleza rural, se habían confiscado muchos fusiles, con el pretexto de perseguir a los cazadores furtivos, y la pólvora se había convertido en artículo raro. Así, pues, cuando se dió la voz de la presencia de los imaginarios forajidos, todos corrieron al castillo del señor vecino o a los arsenales de la ciudad más próxima, pidiendo armas a voz en grito. ¿Cómo negárselas, si era para ir contra los bandidos? En Limoges, por ejemplo, los voluntarios se estacionaron en los alrededores de la Intendencia; se vaciaron todos los almacenes de fusiles y pólvora, y allí, como en todas partes, alentados por las autoridades, los campesinos y los obreros se encontraron, en pocas horas, convertidos en soldados.

Anquetil, casi contemporáneo de los acontecimientos, escribe: «Nada más singular que el armamento de todo el reino en un solo día y casi en un instante. Mientras tronaba el cañón en la Bastilla, unos desalmados corrían por los caminos gritando «¡A las armas!» y anunciando la llegada de unos bandidos dispuestos a saquearlo todo; así invitaban a los ciudadanos a armarse, y ponían de este modo en pie de guerra, en toda Francia, a una milicia innumerable. La legitimidad de una defensa, que se creía necesaria, hizo que se enrolaran en esa milicia las gentes más honradas...» Y el historiador hace notar que, desde el comienzo de los disturbios que se produjeron en Francia, Pitt, el ministro inglés, había pedido al Parlamento la suma de 25 millones, que le fué concedida, «de cuyo empleo no estaba obligado a rendir cuentas...» Fondos secretos que se destinaban, quizá, a armar a Francia entera contra la realeza.

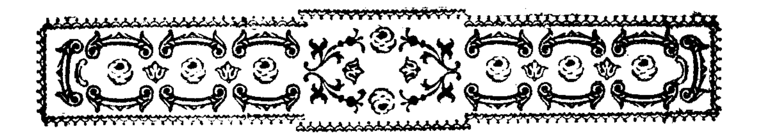
Tan extrañas y graves alegaciones requerirían mayores y más abundantes pruebas. Sin embargo, puede asegurarse que el «gran espanto» fué, en realidad, un experimento, realizado en gran escala, de movilización revolucionaria.





IV

EL DOCTOR GUILLOTÍN



LAS leyendas suelen tener larga vida. Entre las más resistentes figura la de Guillotín, inventor de la *máquina de decapitar* y, a la vez, primera víctima del instrumento de sus ensueños. En la tradición de que «pasó por su máquina antes que todos los demás», hay una de esas transmutaciones teatrales que completan una anécdota proporcionándole un desenlace irónico, para completa satisfacción de ese poderoso instinto de justicia rudimentaria y esa necesidad de desquite que yacen en el fondo del alma popular.

A decir verdad, no hubo jamás injusticia más descarada que la de bautizar con el nombre de Guillotín el mecanismo confiado a la ejecución de los criminales. Guillotín, que era un honrado y sabio médico nacido en Saintes y doctorado en Reims en 1768, inició su profesión en esa misma

ciudad y conquistó luego el grado de doctor-regente en la Facultad de París. Es de suponer que, en calidad de tal, ejercía con éxito la Medicina, pues en la época en que se convocaron los Estados generales fué elegido diputado. Pasaba entonces de los cincuenta.

No parece que hubiese compartido las ideas de los que se proponían trastornar el mundo y sentían prisa por derribar la antigua sociedad, para edificar una nueva a su gusto. En la medida en que es posible hurgar en la historia de una personalidad a quien no le gustaba que se hablara de ella, puede asegurarse que Guillotín era hombre sensato, laborioso y modesto. Sus mociones no tienen nada de revolucionario. La primera vez que hace uso de la palabra en los Estados generales, es para protestar contra la insalubridad de la sala y la defectuosa disposición de los bancos. «Cada uno—dice—se encuentra de tal manera aprisionado detrás de su vecino, que apenas le es posible respirar.» Y propone «que se pongan respaldos a las banquetas en que se sientan los diputados, para esas sesiones que duran de doce a catorce horas». Cuando llega el invierno, procura proporcionar una sana calefacción a sus colegas y hace instalar en el picadero de las Tullerías, donde se reúne la Asamblea, dos confortables estufas de vapor. Tan precavido higienista no era, ciertamente, un bebedor de sangre humana.

Mas su propia filantropía fué causa de su des-

dicha; su espíritu se sublevaba ante los horrores que abundan en la historia de los suplicios y castigos corporales. En la antigua legislación, cuando a un culpable se le condenaba a muerte, entregábasele al verdugo del lugar, el cual desempeñaba su misión como mejor podía, según sus propios recursos y habilidad. En París y en las grandes ciudades, donde los que desempeñaban el empleo sabían lo que se hacían, todo transcurría con cierta elegancia; pero en las aldeas, donde el ejecutor de la justicia era un simple aficionado o un vulgar «desollador de animales muertos», muy poco experimentado en decapitaciones, las cosas no podían ir peor.

En la vieja *Revue rétrospective*, de Taschereau, se describe una extraordinaria escena de ejecución capital, que tuvo por teatro una villa de Borgoña, en el siglo XVII. Se trataba de dar muerte a una muchacha de veintidós años, llamada Elena Gillet, convicta y confesa de infanticidio. El día de la ejecución, al mismo tiempo que la condenada, asistida por dos padres jesuítas y dos padres capuchinos, aparece en el cadalso, lo hace también el verdugo del lugar, quien solicita la indulgencia del público. Aunque ha confesado y comulgado por la mañana, para cobrar ánimos, está ahora tembloroso. Alegando que desde hace tres meses padece tercianas, ruega a los asistentes que le perdonen si no realiza su cometido con bastante acierto y diligencia. Vedle ahora de rodillas ante la con-

denada; se humilla, se retuerce los brazos, pide perdón a la desgraciada por el mal que va a hacerle e implora la bendición de los sacerdotes. Al fin, pone manos a la obra. Descarga un primer golpe, con tan poca pericia, que destroza la mandíbula de la paciente; el pueblo le abuchea, y lanza piedras al verdugo, quien, arrojando el arma, pide morir en lugar de su cliente. De pronto, aparece una mujer en el cadalso: es la esposa del verdugo, la «verduga», como todos la llaman; recoge la cuchilla y exhorta a su marido a que continúe. Éste consiente y descarga otro golpe, que derriba a la paciente rompiéndole un hombro. Nuevas protestas y nueva pedrea de guijarros. El verdugo baja precipitadamente del estrado y huye; su mujer le reemplaza; trata de rematar a puntapiés a la condenada; pero, como no lo consigue, le ata una cuerda al cuello y, tras arrojarla cadalso abajo, intenta cortarle la cabeza con unas tijeras. Los jesuítas y los capuchinos ponen pies en polvorosa, y la multitud arrebata a la mujer del verdugo su víctima, medio destrozada por las garras de la arpía. Ignoro si la víctima salvó la vida; lo único seguro es que el verdugo y su mujer murieron descuartizados por el populacho, al pie del cadalso.

En unos tiempos en que los legisladores se esforzaban en hacer la ley igual para todos, resultaba lógico que la Asamblea constituyente aplaudiera, como lo hizo el 10 de octubre de 1789, esta proposición del doctor Guillotín: «Los delitos del

mismo género serán castigados por el mismo género de pena, sean cuales fueren la condición y profesión de los culpables.» Seis semanas después, prosiguiendo en su idea, expresaba Guillotín la conveniencia de que «los condenados a la pena de muerte fuesen decapitados *por medio de un simple mecanismo*». La moción fué aplazada; pero, un año después, a propuesta de Lepeletier de Saint-Fargeau, se puso a votación y quedó incorporada al Código penal, así redactada, como es sabido: «A los condenados a muerte se les cortará la cabeza.»

Como puede verse, Guillotín no juega en todo esto un gran papel; toda su inmortalidad se basa en las palabras *un simple mecanismo*. Este mecanismo sencillo, que continuaba por inventar, divertía furiosamente a los desocupados. Aparte de que resultaba bastante cómico ver a un médico preocuparse, con tanta tenacidad, de la manera de dar muerte a la gente, la fracción realista de la Asamblea y los gacetilleros a sueldo de la Corte sólo disponían de un arma: el sarcasmo, del que usaban destempladamente, viniera o no al caso, en ocasiones, con mucha crueldad. Un Rivarol cualquiera bautizó con el nombre de *guillotina* a este mecanismo en estado de proyecto, ya célebre antes de que se realizara, y el vocablo tuvo un éxito prodigioso. La guillotina no existía todavía, pero su nombre era ya celebérrimo.

¿Intervino acaso el doctor en la confección o

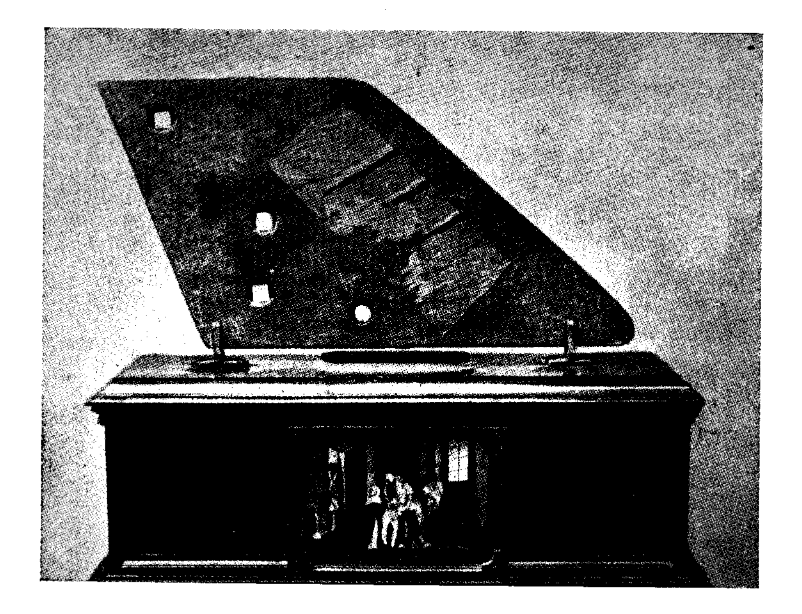
en el perfeccionamiento del mecanismo cuya idea había dado y del que era, por adelantado y para siempre, el indiscutible padrino? No hay ningún documento que lo confirme: al menos documento oficial. Para llevar a la práctica la construcción de la máquina, el Gobierno se dirigió, ante todo, al doctor Antonio Louis, cirujano de la Salpetrière. Éste redactó un informe en el que se esforzaba en recomendar un medio práctico, invariable, cuya fuerza y eficacia pudieran determinarse científicamente; estudió, además, un instrumento de que se servían hacía mucho tiempo los ingleses, el cual le pareció que reunía todas las condiciones deseadas. Se presentó entonces un alemán, constructor de clavicordios, que, interesado por el proyecto, se ofreció a construir la máquina para cortar cabezas; pero se juzgó preferible dirigirse antes al carpintero oficial, maese Guidón, el cual formuló un presupuesto que ascendía a la suma de 5.660 libras. Los obreros parisienses—alegaba Guidón, para justificar lo elevado del precio—no demostraban demasiado interés en poner las manos en las tablas del cadalso, y había que pagarles precios «exorbitantes». Por lo demás, aseguraba asimismo Guidón, la máquina resultaría perfecta y podría durar cincuenta años.

Con todo, como el precio de Guidón se consideraba demasiado elevado, volvieron a examinarse los ofrecimientos del constructor de clavicordios. Era un tal Tobías Schmidt, quien, por el precio



LÁM. VIII.—EL INVENTOR DE LA GUILLOTINA.

El doctor J. I. Guillotin, profesor de la Facultad de Medicina de París, a quien la tradición y la historia han colgado el sambenito de ser el inventor y constructor del siniestro aparato de segar cabezas humanas.



Prenez ipécacuanha en poudre, dix huit grains
partager entre deux doses égales
Paris 30 Xbre 1808
Guillotin

LÁM. IX.—DOS PIEZAS DE MUSEO EMOCIONANTES.

Arriba: la cuchilla de la guillotina que sirvió para decapitar a Luis XVI y a su esposa María Antonieta, en 1793.

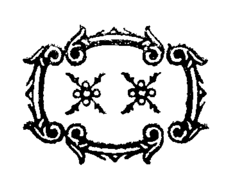
Abajo: una receta inofensiva del doctor Guillotin, el falso inventor del macabro aparato revolucionario.

de 824 libras, montó en una semana una máquina cabal, de la que se hicieron pruebas con tres cadáveres, en un patio de la Salpetrière. A la inauguración asistieron Guillotín y otros médicos: era un martes, 15 de abril de 1792. Diez días después, el aparato de Schmidt funcionaba ya en presencia de una inmensa multitud, en la plaza de la Grève: su primer cliente fué un ladrón llamado Jaime Pelletier.

Si a partir de aquel día se habló mucho de la guillotina, no se volvió, en cambio, a hablar más de Guillotín. Éste atravesó el Terror protegido quizá por la gloria de «su hija». Tenía establecido su gabinete de consulta en la esquina de las calles de Saint-Honoré y de la Sourdière. Allí siguió viviendo mientras duró el primer Imperio, y tenía una buena clientela, según parece. Era hombre amable, reservado y fino, y hablaba poco de su pasado; varios cronistas aseguran que estaba inconsolable por lo que él llamaba «la mancha involuntaria de su vida». Su venerable rostro, que llevaba el sello de una profunda tristeza, y sus cabellos completamente blancos, «testimoniaban cuánto había sufrido».

Murió de un ántrax en el hombro izquierdo, el 26 de marzo de 1814. En cuanto a Tobías Schmidt, constructor de clavicordios y guillotinas, tuvo una vida más accidentada. Después de haber ganado una fortuna «en las empresas de construcción que se le habían encargado», se empeñó en

ser, en sus últimos años, un viejo verde. A fines de 1800, en el salón de la señora Grassinia, le presentaron a la bailarina Chameroi, protegida oficialmente por Eugenio de Beauharnias, de la que se enamoró locamente. En manos de esta «hermosa impura», como decían entonces, se disiparon las sumas—considerables, según se asegura—que el constructor de clavicordios alemán había reunido sirviendo guillotinas a todos los departamentos de la República.



V

CARTAS DE ARISTÓCRATAS



La historia más viva y verídica, la más pintoresca y elocuente de todas, es, sin duda alguna, la que se escribe tan inconscientemente como *Monsieur Jourdain* * hablaba en prosa. En ella no se necesita ser muy perspicaz, ni interrogar a los diplomáticos, ni ser ducho en estrategia, ni perder la vista consultando textos. La vieja fórmula: «Yo estaba allí y me sucedió tal cosa», es la mejor de todas. Un erudito archivero ha introducido una gran novedad en esta materia. Se ha aplicado a buscar, en las carpetas de los depósitos judiciales, en los legajos del tribunal revolucionario y en los papeles de la policía, las cartas interceptadas en la posta o embargadas en los registros domiciliarios, durante el período de la Revolución.

* Alusión al famoso personaje de Molière, que, en su comedia *El burgués gentilhombre*, se pasma al enterarse de que hacía largos años que «hablaba en prosa».—(N. del T.)

Muchas de esas cartas, escritas por oficiales, proscritos y emigrados, o por condenados, en la hora de la muerte, no llegaron nunca a su destino. ¡Cuántas inquietudes y angustias suponen esas páginas secuestradas! Ahí se ve el caso de los ancianos padres que, habiéndoseles marchado un hijo a la guerra, se lamentan a cada correo de carecer de noticias suyas; el del esposo que, detenido una noche, llevado a París y condenado a muerte en el cadalso, indujo a que se dijera de él, durante años arrasados de lágrimas: «¡No ha pensado ni en mandarnos unas palabras de despedida!»; el de la amiga de quien se pudo decir: «¡Me ha olvidado!...» Y, sin embargo, toda esa pobre gente había escrito; pero sus cartas fueron interceptadas por el camino, robadas, violadas... Y ahí están.

¡Ah, qué pródigos de largas epístolas eran nuestros padres! En nada se parecen sus cartas a nuestras esquelas, escritas apresuradamente y en estilo telegráfico: *De acuerdo; adiós*. En aquel tiempo, el tradicional *Imposible, lo siento mucho*, se traducía en cuatro páginas de excusas razonadas. Como el que recibía una carta tenía que pagar quince sueldos, el que la escribía procuraba contar cosas que valiesen la pena. He aquí por qué estos documentos son tan ricos en detalles preciosos, confidencias y relatos de aventuras; podría sacarse de ellos una historia completa de la Revolución vista desde la calle, desde muy cerca, en el mismo instante en que se producían los sucesos. «El interés

de las cosas humanas—decía Lamartine—no estriba en la grandeza de los acaecimientos, sino en la emoción del alma en que esos acontecimientos resuenan.»

¿Qué frescos podrían compararse con los croquis que encontramos en estas cartas, tomados del natural y esbozados sin arte, pero con tanta veracidad? Entrevemos en ellos a la Reina, el 6 de octubre, saltando de la cama, poniéndose una falda y huyendo por una puerta excusada. Vedla aún, el mismo día por la tarde, detrás de los cristales de la carroza que escolta el pueblo: lleva «una cofia y una manteleta negras; va sin colorete; ha perdido la mirada inmóvil y el aire altivo que siempre la distinguían». Al penetrar en el palacio de las Tullerías, que va a servirle de prisión, se vuelve hacia La Fayette. «*Señor*—le dice—, *le estoy muy obligada por haberme acompañado sin...*» No he podido oír más (añade el conde de Seneffe, que garrapatea este relato), y me hubiera gustado poder seguirla dos pasos más.» La vuelve a ver siguiendo la procesión del Corpus en 1790: «Nos hemos concertado para gritar en nuestra esquina *¡Viva la Reina!;* hacía mucho tiempo que no tenía ella esta satisfacción. Iba vestida modestamente; llevaba una cofia de mujer de edad.» En la fiesta de la federación del Campo de Marte, María Antonieta no deja un sólo instante su anteojo, con cuya ayuda sigue todas las fases de la ceremonia. En marzo de 1791, encontrándose el Rey

enfermo, «afecta comer sola en público, y mira a todo el mundo muy tranquilamente». Cuando el regreso de Varennes, apenas se la distingue en el interior de la berlina, «con la cabeza baja casi hasta las rodillas, para no ver nada». El 20 de junio de 1792, cuando la invasión del palacio, «los amotinados la buscan hurgando con las picas bajo las camas y entre los colchones; ella huye de puerta en puerta», y cuando han dejado, al fin, libre el palacio y vuelve a encontrarse con el Rey, su hermana y sus hijos, «se ponen todos a llorar».

El Rey es, por su parte, más flemático y se amolda mejor a las circunstancias; mientras el pueblo vencedor le lleva de Versalles a París, Luis XVI «está radiante». Cuando su visita al Ayuntamiento, al bajar de la carroza, los oficiales burgueses le sostienen por los sobacos; tiene mucho calor. No responde una sola palabra a Bailly, que le dirige escogidas frases, pero parece profundamente emocionado; unas lágrimas se deslizan por sus gruesas mejillas; «muestra, sin embargo, cara de satisfacción». Cuando, en abril de 1791, el populacho se aglomera en el patio de las Tullerías, oponiéndose a que se marche a Saint-Cloud, gritando «*¡Que no se vaya! ¡Que no se vaya!*», aparece el Rey con aire bonachón y dice: «¡Señores, señores, basta de ruido! ¡Calma! ¡Bien: no me marcharé!», y a continuación se retira. Idéntica docilidad mostró en una revista de la guardia nacional que se celebró en los Campos

Elíseos: vestía «frac marrón y medias grises, como un hortera de la calle de Saint-Denis»; se presentó a las diez en punto y hasta las once esperó a la milicia parisiense, que se había retrasado. Entretanto, «no manifestó la menor impaciencia, aunque no cesaba de llover, ni aun a pesar de haber venido a pie de las Tullerías, a donde regresó lleno de barro».

El 12 de diciembre, al comparecer ante la Convención, Luis XVI no demuestra tampoco emoción alguna. Un magistrado de Grenoble, el señor Bernard, que, para verle, se estuvo veintinueve horas sin moverse en una tribuna «llena hasta el techo», escribe a su mujer que «el Rey entró en la sala a las dos y media de la tarde; vestía una especie de gabán color de piel, con grandes solapas; iba peinado con sencillez, los cabellos de atrás sujetos y rizados en su extremo, y llevaba la cara recién afeitada. Desde hacía un cuarto de hora reinaba en la asamblea y en las tribunas un profundo silencio, cuyo espanto iba en aumento a medida que se prolongaba. Todo el mundo permanecía cubierto. El Rey, al entrar, se quedó de pie junto al pretorio, sosteniendo con ambas manos el sombrero. Sin saludar, miró al presidente (Barère), quien pronunció sus primeras palabras en voz tan baja, que se vió obligado a repetirlas. Se produjeron entonces algunos murmullos en la asamblea, durante los cuales el Rey se volvió a derecha e izquierda, con mucha vivacidad,

para mirar a todos los miembros. Miró también varias veces hacia el techo, donde estaban colgadas las banderas de los guardias palatinos, conquistadas por el pueblo el 10 de agosto. Habiéndole invitado el presidente a sentarse, se sentó... De vez en cuando se pasaba la mano por debajo del mentón, o por la frente, como para apartar los cabellos.»

Bernard no asistió al desenlace; pero el día 21 de enero de 1793, fecha en que fué guillotinado el Rey, al salir de su casa el magistrado, vió a «un hombre que recorría las calles con las mejillas teñidas de sangre, con el mismo cuidado con que las mujeres se ponen colorete cuando quieren acicalarse. Su corbata blanca estaba también llena de sangre, y se lo hacía observar a los transeúntes, que retrocedían asqueados...»

No hay, sin embargo, páginas encendidas en esas «cartas de aristócratas»; algunos de ellos toman, incluso, las cosas con paciencia. Sólo se muestran de acuerdo en un punto: en que París se convierte en una ciudad aburrida. «Impera el gorro de dormir—escribe uno—. No hay bailes, nadie sale de casa: se ha decidido incluso que no habrá concierto.» «París se parece a una ciudad de provincias—cuenta otro que ha venido para divertirse—, sólo se ven algunos coches de punto, patrullas por las calles, y ninguna cara conocida. No hay medio de ir al teatro, a menos que se quiera tomarlo por una iglesia, pues al final de la representación, según dicen, hay que ponerse

de rodillas, tanto en la platea como en los palcos, para entonar a coro el himno de la libertad, que se canta con voz de falsete.» «He asistido a una comida muy triste—gime otro en octubre de 1792—; en compañía de algunos diputados jacobinos, varios primeros comisarios de guerra y mujeres de emigrados. Hazte cargo de cómo podía compaginarse todo esto... Todos comían de mala gana, lo cual aumentaba el hambre. Ayer cené en casa de Beaujour, y me senté junto a un iluminado que había vaticinado al difunto Rey y a la princesa de Lamballe todo lo que ha sucedido después. Me dijo que fué el último que se salvó de las carnicerías de la Force, y que está convencido de que le van a ahorcar de un momento a otro. Estoy cansado de tropezarme con gente así, y, si hoy, a la hora de cenar, me encuentro con un guillotinado o un azotado, voy a tener que condenarme a comer solo en mi habitación.»

Aunque son raros los que conservan el buen humor, no falta tampoco ese tipo en la galería. He aquí uno que parece amoldarse a las circunstancias, aun no siendo más que un joven de diecinueve años. Viene en el carruaje público, de Besançon a París, en julio de 1791. Tiene por compañeros de viaje a un compatriota, el señor Loise, un caballero anciano de Dijón, una camarera, un cadete de caballería, el señor Pourrot, un ex gentilhombre y un criado. Toda esta gente fraterniza agradablemente:

«...Me he comprado una sillita de madera —escribe—y me he metido en el carruaje, como todo el mundo, a instancias de esos señores... Hemos comido siempre juntos. En el relevo de Auxonne, el señor Loise ha mandado traer una trucha de doce libras y nos la ha regalado. En Troyes, el señor anciano de Dijón ha pagado el champaña de la comida y ha hecho poner unas botellas en el carruaje. El señor Pourrot nos ha obsequiado con un almuerzo en el coche, que ha ido a buscar él mismo a la posada. El criado, o lo que sea, pues ignoro lo que es exactamente, nos ha invitado a merendar, también en el carruaje; de manera que hemos viajado como unos príncipes. Al fin yo, cerca ya de París, he comprado dos pollos y unos pasteles, con los que he obsequiado, a mi vez, a mis compañeros. Como quedaba todavía vino, la cosa me ha salido más barata que a los demás. Las posadas cobran muy caro; gastábamos cada día de cuarenta y cinco a cincuenta sueldos por comida, más tres sueldos para las sirvientas... Hemos cantado y reído mucho, y hemos llegado bastante molidos.»

He aquí otro, un obrero bonachón que, el 6 de octubre de 1789, al ver el palacio de Versalles sitiado por los parisienses, se abre paso entre la multitud y llega hasta los guardias de corps formados en el patio, y, dirigiéndose a uno de ellos, el señor de Beauvilliers, le dice, sencillamente:

—Déjeme pasar, señor guardia.

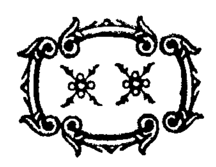
—Es imposible. ¿Para qué quieres pasar? Vamos a ver.

—Para hablar al Rey.

—¿Qué le quieres?

—Queremos que presente a las buenas la dimisión, y así todo habrá terminado.

No se sabe, ni se sabrá nunca, cómo se llamaba este hombre genial, a quien la forma con que se le cerró el paso le quitó quizá las ganas de propagar su idea. ¡Qué lástima! ¡Cuántas catástrofes se hubieran evitado, de haberse aceptado su proposición!



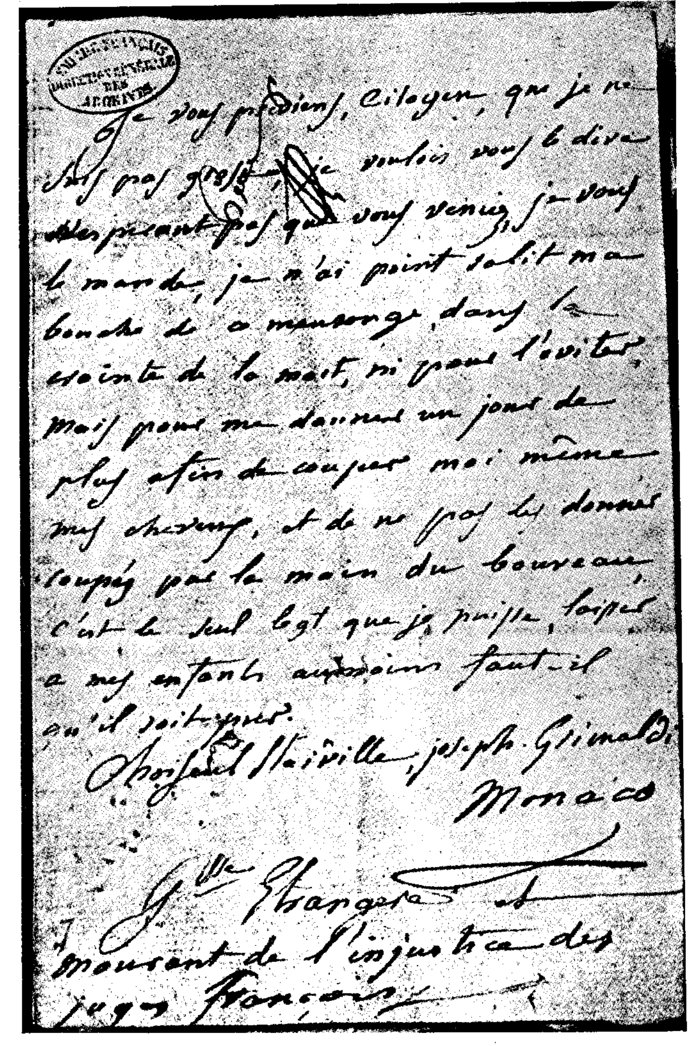
VI

LA METAMORFOSIS DEL PADRE EUGENIO



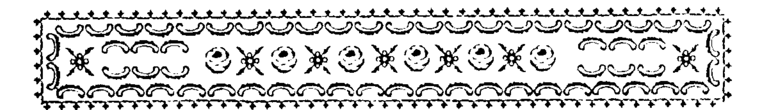
LÁM. X.—LA ÚLTIMA VÍCTIMA DEL TERROR.

La princesa de Mónaco fué la última y la más enternecedora de las mujeres nobles sacrificadas a la Revolución. Fingióse embarazada, al sólo objeto de tener tiempo de cortarse las trenzas por sus propias manos y enviarlas, como recuerdo, a sus hijos; hecho lo cual, ella misma escribió al terrible Fouquier-Tinville, denunciándole la conmovedora superchería. Fué ejecutada el mismo día de la caída de Robespierre, el 9 Termidor.


Je vous préviens, citoyen, que je ne
suis pas grosse, je voulois vous le dire
n'espérant pas que vous veniez, je vous
le mande, je n'ai point salit ma
bouche de ce mensonge dans la
crainte de la mort, ni pour l'éviter,
mais pour me donner un jour de
plus afin de couper moi même
mes cheveux, et de ne pas les donner
coupés par la main du bourreau,
c'est le seul legs que je puisse laisser
a mes enfants au moins faut-il
qu'il soit pur.
Choiseul Stainville, joseph Grimaldi
Monaco
Gre étrangère et
mourant de l'injustice des
juges François

LÁM. XI.—LA CARTA DE LA PRINCESA DE MÓNACO.

«Os prevengo, ciudadano—escribió la princesa a Fouquier-Tinville—que no estoy embarazada... Si manché mis labios con semejante mentira, no fué por miedo a la muerte, ni por evitarla, sino para ganar un día más y tener tiempo de cortarme yo misma la cabellera y no dejarla en manos del verdugo. Como es el único legado que puedo dejar a mis hijos, que al menos sea puro.»



SE llamaba Juan María Desmurs. Como todos los chiquillos campesinos de antaño, a quienes el señor cura diagnosticaba inteligencia despierta y cuerpo robusto, fué en un principio monaguillo de la parroquia de Montcenís, en donde había nacido. Montcenís era una aldehuela encaramada en un espolón de las montañas del Charolais, uno de esos nidos feudales de Francia, apiñados al pie de un castillo-fortaleza que, a mediados del siglo XVIII, conservaban todavía el aspecto bravío y las costumbres de los viejos tiempos.

En 1766, a los dieciséis años, Juan María se había convertido en «frailecillo», probablemente del convento de los capuchinos de Dijón; pero no como profeso, según prueba el resto de la historia, sino como novicio, agregado sin duda a algún hermano limosnero o predicador que recorría

la comarca, poblada de abadías, cuya espléndida metrópoli era Cluny, pero que iban desde la Cartuja de Apponay hasta Paray-le-Monial, y de los mínimos de la Guiche, a los hermanos blancos de Semur-en-Brionnais. En el transcurso de una de esas piadosas colectas, el novicio dió de manos a boca con uno de aquellos tratantes que «reclutaban» carne humana para el Rey: antiguos soldados por lo general, parlanchines y joviales, que hacían brillar en presencia de los cándidos el espejuelo de una existencia llena de aventuras y de orgías galantes. Para deslumbrar a los campesinos, se paseaban por las aldeas con una pluma en el sombrero y una ristra de gansos cebados y envueltos en cintas; arrastraban a los indecisos a la taberna, encargaban una comida copiosa, ofrecían «un luis por cada pulgada que se pasara de los cinco pies» de estatura—era un precio tipo—, y así arrancaban la firma de aquellos robustos mocetones, que no habían probado en su vida tan buena comida ni visto juntas tantas monedas de oro.

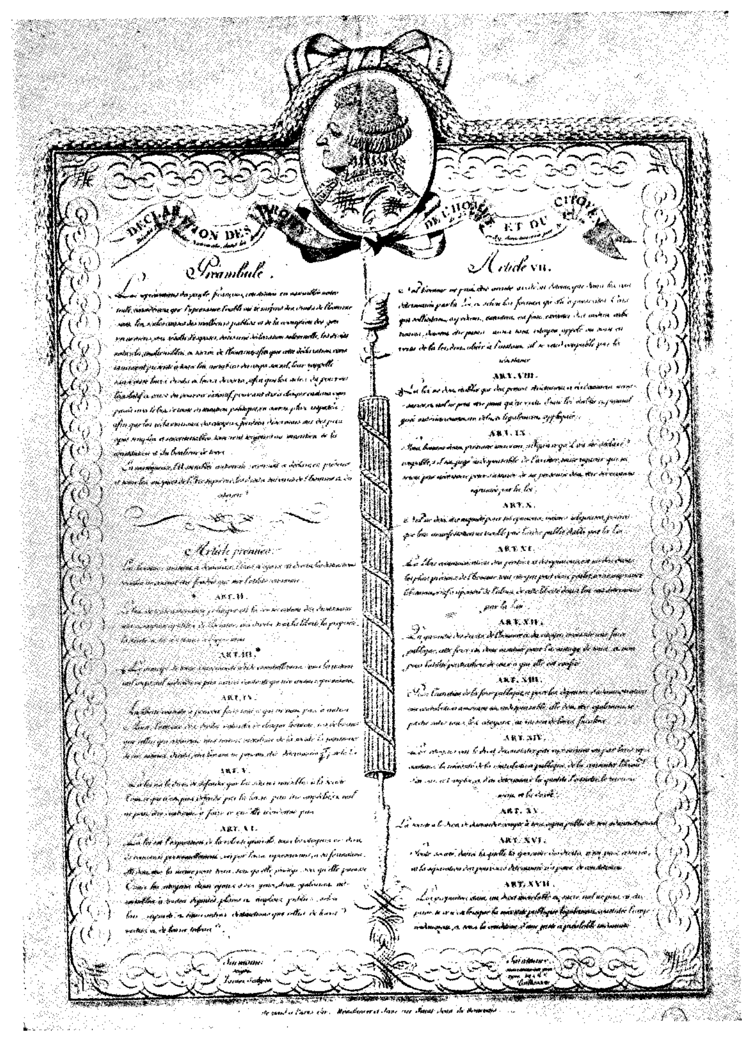
Así se reclutaban los ejércitos de Francia, y de esta forma desertó Juan María del convento, cambiando los hábitos por la casaca de largos faldones, del servicio real. Y helo aquí arrastrando sus polainas por los caminos y llevando la azarosa existencia de pobre diablo, propia de los soldados del antiguo régimen, tipos pintorescos todos ellos, que hizo desaparecer la Revolución, pendencieros e insolentes, especie de parias del ejército, sin otro nombre que un apodo—*Francoeur*, *Giroflée*, *La Rancune*—, bajo el cual disimulaban, al igual que los lacayos, su perdida personalidad; pero todos ellos gustaban de exhibir con ostentación su menoscabo, así como mostraban con orgullo y fanfarronería su tricornio con escarapela. Tales fueron los años de aprendizaje de Juan María Desmurs. Y el oficio de soldado no le debió de disgustar, ya que, después de haber cumplido, se reenganchó, y no dejó su regimiento hasta después de quince años de servicio, con el grado de sargento mayor.

En cuanto se convirtió en dueño de sus propios destinos, el veterano—tenía entonces treinta y seis años—fué a refugiarse otra vez en el convento de los capuchinos de Dijón. Vistió de nuevo los hábitos, hizo votos y fué ordenado sacerdote el 17 de marzo de 1788. En adelante se llamó el padre Eugenio. Y se creía ya sepultado y tranquilo en el convento para los años que le restaban de vida, cuando al año siguiente comenzó a hervir el país entero: el contagio de la libertad se apoderaba de Francia en peso.

Los jóvenes de Dijón, febriles y turbulentos, hechizados por la resplandeciente aurora de los nuevos tiempos, forman un batallón de voluntarios, independiente de la milicia burguesa, y eligen un jefe de reconocida aptitud y probado patriotismo: el padre Eugenio. El antiguo solda-

do, en efecto, rebullía de entusiasmo en su convento. Los voluntarios dijoneses le nombran comandante, por aclamación. El 30 de agosto de 1789, la nueva compañía lleva a bendecir su estandarte a la iglesia de los capuchinos: un hermoso estandarte, en el que se ve un sol naciente sobre un mar agitado, con la divisa *Crescendo vigescet.* Todos los grados de la milicia voluntaria son elegidos «inamovibles por un trimestre»; únicamente se proclama al padre Eugenio comandante «perpetuo», pues «sus relevantes conocimientos militares, sus cualidades personales y el celo con que se aplica a la instrucción de los soldados jóvenes, justifican que se haga excepción a la ley común, en premio al fervor patriótico.»

A partir de aquel día, el padre Eugenio acude todas las mañanas a la explanada o al parque, para enseñar a los reclutas el manejo del fusil. No hay en todo Dijón hombre más popular que él: después de haberse ejercitado con el sable y el hisopo, los junta en su persona y ejerce el mando de sus tropas vistiendo hábito de sayal, con los pies descalzos y la espada al cinto. En la federación de los guardias nacionales de Borgoña, el 17 de mayo de 1790, desfila a la cabeza de su batallón, cubierto con el sayal y la capucha, y con el sable en la mano. ¡Y no hay que decir lo que se le aplaude! Una actriz de París, la señorita de Lorme, que trabajaba de paso en Dijón, le dirige este cumplido en verso:



LÁM. XII.—LOS FAMOSOS «DERECHOS DEL HOMBRE».

Esta es la famosa declaración, tal como se vendió por toda Francia. Consta de un preámbulo y de diecisiete artículos, el primero de los cuales dice: «Los hombres nacen y permanecen libres e iguales en derecho; las distinciones sociales no pueden fundarse más que en la conveniencia común.» La encabeza la efigie de Mirabeau, el gran tribuno.



LÁM. XIII.—LA GALLINA CIEGA REVOLUCIONARIA.

Caricatura de la época, que glosa el famoso cartel revolucionario: *Libertad, Igualdad y Fraternidad, o la Muerte*. El pobre ciudadano, vendados los ojos y jugando a la gallina ciega con la Libertad, la Igualdad y la Fraternidad, se va a encontrar de pronto en brazos de la Muerte, o sea en la guillotina.

¡Mirad al padre Eugenio! De la trompeta al son,
Junta sable, sayal y bayoneta:
Lleva el gladio de Marte, suspendido al cordón
Que ciñe con fervor de buen anacoreta.

Su caso, por lo original, ofrece tema a las canciones populares. Se le envía en misión a Chalón, con cuatro de sus voluntarios, y allí también se le obsequia con un refrán parecido al anterior.

El éxito le embriaga: se hace miembro de la primera sociedad popular que se funda en Dijón. Cuando, en febrero de 1790, la Asamblea Nacional decreta la supresión de los votos monásticos, los capuchinos dijoneses, en número de veinte, comparecen ante los magistrados, y éstos les dicen que «esta nueva garantía dada a la libertad individual, no ataca a la libertad de cultos ni a la de asociación, y que, en consecuencia, pueden optar libremente por la vida privada o en comunidad». De los veinte frailes, hubo trece disidentes, entre los cuales el más enardecido y más impaciente fué el padre Eugenio, que declaró «querer usar de la libertad acordada por los decretos y disfrutar de ella lo antes posible».

Desde entonces se consagra exclusivamente a los voluntarios. Los lleva todos los días, con la música al frente, al campo de maniobras; presta con ellos el juramento cívico y asiste en su compañía al *Te Deum* cantado en honor del Municipio... Con todo, hay que reconocer que, al renunciar a sus votos, ha perdido lo que le daba

mayor prestigio: ya no es más que un oficial como tantos otros. Y él mismo lo comprende tan bien, que no quiere renunciar a su burdo hábito y se obstina en querer andar con los pies desnudos. Pero lo que antaño exaltaba los espíritus, a la vista de aquellos hábitos, era el símbolo, el símbolo de la vieja Francia monástica educando a la joven Francia militar. Y hoy parecen tan sólo un disfraz de comedia.

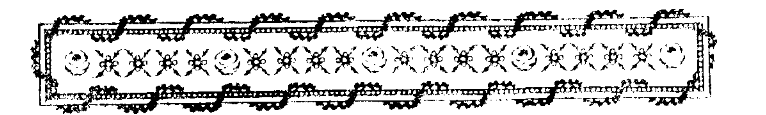
El capuchino había sido elegido comandante «perpetuo»; pero la perpetuidad dura siempre muy poco en tiempos de revolución. Los voluntarios de Dijón proclaman a otro jefe, como si hubiesen olvidado por completo al fraile instructor. Y ya fuese por la amargura que le produjo esta ingratitud, o la dura necesidad de ganarse la vida, el caso es que el padre Eugenio abandonó a Dijón y se convirtió en el *abate Desmurs*, párroco libre de Aignay-le-Duc, donde había una iglesia seis veces centenaria. Al año siguiente, actuó de vicario de Beaunotte, aldea vecina, y, finalmente, en agosto de 1792, cuando se derrumbaba la Monarquía, sirvió en calidad de cura voluntario en la parroquia de Saint-Broingt-les-Roches, una aldea de cuatrocientas almas. Allí fué donde el padre Eugenio se convirtió en el *ciudadano Desmurs*, después de renunciar al estado religioso. Devolvió a la municipalidad sus cartas de clerecía, deseando no ser más que un simple republicano. Todos se explicaron esta dimisión en cuanto supieron el anuncio de su próximo matrimonio con una muchacha de Saint-Broingt, llamada Juana Chevalier. El oficial municipal les casó el 5 de agosto de 1794.

Aquel hombre que, sucesivamente, había exaltado las mortificaciones del claustro y postulado la servidumbre de la vida militar, apartado ahora de su camino y atormentado, según parece, por terribles escrúpulos de conciencia; aquel viejo soldado que había continuado siendo un creyente de alma sencilla y un patriota lleno de ilusiones, no era ya capaz de soportar, en las condiciones en que se encontraba, los lazos del matrimonio. El Terror le había indignado, y la reacción de Termidor le horrorizó. Murió desesperado, en Saint-Broingt, el 30 de julio de 1795, sin haber visto nacer a su hijo, que vivió tan sólo unos meses. Su viuda se volvió a casar al año siguiente.

Sidi-Carnot, que, al estudiar los expedientes de los voluntarios de la Côte-d'Or, encontró y precisó esta peregrina silueta de fraile-guerrillero, informa que los últimos descendientes de Desmurs se creyeron obligados a destruir todos los papeles que había dejado. ¡Es una lástima! ¿Imagináis lo que podrían ser las *Memorias* de este rebelde y, a la vez, vencido, acuciado por los recuerdos de su doble vida fracasada, y torturado por el espectro de sus entusiasmos de antaño, entusiasmos de sacerdote y de soldado, tan rápida y torpemente aniquilados?

VII

PARA QUÉ SIRVE UN DIPUTADO

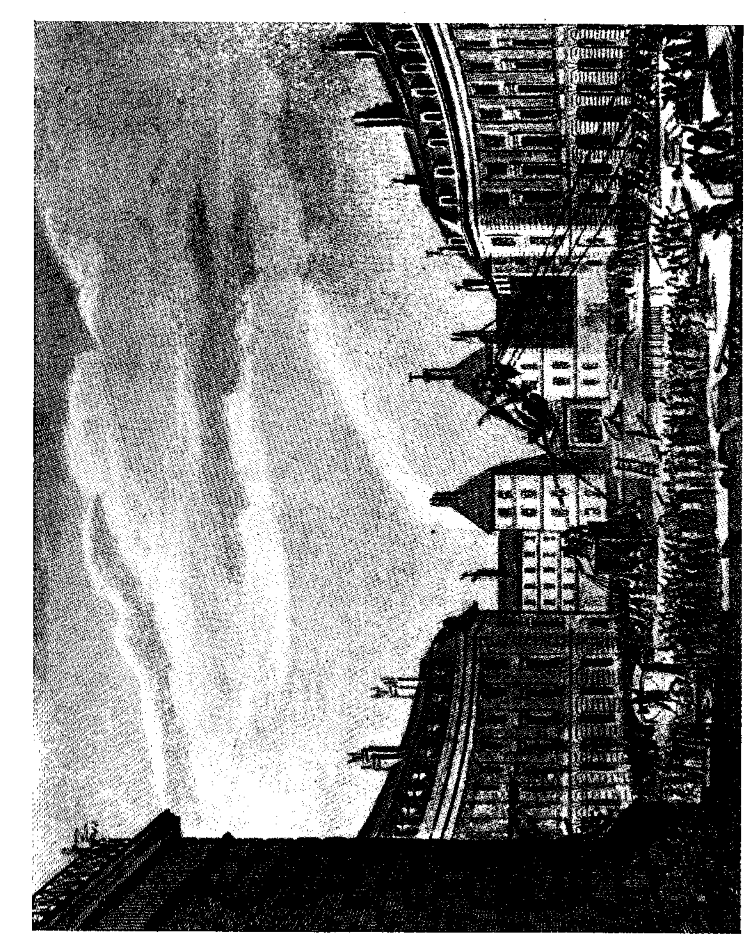


Cuando J. J. Paillet, juez del tribunal de Verdún, fué honrado, en septiembre de 1791, con los sufragios de sus conciudadanos y nombrado miembro de la Asamblea legislativa, se puso en camino de París, plenamente persuadido de que iba a contribuir al perfeccionamiento de la Humanidad y a la organización de la felicidad suprema de Francia. Se vivía en una época de concepciones quiméricas y utopías generosas. Todos los hombres de buena fe estaban de acuerdo en considerar al régimen parlamentario, que era en aquel entonces una novedad, como una panacea para los numerosos males de la patria. ¡Cuántas no serían, pues, las ilusiones de un diputado, encargado de la sublime misión de extirpar todos los abusos y establecer la felicidad universal!

Paillet se hospedó en el café de la Unión, del

pasaje del Salmón, en la casa de un tocinero, y, compenetrado de la importancia de su mandato, patriota y concienzudo, se convirtió desde el primer día en un asiduo concurrente a las sesiones de la Asamblea; no faltó a una sola; escuchaba religiosamente los discursos y tomaba parte en todas las votaciones. Agradecidísimo a sus electores, cuya decisión le había proporcionado una situación tan envidiable, mantenía regular correspondencia con ellos; se encargaba de sus intereses, iba a los ministerios, para apoyar sus peticiones, activaba las resoluciones de los negociados y seguía atentamente los trámites, hasta que sus comitentes habían obtenido satisfacción.

Y las exigencias de esos comitentes no son pocas. Uno solicita el favor de que se le envíe a la vanguardia del ejército, entre Lille y Tournai, pues tiene prisa «por demostrar a los tiranos, de lo que son capaces los hombres libres cuando se les preparan nuevas cadenas»; otro encarga al complaciente diputado «que presente en la oficina de liquidaciones una carta de crédito sobre una congregación disuelta»; un tercero reclama una lugartenencia en las tropas de línea; éste envía una petición del escribano de Dun-Sur-Meuse, relativa al derecho de terrazgo; aquél manda al bueno del señor Paillet todos los documentos relativos a la liquidación de su cargo de escribano archivero de la cancillería... Por cierto que este cliente se olvida de pagar los portes, y el bueno del señor



LÁM. XIV.—LUIS XIV, POR LOS SUELOS.

La estatua del más grande de los monarcas franceses, Luis XIV, que se levantaba en la plaza de las Victorias, de París, donde hoy se alza otra del mismo rey, fué derribada de su pedestal, por las turbas, durante los días 11, 12 y 13 de agosto de 1792.

LÁM. XV.—¡MUERAN LOS RICOS!

Uno de los episodios, al parecer inevitables, de las revoluciones de todos los tiempos, lo han constituído el asalto, pillaje y defenestración de los hoteles más renombrados. El 13 de noviembre de 1790 se produjo en París la invasión del hotel Du Castres, en el *faubourg Saint-Germain*, tal como la reproduce esta estampa de la época.

Paillet consigna, en su libreta de notas, que ha tenido que desembolsar tres libras y diez sueldos, para la recepción de dichos papeles. En fin, el complaciente diputado se prodiga, toma apuntes y, temeroso siempre de olvidarse de algo, obedece con perfecta solicitud e inagotable paciencia.

Si, por otra parte, el resultado de sus gestiones se hace esperar un poco, se le llama en seguida al orden, y el número de cartas que recibe a diario no le deja respirar. ¡Cómo! ¿Aún no ha contestado a la petición del señor Butte? ¿La habrá perdido acaso de vista, el señor Paillet? «¡Un olvido semejante es imposible!» El señor Ybert le recuerda esta hermosa máxima: «Si queréis obligar doblemente, no hagáis nunca esperar.» Y Paillet acepta la lección. ¿De qué se podría quejar? «Habéis nacido con la necesidad de servir a los demás—insinúa el ciudadano Varaigne—, y nosotros os proporcionamos ocasión para ello.» Por lo visto, estos pedigüeños imaginan tener derecho al agradecimiento de su representante, por todos los pretextos que le ofrecen de poder aplicar en provecho de ellos su espíritu servicial.

Si el diputado se toma algún descanso y deja de responder a vuelta de correo, sus exigentes electores se extrañan e inquietan. ¿Le habrá sucedido algo? ¿Estará en cama? ¿Habrá acaso muerto? Y ya estamos viendo a los electores alarmados. Uno de ellos toma la pluma: «Me encuentro perplejo, afligido y terriblemente inquieto

acerca del estado de vuestra salud, que nos desazona y agita a todos. ¿Padecéis alguna enfermedad? ¡Oh, imagen triste y lúgubre, apártate de mí! ¡Haceos cargo de nuestra cruel situación! ¡Calmad, por piedad, nuestros males! ¡Ah, Dios mío, qué situación la mía! Respetable ciudadano: mi suerte está en vuestras preciosas manos... Perdón, mil veces perdón, ¡oh el mejor de los hombres!... Sois para mí el puerto tranquilo a cuyo seno acudo, para guarecerme de los furores de un mar tempestuoso...»

¿Cómo esquivarse ante semejantes ditirambos? Y Paillet multiplica sus gestiones.

La fama de su complacencia se extiende con rapidez por todo el distrito; tanto, que todos los ribereños del Meuse, cuando tienen algún asunto que resolver en París, no tardan en dirigirse exclusivamente a él: el profesor de matemáticas del colegio de Verdún le encarga que compre uno a uno, en casa de los libreros de lance, todos los libros que necesita para formar la biblioteca; un ex noble, procurador del Parlamento, le envía un manuscrito que ha compuesto, obra inestimable, que trata del *medio de regenerar en Francia la especie humana;* y a la vez le encarga que le busque editor para este magnífico trabajo, que vigile su impresión y publicación y que vea de obtener para su autor una pequeña pensión del Gobierno; el señor Perrault envía a Paillet un paquete de resguardos de rentas vitalicias, para que se tome

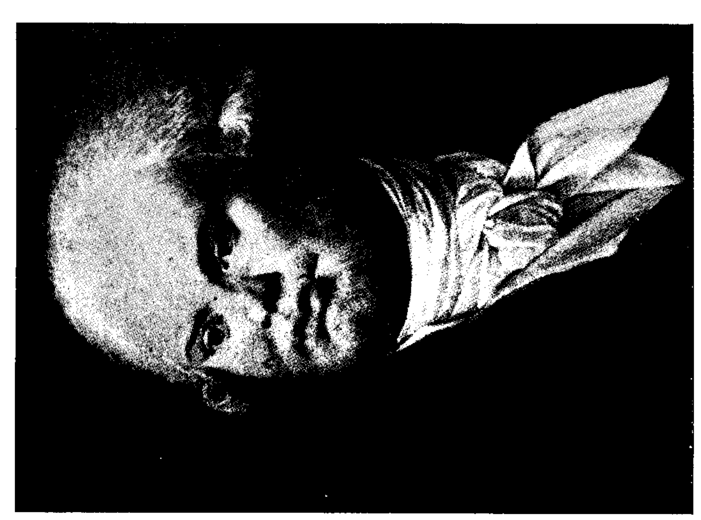
la molestia de entregarlas a un tercero; un portero-conserje de la ciudad de Verdún le envía poderes para que cobre sus honorarios; otro le ruega que compruebe su hoja de contribuciones; otro más le envía una caja de libros viejos, para que los venda al mejor postor... Los burgueses, notarios, militares, tapiceros, funcionarios, almacenistas, magistrados y hasta «el cuñado del organista», han adoptado a Paillet por recadero, y es fácil imaginar al pobre legislador recorriendo a París y galopando de la oficina de la diligencia a la de la posta, a los ministerios, a la caja de pensiones, al comité de pesquisas, o bien pasándose las mañanas en las antesalas, las tardes corriendo de un lado para otro, y las noches escribiendo cartas; y siempre tropezando con grandes dificultades para asistir a las deliberaciones de la Asamblea, que en un principio se había propuesto seguir con exactitud.

Iba, sí, todavía a las sesiones, pero era para sentarse, secarse el sudor y tomar aliento; y sus electores, allá abajo, le consideraban inepto, porque nunca subía a la tribuna. Esta abstención les lastimaba el amor propio y les sorprendía; su diputado no hablaba: ¿en qué pasaba, pues, el tiempo? Su amigo Viard le amonesta: «¡Me gustaría tanto ver tu nombre impreso en el *Journal des Débats!* ¡Nuestros conciudadanos estarían tan contentos!» Otro—al mismo tiempo, sin duda, que le hace un encargo—le advierte que las cosas no

pueden continuar de aquel modo. ¡Qué diablo! No tiene nada que hacer: ¿no podría, por consiguiente, pronunciar un discurso en cada una de las discusiones que se entablan, para mayor contento de sus electores? «Vuestro silencio produce aquí muy mal efecto. No hay sesión en la que no os sea posible colocar algunas observaciones. Poseéis cualidades de sobra para hacerlo; lo único que cuesta es el primer paso. Hacedlo, y nos daréis una gran satisfacción. Os digo todo esto en nombre de la amistad y de la franqueza.» ¿Cómo era posible que interviniese el desgraciado, en todas o en casi todas las sesiones? Según se encontraba derrengado por el trabajo del día, ¿sabía acaso sobre qué se iba a discutir? ¿Por ventura no se encontraban todas sus facultades absorbidas por los encargos que se le hacían y por las cartas que tenía que escribir?

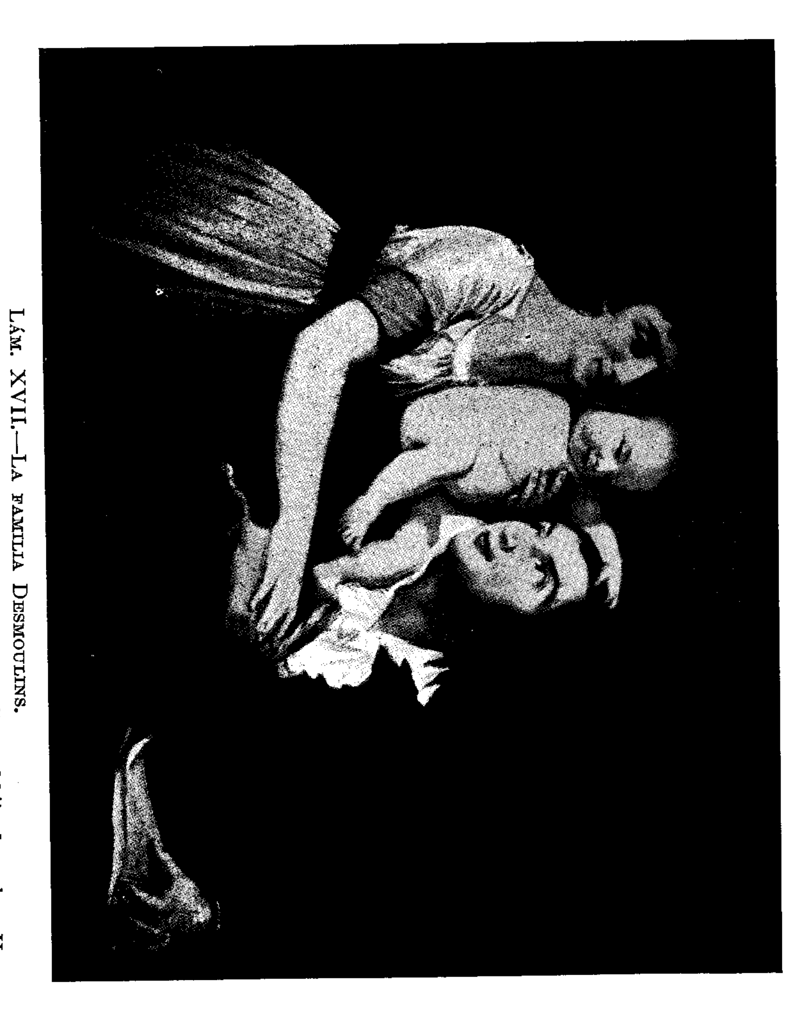
El «memorándum» que de sus diligencias llevaba este legislador, ha sido publicado y anotado, y enseña mucho más sobre el régimen parlamentario, que gruesos tratados de derecho constitucional. Pues no hay que creer que los electores de Verdún sólo se dirigían a su diputado, para lo concerniente a sus intereses o a su situación política. No; la señora Lacour cuenta con él para encontrar a su marido, que salió hace dos meses para París y no ha dado aún señales de vida; el señor Toussaint, por el contrario, le pide que no busque a su mujer, que se está también distrayendo por la ca-





LÁM. XVI.—DOS RETRATOS DE DANTÓN.

El gran tribuno revolucionario, víctima de la Revolución, visto por dos artistas que le conocieron personalmente. La pintura de la izquierda se conserva en el Museo Carnavalet, de París. El vivísimo croquis de la derecha se debe al célebre pintor David.



LÁM. XVII.—LA FAMILIA DESMOULINS.

Camilo Desmoulins, el periodista revolucionario, su mujer, la tierna Lucila, y el hijo de ambos, Horacio, según un cuadro salido del taller de David y conservado en el Museo de Versalles. ¿Quién les habría dicho que, pocos meses después, Camilo y su esposa serían víctimas de la Revolución que les entusiasmaba, y que su hijito, de nombre heroico y romano, quedaría huérfano por culpa de ella?

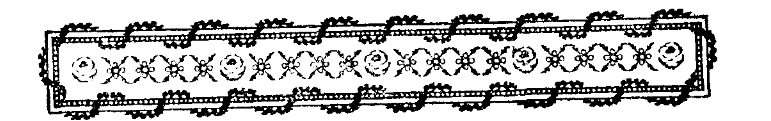
pital: «Ruego le digáis que puede venir cuando quiera, pero que, si se encuentra bien donde está, es dueña de quedarse.» ¡Y los encargos caseros! He aquí un paquete que hay que llevar a casa del señor Vilmorin-Andrieux, comerciante en semillas del malecón de la Megisserie. El ciudadano Laurent, hijo, se casa, y necesita sesenta varas de cinta estrecha, azul, rosa y morada, para todas las muchachas de Suilly, en donde se celebrará la boda, un ramillete de flores blancas de Italia, un peto de buen gusto, dos pares de medias de seda, para hombre, sesenta pares de guantes y seis mil alfileres; será necesario vigilar el embalaje de los géneros y su traslado a la diligencia, y que todo quede terminado en tres días. Justamente el bueno del señor Paillet no tiene nada que hacer en aquel momento... Bien es verdad que ha recibido un pañuelo bordado de la señora Perrin, para que lo lleve a la señora Flexonville, y que debe ocuparse, además, de la bata que uno de sus electores ha encargado a un sastre parisiense, y de recoger de la lavandera la ropa blanca que espera uno de sus compatriotas; pero esto no es nada. Con piernas y un poco de diligencia se hacen bien las cosas, y Paillet no pierde un minuto. Así, en el día señalado, el compatriota tiene su ropa blanca, el elector su salto de cama, la señora Flexonville su pañuelo bordado, y Lauret hijo sus medias de seda, su ramillete, sus cintas, sus guantes y sus seis mil alfileres, ¡uf!...

Durante este tiempo, la Asamblea legislativa discutía y votaba sus leyes sobre la emigración, la deportación de los curas rebeldes a la Constitución civil, la guerra contra Austria, la patria en peligro, la deposición del Rey: ¡nada más que esto! Entre diligencia y diligencia a casa del comerciante en semillas, o del embalador, o de la lavandera, o la guantera, Paillet—y lo mismo que él muchos de sus colegas, sin duda—se llegaba hasta la Asamblea, depositaba su voto y volvía a marcharse apresuradamente, para llevar un paquete a la posta o seguir la pista de un marido casquivano. Tal es lo que constituye las márgenes de los grandes acontecimientos.

Merece notarse que Paillet era hombre de excelente condición—ocioso es decirlo—, así como también de valía. Reapareció más tarde en el Senado republicano, y luego en el Cuerpo legislativo, al que perteneció hasta 1814. Durante estas legislaturas no se tomó, probablemente, tan a pecho los encargos de sus electores, pues presentó mociones y redactó informes que fueron justamente elogiados. Después de la caída de Napoleón, compró un gabinete de procurador, en Verdún. Sus conciudadanos le adoraban. Quizá no hubiese ocurrido lo mismo si, en vez de ocuparse en los asuntos de sus electores, hubiese dedicado todo el tiempo a los negocios del Estado.

VIII

LA IMAGEN DEL PERFECTO MODERADO



Es posible que, después de más de ciento cincuenta años de ocupar los espíritus y acaparar la atención pública, haya gentes que entiendan algo de política; pero ¿puede imaginarse cuál debió de ser el embarazo de los primeros ciudadanos que, sin conocer siquiera los elementos de esta ardua ciencia, se vieron súbitamente encargados de resolver sus más inextrincables problemas? Tal fué lo que sucedió a todos los franceses, en 1789, cuando Luis XVI, convencido de que no entendía nada de política, se remitió a la universalidad de sus súbditos para saber cómo deseaban ser gobernados. La idea era generosa, pero ¡cuán imprudente!; pues, en vez de rechazar tan desconcertante invitación, los diez o doce millones de ciudadanos mayores de edad, con que contaba entonces Francia, declararon tener ideas sobre el particu-

lar, y despacharon a Versalles unos diputados encargados de exponer sus proyectos. Por desdicha, estos proyectos, inspirados por intereses locales o personales, viejos rencores, utopías y ensueños de retorno a una edad de oro, ofrecían una inquietante disparidad. Y fué entonces cuando la gente empezó a no entenderse.

Equivale a recurrir a un tópico el recordar aquí que la diputación de 1789 se dividía en tres clases, que representaban los tres órdenes que integraban el Estado: la nobleza, celosa de sus privilegios; el clero, preocupado por mantener los derechos de la religión; y el estado llano, ávido de fastidiar a los dos anteriores y de conquistar un puesto al sol. Desde los primeros días, el tercer estado se agitó de manera poco discreta; el clero, temiendo a los turbulentos, se mantuvo a distancia, y la nobleza se negó a mezclarse con aquellos plebeyos. El experimento, pues, hubiese abortado por falta de unión, si unos innovadores, apóstoles de la tolerancia y de las ideas liberales, no se hubiesen arriesgado animosamente a aconsejar la concordia y a predicar con el ejemplo. Verdaderamente, se necesitaba valentía y desinterés, para que un aristócrata como Estanislao Clermont-Tonnerre asumiera el papel de conciliador.

Oriundo de una rancia familia muy bien considerada en la Corte, y poseedor de un apellido ilustre, figuraba Clermont-Tonnerre entre aquellos a quienes había de perjudicar necesariamente

cualquier modificación del orden establecido. Desde que «se tomó el trabajo de nacer», figuró entre los privilegiados. Ahijado del rey polaco Estanislao, suegro de Luis XV, recibió ya en la cuna, por este concepto, una pensión de 1.000 libras; a los quince años obtuvo la lugartenencia del regimiento del Coronel-general, pero no se incorporó a su unidad; había en aquella época centenares de tenientes a quienes no veía nunca el coronel. Pero esta abstención no impidió el ascenso de Estanislao, el cual no tardó en alcanzar el grado de capitán de los dragones de la Reina, y después el de maestre de campo del regimiento Real-Navarra. A continuación fué agregado a la embajada de Viena, destino que una aventura amorosa le obligó a abandonar, y, al regresar a Francia, se casó con una encantadora doncella de dieciséis años, Delfina de Rosières-Sorans, muchacha coqueta, traviesa y pizpireta, «de gracia incomparable». El Rey firmó el contrato y aseguró 6.000 libras de pensión a la joven esposa y 3.000 al marido.

Estanislao vivía como un patriarca, en su palacio campestre de Saintry, cerca de Corbeil: casaba a las muchachas, congregaba a los ancianos, dotaba a los huérfanos y distribuía raciones de pan a los necesitados—la filantropía estaba entonces de moda—; en virtud de lo cual el Tesoro real le facilita 4.000 libras de aguinaldo, «por la aplicación con que se dedica al estudio de las materias relacionadas con la política». A decir

verdad, Estanislao de Clermont-Tonnerre había leído a Montesquieu y a Juan Jacobo, pertenecía a la masonería y estaba imbuído de ideas igualitarias. Y aunque, gracias a las liberalidades de la Corte, disponía de un alojamiento en el palacio del Luxemburgo y de 14.000 libras de rentas, era un descontento: hubiese querido ser embajador. «El Rey demuestra estar muy ciego, pues se rodea de ministros ineptos y obliga a un Clermont-Tonnerre a residir en una fea ciudad provinciana.» Pasado así al campo de los descontentos, no se abstenía de pronunciar en presencia de los oficiales «las frases más revolucionarias contra Luis XVI y su política». Quizá—¿quién podría asegurarlo?—no se trataba de un descontento, sino de un previsor, que auguraba unas catástrofes de las que otros, menos perspicaces, no querían ni oír hablar.

En esta situación de ánimo, fué llamado a los Estados generales, en calidad de diputado de la nobleza, y allí realizó su famoso golpe de Estado. Juzgando criminal la desdeñosa testarudez de los de su estamento, se unió con ostentación al tercer estado, arrastrando consigo a unos cuantos gentileshombres, a quienes había convencido de la necesidad de dicha unión. Solemnemente, anunció a los plebeyos que le aclamaban: «Venimos a trabajar con vosotros en la gran obra de la regeneración pública.» Pues, en efecto, aquellos antepasados nuestros, llenos de ilusiones, creían poseer

la fórmula de las aguas rejuvenecedoras de la fuente de Juvencia; y este candor es tan admirable, por lo menos, como el ardor con que aquellos entusiastas liberales de 1789 asumieron una tarea cuyas dificultades y alcance no llegaban ni siquiera a sospechar. Al principio, el triunfo fué completo: el tercer estado festejó a aquel aristócrata que, rompiendo con sus pares y pisoteando los prejuicios de su casta, fraternizaba, en beneficio del interés social, con el partido popular. Se le instaló un sillón al lado del presidente; se aplaudían sus más insignificantes palabras; los literatos, cada día más revolucionarios, le mimaban. Para Madama Roland, «que adoraba las buenas voces», es mejor orador que Mirabeau. De hecho, Estanislao alcanza en seguida su apogeo; tiene mucho ingenio y maneras tan nobles «como sus orígenes»; habla con facilidad, si bien la improvisación es algo superior a sus fuerzas, y se encuentra repleto de ilusiones que su elegante facundia comunica al auditorio. No se tarda en nombrarle presidente de la Asamblea; parece haber nacido «para hacer época»: tal es la opinión de las damas que desde las tribunas públicas espían sus ademanes y saborean su elocuencia.

Por el contrario, en el campo de la nobleza, ¡qué desdoro!, es el desertor, el tránsfuga, el ingrato que ha dado el primer golpe de piqueta al viejo edificio de la Monarquía, de esa Monarquía a la que debía cuanto era. A todo esto, en el

mes de octubre, el populacho invade el palacio del Rey, asesina a los guardias de corps, impone con amenazas sus exigencias, arrastra a la familia real prisionera a París..., y con ello, de repente, tanto para Estanislao como para otros moderados como él, desgárrase el velo. ¿No serán ellos, acaso, los culpables de este desastre? ¿No habrá suscitado y justificado su actitud «la impaciencia de los *bajos fondos*»? Estanislao se siente desconcertado. ¿Tendrá que renunciar a todo y abandonar el puesto en que se ha comprometido?... Tal es el drama de su conciencia, drama de interés general, pues la historia de Clermont-Tonnerre es la de todos los hombres sinceros y de convicciones liberales, que, novatos en política, ignoran el peligro de las bellas frases, y que, nacidos para los días tranquilos, desencadenan con la mejor intención del mundo el huracán más espantoso.

Clermont-Tonnerre entonó su *mea culpa:* «Yo soy uno de esos hombres débiles y tornadizos, que no abrazan ningún partido...», confiesa; por consiguiente, todos los partidos los rechazan: es uno de esos «furibundos moderados», eternamente censurados por todos los extremismos. Las mujeres le denigran, ahora, tanto como antes le habían adulado; la señora de Robert de Keralio escribe: «Clermont-Tonnerre, cuya frente está marcada con el hierro de la esclavitud, no se avergüenza de su propia bajeza... Su elocuencia, tan celebrada antaño, se ha convertido en ese frívolo devaneo que en otro tiempo daba el tono al gran mundo y constituía el único mérito de las lindas muñecas cortesanas, rizadas y pintadas...» Se reprocha al *ci-devant* * maestre de campo del Real Navarra, el «haberse arrastrado hasta el Ojo de Buey», esto es, hasta las antecámaras de palacio. Cuando, al salir de la Asamblea, atraviesa los jardines de las Tullerías, aquel desgraciado que fué el ídolo efímero del pueblo, vese abucheado y perseguido: «¡Es un insensato! ¡Hay que ahorcarle!» Y se ve obligado a refugiarse en la garita de un alabardero, mientras espera la llegada de un destacamento de la guardia nacional, que le proteja y le acompañe hasta su casa. Pero, a pesar de considerársele sospechoso por la izquierda, por la derecha, por la Corte y por el pueblo, y a pesar de ser tachado de revolucionario por los unos y de retrógrado por los otros, continúa luchando. Cuando habla, mientras unos se escandalizan por su demagogia, otros le acusan de maquiavélico...

Una tarde—la del 9 de agosto de 1792—Clermont-Tonnerre come en la calle de Plumet, en casa de Montmorin. Están también allí Malesherbes, Lally y algunos otros de los que, como él, habían intentado reparar y rejuvenecer, para salvarle de la destrucción, el bamboleante edifi-

* La expresión *ci-devant* designó en Francia, en tiempo de la Revolución, a los ex nobles. Un *ci-devant* equivalía a un *ex noble*.

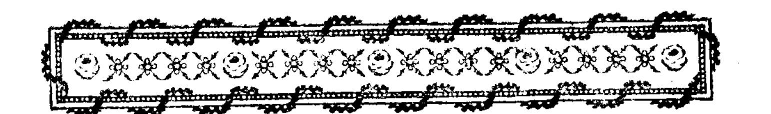
cio de la Monarquía. Todos se inquietan por la efervescencia popular reinante y, una vez terminada la comida, salen a pasear por el jardín, que existe aún hoy, con sus avenidas de tilos: es el del Ministerio de Colonias. Al separarse, suena la alarma: el populacho marcha a las Tullerías. ¿Qué hacer? ¿Irá Estanislao a unirse a los defensores del palacio? ¿Cómo se le recibiría allí?... Opta por regresar a su casa de la calle de las Viejas Tullerías, que forma parte actualmente de la de Cherche-Midi.

Al día siguiente, día 10, cuando el motín victorioso ha expulsado al Rey de su palacio, una turba de desalmados invade la casa del «infame moderado». Le arrancan de los brazos de su esposa; quiere hablar, pero han pasado ya los tiempos de la magia de las bellas frases. Un golpe de hoz le hiere en la cabeza. Entretanto, logra escapar, huye, entra en una casa amiga, sube hasta el cuarto piso; pero la turba le persigue, le da alcance y le precipita, al fin, desde una ventana al empedrado de la calle, donde sus perseguidores le rematan a cuchilladas y bayonetazos.



IX

LA CASA DE DANTÓN

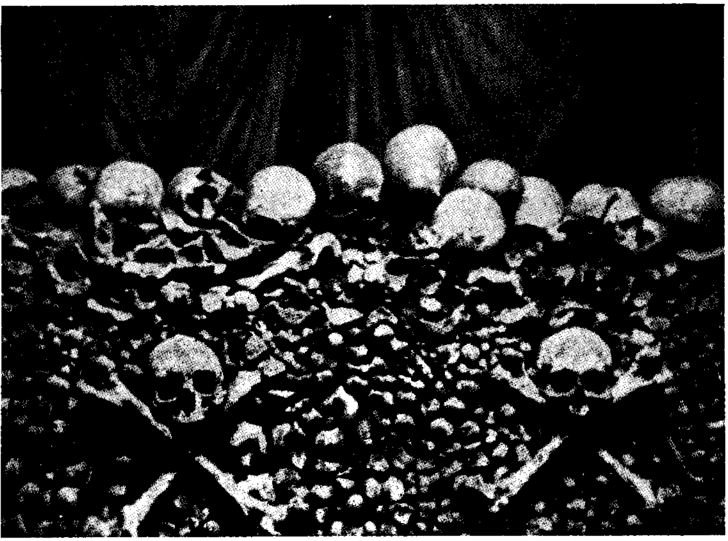


El pasaje del Comercio y el patio de Rohán, que se comunican entre sí, son vestigios del viejo París, que conocen bien los enamorados del pasado; pero éstos, según creo, se hacen cada día más raros, y sospecho que la mayoría de nuestros contemporáneos consideran como una lacra aquellas sombrías calles, mal empedradas, sin que nunca se haya arriesgado por ellas un automóvil, todas serpenteando entre casas tan decrépitas y destartaladas, que sólo parecen permanecer allí para protestar contra la banalidad de los bellos edificios de cemento armado que se alinean en sus inmediaciones. Comprendo perfectamente que las generaciones jóvenes no descubran ningún atractivo en aquellas antigüedades, pues carecen en su mayoría de carácter arquitectónico y no ofrecen más interés que el de su vetustez y su

divertida mescolanza. Por pintoresco que sea un decorado, cansa en seguida el contemplarlo, si no se tiene interés por las escenas que en él se representaron. Además, ¿quién se toma hoy la molestia, al recorrer nuestras viejas calles, de evocar el pasado y tratar de resucitar por un instante a los que las poblaron antaño?

Sin embargo, en el solo islote que limita el patio del Comercio se puede espigar abundante cosecha de recuerdos. En primer lugar, allí está el *Café Procope*, que todavía se mantiene en pie y fué el ilustre antepasado de todos los cafés de París; la alta puerta que tiene enfrente es la de la antigua Comedia Francesa, a la cual debe la calle su nombre actual. El antiguo local del teatro conoció días de gloria y ha sufrido desde entonces muchas modificaciones, por más que no sería difícil encontrar ciertas distribuciones que recuerdan todavía su primitivo destino. Más adelante, el barón Gros y Horacio Vernet tuvieron allí sus talleres, y la casa de en medio fué el hospedaje de la Fautrière, que habitó Marat. Antes que la Revolución le hubiera enriquecido, Fabre d'Englantine se alojaba muy cerca de allí, lo mismo que un hermoso y robusto muchacho, impresor efímero, que se llamaba Brune: el futuro mariscal de Francia. Y, volviendo la esquina del bulevar de Saint-Germain, pueden reconocerse todavía algunas antiguas casas de la calle de las Boucheries, en donde se encontraba el puesto de venta

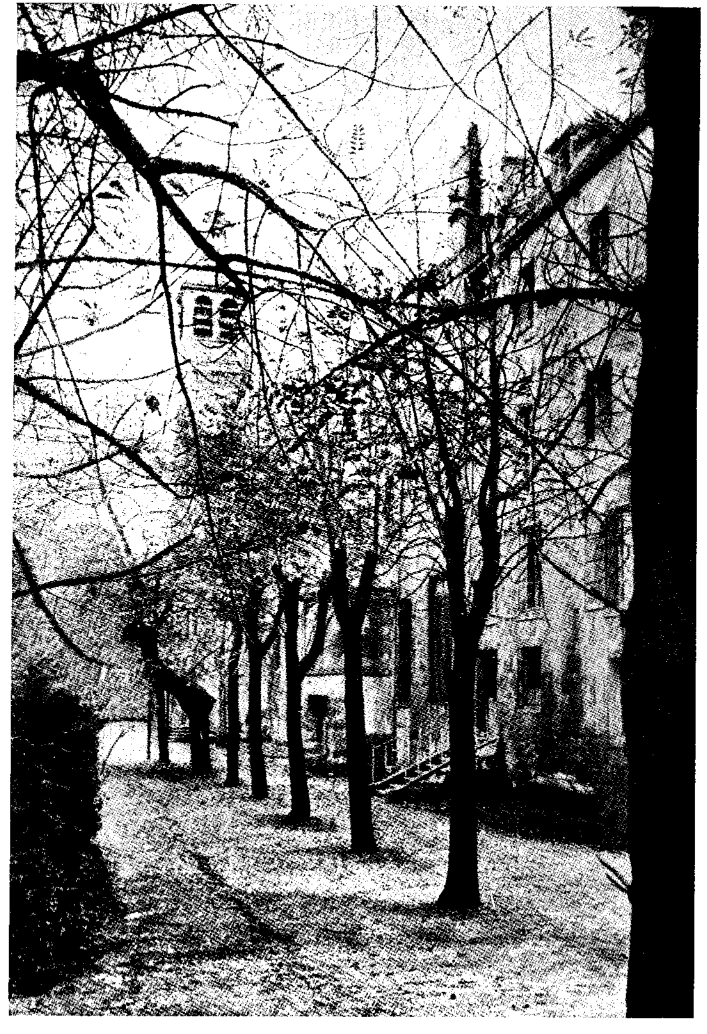




LÁM. XVIII.—MATANZA DE CURAS.

Arriba: Un dibujo de la época, que reproduce la horrible matanza del convento de los Cármenes, en París.

Abajo: El osario macabro, tal como se conserva todavía en la cripta del convento de la calle de Vaugirard.



LÁM. XIX.—UN FÚNEBRE LUGAR.

El patio del convento de los Cármenes, en París, tal como puede verse todavía, impregnado de la misteriosa e imborrable tristeza que flota para siempre en los lugares donde el furor humano ha vertido sangre inocente.

del convencional Legendre. En el mismo patio del Comercio, y en el solo estrecho pasadizo de tiendas que datan del tiempo de Luis XVI, se puede soñar más, recordando el pasado, que sobre la totalidad del recorrido del bulevar de Haussmann, o de la calle de La Fayette. En efecto, en el fondo de una de estas tiendas, ocupada por un cerrajero, se levanta, ennegrecida por los humos de la fragua, una de las torres del recinto de Felipe Augusto; en otra estuvo establecida durante algún tiempo la imprenta de donde salieron los primeros libelos revolucionarios; otra de ellas fué el gabinete de lectura donde, después de la Revolución, la viuda del girondino Brissot alquilaba por dos sueldos los libros de la biblioteca de su difunto marido. Pero el fantasma que domina a todos los demás es el de Dantón, que vivió allí después de casar con su amada Gabriela, la hija del cafetero Charpentier.

El departamento que ocupó Dantón ya no existe, pues la apertura del bulevar de Saint-Germain, hace unos sesenta años, achicó el patio del Comercio en un cuarto de su longitud. En su extremo torcía a la derecha, hasta el terraplén en que se levantan hoy las estatuas de Dantón y de Brocá; la casa de Dantón se encontraba allí, de modo que recibía la luz del patio y de la calle de la Escuela de Medicina, y tenía enfrente un inmueble hoy todavía en pie, aunque parece llamado también a desaparecer. Estas minucias

topográficas ofrecen, indudablemente, muy poco interés para la mayoría de los lectores; pero, enumeradas y utilizadas debidamente, cumplen la misión de iluminar un documento precioso, el que mejor nos informa sobre la vida íntima del fogoso revolucionario en el día de la crisis de su destino: este documento es una relación de la noche del 10 de agosto de 1792, escrito por la joven esposa de Camilo Desmoulins; páginas conmovedoras cuyo rasgo más insignificante tiene valor inestimable.

El 9 de agosto, después de comer, Camilo y Lucila Desmoulins, que vivían en la plaza del Teatro Francés (actual plaza del Odeón), fueron a casa de sus amigos Dantón. La señora de Dantón, que estaba muy triste, tenía en casa al mayor de sus hijos, llamado Antonio, y al otro, Jorge, en casa de su nodriza, en Isla-Adam. Camilo y Dantón hablan de política; desde hace tiempo, éste prevé acontecimientos inminentes. «¿No sientes llegar el alud?», dice a su amigo. Pues bien, el alud ya está allí, aquella misma tarde; ya baja, viene rodando... ¿A quién va a aplastar? ¿Al trono o a la revolución? La señora de Dantón llora, y su hijito parece atontado. Lucila Desmoulins ríe como una loca. «¿Y podéis reíros así?», le reprocha su amiga. «¡Ay de mí—le contesta ella—, esto presagia que derramaré muchas lágrimas muy pronto!»

Al atardecer, la señora de Dantón y Lucila van a acompañar a la señora Carpentier, que había

comido en casa de su yerno. Hace un tiempo hermoso; después de dar unas vueltas por las calles, suben por la del Teatro Francés (hoy del Odeón) y se sientan en la plaza del Teatro, cerca del café Voltaire, a donde acude gran afluencia de público. Pasan grupos de descamisados gritando: «¡Viva la nación!» Luego llegan tropas a caballo, y después una multitud inmensa. Lucila tiene miedo: «¡Vámonos!», dice. La señora Carpentier las deja; Lucila y Gabriela regresan al patio del Comercio.

En casa de Dantón hay mucha gente; éste la recibe en su dormitorio, sin cumplidos; continuamente entran y salen. Camilo aparece armado con un fusil, y, al verle, Lucila se echa a llorar; él la tranquiliza, prometiéndole no abandonar a Dantón; pero todos los hombres que se encuentran allí se preparan para el combate. La pobre Lucila, asustada, se refugia en el salón que da a la calle, que permanece a oscuras y desierta. Allí, entristecida y anonadada, se sienta junto a una cama y dormita a ratos. ¡Qué largas le parecen las horas! ¡Es tan sólo medianoche! Dantón va a acostarse: han venido a buscarle varias veces, pero no parece tener prisa. Sin embargo, un poco más tarde, se decide a ir al Ayuntamiento.

En el convento de los Cordeleros, muy cercano, la campana empieza a tocar a rebato; Lucila, sola, inundada de lágrimas, escucha, arrodillada cerca de la ventana, el tañido de la cam-

pana fatal. Dantón regresa: no sabe nada seguro; de tiempo en tiempo unos hombres le traen noticias; vuelve a salir. Al parecer, el pueblo va a dar el asalto a las Tullerías, y, al enterarse de ello, Lucila está a punto de desmayarse. Pero Camilo regresa; y a poco, se duerme con la cabeza apoyada sobre el hombro de su mujer. Amanece el nuevo día; se oye tocar a rebato en todas partes. La señora de Dantón está consternada, presintiendo que no tardarán en comunicarle la muerte de su marido. «No—exclama—, ¡no puedo estar más aquí!» Lucila le ofrece entonces ir hasta su casa, y las dos mujeres y Camilo vuelven así a remontar la calle del Teatro Francés; los Desmoulins viven, efectivamente, en la última casa a la derecha, mirando al Teatro (el actual número 22 de la calle del Odeón), en el tercer piso después del entresuelo; sus ventanas dan a las calles de Crebillón y Condé. Lucila prepara en su salón una cama de tijera, en la que se tiende la señora de Dantón. Camilo, que se ha acostado durante una hora o dos, se levanta muy pronto y sale de casa, no sin antes jurar a su mujer que no se expondrá. ¡Y continúa oyéndose el toque de rebato!...

Hacia las once de la mañana, las dos amigas, que se encuentran solas, almuerzan. De pronto se oye tronar el cañón. La señora de Dantón se desmaya, y Lucila, temblorosa, acude a socorrerla. Juanita, su criada, no sirve para nada; gime «como una cabrita». En la calle se oyen

gritos y lamentos, pisadas de gente que corre y voces de: «¡A las armas!» Al fin, la señora de Dantón recobra el conocimiento; quiere volver a su casa; Lucila la acompaña; pero, al llegar al patio del Comercio, se encuentran con todas las puertas cerradas. Llaman y gritan, para darse a conocer: nadie acude a abrir; quieren pasar por la tienda del panadero, vecino de la casa; pero éste les cierra la puerta en las narices. Finalmente, consiguen entrar; es la una de la tarde. Camilo regresa: ¡el pueblo ha salido victorioso! Pero, ¿es seguro?

Los dos días siguientes fueron de dudas y miedo. ¿Cómo creer que, al primer empuje, se haya derrumbado aquella Monarquía con diez siglos de existencia? Ante el temor de que no estuviese muerta del todo, Camilo y Lucila no se atrevieron a acostarse en su casa y pidieron hospitalidad a unos amigos. En fin, el día 12 se supo que Dantón era ministro de Justicia; éste salió de su casa acompañado de su mujer, para tomar posesión de la Cancillería de la plaza Vendôme, llevándose consigo a Fabre d'Englantine y a Camilo Desmoulins.

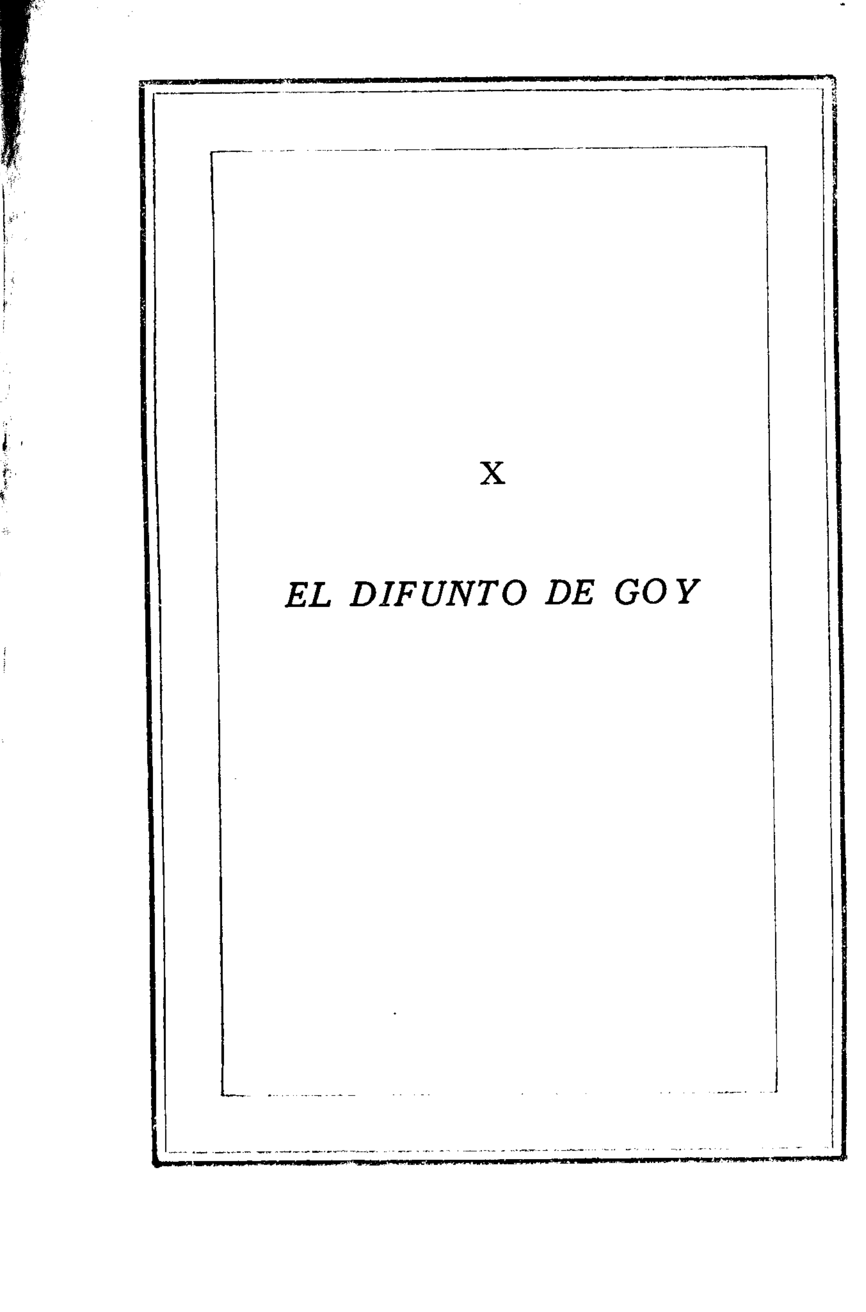
¡Y he aquí a Lucila instalada en el palacio que ocuparon los Meaupeau y los Lemoignón! Recibe e invita a comer en él. ¡Qué mudanza y qué delicia! ¡Pero, cuán pasajera! ¡Y qué difícil resulta juzgar imparcialmente a aquellos jóvenes enamorados, tan satisfechos de vivir, y tan atrayentes, cuando se penetra en su intimidad y se les

ve sin empaque, capaces de ternura y hasta de miedo, tan distintos de la dura expresión que tienen cuando en la escena política aparecen implacables, rencorosos, ávidos de poder, convirtiendo la suerte de Francia en prenda de sus rivalidades personales!

Volviendo a la topografía, modesto dominio de estas pequeñas Historias, he de confesar que no paso nunca por las calles que van del Odeón al callejón de Buci, sin dedicar un recuerdo a esos pobres muertos, cuyas patéticas figuras son el adorno de nuestros anales revolucionarios. De los cuatro personajes principales que pone en escena el relato de Lucila, ni uno solo vivía dos años más tarde. La señora de Dantón fué la primera que desapareció, quebrantada por las emociones, las pesadillas y el trastorno de la lucha, no menos que por el espanto. El cadalso no tardó en reclamar las cabezas de Dantón y Camilo Desmoulins, y luego la de Lucila. Fueron encarcelados en el Luxemburgo, desde donde la carreta del tribunal les llevó a la Convención. Pasaron por las calles de Condé, de la antigua Comedia y de la Delfina. Existen en ese trayecto, y en el tercer piso de una casa, ciertas ventanas en las que se fijaron, hasta perderlas de vista, los ojos llenos de lágrimas de Camilo y los hermosos y enrojecidos de Lucila, para dirigir un último adiós al nido de sus amores.

Más allá, frente a la antigua Comedia, se distinguen, sobre un pórtico, unas letras de oro empañado, que forman estas palabras: *Cour du Commerce.* ¿Datan de aquellos lejanos tiempos? Quizá. Pero seguramente aquel pórtico y aquel gran balcón inmediato retuvieron, un día, las miradas de Dantón cautivo, arrastrado hacia la muerte, con el alma encendida de rabia o con el corazón traspasado de dolor ante el aspecto de aquel escenario de su dicha perdida.





X

EL DIFUNTO DE GOY



UNA de las cosas más conmovedoras que pueden ver en París los curiosos del pasado, es la cripta de la iglesia de los Carmelitas de la calle de Vaugirard, en donde se encuentran, amontonados en unas vitrinas, los huesos de los sacerdotes asesinados por el populacho del barrio, el 2 de septiembre de 1792. Una cueva inmediata a este subterráneo está empedrada con losas procedentes de la antigua capilla, hasta la cual se arrastraron para morir numerosas víctimas; todavía se distinguen, sobre las piedras grises y en las tablas carcomidas, las huellas de las manos sangrientas y de los golpes de pica. El jardín en que tuvo lugar la matanza es un amplio recinto, verde y silencioso, cerrado por las negras paredes del viejo monasterio, aún intacto, con su puerta

estrecha y su doble escalinata, al pie de la cual se apostaron los «trabajadores».

Espiaban desde allí a los ciento catorce religiosos, que habían sido «soltados» al jardín, para divertirse luego dándoles caza y acorralándoles hasta el oratorio, hoy desaparecido, que se alzaba entonces en el extremo opuesto. Cuando anocheció aquel día nefasto, el oratorio estaba ya lleno de cadáveres. Se presentaron unos funcionarios y redactaron apresuradamente, según parece, las actas de defunción, y, mientras se procedía, rápidamente, a esta formalidad, requisáronse dos carromatos, en los cuales se cargaron una treintena de cuerpos, para ser enterrados en el cementerio de Vaugirard. Como se hacía tarde, después de haber efectuado el primer viaje, los carreteros no volvieron a presentarse, y los demás cadáveres tuvieron que ser arrojados a un pozo del convento. Allí fué donde se encontraron sus huesos, cuando la apertura de la calle de Rennes, en 1867, época de la cual data asimismo el aspecto actual de la cripta.

Uno de los carreteros, al llevar su fúnebre carga a Vaugirard, se dió cuenta de que uno de los cuerpos, aunque aparecía cosido a sablazos y atravesado por las balas, no estaba del todo inanimado. Era el de un religioso joven. Al llegar a su destino, el carretero dió parte de lo que había observado al inspector del cementerio, el cual dispuso que no fuese inhumado aquel cuerpo. Luego, hizo llevar a su casa al herido desvanecido, y mandó a buscar secretamente a un cirujano.

Siempre se encuentra buena gente en todas partes. La había también en París, incluso en septiembre de 1792. El médico se mostró discreto y solícito; el animoso inspector y el carretero rivalizaron en celo y abnegación. El religioso sanó, y su primera preocupación, en cuanto pudo tenerse en pie, fué la de no comprometer a los que le habían salvado. A pesar de sus instancias, les abandonó para ir en busca de otro refugio. Es de suponer que supo hacerse olvidar, pues su nombre no figura entre los asesinados en septiembre, ni en la lista de los carmelitas ni en ninguna otra.

Era oriundo de Auvernia, se llamaba Fiacre-José de Goy y tenía treinta y tres años. Volviendo a entrar temerariamente en París, fué a pedir asilo a una anciana parienta que habitaba en un barrio perdido de la capital. Como su acta de defunción, según él aseguraba, había sido debidamente redactada e inscrita en los registros del municipio, tomó sin escrúpulos un nombre prestado. Oficialmente, el padre de Goy había muerto; pero, como le era preciso subsistir y tenía cierta afición a la cirugía, se colocó como ayudante de un dentista de fama, hasta que se consideró lo bastante hábil para establecerse por cuenta propia.

Era en pleno Terror, y no se sabe si llegó a tener clientes ilustres ni si consiguió sacar grandes provechos de su nueva situación. Vivía bien o

mal de lo que le producían sus consultas, lo que constituye para un difunto como él un resultado apreciable. Pero, en el caso de que el azar llevase hasta su clínica a alguno de los personajes de primera fila del drama revolucionario, es de creer que temblaría un poco la mano del operador. ¿Se imagina a aquel asesinado de septiembre emplomando los molares de Dantón o curando la carie de Maillard? Si alguna vez le ocurrió a de Goy tener a su antojo, como paciente dócil y aprensivo en su sillón de tortura, a alguno de los fogosos descamisados que en el convento de los Carmelitas le habían cercenado del número de los vivos, no cabe duda de que su conciencia profesional debió esforzarse no poco para no tomar venganza mediante una punción a fondo en el nervio dolorido o una laboriosa extracción saboreada lentamente.

A decir verdad, era incapaz de tan refinadas represalias: era un buen hombre, que conservó siempre su campechanía y buen humor. Poseía probablemente una considerable reserva de estas cualidades, para que no las empañara su desventura, la cual—justo es reconocerlo—era capaz de convertir en melancólico, para el resto de sus días, al hombre más templado de este mundo. Al ver al *ci-devant* de Goy manejar alegremente la rasqueta y el gatillo, nadie seguramente hubiese sospechado que era uno de aquellos desgraciados religiosos cuyos cadáveres, cubiertos de heridas, habían sido acarreados, en un atardecer de sep-

tiembre, a través de calles desiertas, hasta el cementerio del arrabal. Algunos pretenden incluso que el resucitado no supo sustraerse al deseo de ir a los Carmelitas, para volver a ver el sitio «donde había sido muerto», donde lo habían sido también, junto con él—más auténticamente, ¡ay!—tantos venerables hermanos de religión, compañeros de cautividad y martirio. Cuando penetraba en el oratorio, cuyas paredes y suelos estaban manchados aún con su sangre, y se detenía ante el pozo donde habían sido sepultados sus cuerpos, o cuando iba hasta el cementerio de Vaugirard, en que se encontraba *su propia tumba*, de Goy debía experimentar sin duda unas sensaciones muy particulares, al revivir de manera tan singularmente intensa aquellas horas de espanto.

¡Qué inapreciable *cicerone* habrían encontrado en aquel sobreviviente de los acontecimientos, los curiosos que visitaban en secreto el convento de los Carmelitas, que no tardó en convertirse en objeto de discretas peregrinaciones! Después de haber dado cobijo a un baile público y luego a una prisión, el antiguo convento, una vez pasado el Terror, fué adquirido por una piadosa dama, deseosa de sustraer a la profanación aquel trágico inmueble. Se osaba ahora protestar contra los asesinatos pasados; sus autores—aquellos al menos a quienes designaba como tales la opinión pública—eran detenidos y juzgados. El *ci-devant* abate de Goy pudo aparecer ya, sin temor alguno, bajo su

verdadero nombre; para mayor regularidad, se procuró en el municipio una copia de su acta de defunción, y, en posesión de este documento irrecusable, volvió a empezar su existencia. Firmaba a menudo: *el finado de Goy*.

En la época del Directorio, cambió la odontología por un empleo de vicario en San Roque. En 1802 pasó con el mismo cargo a Santo Tomás de Aquino, al mismo tiempo que era ecónomo de la pequeña parroquia de la Abbaye-aux-Bois. Ejerció durante tres años estas funciones. Pero su situación de muerto-vivo influía, a pesar suyo, en su vida. Bien porque se sintiera desligado del mundo, con la conciencia de que no le unía ya a la sociedad ningún lazo legal; bien porque las horrorosas escenas de que había sido testigo le inspiraran una justificada aversión por sus contemporáneos, acabó por tomar, hacia la primavera de 1805, una de las más cuerdas resoluciones: se hizo ermitaño.

Desde hacía quince años, el célebre monasterio del Mont Valérien se encontraba secularizado. Habiendo sido secuestrados en 1791, y convertidos en propiedad nacional, los edificios del antiguo Calvario permanecieron desiertos durante mucho tiempo, tanto por falta de comprador, como por la total ausencia de peregrinos. Después de la caída de Robespierre, el convencional Merlin de Thionville adquirió, por 17.000 francos en papel moneda, aquellas ruinas y las cuarenta y cinco

fanegas de tierra que dependían del monasterio. Para habilitar un alojamiento, hizo derribar las tres cruces ante las que se habían arrodillado los devotos, así como una parte de la iglesia y las celdas de los religiosos; pero luego se cansó de su adquisición, y la cedió por 12.000 francos al *finado de Goy*. Es de suponer que éste tuvo cuidado de hacer constar aquel día, ante notario, para convalidar la transacción, que no era tan difunto como pretendían los registros públicos.

La operación era ventajosísima. ¡Por 12.000 francos compró el Mont-Valérien, con lo que quedaba de sus antiguas dependencias y de su iglesia, sus jardines y sus senderos tortuosos, sus trece hectáreas de prados y viñedos, y, sobre todo, con el maravilloso panorama que se divisa desde lo alto de la colina, dominando la inmensa extensión del bosque de Bolonia y de París entero, los perezosos remansos del Sena, en una extensión de diez o doce leguas, los bosques de Garches y Versalles, y las espesuras de Saint-Germain y de Marly!... El negocio, sobre ser excelente, ofrecía *al finado de Goy* un retiro perfectamente apropiado a su situación de semidifunto, lejos de la tierra en donde nada le quedaba que hacer, y cerca del cielo, en donde esperaba entrar un día. Pues si bien no figuraba aún entre los mártires, poseía, no obstante, todos los derechos a este título, del que había sido despojado provisionalmente, en virtud de unas circunstancias independientes de

su voluntad. ¿Quién se atrevería a asegurar que, en el ardor de sus creencias, no abrigara algún secreto rencor contra los que le habían reintegrado antaño a la existencia? Pues, al fin y al cabo, lo mismo que sus compañeros, había dado su vida en la persecución, sufrido lo mismo que ellos por su fe y soportado animosamente la misma terrible prueba; todo parecía haber acabado, y sonaba ya la hora de la recompensa, cuando el intempestivo celo de tres torpes bienintencionados le cerró las puertas del paraíso, que veía ya abrirse de par en par, para devolverle a las miserias terrenales... ¡Y había que volver a empezar!

El religioso soportó piadosamente aquella contrariedad. Se instaló solitariamente en el Mont-Valérien, ocupado en levantar de sus ruinas los edificios derribados por Merlin, y restablecer las tres cruces en su antiguo emplazamiento. El Calvario así reconstruído comenzó a verse de nuevo frecuentado por los peregrinos, y los eclesiásticos hostiles a la política concordatoria del Emperador se reunían allí para celebrar conferencias.

El *finado de Goy* falleció por segunda vez el 19 de enero de 1806, y fué enterrado en el santuario de su propiedad. La inscripción que figura en su tumba no menciona que el muerto que yace realmente en ella sobrevivió catorce años a un primer fallecimiento oficial e imaginario.

XI

EL REVERSO DE UN ÍDOLO



LÁM. XX.—CHAUMETTE, FUNDADOR DEL CULTO REVOLUCIONARIO.

Gaspar Chaumette, nacido en Nevers, en 1763, y síndico de la Comuna de París en 1792, fué uno de los más resueltos campeones de la sustitución del catolicismo y de toda otra religión tradicional conocida, por el culto de la diosa Razón. A su manera, filántropo y humanitarista, e íntimamente ligado con el sanguinario Hebert, pereció como él en la guillotina, el 24 de marzo de 1794.



LÁM. XXI.—LA FIESTA DE LA DIOSA RAZÓN, EN PARÍS.

Después de abolir en Francia el culto católico, que era allí el tradicional, la Revolución trató de sustituirle por el culto del Ser Supremo y de la diosa Razón, de efímera y liviana vida. La diosa Razón solía encarnarla alguna actriz de teatro, convenientemente ataviada. Y las mojigangas con que se celebraban esas fiestas civicorracionalistas eran tal como se ven en este cuadro de Coessin de la Tolle.

LA memoria de Anaxágoras Chaumette ha sufrido, al cabo de ciento cincuenta años, cierto menoscabo. No es del todo inútil recordar que Chaumette, muy olvidado hoy, fué procurador general de la *Commune* de París durante la Revolución.

¿Habrá también necesidad de advertir que no se llamaba Anaxágoras *de nacimiento?* Se le había bautizado con el nombre de Gaspar, que era el de su padre, un pobre y honrado zapatero del barrio de la Barre, en Nevers. El historiador Aulard ha precisado las peripecias—que aparecían bastante inciertas antes de que este escritor abordara el tema—de los años de juventud de Chaumette, o sean los que Goethe llamaba *años de aprendizaje.* Este aprendizaje de la vida fué para el futuro procurador de la *Commune* singularmente accidentado.

A los trece años, el joven Gaspar, despedido de la escuela eclesiástica en que se había educado, se enroló como grumete a bordo de un navío. En 1782, al alcanzar los diecinueve años, se encuentra de regreso en Nevers, y, después de haber conquistado el grado de pilotín o ayudante de piloto, abandona la Marina y asiste a las clases de Anatomía. Dos años después es cirujano de los hermanos de la Caridad, en Moulins, y miembro del *Logopanteo* de esta misma población. Cansado muy pronto de tales ocupaciones, sueña con embarcar de nuevo; va a Marsella, regresa a Nevers y permanece aquí hasta 1786, «sin ocuparse más que de plantas y libros», según él mismo asegura. Aunque se titulaba «estudiante de Física», se cree que daba lecciones. De febrero a septiembre de 1786, acompaña en sus peregrinaciones a través de Francia al médico inglés S. Tluck, en calidad de secretario y de alumno. Luego viaja por cuenta propia: vuelve a Moulins, va a París, recorre las costas del Océano, regresa a Nevers al principio de la Revolución, y allí se ejercita en «desenmascarar» a eclesiásticos y nobles. En el otoño de 1789, juzgando favorable la hora, emprende el camino de París, en busca de fortuna.

En la época en que llegó, pletórico de esperanzas, a la capital, Gaspar Chaumette tenía veintisiete años. Era un muchacho de estatura bastante baja, de cara «ancha y gruesa, aunque no falta de algunos rasgos delicados». Tenía la nariz abultada, el labio inferior grueso y sensual, el mentón macizo, y los cabellos largos y mal peinados; usaba gafas. En un retrato, grabado en el año segundo de la era revolucionaria, se le representa vestido desaliñadamente, con un cuello arrugado, y una prieta bufanda anudada con descuido, a guisa de corbata. Su fisonomía, en conjunto, es bastante parecida a la de un maestro de escuela de aldea, con ciertas apariencias de ingenuidad y sencillez campesinas.

A decir verdad, era ingenuo, en efecto, y además astuto. Sus mejores biógrafos le pintan, en pocas palabras, como «un hombre del pueblo que sabe servirse del pueblo; entusiasta y rastrero, con fondo de cobardía y pujos de audacia; carácter eminentemente complejo y desconcertante.»

Por lo demás, al llegar a París, aquel pobre diablo carecía de protección y recursos. Sus papeles, que se guardan en los Archivos Nacionales, conservan huellas de las relaciones que sostuvo, hasta la edad de veintitrés años, con dos compañeros de su primera juventud. Los tres amigos no se reunían para cambiar, tan sólo, reflexiones filosóficas; sus cartas, que admiran por su cinismo y sensiblería, revelan abundantemente su depravación. Pero en París cambian los gustos de Gaspar. ¿Sueña acaso en casarse con una mujer rica, que le saque de la miseria? Quizá; pero sufre mucho a causa de su insignificancia: siendo aún niño, le dolía ya sentirse inferior a algunos de sus camaradas, en educación y talento. Uno de sus biógrafos, bastante

bien informado, asegura que nuestro hombre se avergonzaba de la condición en que había nacido, y que en varias ocasiones, humillado por no ser más que «el hijo del tío Chaumette», se negó a reconocerlo como padre.

Se guarda, asimismo, en los Archivos Nacionales, una copia de la fe de bautismo del futuro procurador de la *Commune* de París; en este documento hay dos palabras—las que indican la profesión del padre—que aparecen borradas con una mancha de tinta; una mano, muy poco diestra por cierto, ha tratado de transformar la denominación *maître cordonnier* (maestro zapatero) por la de *marchand bijoutier* (comerciante en joyería). ¿Quién puede haber intentado esta falsificación, sino el propio Chaumette, por vanidad o por interés, con miras, por ejemplo, a un ventajoso casamiento?

No hacía aún tres meses que se encontraba en París, cuando puso casa. Su mujer, «legítima o no, costurera o de cualquier otra profesión», se llamaba Enriqueta Simonin. Chaumette, en aquel entonces, no era ya un indigente; había perorado tanto y tan bien en el club de los Cordeleros, en su sección y en el café Procope, y había publicado tantos libelos y artículos, que el bienestar, y la popularidad por añadidura, se le presentaron—como suelen presentarse en París los éxitos—de manera fulminante. El 20 de octubre de 1792 fué elegido presidente del Consejo general, y dos meses des-

pués era ya procurador síndico. En este punto, lleno de orgullo y admirado de la rapidez de su propio ascenso, anota en su diario íntimo:

El resultado de la votación me ha dado gran mayoría. He sido nombrado procurador general síndico de la Commune *de París. Aclamaciones del pueblo, que demuestra delirante alegría. Recibo muchos elogios y aplausos... ¡Luis Capeto! ¡Luis Capeto!, te apuesto a que, cuando fuiste rey, no disfrutaste tanto como yo.*

Cuando era tan sólo procurador provisional, condujo a Luis XVI desde la prisión del Temple a la Convención, el día en que se inició el proceso del *ci-devant* Rey. Aquella noche consignó en su diario:

He acompañado al ci-devant *Rey en el coche y hasta el pretorio de la Convención. Habiéndome retirado a la sala de conferencias de la Asamblea Nacional, como eran ya las cinco y aún no había probado bocado, un granadero me ofrece pan y aguardiente. Luis Capeto me ve comer. «¡Ay de mí—me dice—, mi querido señor Chaumette! Tampoco yo he probado aún bocado; dadme, por favor, un poco de pan.» ¡Y lo comparto con él! ¡Santo Dios! ¡Qué reflexiones! ¡Oh sagrada humanidad, sé siempre mi divinidad y mi guía!*

El horror que siento por los reyes no me ha impedido el ser hombre. Volví a acompañar a Luis Capeto hasta el Temple... Actitudes tumultuosas, gritos siniestros, todo lo calmé. Son las ocho y se encuentra encerrado en su torre...

Le han salido tres dientes a mi hijita, sin dolor.

Tal era la manera de ser de Chaumette, y en ese mismo estilo en que escribía, hablaba a los parisienses: familiarmente, con afectada vulgaridad y súbitos arranques de teatral y grosera elocuencia. Sería no tener la menor idea del pueblo de entonces, tan nuevo, niño y crédulo—aquel pueblo cuyos amos no le habían hablado nunca directamente, sino de manera administrativa o autoritaria—, si no se comprendiese cómo pudo darse el éxito de *Anaxágoras*. Gaspar ya había adoptado entonces aquel nombre de la antigüedad, que desconcertaba un poco y admiraba mucho. Ya no buscaba ahora ilusionar sobre la profesión de su padre; no, no: el ídolo de París era, efectivamente, hijo de un pobre zapatero, y daba mucha importancia a su oscuro origen y a su pasada indigencia. El día en que instauró en Notre-Dame la «diosa Razón», cuando proclamó ese nuevo culto del que era a la vez creador y pontífice, pudo creerse igual a un dios. He leído en alguna parte que, al hacer la policía pesquisas, por aquellos días, en casa de una buena mujer de la que sospechaba que celebrase en su casa ceremonias religiosas, cuando penetraron los esbirros en la buhardilla, encontraron allí una especie de altar en el que ardían dos velas, entre las cuales estaba colocado, muy visiblemente... ¡el retrato de Chaumette!

Mas, ¡ay!, qué corto fué aquel triunfo, y qué encontrados pensamientos debieron de afluir al cerebro del pobre hombre, cuando, yendo en

carreta al cadalso, pasaba por entre aquel pueblo que le había adulado y ahora le abucheaba y se burlaba de él. ¡Cómo! ¿Todo había concluído? ¿Era posible? ¡Haber escalado en dos años, desde tan bajo, tan altos puestos; haber tenido a París en las manos, tratándole como a un niño grande a quien se riñe, y verse ahora abandonado de este modo!... ¡Qué desastre!

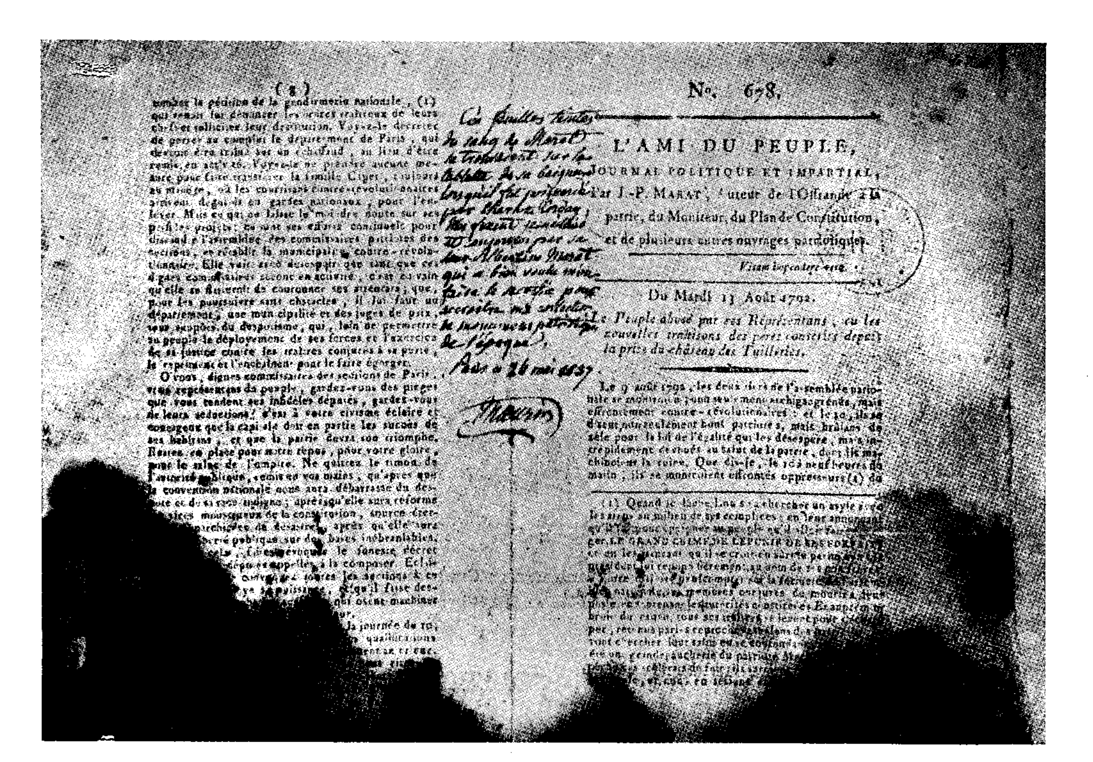
Se ignora qué se hicieron, después de la catástrofe, de la mujer y la hija de Chaumette. A la hija, llamada María Juana Laura, se la había enviado, siendo aún muy niña, a Nevers, a casa del abuelo Chaumette. Consérvase una carta de este buen hombre, fechada un mes antes de la ejecución de *Anaxágoras*, en la que se lee: «Tu madre está muy resfriada, y Laura también un poquito; pero sigue muy bien de salud; tiene mucho apetito y habla como una cotorra.» Es el único rastro que se conoce de la criatura; nadie ha sabido nunca en Nevers cuál fué la suerte de esta chiquilla que había tenido por padre al ídolo efímero de París.





LÁM. XXII.—MARAT, ASESINADO EN SU BAÑO.

Mientras estaba corrigiendo unas pruebas de su periódico *El Amigo del Pueblo*, metido en el baño donde procuraba mitigar una enfermedad cutánea, Marat fué acuchillado y muerto por Carlota Corday. *(Cuadro del gran pintor contemporáneo David*, 1748-1825.*)*



N°. 678.

L'AMI DU PEUPLE,

JOURNAL POLITIQUE ET IMPARTIAL,

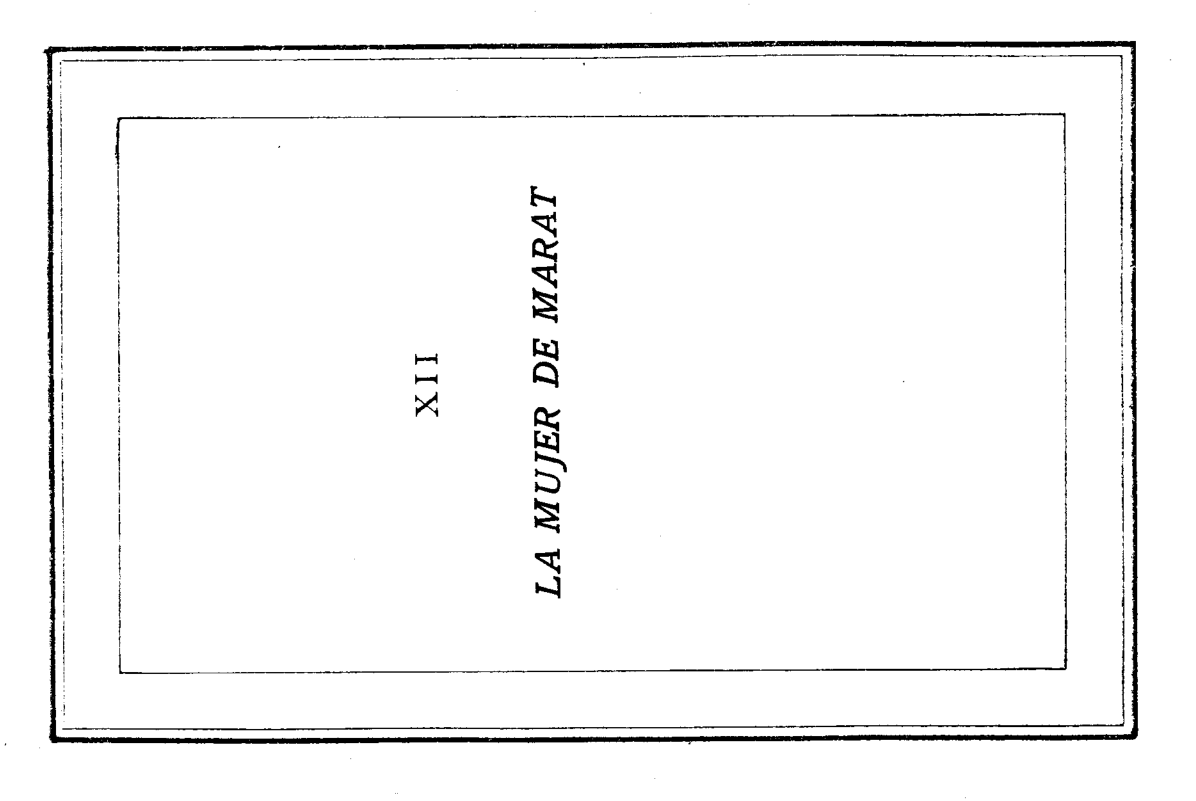
Par J.-P. MARAT, Auteur de l'Offrande à la patrie, du Moniteur, du Plan de Constitution, et de plusieurs autres ouvrages patriotiques.

Du Mardi 13 Août 1792.

Le Peuple abusé par ses Représentans, ou les nouvelles trahisons des pères conscrits depuis la prise du château des Tuileries.

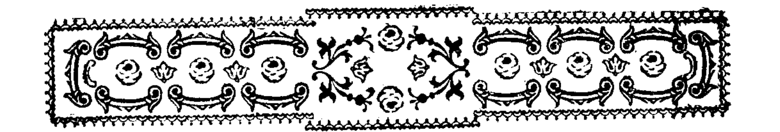
LÁM. XXIII.—LAS PRUEBAS MANCHADAS DE SANGRE.

Pruebas de *El Amigo del Pueblo*, del martes 13 de agosto de 1792, que Marat estaba corrigiendo cuando fué asesinado. Los grandes borrones que se ven en la parte inferior son manchas de sangre del propagandista revolucionario. *(Colección del bibliófilo De Vinck.)*



XII

LA MUJER DE MARAT



LAS jóvenes provincianas que acuden a París en busca de fortuna, están expuestas a muchos peligros. Creo, sin embargo, que son muy pocas las que tienen la mala suerte que le cupo a una joven obrera de Tournus, en Saône-et-Loire, cuya historia es en extremo peregrina.

Se llamaba Simona Evrard; su padre, un carpintero de ribera, vivía en Tournus, en el barrio de la Pescadería, situado en el muelle del Norte. No era muy rico y tenía tres hijas, las cuales, llamadas desde París por una de sus compatriotas, la señora Piot, que tenía una tienda de lencería y de modas, desembarcaron en la capital con la esperanza de ganarse bien la vida. Ninguna de las tres logró conquistarse un nombre en el comercio de «novedades»: la primera casó con un cocinero; Catalina, la segunda, enamoró a un obrero impre-

sor, que se casó con ella, y la última, Simona, después de vivir un tiempo en casa de la señora Piot, la abandonó para colocarse como obrera de una fábrica de agujas de reloj.

Todo esto ocurría a fines del reinado de Luis XVI. Simona, nacida en 1763, tenía a la sazón veintiséis años. No era bonita, pero sí muy esbelta, según dos informes distintos, y contradictorios. Tenía los cabellos y las cejas de color castaño, el mentón redondo, la nariz aguileña y la cara ovalada, señas que no la particularizan con demasiada precisión. Sus ojos se indican, ora castaños, ora grises; según uno de los informes, su boca era mediana, y grande según el otro. Convengamos en que la fisonomía de Simona Evrard era insignificante.

Habitaba, en 1790, en la calle de Saint-Honoré, en casa de su hermana Catalina. Allí fué, sin duda, donde por primera vez oyó a su cuñado, el obrero impresor, hablar de un escritor a quien la policía de La Fayette perseguía como a un peligroso energúmeno. Se llamaba Juan Pablo Marat. Aquel perseguido, «rodeado de espías y asesinos», corría de escondite en escondite, sin poder publicar regularmente su diario, el *Amigo del Pueblo*, ni lograr dormir dos noches consecutivas en la misma cama; vivía en los sótanos, donde escribía a la luz de una lámpara maloliente, con la cabeza envuelta, para calmar sus jaquecas, en un pañuelo humedecido con vinagre. Se refugió, incluso, en las

canteras de Montmartre, que fué el punto a donde acudió el marido de Catalina Evrard para encontrarle y ofrecerle un asilo en su casa de la calle de Saint-Honoré, donde conoció a Simona.

Está notoriamente reconocido que los periodistas gozan de indiscutible prestigio entre las mujeres. Los más ilustres de la corporación han debido su renombre a célebres e históricas conquistas femeninas. Es evidente que este prestigio ha tenido que ser muy fuerte en todos los tiempos, para que la modesta obrera en agujas de reloj se entusiasmara, como sucedió, con el libelista acorralado. Sobre un cuerpo de menos de cinco pies de altura, Marat balanceaba una cabeza enorme y desproporcionada; tenía la cara huesuda, la nariz aplastada, la boca torcida y la tez de color de plomo. Encorvado de espaldas, levantaba un tanto su faz repugnante, y daba saltos, más que andaba. Era desaseado, iba vestido sórdidamente—poco más o menos «como un cochero de punto astroso»—, con una levita verde, y calzaba las botas en los pies desnudos; llevaba un espadón y dos pistolas en el cinto y, puesto en la cabeza, un gorro rojo o el pañuelo apestando a vinagre. Cuando quería acicalarse, se ponía una piel de tigre, a guisa de bufanda, sobre un levitón a la francesa. Por añadidura, le roía una sarna asquerosa; los insomnios, las privaciones y las angustias habían contribuído a que aquella erupción le invadiera todo el cuerpo, de cintura para arriba; y, además,

llevaba los muslos cubiertos de huellas de ventosas. Debemos todos estos detalles al estudio retrospectivo, de carácter especial, que el Dr. Cabanès ha consagrado al estado patológico del personaje.

* * *

Simona Evrard amó, a pesar de todo, a este monstruo, y le amó con toda su alma, durante toda su vida. Lo que más desconcierta es que, en contacto con él, adquirió una especie de heroísmo: aquella pobre muchacha de Borgoña, a fuerza de rozarse con él, acabó por convertirse en una espartana. En primer lugar, su afecto y abnegación son admirables: sacrifica a aquel hombre sin asilo su reposo, su reputación y el poco dinero que a fuerza de trabajo ha podido economizar. Convertida en su criada, le prepara el baño y la comida, le cuida como a un niño enfermizo, le admira, le mima y le adora. El más tierno y delicado de los poetas no podría ser adulado de mejor modo. No parece, por otra parte, que comparte los odios de su amado, pues ni aprueba ni critica sus odiosas delaciones. ¿Lee acaso lo que él escribe? Y si lo lee, ¿lo comprende? ¿Sabe lo que diferencia a la Gironda de los jacobinos, o a los federales de los patriotas?

Nada lo prueba.

Le quiere sin ningún prejuicio de fama o de fortuna, quizá porque es ella la única que quiere

a aquel objeto de universal horror, o tal vez porque el mundo entero le desprecia y le odia. No espera ni recibe nada de él. Le ha prometido casarse con ella, y mantiene su compromiso, pero lo realiza de manera un tanto fantástica. En efecto, como no acepta las «vanas ceremonias», llama un día a Simona a la ventana de su habitación, y, poniendo su mano en la de su compañera: «En el vasto templo de la Naturaleza —le dice—, tomo al Creador, que nos oye, por testigo de la eterna fidelidad que te juro.» Sin duda, Marat, que andaba muy ocupado, juzgaba que no le quedaba tiempo de hacer más y mejor; sin embargo, eran muchas las mujeres que no se hubieran contentado con aquella simplificación de los ritos. Pero la dócil Simona se da por satisfecha con esta mixtificación, y seguramente su corazón desborda de reconocimiento. No abandona a su querido y sanguinario demagogo; le protege contra los indiscretos; aparta a los visitantes importunos y guarda la puerta. Incluso siente algo de celos cuando, una tarde de julio, se ve obligada a dejar entrar a una bonita muchacha, elegante y fresca, con un abanico en la mano y una pañoleta rosa sobre los hombros, en la cual, por instinto amoroso, adivina un peligro... Pero Marat, desde la bañera en donde trata de calmar su incesante prurito, ordena que se introduzca a la desconocida—el lector habrá ya adivinado que es la doncella vengadora, Carlota Corday—, y Si-

mona, a pesar de su aprensión, obedece... Ella es también quien acude al grito ronco del moribundo; ella la que, habiendo tropezado con la asesina, de pie e inmóvil junto a una de las cortinas de la antecámara, la coge por el cuello y la sujeta hasta que acuden los vecinos.

Aquel a quien tanto amara no había tomado ninguna disposición a su favor. Su pseudo matrimonio, a lo Rousseau, no le otorgaba ningún derecho; mas, para todos, incluso para la familia del libelista, fué en adelante *la viuda Marat*. Le quedaba, por todo recurso, una pensión del Estado, de 560 libras. Algunos descamisados entusiastas pensaron acudir en su ayuda. Se recuerda también que el ciudadano Arnoux, director del hospital de Montpellier, un *puro*, seguramente, ofreció 50 libras, a descontar anualmente de su sueldo, para subvenir a las necesidades de la compañera del *Amigo del Pueblo*. «Si la nación entera—decía aquel meridional, lleno de ilusiones—no imitaba su ejemplo, él daría las tres cuartas partes de sus rentas.» La nación no siguió aquel generoso impulso, y, a pesar de ello, Arnoux, enfriado muy pronto, conservó sus ingresos. Pero la Convención ordenó, un día, a Simona que compareciera a su presencia. Eran tres semanas después de la muerte de Marat: oportuna ocasión para la pobre mujer, si deseaba reclamar un importante subsidio, y «acuñar moneda» sobre la conmovedora actualidad.

Mas ella no pidió ni aceptó nada; antes bien advirtió, desde sus primeras palabras, que rechazaría cualquier subsidio pecuniario. Y luego, ciertamente, habló la humilde obrera; habló en medio de aquel tumultuoso pretorio, en presencia de los más afamados oradores, ante aquella aterradora asamblea, y habló sin timidez ni embarazo; incluso, como si la elocuencia hubiese sido en aquel lugar contagiosa, pronunció un discurso de carácter altivo y forma clásica, lo mismo que hubiera podido pronunciarlo cualquiera de los humanistas allí reunidos. «Ciudadanos—dijo—, tenéis ante vosotros a la viuda de Marat. No vengo a pediros los favores que codicia la liviandad o reclama la indigencia: la viuda de Marat no necesita más que una tumba.» Y, prosiguiendo el discurso, comenzó a denunciar, «ante el pueblo francés y el universo entero», a los que en hojas periódicas exaltaban sin pudor a Carlota Corday; y concluyó asegurando que consagraría los últimos días de su penosa vida, a procurar la rehabilitación del más intrépido y ultrajado de los defensores del pueblo.

Estos «últimos días» se prolongaron, precisamente, durante treinta y un años; pero la viuda de Marat cumplió fielmente su juramento: no se oyó hablar más de ella, y este silencio, como suele decirse, es el más hermoso homenaje que puede tributar una mujer a la memoria de un esposo.

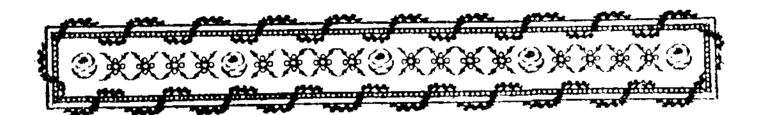
Simona vivió en la calle de Saint-Jacques, en casa de Albertina Marat, hermana del *Amigo del Pueblo*. Las dos mujeres no se separaron más; solitarias, confundieron sus recuerdos, su dolor y su admiración por aquel a quien no cesaron de llorar. En el mes de pradial del año tercero, detenidas en Santa Pelagia, permanecieron tres meses encarceladas. Una orden del Comité de Seguridad general las liberó. Molestadas de nuevo a principios del Consulado, cuando la explosión de la máquina infernal, se las reconoció inocentes de toda concomitancia con los jacobinos. El Gobierno no podía imaginar que la viuda y la hermana de Marat no estuviesen mezcladas en todos los complots. Nada más alejado, sin embargo, de su pensamiento. Profesaban verdadero culto al hombre nefasto y tan querido, que, según decía Albertina, «tuvo por misión regenerar al mundo»; pero esta admiración exclusiva por su ídolo las hacía creer que no había otro hombre de talla suficiente para sucederle, y así vivieron en la adoración de aquel cadáver, considerando que ya nada existía, puesto que había muerto Marat.

Simona Evrard se instaló a principios del siglo XIX en la calle de la Barillerie, frente al Palacio de Justicia, en una reducida habitación de un quinto piso, compuesta de una sola pieza oscura, pero limpia, que compartía con Albertina. Simona trabajaba de nuevo en el corte de agujas para relojes, y Albertina fabricaba muy hábilmente piezas para lo mismo. ¿Cuáles serían las frases que cambiaban mientras proseguían su trabajo, la lente pegada al ojo? Hablaban de *él*, de su bondad, de su dulzura, y también de la horrible muchacha, de la odiosa normanda que una tarde... ¿Por qué la había dejado entrar Simona? Nunca se lo perdonó... Pero ¿quién habría adivinado la tragedia, al ver a aquella mocosa endomingada?

Con la restauración de los Borbones llegaron los malos días: Simona y Albertina se vieron frecuentemente molestadas. El Gobierno desdeñaba a aquellos náufragos de la Revolución; pero las mezquinas cobardías campaban por sus respetos. Se sabía que vivía allí la viuda Marat—Simona conservaba animosamente este peligroso título—, y no faltaban los que, habiendo seguido veinte años antes el cortejo fúnebre del *Amigo del Pueblo*, se erigían ahora en fervientes defensores «del trono y del altar» e insultaban a aquella obstinada anciana. Esta pensaba dejar su habitación, para trasladarse a un barrio lejano, y se resignaba ya a cambiar de nombre, cuando, a consecuencia de una caída, tuvo que meterse en cama, y murió, el 24 de febrero de 1824. El relojero Ramu—su patrón, sin duda—se encargó de dar cuenta del óbito a la alcaldía, y Simona Evrard fué inscrita oficialmente, en lo tocante a su estado civil, como viuda de Juan Pablo Marat.

XIII

«*MARI-JUANA*»



Era uno de los seis cañones relucientes, coquetones y alargados, con asas y muñones esculpidos en forma de delfines, y culata con cabeza de medusa, que el cardenal Richelieu poseía en su arsenal particular, y con los cuales armaba en caso necesario los bastiones que rodeaban su castillo. Semejante prerrogativa parecería hoy extraña, pues cuesta imaginar a uno de nuestros ministros viajando acompañado de su artillería particular. Pero en aquellos tiempos a todos parecía natural.

La elegante culebrina fué requisada por los *azules*, en 1792, en cuanto estallaron los primeros motines de los campesinos del Oeste. Éstos sólo disponían, al principio, de viejas escopetas de caza, de hoces y horquillas; pero no tardaron en conseguir la manera de combatir con armas iguales

a las de sus adversarios. En efecto, a medida que la Convención enviaba a sus tropas fusiles y cañones, los vendeanos se apoderaban de ellos; las expediciones enviadas por la posta de París casi nunca llegaban a su destino, sino que pasaban íntegras a poder de los rebeldes. Tanto es así, que un jefe realista, a quien gustaba bromear, escribió un día al ministro Bouchotte: «Nos encontramos en este momento suficientemente provistos de bocas de fuego; le ruego, pues, señor, que no se preocupe por enviarnos otras.»

Unos *blancos*, o partidarios de la realeza, habían tomado a los republicanos, entre otras, dos piezas de cañón, luego célebres, que bautizaron inmediatamente, una con el nombre de *el Misionero*, por irónica alusión a los argumentos con que sus rivales les invitaban a adherirse a la República, y la otra con el de *el Brutal*, a causa del formidable ruido de sus detonaciones.

En la batalla de Corón, el 16 de marzo de 1793, los guerrilleros *blancos* de Cathelineau se encontraron frente a frente con ciertas tropas de guardias nacionales. La lucha se hacía por ambas partes cada vez más encarnizada, y su resultado permanecía incierto, cuando, capitaneados por Bruneau, llamado *Six-Sous*, los campesinos se arrojan furiosamente sobre los republicanos; saltan los setos, se lanzan al ataque contra los *azules*, armados de hachas, hoces y picas, y cortan, hienden y abaten con irresistible furia. Los

guardias nacionales huyen en desorden, abandonando, para correr mejor, sables, cartuchos y fusiles, así como también un larguirucho cañón, del que se apodera triunfalmente *Six-Sous:* ¡era la culebrina de Richelieu! ¡Espléndido botín! Los campesinos la rodean, para examinarla y admirarla. La pieza está cubierta de escudetes y dorados; la figura de mujer que se encuentra esculpida en la culata, ¿no será la Virgen María? ¡Ah, sí! ¡Es ella! No ha querido permitir que su imagen permaneciera en manos sacrílegas. Inmediatamente, la admiración se convierte en veneración; todos quieren verla y tocarla; es un fetiche; se la aclama, acaricia y abraza, y el mismo día, a petición de Cathelineau, el padre Barbotin, limosnero entonces del ejército católico, bendice solemnemente la culebrina en el propio campo de batalla, entre cánticos y aclamaciones. Se le puso el nombre de *Mari-Juana*, formado con los nombres de pila de las hijas de los dos primeros artilleros que se destinaron a su servicio.

Mari-Juana conquistó instantáneamente la popularidad; era el orgullo del ejército campesino, su amuleto en los combates, puesto que *daba* la victoria. Así, pues, ¡se la adoraba! La señora de la Rochejacquelin, que la vió en una plaza de Bressuire, la consideró como «un trabajo tan acabado, que no es posible ver nada más perfecto»; la vió rodeada de campesinos que la besaban. El hermoso cañón parecía, incluso, sensible a

estos homenajes; su voz tenía en la batalla resonancias gozosas; se distinguían sus detonaciones entre todas las de las restantes piezas. Stofflet, al cargar contra el enemigo, gritaba, embriagado, a los *azules:* «¿Oís? ¡Es *Mari-Juana!*» Ella era siempre la que disparaba primero, dando la señal de ataque, y la que, después de la victoria, cargada de flores y cintas, recibía las felicitaciones y los homenajes. Cuando se alimentaba su angosta garganta con pedazos de marmita y de calderos rotos, parecía satisfecha, y luego escupía su metralla sobre los enemigos del Rey, con rugido de orgullo y precisión milagrosa.

Pero, ¡ay!, que, mujer al fin, y sintiéndose demasiado amada, acabó por ser infiel y dejó que la raptaran. Fué en Fontenay, el 16 de mayo; sus defensores habían sido acuchillados hasta el último, y el fuego de los *azules* mantenía a los vendeanos a distancia. Pero no importa; ante todo, es preciso no abandonar a *Mari-Juana.* Corren hacia ella ochenta muchachos, la alcanzan, se abrazan a su cuerpo ardiente, tratan de rescatarla y la besan llorando de alegría... Pero la caballería republicana carga contra ellos y, tras acuchillarlos a todos, se lleva a rastras el cañón. La desesperación fué tan unánime en el ejército real, que durante un instante pudo creerse que se iba a producir la desbandada. ¡Cómo! ¿Regresar a casa dejando a *Mari-Juana* en poder de los impíos? ¿Quién era capaz de resignarse?

Puede decirse que la batalla que tuvo efecto

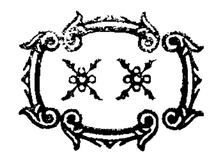
ocho días después, el 25 de mayo, la libraron ambas partes por el precioso cañón. Los representantes del pueblo habían prometido 25.000 libras a los artilleros, si lograban impedir que la pieza fuese rescatada por los rebeldes—25.000 libras en papel, sin duda—. Los generales vendeanos ofrecieron a su vez una prima de cien escudos, en buena moneda—lo que valía más—, a los que la devolvieran al campamento del ejército real. El ataque alcanza una impetuosidad loca: los batallones republicanos que defienden los alrededores de Fontenay, quebrantados al primer choque, se dispersan y abandonan su artillería; pero *Mari-Juana* no está allí. Los realistas se arrojan sobre la población entreverados con los fugitivos, que no hacen más que atravesarla. La victoria de los *blancos* es completa; pero el cañón sagrado no ha sido rescatado: unos gendarmes a caballo lo llevan arrastrando por el camino de Niort. Una treintena de jinetes vendeanos se lanzan en su persecución, y alcanzan a la culebrina en la aldea de Grages. Allí se entabla la lucha; *Mari-Juana* es tomada, perdida y vuelta a conquistar; pasa seis veces de las manos de los *azules* a las de los campesinos; son muchos los héroes que, pertenecientes a los dos bandos, caen sobre su hermoso cuerpo de bronce. Un *chuán,* Paire Rochard, herido en la cabeza y en los brazos, la abraza y la baña con su sangre; seguidamente se le juntan y le apoyan otros, como

Forest, Picherit y Codillón; pero la gloria de ahuyentar a los últimos gendarmes y libertar a *Mari-Juana,* pertenece a Piot.

Todos se arrodillan ante ella, hundiendo la frente en el polvo; la oprimen con sus brazos; desenganchan los caballos que la arrastraban, la llevan hasta Fontenay y la pasean triunfalmente por la ciudad, entre las aclamaciones del ejército, que cae de rodillas a su paso. Los soldados del Rey, con el rosario en la mano y el fusil al hombro, acuden en fila a besar a *Mari-Juana,* reconquistada al fin; los hombres le vierten encima jarras de vino, y las mujeres le arrojan flores y la cubren de cintas. Se la lleva, en fin, a la iglesia, mientras repican las campanas, y se canta un *Te Deum* en su honor. Piot cobra los 300 escudos ofrecidos y recibe el abrazo de todos los jefes del ejército.

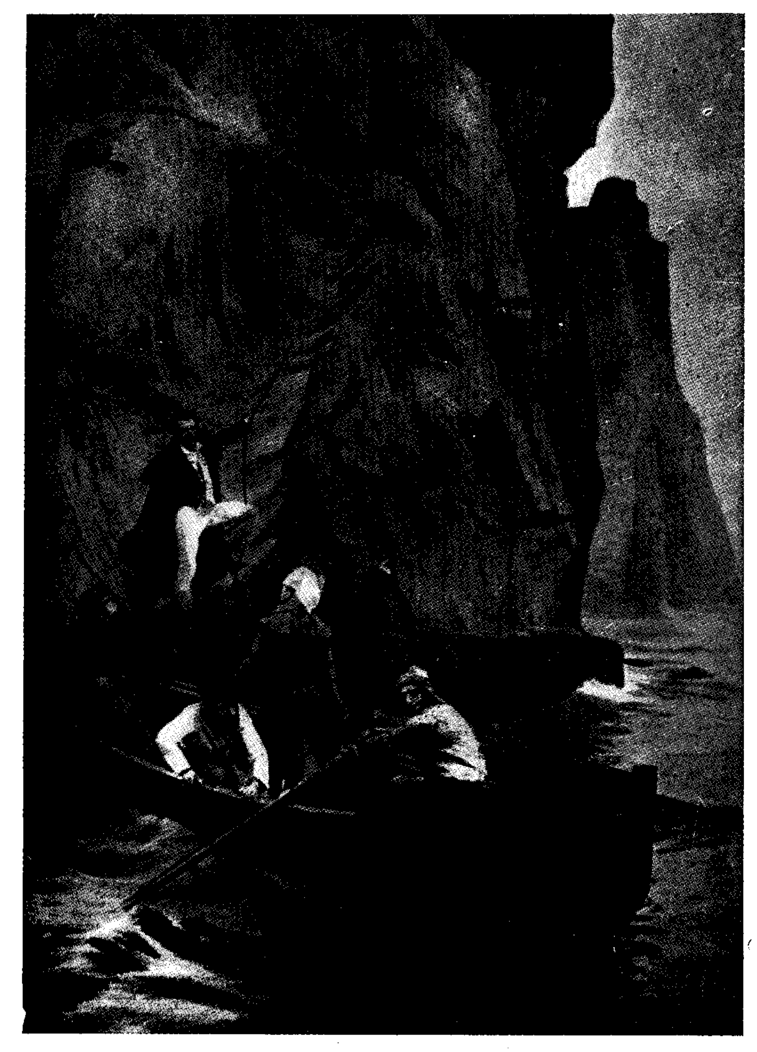
Entre varios historiadores de la Vendée surgió antaño una discusión, a fin de saber qué se había hecho de *Mari-Juana.* Algunos creían que la habían rescatado los republicanos, después del paso del Loira, y la habían depositado en los Inválidos. Un erudito local, el señor Enrique Bourgeois, director de la *Vendée Historique,* parece haber dicho la última palabra sobre la cuestión. La pieza conservada en los Inválidos es una de las que pertenecieron al cardenal Richelieu; es la hermana gemela de *Mari-Juana,* pero no la propia *Mari-Juana.* Ésta, rajada cuando la toma de

Saumur, fué arrojada al Loira por los mismos vendeanos, después de la derrota de Cholet. ¡Cuán conmovedor debió de ser el supremo adiós de los rudos campesinos, en aquel gran desastre, al abrazar por última vez a su querido cañón, su salvaguardia, y ver luego, con los ojos preñados de lágrimas, cómo se hundía en el agua verdosa que se lo tragaba!



XIV

PRISIONERO DE LOS VENDEANOS



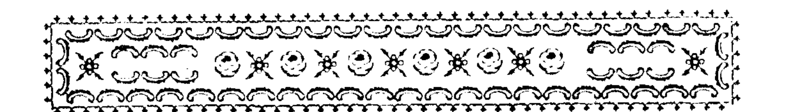
LÁM. XXIV.—LOS ENEMIGOS DE LA REVOLUCIÓN Y DEL IMPERIO.

Escenas como ésta se dieron constantemente durante la Revolución Francesa y los comienzos del Imperio. Los enemigos irreconciliables de los regímenes que sucedieron a la Monarquía derribada, especialmente los partidistas bretones, llamados *chuanes*, desembarcaban en las costas atlánticas y fomentaban en Francia la guerra civil.



Lám. XXV.—Los vendeanos de La Rochejacquelin.

La región del oeste de Francia, llamada La Vendée, fué la que más tenaz resistencia opuso a la Revolución. Sus masas de campesinos, católicas y monárquicas, al mando de caudillos fanáticos, como La Rochejacquelin, combatieron ferozmente contra las milicias revolucionarias.



José Clemenceau era, en 1793, juez electo para el tribunal del distrito de Beaupréau, en Maine-et-Loire. Era el tipo perfecto del burgués de otros tiempos, instruído, fundamentalmente honrado, celoso y obstinado paladín de su independencia, y cumplidor de su deber hasta el último extremo. Pero en aquella comarca, indignada ante la persecución de los sacerdotes insumisos a la Constitución civil del clero y la leva de 300.000 soldados decretada por la Convención, el mero hecho de ser republicano y funcionario del nuevo régimen situaba a un hombre entre los *azules*, los *patanes* y los enemigos del orden y la religión.

En la noche del 12 al 13 de marzo de aquel año de 1793, el ejército vendeano se apoderó de Beaupréau, cuya guarnición constaba tan sólo de treinta ciudadanos de buena voluntad, entre

los cuales se había enrolado el propio Clemenceau. Los vencedores invaden su casa, le prenden y se lo llevan a la plaza del Castillo, donde se encuentran ya reunidos los demás defensores de la población. Tras insultarles y amenazarles, se les notifica que serán fusilados por la tarde. Los vendeanos recorren las calles en procesión; van armados con estacas, horquillas, hoces y porras, y rezan el rosario y entonan cánticos. Al toque de rebato de las campanas de la iglesia, responden todos los campanarios de las aldeas de los alrededores. Los cantos religiosos se mezclan con las vociferaciones, pues muchos de estos campesinos han bebido más de la cuenta y reclaman a gritos la ejecución inmediata de los prisioneros. D'Elbée, uno de los jefes, se opone, y, por la noche, se conduce a los vencidos al castillo. Se les encierra bajo la custodia de doce hombres armados con cuchillos y sables, cuyo furioso ademán y febril agitación no tienen nada de tranquilizador. Al amanecer, se oyen todavía clamores de muerte y letanías; casi al mismo tiempo, truena el cañón por la parte de Cholet; no duerme nadie. El tumulto, la embriaguez y el hormigueo van constantemente en aumento; parece como si aquel país, tan riente, tranquilo y pacífico de ordinario, se hubiese convertido en una hoguera, a la que un formidable huracán comunicara un frenesí contagioso.

Clemenceau confiesa que tuvo mucho miedo. Creyó llegada su última hora, y no se las da de

héroe. Lo que más le aterraba era el delirante entusiasmo de aquellos campesinos, a los que había conocido sencillos y hasta impasibles, ocupados tan sólo, con docilidad y sumisión, en los trabajos del campo y de sus ganados, como si sólo fuesen capaces de apasionarse por sus intereses materiales. Hasta el final de su vida, que fué larga, obsesionó a Clemenceau el misterio de aquella trágica metamorfosis, que fué siempre para él inexplicable, aunque se hubiese impuesto la tarea de escribir—más para tratar de ver claro, que para instruir a los demás—una historia de la guerra de la Vendée. Veinte años después de la insurrección, anotó sus recuerdos personales y consignó minuciosamente todas las peripecias de su cautiverio, que aún persistían muy vivas en su espíritu. Este manuscrito, después de permanecer inédito durante mucho tiempo, fué publicado por el padre Uzureau, y ofrece la particularidad de ser el único relato, según creo, de las desventuras de un *azul* cautivo en el campo vendeano.

* * *

Ser prisionero de guerra de un ejército que carece de cohesión, territorio, plazas fuertes, policía, guarnición y permanencia de toda clase, supone ya una situación bastante extraña. Mas lo que presta mayor interés a la narración, es que Clemenceau pudo ver entre bastidores la insurrec-

ción realista, y esto casi sólo lo conocemos por lo que él nos dice. Podría creerse muy bien que, llevado de aldea en aldea por los vendeanos, a través de un país rebelde, fué en todas partes abucheado, escarnecido y tratado de canalla y renegado, y que sólo encontró energúmenos dispuestos a hacerle expiar muy caras sus opiniones republicanas. Nada de eso. Su situación no era, ciertamente, muy cómoda, pues, habiendo sido detenido al saltar de la cama, llevaba por todo vestido una levita con los codos rotos; no se le dejó tiempo, por otra parte, para proveerse de un solo sueldo ni de un «asignado» o billete. Atado con una cuerda a uno de sus colegas del tribunal de Beaupréau, fué, a marchas forzadas, de ese pueblo a Montfaucón, y de Montfaucón a Tiffauges, a Cholet, a Mortagne-sur-Sèvre, donde permaneció cuatro meses, y a Châtillón, donde pasó seis semanas más. Se le alojaba, al azar de las etapas, en iglesias abiertas a los cuatro vientos, en casas abandonadas y, a menudo, en verdaderas mazmorras. Más de una vez tuvo la impresión de que se le iba a ejecutar de un momento a otro. Le pareció que dos de los jefes del ejército católico se habían empeñado en perderle: d'Elbée, a quien veía a menudo a la cabeza de las columnas campesinas, montado a caballo, con el sombrero en la mano, ora exhortando a los soldados, ora cantando con ellos, con su voz ronca, himnos patrióticos, o recitando plegarias, y el feroz

Marigny, a quien después hizo justicia Stofflet.

Por el contrario, muchos otros demuestran compasión por el prisionero, que parece exagerar un tanto la importancia que se da a su persona y los peligros que le amenazan. Algunos de los incidentes que relata son particularmente significativos. En el mes de mayo, se encuentra en Mortagne-sur-Sèvre, encerrado, con dos o trescientos detenidos como él, en un convento deshabitado. Cada una de las casas del burgo está obligada a proporcionar comida a cierto número de prisioneros, y los habitantes, rivalizando en espíritu caritativo, se aplican a atenderles lo mejor posible. Mas no por ello deja el cautiverio de ser triste, y Clemenceau se aburre. Ha oído hablar de una dama realista, cuyas virtudes y tolerancia elogia todo el mundo; se llama la señora de La Tremblaye y vive en el castillo de Mortagne. El detenido desearía entrar en relación con ella, pero ¿cómo acercársele? En el convento convertido en prisión se le vigila estrechamente. Con todo, un buen día, se dirige resueltamente al centinela, que vela a la puerta del calabozo, y se atreve a pedirle que le permita salir un momento. El centinela consiente. Y he aquí a Clemenceau en libertad, atravesando la población sin que nadie se preocupe de él. El régimen en las prisiones de la Vendée era, sin duda, menos severo que en las de la República.

* * *

Llegado a casa de la señora de La Tremblaye, vistiendo siempre su levita agujereada, se le recibe inmediatamente en el salón. Clemenceau se da a conocer. Un sacerdote que se encuentra allí le reprocha bastante torpemente sus opiniones avanzadas, y él respinga y replica en forma que no hubiera sido prudente emplear ante un presidente de comité revolucionario. Con todo, la entrevista deriva muy pronto hacia el terreno sentimental, y el cura realista abraza con efusión al juez republicano. Al quedarse solo con la dueña de la casa. Clemenceau expone el motivo de su visita. Es acogido de la manera más deferente y afectuosa. La señora de La Tremblaye le asegura que «sea cual fuere el modo de pensar de cada uno, hay que dejar a todo el mundo, en este aspecto, en plena libertad»; deplora por su parte aquella guerra fratricida, en que el fanatismo deshonra a la religión, y el espíritu de partido sirve de pretexto a crímenes espantosos. Le promete realizar cerca de los jefes realistas las gestiones necesarias para mitigar su cautiverio, y le autoriza para que use de su nombre en caso de necesidad. Algunas semanas después, sintiéndose amenazado, hizo un llamamiento a su protectora, la cual defendió personalmente su causa ante el Consejo superior del ejército católico, hasta lograr que su patrocinado fuese trasladado a Châtillón.

Ocho meses después, la animosa y caritativa señora de La Tremblaye fué apresada por los *azules* y fusilada sin misericordia.

Internado, pues, en Châtillón, Clemenceau se vió encerrado en la cárcel de la ciudad, bajo la vigilancia de un guardián que a primera vista no le pareció despiadado. Contó sus desdichas a aquel hombre, el cual, movido a compasión, le cogió por el brazo y le paseó por la ciudad. En ella se encontraba entonces reunido el consejo de los jefes de la Vendée. El prisionero se hizo acompañar audazmente a la casa donde los jefes celebraban sus reuniones, y llamó a uno de ellos, Michelin, a quien había conocido antes. Michelin le compadeció en su situación y obtuvo inmediatamente de sus colegas que Clemenceau tuviera por cárcel la ciudad; a condición de no salir de ella, podía considerarse como absolutamente libre. Michelin le indicó incluso la hospedería del *Bosque de Vincennes*, para que se instalara con toda comodidad.

El cautivo se dirige, pues, su palabra empeñada, al afamado albergue, que es donde se apean los más encopetados personajes del país, todos ellos realistas, que gozan de gran crédito en el Estado Mayor vendeano. ¿Cómo se le recibirá, con su levita hecha jirones, su cara de lástima y su sello republicano? Además se encuentra sin dinero y sin medios de procurárselo. Expone su situación al posadero, quien, en tono de sinceridad, asegura que se verá muy honrado concediéndole crédito, y que le tratará como al más desprendido de sus pensionistas. Clemenceau se sienta, pues, a la

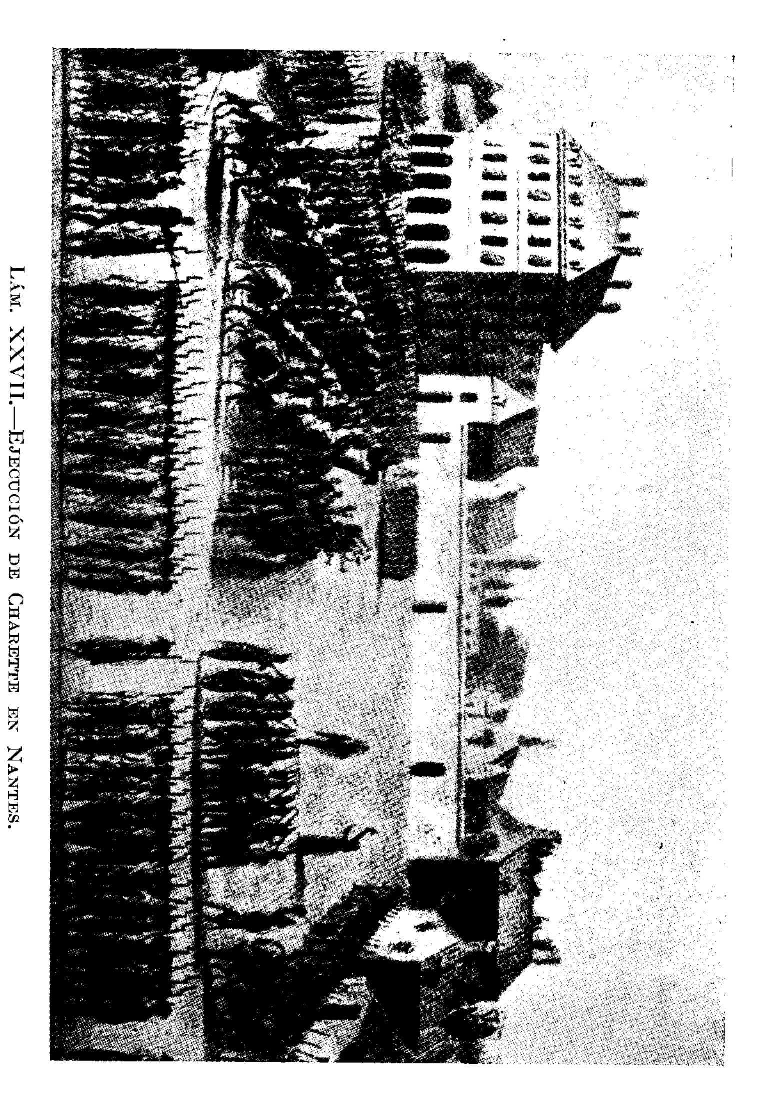
mesa redonda, como un pensionista más. Después de la comida, en cuanto se ha levantado, muy satisfecho, de la mesa, los comensales interrogan al posadero y se informan de la condición del recién venido. Se enteran entonces de que se trata de un *azul*, detenido en Châtillón. Inmediatamente, uno de ellos, llamado Bréchard, comisario del Consejo superior del ejército real, va en busca de Clemenceau, se le presenta con afabilidad y pone toda su influencia a su servicio. «Yo también he sido detenido por los republicanos, a causa de mis convicciones—le dice—. Vos sois patriota y yo realista; pero nuestras respectivas opiniones son libres, y cada uno de nosotros puede ser un hombre honrado, cualquiera que sea nuestra manera de ver las cosas.» Y, al día siguiente, el *azul* fué acogido por sus compañeros de mesa como si fuese uno de ellos. Incluso algunos le ofrecieron prestarle un caballo, para que les acompañara en sus diligencias por los alrededores, distracción ésta que aprovechó algunas veces.

En Châtillón conoció a un tal La Guichardière, que vivía en la casa más lujosa de la ciudad. Era, como él, un ferviente republicano, presidente del distrito antes de la insurrección. Los realistas, victoriosos, no le habían maltratado, ni expulsado o encarcelado siquiera; únicamente, como era rico, le obligaban, a modo de represalias, a alimentar y alojar a los destacamentos de paso; de forma que el pobre hombre se veía obligado a



LÁM. XXVI.—CHARETTE Y CATHELINEAU.

El noble Charette de la Contrie, fusilado en Nantes, a los treinta y tres años, fué uno de los más hábiles y osados jefes *chuanes* o antirrevolucionarios.—Jacobo Cathelineau, por el contrario, era de humilde extracción, hijo de un albañil, pero sus hazañas al frente de los vendeanos se hicieron legendarias; fué mortalmente herido en batalla, a los treinta y cuatro años.



LÁM. XXVII.—EJECUCIÓN DE CHARETTE EN NANTES.

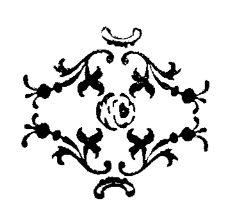
Charette fué, tal vez, el más hábil y audaz de los jefes vendeanos antirrevolucionarios. Su tenacidad indomable le indujo a combatir sin descanso y hasta el último momento, cuando sus compañeros habían ya sucumbido o le habían abandonado. El 23 de marzo de 1796 cayó, por fin, prisionero. El 29 compareció ante el tribunal, y el mismo día fué fusilado en la plaza Viarmes, de Nantes.

tener constantemente en el fogón un gigantesco puchero, en que hervían cien libras de buey.

El 8 de octubre se encontraba Clemenceau en casa de La Guichardière, cuando estalló una descarga de metralla sobre Châtillón. Era Westerman, que atacaba la aldea, en la que entró con sus vanguardias hacia las seis de la tarde. Y, desde su ventana, tuvo Clemenceau la alegría de ver correr por las calles a los soldados republicanos. Unos momentos después, casi lloraba de emoción al oírse llamar por uno de ellos «ciudadano», palabra que desde hacía siete meses no había resonado en sus oídos. Aprovechó la ocasión para salir de la ciudad, hacia la parte por donde penetraban en ella los *azules*. Avanzó así por el camino de Bressuire, en donde estuvo a punto de que las primeras tropas que encontró en el campo le fusilaran por vendeano. Allí se proveyó de una escarapela tricolor y continuó su camino, por Thouars y Saumur, hasta Angers.

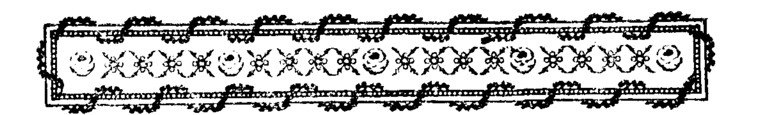
Aún vivió durante cuarenta y cinco años, recordando su cautiverio entre el ejército católico y real. Su testimonio no puede inspirar sospechas, y es tanto más importante, por cuanto procede de un enemigo irreconciliable, pues, al terminar su relato, Clemenceau maldice una vez más la insurrección que truncó su carrera de magistrado y fué causa de su ruina. Pero lo que nos importa, sobre todo, a nosotros, es la comprobación, completamente inusitada, de que, durante los horrores

de aquella tremenda lucha sin tregua, entre franceses, no todo era odio y deseo de exterminio. La gente honrada buscaba todavía la ocasión de prestar ayuda a sus adversarios, y encontraba el medio de estrecharles fraternalmente la mano.



XV

EL CÉLEBRE GASTÓN



He aquí un nombre que fué célebre al principio de la insurrección vendeana, mas con gloria singularmente efímera; ya veremos por qué. La anécdota, aunque indudablemente auténtica, es demasiado inverosímil para considerarla digna de figurar en la historia de los mitos populares.

Cuando, en marzo de 1793, se sublevaron las parroquias de la Vendée, no tenía aún el movimiento objeto determinado; la proscripción de los sacerdotes y la leva de 300.000 hombres parecían ser sus únicas causas, por lo que podía preverse que aquella agitación no pasaría de constituir un hecho local. La Convención despachó a dos de sus miembros, Augis y Carra, con la misión de predicar cordura a los sublevados e inculcarles sentimientos patrióticos. El primero de ellos, una bella persona, conocía bien el país, pues era dipu-

tado de las Deux-Sèvres; el otro, Carra, oriundo del Ain y representante del Saône-et-Loire, era más exaltado y contaba con un pasado de aventuras románticas; por añadidura, era periodista, y sabía sacar provecho de los temas que trataba en sus artículos. ¿Fué él quien, viendo a los campesinos amotinarse en defensa de su párroco, en la aldea de Saint-Christophe-du-Ligneron, dirigió a la Convención un fulminante informe anunciando que amenazaban graves sublevaciones a las provincias del Oeste, y que a la cabeza de los insurrectos figuraba un jefe llamado Gastón?

Este nombre, apenas pronunciado, fué retenido por todos los partidos de la Asamblea, como el de «un personaje formidable»; de la Convención, pasó al país, «franqueó las fronteras, atravesó los mares y fué llevado a todas partes por la estentórea voz de una publicidad febril, que divulgaba a los cuatro vientos los acontecimientos de Francia». Un agente realista, llamado Botherel, corrió a Westfalia para llevar la noticia a *Monsieur*, conde de Provenza, hermano de Luis XVI y regente de Francia, que se encontraba en Hamm, con su hermano menor, el conde de Artois. Estos príncipes proscritos, mal informados, ignoraban los motivos de la efervescencia de la Vendée, pero discernían con acierto que podía ser favorable a su causa; y bendecían en el fondo de su alma a ese valiente Gastón, que se erigía en paladín del trono y del altar.

En Londres, que rebosaba de emigrados deseosos de regresar a Francia, Gastón fué aclamado como el personaje providencial destinado a llevar a cabo la contrarrevolución. El Gabinete británico quedó convencido de que Gastón iba a meter a los jacobinos en cintura, y los demás Gabinetes de Europa fueron del mismo parecer. La aparición de este inesperado héroe enardecía tanto más las imaginaciones, cuanto más desconocido era para el mundo entero. ¿Quién podía ser? Los nobles emigrados, convencidos de que semejante hombre sólo podía pertenecer a su casta, le llamaban *Monsieur de Gastón;* otros aseguraban que era un descendiente de Gastón de Foix, el hermoso Febo del siglo XIV, que, en 1358, durante la revuelta de la Jacquerie, tomó las armas, libertó a la Corte, que se encontraba prisionera en Meaux, y tuvo ocios suficientes para escribir un tratado de caza, sobre la manera de destruir las «*bestes sauvaiges et les oyseaux de proye.*» Descendiendo de semejante hombre, el Gastón vendeano no podía menos que imitar a su antepasado, libertando al joven rey Luis XVII y a la pobre reina, cautivos en el Temple, y aniquilar las *bestes sauvaiges* que habían usurpado el poder real. Quedaban algunos escépticos recalcitrantes, que pretendían que aquel Gastón no era más que un ser fantástico, un engendro de la imaginación popular; pero, como en éstas se supo que un tal Ehrard, ex médico de las caballerizas ma-

yores del Rey, que acababa de llegar de París, «contaba las vertiginosas proezas de *Monsieur de Gastón*, y como afirmaba que este libertador había reunido doscientos mil soldados y conquistado a Nantes, Angers y Saumur, los incrédulos fueron reducidos fácilmente al silencio. Desde este momento las gacetas fueron arrebatadas de manos de los vendedores, con la esperanza de leer en ellas, de un día a otro, el relato de la entrada triunfal del general Gastón en París, a la cabeza de medio millón de valientes, lo cual acabaría de golpe y porrazo con la revolución y enderezaría de nuevo al viejo mundo vacilante.

Entonces entraron los diplomáticos en escena: era urgente entenderse con aquel animador de pueblos, y entablar relaciones con él, antes de que se hubiese metido el mundo en el bolsillo. Verdaderamente, se le encontraba muy poco comunicativo, y resultaba ofensivo que no hubiese dado a conocer aún a los Gabinetes de Europa, coaligados contra la República, sus designios políticos. El Ministerio británico despachó para el continente a dos emisarios encargados de llegar, por distintos caminos, hasta el gran jefe del ejército católico y real, e interrogarle sobre lo que pensaba hacer después de la victoria, que se preveía inminente; estos emisarios eran dos franceses: uno se llamaba de la Godinière, el otro era el caballero de Tinténiac. Al mismo tiempo, el conde de Provenza enviaba, por su parte, a la Vendée, con el

mismo propósito, a dos emigrados, los señores d'Hervilly y de Vaugirard. Guillermo V, príncipe de Nassau-Orange, estatúder de Holanda, cuyos estados se veían amenazados por los descamisados, trató igualmente de ponerse en relaciones con el famoso Gastón, poderoso aliado que se le presentaba como llovido del cielo vendeano; le envió al señor d'Angely.

Estas gestiones simultáneas y esta solicitud por acercarse a un hombre surgido de los acontecimientos, ofreciéndole ayuda y asistencia, demuestran hasta la evidencia el considerable interés que en las cancillerías suscitaba aquel enigmático jefe, que parecía querer prescindir de todo el mundo y desdeñar el apoyo de las Cortes extranjeras.

* * *

El primero de los enviados del Gabinete de Londres al general vendeano, que consiguió desembarcar en el continente, fué el señor de la Godinière; alcanzó a Rennes, no sin riesgo; se dirigió hacia el Loira y, después de cruzar el río, llegó al Loroux, en pleno territorio insurrecto. Aquí inquiere dónde se encuentra Monsieur de Gastón. Nadie ha oído nunca pronunciar este nombre. Pregunta, investiga, se informa; pero todo en vano. Se le aconseja que vaya a Chemillé, en donde se encuentran reunidos los jefes realistas; pero allí se le asegura de nuevo que Monsieur de Gastón es

desconocido. La Godinière se siente molesto: ¿desconfían de él? Observa que su insistencia causa mala impresión y que se le toma por «botarate» o, peor todavía, por sospechoso. Sin embargo, como se va a librar batalla a los *azules*, pide un puesto en el combate, se porta bien, y, después de la victoria, creyendo inspirar mayor confianza, reitera su deseo de ser presentado a Monsieur de Gastón. Se le asegura, y hasta se le jura, entonces, que no ha aparecido jamás ningún Gastón en los campos realistas. Al fin, desilusionado, emprende el regreso a Londres, provisto de unas vagas informaciones para los ministros que le han anviado.

D'Angely, el comisionado holandés, no pudo franquear las líneas republicanas, pero una joven de Sables, tan graciosa como intrépida, se encargó de llevar su mensaje. Para esta peligrosa expedición él le ofreció dos mil libras, pero la muchacha sólo quiso aceptar un pantalón y un sable.

Hela ya en Chantonnay, en presencia del Estado Mayor vendeano:

—¿Cuál de estos gentileshombres es Monsieur de Gastón?

—¡Cómo! ¡Otra vez Gastón! ¿Quién pregunta por Gastón? ¿Quién le ha visto o le conoce?

—Nadie. No hay ningún Gastón en las tropas reales.

La hermosa muchacha llevó esta respuesta a d'Angely, quien, prudentemente, se dirigió a Inglaterra pasando por Burdeos, mientras pensaba

que «aquellos señores no demostraban mucha consideración al estatúder; temían, sin duda, al revelar el sitio donde se encontraba el gran hombre, señalar a éste a la venganza de los *azules*.

Algunos días después, en el mes de agosto, los jefes realistas vieron llegar a su cuartel general al tercer emisario, Tinténiac. Gracias a su nombre, célebre en toda Bretaña después del combate de los Treinta, fué introducido en el Consejo real.

—Me interesa hablar—dijo—con el general Gastón.

Al oír estas palabras se produjo un gran clamor, un grito unánime de indignación y despecho. ¡Cómo! ¡Después de tantas luchas y esfuerzos, continuaban ignorados los nombres de Cathelineu, Bonchamps, La Rochejacquelin, Stofflet y Charette, y los príncipes y los ministros extranjeros sólo prestaban atención y deferencias a un desconocido, un mixtificador quizá, que, como soldado de la buena causa, no existía ni había existido jamás! ¡A este fantasma ofrecían Inglaterra y Holanda su alianza! Tinténiac, desengañado al fin, consintió en entregar las cartas de que era portador a los oficiales, los cuales le acogieron con simpatía. Y de este modo se entablaron las primeras relaciones entre los insurrectos del Oeste e Inglaterra.

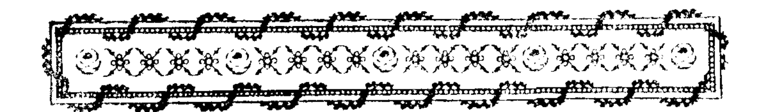
Por lo demás, Gastón había existido; pero tan efímeramente, que nadie se había enterado de su realidad. El señor Emile Gabory, archivero del

Loira inferior, que como tal disponía de un inagotable tesoro de documentos, nos ha dado la solución del enigma. Cinco meses antes de la misión de Tinténiac, al principio de las hostilidades, los *azules* rechazaron en la aldea de Saint-Gervais una pandilla de manifestantes; después de la escaramuza, descubrieron en un barranco a un insurrecto que trataba de huir: era un campesino joven, que llevaba un vestido con galones de oro y un sombrero ribeteado; tenía mucho miedo y gritaba: «¡No me matéis! ¡No me matéis!» Unos aldeanos que le conocían, por haberles él saqueado, exclamaron al verle: «¡Pero si es Gastón!» Era, en efecto, Gastón Bourdic, un muchacho peluquero de profesión. Los *azules* le condenaron a muerte, despiadadamente, y, como se había prometido un premio de 6.000 libras a todo aquel que fusilara a un jefe de los rebeldes, reclamaron dicha cantidad y, para apoyar su pretensión, dieron a su víctima una importancia que no tenía. Los convencionales Auguis y Carra, insuficientemente informados, «lanzaron» el nombre de aquel infeliz, y así nació la leyenda de Gastón.

Al caer bajo las balas republicanas, no sospechaba el desgraciado peluquero que pasaría su figura a la Historia, ni que, por vulgar y corriente que fuese su nombre de oficial peluquero, sería causa del acuerdo entre los ejércitos vendeanos e Inglaterra, con los largos y trágicos acaecimientos que dicha cooperación había de acarrear.

XVI

EL SALVADOR DESCONOCIDO



EL más venerable y curioso *bibelot* de Francia es sin duda el tapiz de Bayeux. Son muchos los franceses que lo conocen, pero son muchos más los ingleses que desde hace siglos, lo admiran y lo codician, pues representa para ellos un monumento de familia. Como es sabido, casi todos los ingleses se glorían de descender de los compañeros de armas de Guillermo *el Conquistador;* nadie ignora, por otra parte, que en el célebre tapiz se cuenta toda la epopeya de la conquista. Según una vieja tradición, la reina Matilde, esposa de Guillermo *el Conquistador*, emprendió esa gigantesca obra con ayuda de las damas de la Corte y, mucho más práctica que Penélope, se propuso proseguirla hasta el regreso de su marido. Guillermo estuvo ausente diez años, y, como en diez años pueden darse muchos puntos, he aquí expli-

cado por qué el tapiz de la reina Matilde mide, en medidas actuales, más de setenta metros de longitud, por medio metro, aproximadamente, de altura. Desde luego, es inútil decir que los arqueólogos no están de acuerdo sobre el citado origen: es raro que lo estén alguna vez, pues casi siempre les preocupa mucho más suministrar razones, que tener razón. También ha causado admiración el que una «labor de señora», de novecientos años de antigüedad, se encuentre en tan maravilloso estado de conservación. ¿A cuántos incendios, pillajes y profanaciones no debe de haber escapado? A decir verdad, no es un tapiz, sino una faja de tela, cubierta de bordados que forman cincuenta y ocho cuadros, en los que están representadas las peripecias de la lucha de Guillermo contra Haroldo. Esta obra de paciencia y de actualidad puede considerarse como el antepasado de todos nuestros diarios ilustrados.

Ya en el siglo XV se enorgullecía Bayeux de poseerla, y a partir de entonces ha ido en constante aumento la reputación del tapiz. Un inglés lo señala como «una reliquia extraordinaria e inapreciable»; otro lo considera «el más noble monumento del mundo, para los que se interesan por la historia de Inglaterra». Antes de la Revolución, el maravilloso tapiz se conservaba en el tesoro de la catedral y se exponía cada año en la iglesia, la víspera de San Juan; multitud de pere-

grinos británicos atravesaban el estrecho para ir a Bayeux a contemplarlo.

Pero he aquí que, en 1792, la Asamblea legislativa declara a la patria en peligro. El entusiasmo es unánime. En todas las alcaldías, lo mismo en París que en provincias, se llenan de nombres los registros abiertos para el alistamiento. En Bayeux, donde sólo se piden quince voluntarios, se presentan doscientos sesenta y cuatro, todos los cuales se proponen acudir el mismo día a la frontera. Pero ni la ciudad ni el distrito pueden equiparles, y hay que esperar y arrostrar el peligro de que remita la fiebre patriótica. Transcurre un mes, y los voluntarios de Bayeux no han partido aún. Cada uno ha recibido seis libras, para procurarse un sable y un tahalí; pero falta el paño para vestirles, y se hace preciso a última hora requisar telas y calzados. Al fin, a fuerza de ingeniosidad y sacrificios, se encuentra más o menos constituído el 6.º Batallón de Calvados, y se da la orden de marcha.

En el día fijado se toca a llamada; todos los habitantes están en las calles aclamando a los que se van, y la guardia nacional se concentra para acompañar a sus hermanos de armas hasta las puertas de la ciudad. Hay abrazos y lágrimas; la escena es por demás conmovedora. A los voluntarios seguirán furgones, en los que se han amontonado equipos y armas; pero, del mismo modo que escaseó el paño para vestir a los soldados, se

carece de tela para cubrir el carromato en que se han cargado las municiones. ¿Van a quedar expuestas a la lluvia? ¿Dónde encontrar un encerado para protegerlas? La multitud se impacienta, se irrita; todo el mundo expresa a gritos su parecer. Y, de súbito, alguien insinúa que el tapiz de la reina Matilde serviría para el caso. La proposición es bien acogida. Se corre al Ayuntamiento, a pedir la correspondiente autorización. La idea es excelente, y nadie se explica cómo no se les había ocurrido antes. Inmediatamente se da la orden de entregar el real bordado a los patriotas; se le saca de su viejo cofre, pasa de mano en mano, se le desenrolla, se extiende sobre el cargamento, se vuelve y revuelve, se le embute en los huecos, se le ata como se puede... y ¡en marcha!

¿Quién fué el vándalo que lanzó semejante proposición? ¿Era un descamisado, estúpidamente deseoso de profanar la reliquia bordada por las manos de una reina? ¿Fué sencillamente un imbécil o quizá un especulador? ¿Algún inglés que estaba al acecho para apoderarse del admirable tapiz, y se proponía seguir al ejército, en espera de la ocasión propicia para hacerse con él mediante unos escudos, y revenderlo a sus compatriotas? No se sabe.

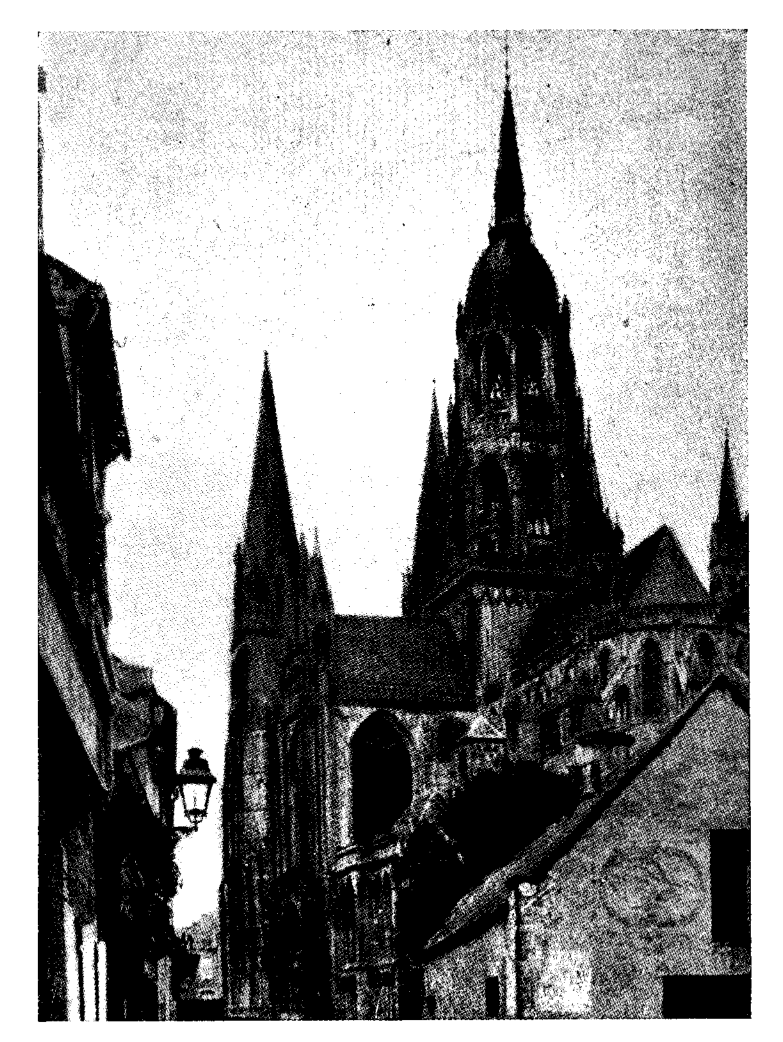
Estaban ya en marcha los voluntarios, seguidos por sus furgones, cuando les da alcance un ciudadano, muy emocionado. Cierra el paso a las caballerías que arrastran el carromato de municiones. Da la voz de alto, interpela a los que se encuentran próximos a él y dirige un llamamiento a los buenos patriotas. Protesta de que se lleven la maravilla de Bayeux, y arruinen así a la ciudad arrebatándole su tesoro; se desgañita, lucha, conjura, amenaza, se agita y revuelve... La indignación le hace tan elocuente, que se le escucha y se le aprueba. Escalan el carromato unos hombres, y veinte brazos robustos arrancan el frágil bordado, al que se reemplaza rápidamente con un encerado. Y la tropa prosigue su camino.

No deja de ser bastante curioso que se perpetúen en la memoria popular los nombres de los asesinos y estafadores célebres, y se ignoren, en cambio, por lo común, los de los filántropos y salvadores. El hombre que conservó a su ciudad, y muy probablemente a Francia entera, aquel monumento histórico, se llamaba Lambert Le Forestier. Dudo de que sea conocido, ni tan siquiera en Bayeux. ¿Le han levantado algún monumento sus conciudadanos? ¿Han colocado al menos una lápida en la casa donde nació, o dado su nombre a una calle de la ciudad? Lo dudo. Lambert Le Forestier era un *ci-devant* abogado de la bailía que, entusiasta de las ideas nuevas, había sido nombrado capitán de la guardia nacional. Era un hombre alto, robusto y animoso, de quien hacían gran caso los patriotas; durante el Terror, salvó o libró de la confiscación la fortuna de muchos sospechosos. Cuando vió, aquel

día, abandonado por los voluntarios y tirado por el suelo el tapiz de la reina Matilde, lo hizo enrollar cuidadosamente, y, valiéndose de su título de administrador del distrito, se lo llevó a su casa y lo guardó en un armario de su gabinete de trabajo, resuelto a protegerlo, en adelante, contra cualquier otro atentado.

En aquellos tiempos de iconoclastia, se necesitaban muchos ánimos y tesón para esta tarea, pues guardar en su casa un «vestigio del fanatismo» era un crimen tan grande como dar asilo a un proscrito. Los bellacos que codiciaban el célebre bordado no habían renunciado a apoderarse de él, y se debió, indudablemente, a sus instigaciones el que, en el año segundo, cuando se hacían los preparativos de la fiesta de la Libertad, se propusiera, con la mayor seriedad, *¡cortar el bordado en piezas, para decorar un carro mitológico!* Le Forestier se resistió a entregar su tesoro, y los odiosos traficantes que, so capa de patriotismo, hacían baratillo de las riquezas de la vieja Francia, hubieron de renunciar momentáneamente al opulento despojo. Entretanto habían imaginado algo mejor: hablaban ahora de derribar la catedral. La cosa ya se había hecho en varios lugares, particularmente en Arras y Cambray, cuyas iglesias metropolitanas fueron arrasadas, con gran provecho para los especuladores.

Sabido es que Nuestra Señora de Bayeux es una de las joyas más preciadas de la arquitectura



LÁM. XXVIII.—LA CATEDRAL DE BAYEUX.

En esa pequeña ciudad normanda, de sólo unos ocho mil habitantes, pero con una antigua catedral y un obispado, se tejió probablemente el maravilloso tapiz que aún se conserva en su Museo. Los estragos de la guerra sembraron de ruinas la vieja ciudad francesa, en la primavera de 1944; pero el tapiz sin par, retirado de ella a tiempo, pudo salvarse.



LÁM. XXIX.—EL TAPIZ DE BAYEUX.

También llamado «el tapiz de la reina Matilde», contiene muchísimas escenas como ésta, en las que aparece bordada la conquista de Inglaterra por los normandos de Guillermo el Bastardo. Es una de las piezas artísticas y arqueológicas capitales de la Europa medieval, obra de fines del siglo XI.

normanda. Las dos torres de su portada, de setenta y cinco metros de altura, la del crucero, su bosque de torrecillas, sus nobles naves, sus tres mil columnitas, los preciosos vidrios de su rosetón y la cripta romana, en que rezaron Guillermo *el Conquistador* y la reina Matilde, hacen objeto a aquella antigua iglesia de universal admiración. Transformar aquella maravilla en cantera de piedras, parecía a los descamisados una obra patriótica y lucrativa. Por desgracia, no podía empezarse la demolición por la base; se hacía estrictamente indispensable iniciarla por arriba. Los energúmenos interesados en el negocio se escandalizaron súbitamente por las cruces que desde hacía cuatrocientos años remataban las flechas. Había que hacer desaparecer cuanto antes aquellos símbolos de un pasado aborrecido. ¿Quién se arriesgaría a poner manos a la obra?

Un soldado del batallón de Morbihán, llamado Fournier, pero apodado con el remoquete de *Bárbaro,* se ofreció para el caso. Al principio operó sin muchas dificultades, para quitar la cruz que había en la torre del crucero y reemplazarla por un gorro frigio de madera. Pero las dos agujas de la portada parecían inaccesibles; *Bárbaro,* asiéndose a las esculturas, inició la ascensión de la torre septentrional, hasta conseguir aupar, casi en la cima, varias tablas, que unió formando un andamio. Instalado allí, lanzó hábilmente varias cuerdas provistas de un plomo en su extremo, que

fueron a enrollarse en la cruz de la aguja vecina; luego, trenzando todas las cuerdas, formó una soga lo suficiente gruesa para sostener el peso de un cuerpo humano, y ató el extremo al andamio. Entonces comenzó a avanzar, a fuerza de brazos, por este puente colgante. Al llegar a la mitad del trayecto, a igual distancia de las dos torres—doscientos pies sobre el suelo—, se distendió la cuerda y cedió de súbito: la parte alta de la aguja a que estaba atada, acababa de derrumbarse. Lanzado así al vacío, *Bárbaro* tuvo la sangre fría suficiente para no soltar la cuerda; colgado de un extremo de ella, se balanceaba en los aires, como la bola de un gran péndulo; cada vez que el balance le lanzaba hacia la torre, contra la cual todos esperaban verle estrellarse, la rechazaba con los pies, y así rebotaba violentamente. Poco a poco fueron calmándose las oscilaciones, y el hombre pudo subir a lo largo de la cuerda y alcanzar, sano y salvo, el andamio a que estaba sujeta... Bajó sin otro contratiempo, deseoso, además, de reanudar su obra. Pero entonces, en vista de que no podían destruirse las cruces, se acordó demoler el edificio entero.

Lambert Le Forestier seguía con ansiedad los trámites de aquel salvaje proyecto. Había conseguido ya salvar el tapiz: ¿lograría ahora salvar la hermosa iglesia que durante tanto tiempo le había servido de relicario? Para no alarmar a los

miembros de los clubs con una oposición demasiado ostensible, apeló a la astucia: preparó personalmente la redacción de un proyecto de condiciones, que había de preceder a la adjudicación definitiva, y esto hizo callar a los oradores de las tabernas. Le Forestier había introducido en el proyecto cláusulas irrealizables: una de ellas obligaba a los empresarios a hacer desaparecer la catedral en el plazo de dos meses. Pero aquello se interpretó como un subterfugio, y empezaron de nuevo las murmuraciones y protestas. Entonces el benemérito ciudadano, comprometiendo toda su fortuna, declaró que tomaba a su cargo los gastos de la empresa. Los iconoclastas se mostraron satisfechos; pero no se perdió de vista al adjudicatario, a quien se obligó a comenzar inmediatamente los trabajos.

No deja de parecer conmovedor este honrado Le Forestier, obligado por la fuerza al derribo de la catedral que se había propuesto salvar. Le fué preciso poner manos a la obra, y, para realizarla, de acuerdo con sus secretos designios, contrató a dos albañiles bajonormandos, hábilmente escogidos entre los miembros de una corporación famosa por su inercia. Se les ve cuchichear a todas horas, levantar despacio un pequeño andamio, medir una piedra, sacarla con precaución, bajarla, y depositarla sobre el césped... Después de días y semanas de tan cuidadoso trabajo, apenas se había empezado el derribo del

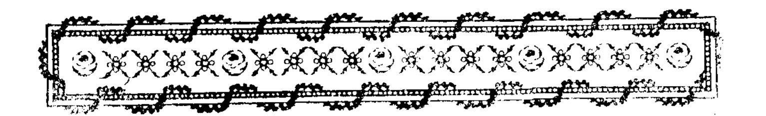
inmenso edificio; pero entretanto habían sobrevenido el fin del Terror y la época dichosa en que la ley de pradial, año tercero, devolvió a los municipios el libre uso de los edificios consagrados al culto. Nuestra Señora de Bayeux se había salvado, lo mismo que el tapiz ocho veces centenario. Nadie, sin embargo, se lo agradeció a Le Forestier; incluso los *chuanes* que recorrían el país llegaron a condenarle a muerte por ¡comprador de bienes nacionales! Después de escapar a sus golpes, permaneció largo tiempo en Bayeux, donde murió en edad avanzada.

Sin un curioso estudio que el señor G. Levalley, bibliotecario de la ciudad de Caen, consagró a su compatriota olvidado, nadie conocería hoy el nombre de Le Forestier, e incluso en el propio Bayeux, a donde acuden en nuestros días tantos extranjeros atraídos por el maravilloso tapiz y los esplendores de la catedral, nadie ha conservado, quizá, el recuerdo del pobre hombre que guardó para la ciudad las dos únicas cosas que constituyen su gloria.



XVII

LAS PRECURSORAS DEL FEMINISMO



La antepasada legítima de todas las feministas ha sido, según creo, una hermosa personilla que llevaba los extraños nombres y apellidos de Etta, Lubina, Johanna, Desista Alders. Se había casado a los diecinueve años con un estudiante llamado, no menos eufóricamente, Loderoyk Palm, el cual, después de unos meses de matrimonio, huyó a las Indias, donde se ocultó tan bien, que nunca más se volvió a oír hablar de él.

Etta Palm era holandesa. En 1774, a los treinta y un años de edad, fué a establecerse en París. En los comienzos de la Revolución vivía en un entresuelo de la calle Favart. Se decía víctima de las persecuciones de una familia poderosa; pero unas envidiosas decían que servía sencillamente de espía al Gobierno prusiano. Tenía talento, era instruída y frecuentaba el trato de los diputados de ideas

avanzadas. Fué la primera que, en el Palais Royal, levantó su voz, en un gran discurso, contra la injusticia de las leyes humanas respecto a la mujer. Sostuvo la teoría de que las leyes, lo mismo que el agua y el aire, deben ser comunes a todos los seres. Se indignaba viendo a los hombres «conservar para sí solos toda la facilidad del vicio, dejando, en cambio, tan sólo para las mujeres, la dificultad de la virtud».

Del éxito de su arenga nació el *Club Federativo de las Mujeres Patriotas* o *Sociedad de las Amigas de la Verdad*, de la que, como puede suponerse, Etta Palm fué presidenta. Este título le daba importancia. El primero de abril de 1792, se presentó ante la Asamblea legislativa, a la cabeza de una diputación femenina, para reclamar de los augustos mandatarios de la nación que, en adelante, pudiesen desempeñar las mujeres *todos los empleos civiles y militares.* El presidente salió del apuro con habilidad, respondiendo que «la Asamblea evitaría cuidadosamente, al elaborar las leyes futuras, hacer nada que pudiese provocar el disgusto o las lágrimas de las ciudadanas». Y luego remitió la petición a la comisión de leyes, que la sepultó en sus carpetas, donde debe de encontrarse todavía.

Etta Palm tuvo su tiempo de popularidad, si bien fué muy corto. Las ciudadanas de Francia, a quienes pesaba el yugo impuesto por el sexo fuerte e insensato, la aclamaban como una libertadora. «Las mujeres—decía con irreverencia el vizconde J. A. de Ségur—aceptan de buena gana las ideas nuevas, porque son ignorantes; las propagan fácilmente, porque son ligeras, y las defienden largo tiempo, porque son tozudas.»

En Creil, en el Oise, habíase formado una legión de amazonas, armadas con jabalinas, que llevaban un uniforme coquetón: casaquín y jubón blancos, cofia alisada en la cabeza, escarapela nacional sobre el corazón y un gallo de cobre dorado, puesto en sitio aún desconocido. Las oficialas llevaban, además, bocamangas rojas, plumero blanco, sombrero azul y cinturón tricolor. Entusiasmadas por la lectura de las reivindicaciones de Etta Palm, las amazonas de Creil le concedieron una medalla; la llevaron solemnemente a París la capitana Daru, la subteniente Bejot y las *soldadas* Martial, Dupont, Boquet, de Bauchy, Brelle, etc. La holandesa, manifiestamente emocionada, dió las gracias, asegurando que «esta medalla sería la cruz de honor que cubriría su ataúd.» Y terminó su discurso con la inesperada proposición de que se levantara una estatua *a la mujer de Foción*, el general ateniense del siglo v antes de J. C., cuya noble esposa debió de quedar tan halagada como sorprendida, en su tumba, por aquel inesperado rejuvenecimiento de su popularidad.

Pero la mujer de Foción se quedó sin estatua, pues Etta Palm creyó prudente desaparecer en

los primeros días de 1793; desde este punto se pierden sus huellas en Holanda, donde se ignora qué se hizo de ella. Pero el magistrado encargado de poner los precintos en el discreto entresuelo de la calle de Favart, que había habitado la holandesa, quedó muy sorprendido al encontrar en el salón, bajo el retrato de un oficial, un amplio diván de seis pies de largo, y, en el dormitorio, cuatro espejos, uno de los cuales adornaba el muro contiguo a la cama, detalle éste que hacía imputables a la virtuosa presidenta ciertas preocupaciones bastante fútiles.

¡Pero no importa! Había desencadenado un vendaval de locura feminista que sopló muy pronto por todo el país. Leyendo la obra del barón Marcos de Villiers, que ha estudiado minuciosamente este divertido tema, se nota que fueron muy pocas las ciudades importantes de Francia que se libraron, durante la Revolución, del contagio feminista, y que hubo incluso aldeas que tuvieron su correspondiente club de mujeres. Ninguna de estas sociedades ejercía la menor influencia sobre los acaecimientos, pero en todas partes resultaron algo graciosos, y hay que agradecer a aquellas innovadoras el haber sabido poner unas notas divertidas en una sinfonía tan trágica. En el club de Chauny, por ejemplo, al que podían concurrir también las ciudadanas, las bromas más celebradas consistían en apagar las velas y disparar petardos debajo las faldas de las asistentes. Un día

hubo necesidad de expulsar a las ciudadanas Tintin y Morue, que se habían cogido por los cabellos, aun siendo la última una de las oradoras a quien más a gusto se escuchaba. En otra ocasión, en el momento en que iba a comenzar la sesión, según reza el acta del club, «un miembro hace notar que una ciudadana está cascando nueces. El presidente invita a la importuna a cesar en su ocupación, haciéndole observar que ya el día antes la había amonestado por la misma causa. La interpelada responde con desparpajo que, si se las quiere cascar él, no tendrá que hacerlo ella. El presidente replica que la ley castiga con penas severas a los que alborotan en las sociedades populares. La moza, soltando la risa, no deja que el presidente termine su discurso, y sale de la sala *brincando indecentemente*». Con todo, no parece que desagradasen semejantes escenas a las *clubistas* de Chauny, pues rechazaron una moción que solicitaba la expulsión de las charlatanas.

En la sociedad popular de Coutances, las ciudadanas permanecían relegadas en una tribuna particular; pero bajaban con frecuencia a la sala, para abrazar al orador; los maridos juzgaron conveniente prohibir aquellas demostraciones cívicas, «con las que la patria no ganaba nada, y la moral podía salir perdiendo». A partir de aquel día, algunos ciudadanos iniciaron la costumbre de ir a sentarse en la tribuna de las damas; pero los

maridos, irreductibles, hicieron decretar que dicha tribuna «estaría constantemente iluminada». Asimismo, a la derecha del presidente, permanecía constantemente un marimacho, armado con un gran sable, y era costumbre que cada uno de los miembros del club, al entrar en la sala, fuera a besarla. Es de notar «que acostumbraba a sonarse con los dedos y a secarse con la manga, antes de recibir el beso fraternal».

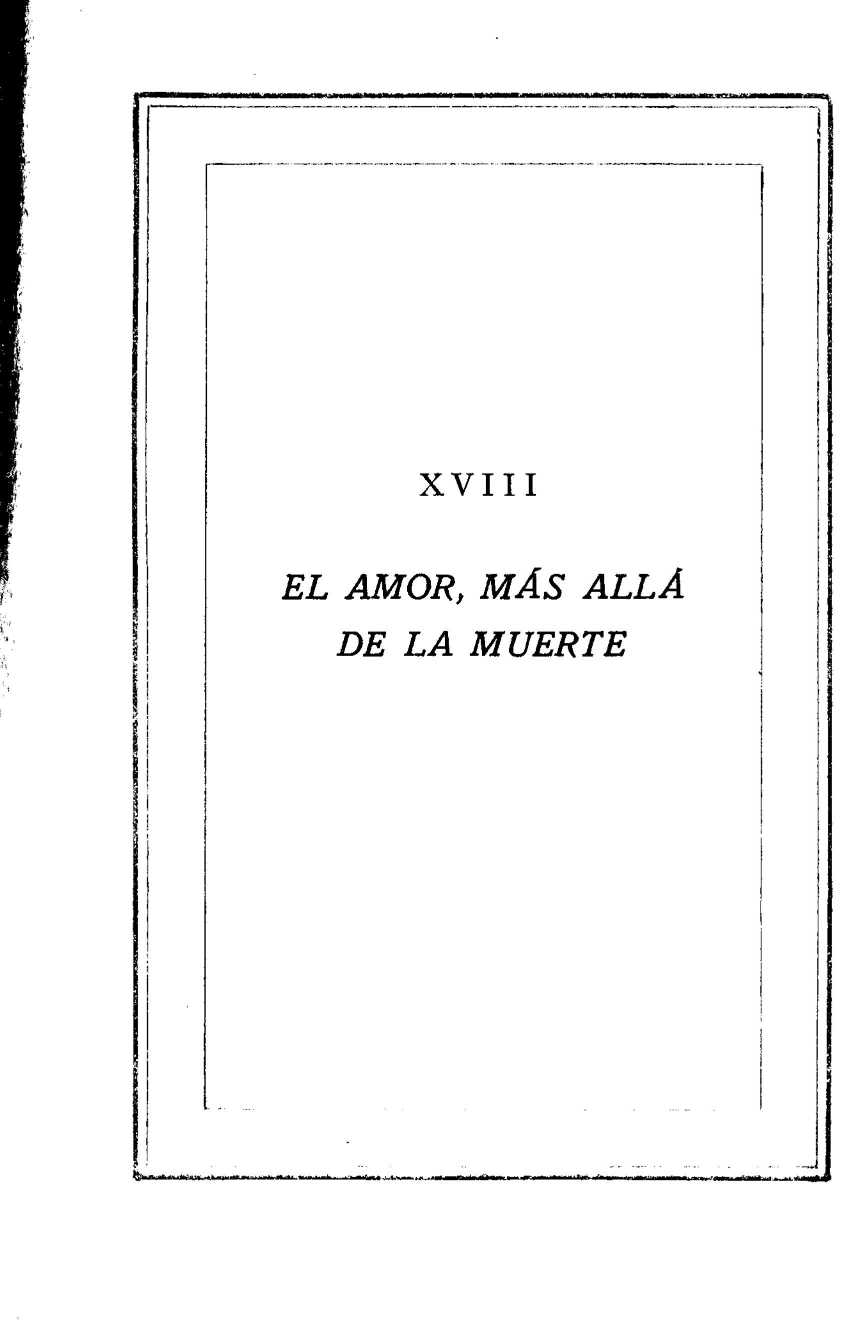
En Saint-Jean-Poutge, en el Gers, la sociedad popular estaba presidida por una mujer, la ciudadana Garros. Su hermana le servía de secretaria, y el padre de las dos patriotas hacía las mociones; todo transcurría en familia, y no consta que en el club figuraran otros miembros. Dijón poseía un club de *Jóvenes amigas de la República*, ¡de dieciséis a dieciocho años de edad! En diciembre de 1793, aquellas mocosas se permitieron amonestar a sus madres. Enriqueta Ecureux deploró, en nombre de sus compañeras, no poder ser todavía útil a la patria, pero aseguró que «iba a implorar al cielo en favor de los buenos patriotas y a empezar a trenzar coronas para festejar su regreso triunfal».

Tours fué probablemente la ciudad en donde el feminismo reclutó a su más joven adepta. Un *ci-devant* eclesiástico, recientemente casado, llevó una tarde a la sociedad a toda su familia: «Mi hija Cornelia, de *ocho meses de edad*—dijo—, os va a ser presentada por su madre, y colocada en la tribuna por su nodriza. ¡Entre vosotros disfrutará por anticipado de los goces y alegrías de las verdaderas republicanas!...» Las calceteras y la mujer del verdugo Sansón, asiduas a las sesiones, lloraban enternecidas.

Sólo la aldehuela de Isle, en Vaucluse, tuvo un cuerpo de amazonas que lucharon como guerrilleros, aunque es necesario consignar que fué para defender los muros del pueblo, contra el ejército de la Convención. Cuando los habitantes de Isle se hubieron declarado a favor de la causa de los girondinos, las señoras Aniel, Aymon y Roulet reunieron unas cuarenta mujeres y formaron con ellas «la compañía de damas de Santa Bárbara». Su comandante, la señora Aniel, fué llamada a deliberar en un consejo de guerra, en el cual se resolvió que las «de Santa Bárbara» transportarían las municiones, cuidarían de los heridos y velarían para evitar los manejos de los revolucionarios que continuaban en la población. Levantaron una barricada y colocaron cajas de municiones en los antepechos de las ventanas; una de ellas cayó muerta al primer ataque. Como se notará, aquellas patriotas no eran antimilitaristas.

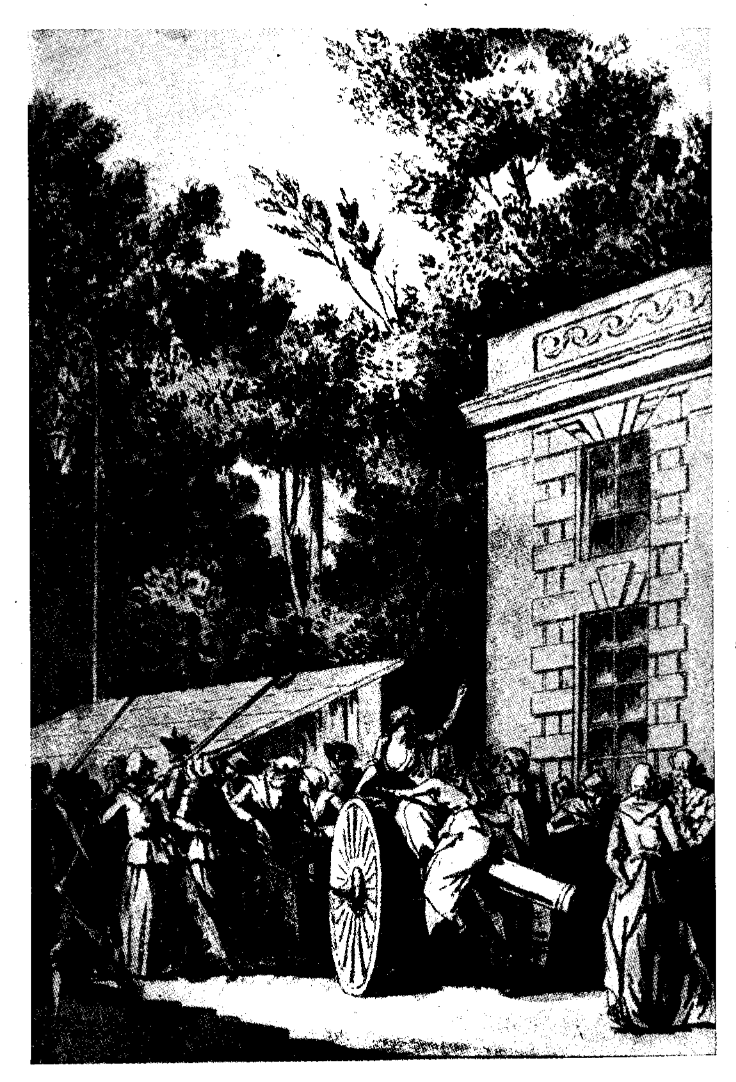
Quizá por haber sido testigo de estas heroicas o ridículas excentricidades, fué por lo que Napoleón decía—así lo asegura al menos Thibaudeau—: «Sólo hay una cosa que no sea francesa, y es que una mujer pueda hacer lo que se le antoje.»

¡Ah, Napoleón no fué nunca feminista!



XVIII

EL AMOR, MÁS ALLÁ DE LA MUERTE



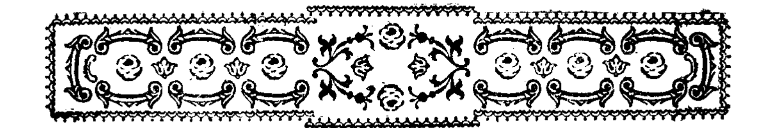
LÁM. XXX.—MUJERES DE LA REVOLUCIÓN.

Las mujeres del pueblo, principalmente en París, tomaron parte activísima en la Revolución Francesa, no sólo asistiendo a las tribunas de la Asamblea Nacional y a las sesiones del Comité de Salud Pública, sino incluso empuñando las armas y arrastrando cañones, como puede verse en esta estampa del tiempo.



LÁM. XXXI.—«MADAME SANS-CULOTTE».

Entre los «sin calzones» *(sans-culotte)*, como se les llamaba en Francia a los revolucionarios, o «los descamisados», como les llamaríamos aquí, figuraban también numerosas mujeres, por lo general tenderas y vendedoras de mercado. Un grabado de la época nos da la imagen fiel de «Madame Sans-Culotte», generalmente pacífica ama de su casa, que de pronto se convirtió en terrible arpía.



EL señor de Troussebois, mariscal de campo de los ejércitos del rey de Francia, había emigrado al comenzar la revolución, refugiándose con su hija en Turín. Como tantos otros, se fué con la ilusión de que la tempestad no iba a durar; como tantos otros también, vió frustradas sus esperanzas, y el poco dinero de que se había provisto se agotó de prisa. Sus bienes de familia, situados en Cusset, en el Allier, se encontraban secuestrados, de modo que muy pronto se quedó sin recursos. Pero no era hombre que se dejara abatir: acogido favorablemente en la corte de Saboya, contaba con obtener, si la aventura se prolongaba, un puesto eminente en el ejército sardo; entretanto, buscaría un buen partido para su hija.

Armanda era bonita, fina y delgada, rubia, de grandes ojos azules, tímida y muy respetuosa

ante las decisiones de su padre. No le faltaban pretendientes. Después de haber dudado entre varios gentileshombres que disponían de buenas rentas, el señor de Troussebois se decidió a favor de un joven emigrado, el conde de Harcourt, que se había mostrado muy solícito con la joven. Tenía veintiún años, era muy apuesto y llevaba uno de los más nobles apellidos de Francia: en resumen, un marido inesperado. Pidió a Troussebois la mano de Armanda, y la obtuvo. Entonces el mariscal de campo, que era autoritario por temperamento y estaba seguro de ser obedecido, anunció a su hija que, en un plazo de dos meses, se casaría con el hombre que le había escogido.

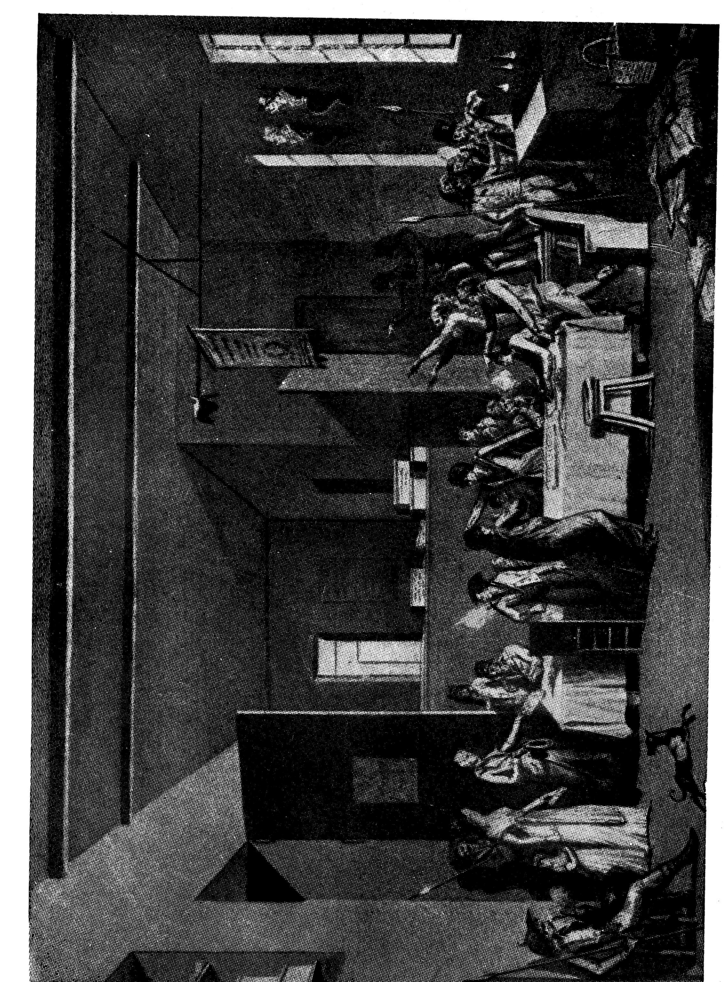
Creyó reventar de estupor y cólera cuando Armanda, llorosa, pero resuelta, le respondió que no se sentía dispuesta a obedecerle, ya que estaba enamorada. Amaba, sí, desde hacía unos meses, y con el ímpetu de sus dieciséis años, a otro gentilhombre francés, emigrado también, Carlos de Bellescize, perteneciente a una noble familia del Lionesado; era un ex oficial, a quien ciertas aventuras—de las que su honor, no obstante, había salido intacto—, obligaron a abandonar el ejército; se encontraba, además, sin dinero y carecía de medios de procurárselo; sus padres, que continuaban en Francia, no pasaban ciertamente por ricos. Pero él era valiente, exaltado, ágil y fuerte; tenía la tez morena, los dientes blancos, el corazón en llamas y la imaginación ardiente. Armanda, enamorada con pasión, estimaba que estas ventajas y cualidades constituían la mejor dote. Pero su padre opinaba de modo diferente: intimó con dureza a su hija que, el día fijado, se casaría con el señor de Harcourt, o de lo contrario entraría en un convento, para no volver a salir más de él en su vida.

Armanda se inclinó sin pronunciar una palabra. Viéndola tranquila, su padre la creyó domada. ¿Era verosímil que aquella chiquilla, tan obediente y sumisa de suyo, llevara su indocilidad hasta rebelarse contra su padre por los lindos ojos «de un aventurero sin blanca»? Troussebois, seguro de haber vencido aquella inesperada resistencia, se entregaba a la alegría de los preparativos de boda, cuando, una mañana, antevíspera del día señalado para la ceremonia, se entera de que su hija ha desaparecido. Loco de cólera, lánzase por la casa, abre las puertas, registra las habitaciones, jura y perjura, sale a la calle, se informa, interroga, averigua... Armanda ha sido raptada por Bellescize, quien, durante la noche, a eso de las dos, se ha embarcado con ella en el río; no se sabe hacia dónde se han dirigido los fugitivos.

Desde luego, no podrán ir muy lejos: el raptor sólo lleva encima tres o cuatrocientas libras que ha pedido prestadas a sus amigos, y Armanda sólo se ha llevado un hatillo de ropa y una cruz

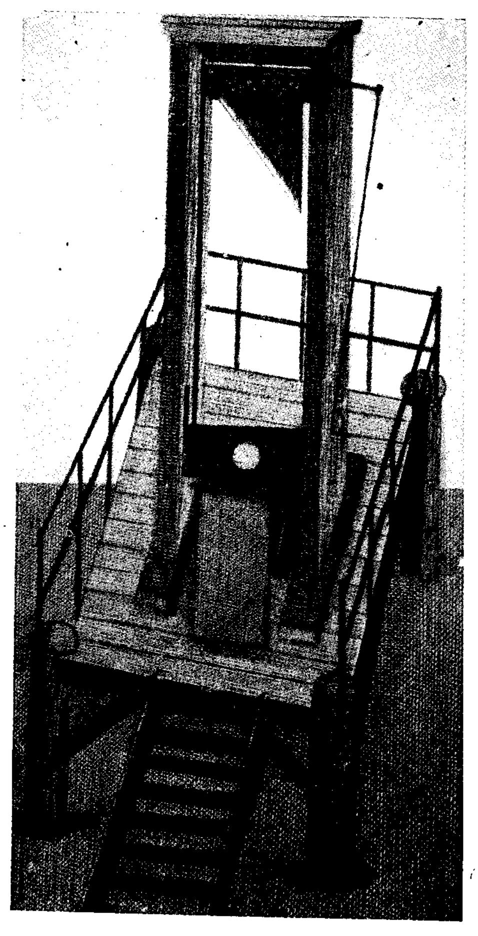
de canonesa sin valor; la miseria les obligará muy pronto a regresar. Troussebois pone en movimiento a la policía, y sale personalmente en busca de los miserables; pero, al igual que Bellescize, se encuentra sin dinero. Obligado así a perder un tiempo precioso gestionando un préstamo, cuando logra dar con la pista de los enamorados, es ya demasiado tarde; «el crimen ha sido consumado»: un escribano público y un sacerdote han casado a Armanda de Troussebois con Carlos de Bellescize, en una aldea de los alrededores de Génova. El padre ultrajado regresa a Turín, para ocultar allí «su vergüenza y su dolor», firmemente resuelto a no perdonar nunca.

Sin embargo, los jóvenes esposos errantes no habían renunciado a ablandar el resentimiento del viejo mariscal de campo; Armanda, feliz y desolada, dirigía a su «querido papaíto» carta tras carta, para implorar su perdón: «No puedo creer —escribía— que el ser que ha hecho y hará siempre mi dicha pueda seros desagradable... A pesar de mis ofensas, continuáis amándome, querido papá; me sería cruel dudarlo. Pues bien, amad también a mi marido; ¡consideradlo como hijo vuestro!...» Mas el querido papaíto continuaba inflexible, jurando que un hombre como Bellescize, «culpable del más repugnante de los crímenes, era indigno de la consideración de la gente honrada», y le aconsejaba con energía que «no se presentara jamás en su casa». Armanda cesó



LÁM. XXXII.—UN COMITÉ REVOLUCIONARIO.

Dibujada al vivo por Berthault, esta escena da una idea exacta de lo que eran los temibles comités revolucionarios que en cada barrio de París actuaban sin descanso. Los milicianos beben y fuman desordenadamente, mientras los tenidos por sospechosos, generalmente los nobles, comparecen atemorizados a sufrir los primeros interrogatorios



LÁM. XXXIII.—LA AUTÉNTICA GUILLOTINA.

En el Museo Carnavalet, que es el museo municipal de París, se conserva este grabado contemporáneo del Terror, en donde puede verse la imagen exacta de la guillotina, tal como funcionó en la capital de Francia. La estampa lleva la siguiente leyenda: *La verdadera guillotina ordinaria, sostén de la Libertad.*

de escribir; a pesar de la alegría de haberse casado con el hombre a quien amaba, le perseguían los remordimientos «hasta en los brazos de su marido»; temía que la vida le reservara un castigo merecido: el porvenir se mostraba difícil y amenazador.

Bellescize, en efecto, se encontraba en Génova sin recursos; trató de hacer algunos trabajos de imprenta, pero la ganancia era miserable. Conjuraba a su mujer para regresar con él a Francia; ella dudaba, pues seguía esperando ablandar a su padre y obtener su permiso para reunírsele en Turín. Entretanto, las privaciones iban en aumento, hasta que, al fin, consintió en abandonar el Piamonte. Llegaron en septiembre de 1792 a Lyón, en donde Bellescize consideraba seguro, gracias a sus antiguas relaciones, el poder ganarse desahogadamente la vida.

Pone muy animado manos a la obra, pero la Francia que ahora encuentra no se parece en nada a la que conoció antes: en Lyón se producen motines todos los días; los nobles son considerados sospechosos; y con ello se hace imposible encontrar un empleo. Para colmo de desdichas, Bellescize se entera de que el señor de Troussebois le sigue la pista: ha pasado los Alpes, ha vagado por Suiza y ha estado en Génova; dentro de pocos días estará, sin duda, en Lyón. Es preciso huir. Bellescize, con los últimos escudos que le quedan, compra un caballo y una carreta, y, en las frías

jornadas del otoño que acaba, emprende con su mujer el camino de París, para mejor despistar a su perseguidor.

La pareja llega así a la gran ciudad. Él no ha estado nunca en ella; Armanda, en cambio, ha vivido mucho tiempo allí, en casa de su madre, que no se ha movido; pero ninguno de los dos fugitivos se atreve a pedirle asilo. ¿Cómo les recibiría? Los jóvenes, bajo los nombres de «ciudadano y ciudadana Regnaud», alquilan en la calle de Chartres, no lejos del Carroussel, una buhardilla amueblada en el palacio de Burdeos, que tiene arrendado el ciudadano Coudray. La casa se halla convertida en una madriguera de muchachas del arroyo, y los transeúntes se albergan en ella a un tanto por noche o por hora; Armanda de Troussebois tendrá que vivir en adelante en esta repugnante promiscuidad. Su único temor es que la echen de aquel miserable tugurio: el posadero Coudray no es mala persona, pero le gusta que le paguen puntualmente, y Bellescize no tiene dinero. Corre todo el día de un lado para otro buscando trabajo; regresa todas las noches sin haberlo encontrado, extenuado y cercano a la desesperación.

Armanda, mujer de abnegación y energía admirables, escucha sin impacientarse a su marido, mientras él le expone sus proyectos de fortuna. Se guarda bien de disipar el humo de sus ensueños, por temor a desanimarle. Le exhorta a que, si

no encuentra otra cosa, acepte un trabajo de peón. Pero todos los trabajos se encuentran paralizados en París, y los mejores obreros se ven obligados a coger un pico y una pala e ir a trabajar en las carreteras, por un jornal de veinte sueldos diarios, en unos tiempos en que la libra de pan cuesta doce. Armanda lleva al Monte de Piedad lo poco que posee: un día su chal, luego su corsé, después una pieza de encaje y un justillo afelpado. Trabajando para una costurera, consigue ganar unos sueldos. Durante los tristes días de aquel invierno de 1793, se encuentra sola en su casa, inclinada sobre su labor, en la buhardilla sin lumbre, y, cuando le flaquean los ánimos, se pone a escribir a su querido Carlos unos billetes apasionados, que quizá no osará darle a leer por la noche, a su regreso. Nuestros archivos han conservado algunas de esas cartas dirigidas «al más amable, encantador y adorable marido», en las cuales la pobre mujer abría un poco la válvula del amor que desbordaba de su corazón.

Un día, cansada de luchar, extenuada de hambre y de frío, se decide a recorrer París para ir a llamar a la puerta de su madre, que habita en el lejano barrio del Marais, en la esquina que forma la calle de Thorigny con el Parc-Royal. Armanda reconoce la suntuosa morada en que vivió con sus padres en su infancia. Penetra en el salón, avergonzada y cohibida. La señora de Troussebois apenas reconoce a su hija en aquella men-

diga de rostro pálido, ojerosa y vestida miserablemente. ¿Qué es lo que pide? ¿Ignora que acaba de llegar su padre a París y que continúa irritado e intratable? Por fortuna, se encuentra en aquel momento ausente, ¡pero si regresara!... Es preciso que se vaya cuanto antes, y que no vuelva a comparecer por allí..., a menos que consienta en regresar para siempre, y *sola:* su habitación de soltera la espera, bien caldeada; sólo tiene que empujar la puerta... Armanda, indignada y sollozante, baja la escalera sin volver la cabeza, y regresa por las calles llenas de barro a su helada buhardilla, mísero nido de amor; vuelve a casa su adorado Carlos, más abatido y desesperado que la víspera, y aún encuentra ella el medio de consolarle y hasta divertirle.

La Revolución abunda en dramas íntimos, a través de los cuales podemos conocer, mucho mejor que en las consideraciones de los grandes historiadores, lo que fué aquella época terrible. Muy pocos de estos episodios igualan en matices trágicos al que reconstruyó antaño, en unas páginas emocionadas, el escritor Raoul Arnauld, sobre la dolorosa historia de Armanda de Troussebois y Carlos de Bellescize, historia que merece citarse entre las leyendas de amor más conmovedoras y novelescas.

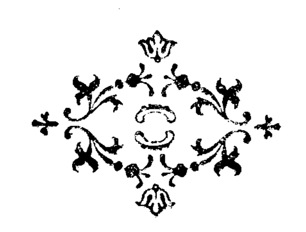
El señor de Troussebois fué implacable hasta el fin. Al ser detenido y condenado a muerte, comprendió que se le escapaba de las manos la venganza,

y denunció a su yerno como emigrado. Bellescize, perseguido a su vez, hubo de abandonar el palacio de Burdeos. Consiguió alojar a Armanda en casa de una pobre obrera, y él, sin hogar ni cobijo, erró durante varios días por calles y plazas, cambiando de barrio cada noche, sin atreverse a pedir asilo a nadie. Hasta que, al fin, extenuado, fué detenido, llevado a la Conciergerie y condenado a muerte. Entonces el amor que ardía en su pecho le sugirió una inspiración sublime. Dedicó su última noche a escribir para Amanda una serie de cartas con fechas de los días en que no vería ya nacer la aurora; en todas ellas daba a su amada detalles sobre su vida de proscrito, contándole imaginarias aventuras, a la vez que la preparaba poco a poco para el anuncio de su muerte, de la que así se enteraría mucho tiempo después de haber él perecido. En la última de estas cartas incluyó un mechón de sus cabellos.

Hacía ya un mes que había perecido en el cadalso, y Armanda, que recibía a fecha fija, en su retiro, los billetes póstumos de su Carlos, ignoraba aún que fuese viuda. Una mañana de floreal oyó vocear a un vendedor de periódicos el decreto que la Convención lanzaba contra todos los ex nobles que residían en París. Inquieta, baja a la calle y corre al Palacio de Justicia; pregunta y se entera de que Bellescize no corre ningún peligro..., puesto que hace unas seis semanas que ha sido ejecutado. Entonces, la pobre enamorada, sin

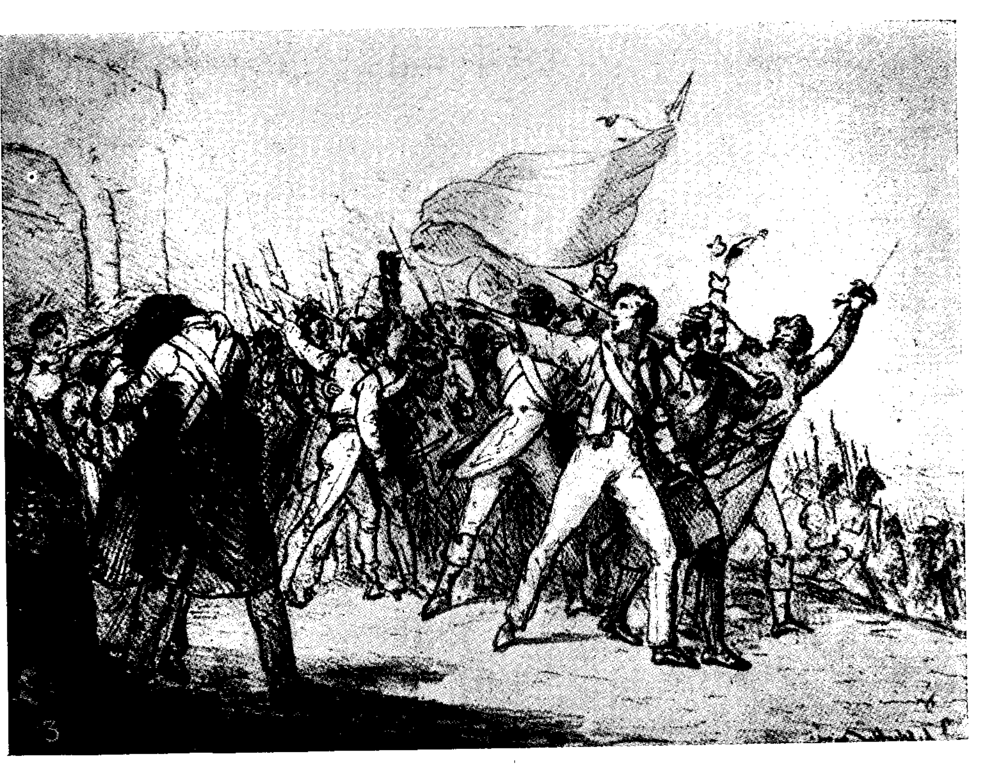
perder un momento, se dirige al Ayuntamiento y pide hablar con los jefes de la policía: se la hace pasar, y ella se da a conocer...

Al día siguiente, su cuerpo es arrojado a la fosa común, como el del esposo a quien había amado tanto y el del padre despiadado cuyo rencor les había llevado a todos al cadalso.



XIX

EL BURLADOR DE LA GUILLOTINA



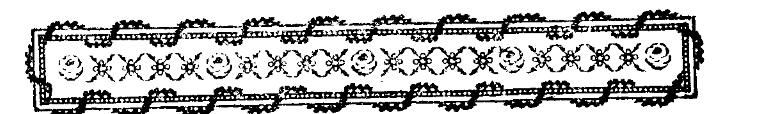
LÁM. XXXIV.—RECLUTAMIENTO DE VOLUNTARIOS.

La exaltación por las ideas revolucionarias, cuando las fronteras de Francia se vieron amenazadas por una coalición reaccionaria extranjera, provocó los alistamientos en masa. Hombres de todas clases y edades abandonaban sus casas y quehaceres para ir a defender en los campos de batalla los principios de la Revolución.



LÁM. XXXV.—LA BATALLA DE VALMY.

En este famoso encuentro—que hizo exclamar a Goethe, el gran poeta alemán: «Acaba de abrirse una nueva era de la humanidad»—, las hambrientas y mal equipadas tropas de la Revolución derrotaron a las huestes imperiales.



ESTE Jouy, tan olvidado—tan justamente olvidado—, merecería, a pesar de todo, un retratista. Para el que se acuerda de haber encontrado, en las *Memorias* de los tiempos revolucionarios, este fantoche exuberante y desequilibrado, no existe contraste más sorprendente que el de volvérselo a encontrar, veinte años después, convertido en *ermitaño,* profesando en el *Athénée,* con ungida gravedad, un curso de moral. Académico mimado y halagado por Benjamín Constant—poco amigo de bromas—, Jouy parece ser ahora el hombre más ponderado del mundo, razonador diserto, práctico por excelencia y hasta afanoso de ganancias, cuyas cartas a los banqueros revelan singular inteligencia para la administración doméstica.

En 1793, Jouy era un agraciado joven de veinticinco años, vivaracho, diabólicamente ingenioso,

taimado, simpático y temible, sin conciencia, corazón ni moralidad, pero comediante consumado, siempre dispuesto a representar inopinadamente el papel que se le presentase. En Lille, por ejemplo, en pleno Terror, le dió por casarse, y, encontrándose la noche de novios a solas con su mujer, conquistada a fuerza de tiernas declamaciones y quejumbrosas protestas, se alabó de saber «llorar a voluntad», y aún añadió, para corroborarlo, que, fuese cual fuese el texto que pusieran ante sus ojos, era capaz de llorar antes de terminar su lectura. «Pues bien—le dice su mujer, alarmada por aquella tardía confidencia—, veamos si lloráis leyendo los doce meses del año.» Jouy acepta el desafío y, cogiendo el calendario, se recoge un instante y comienza la lectura. A cada uno de los nombres que pronuncia a intervalos desiguales, parece más dolorosamente preocupado: en «junio», se le corta la respiración; en «julio», está visiblemente emocionado; en «agosto», se le descompone la voz; en «septiembre», ya solloza, y cuando articula «octubre», se le contrae todo el rostro y llora con desconsuelo. «¡Ah!—exclama su pobre mujer, tan asustada como indignada—. ¡Sois un monstruo!»

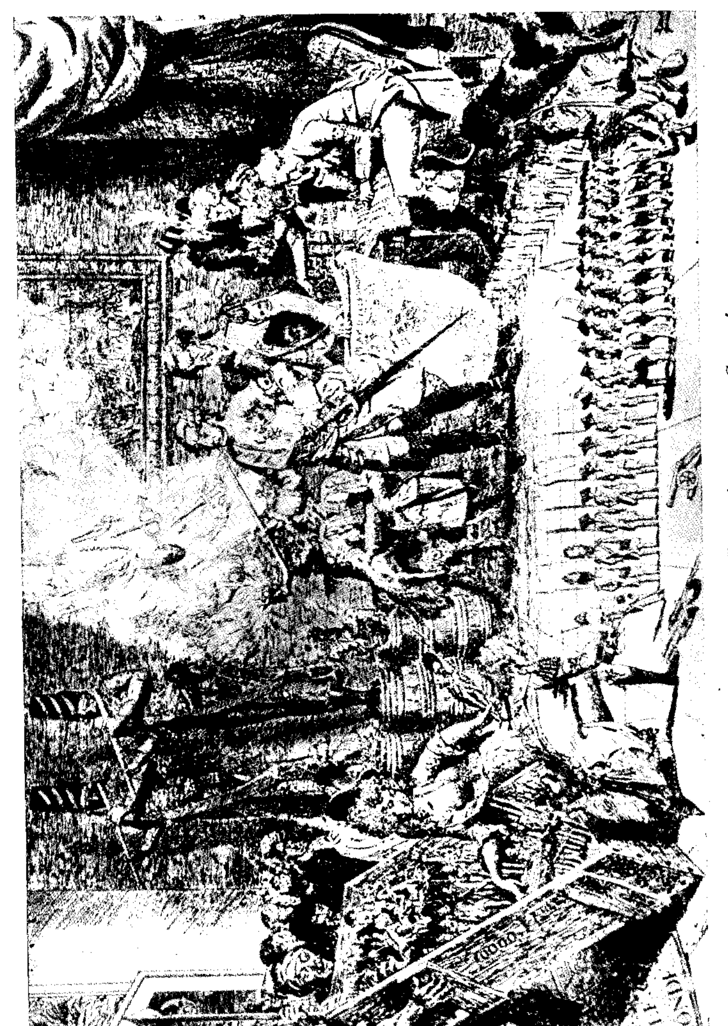
Jouy era, efectivamente, un monstruo, o, mejor aún, un fenómeno: la Revolución le divertía como el más regocijante *vaudeville*. Para salpimentar su buen humor, había apostado consigo mismo a que se haría guillotinar, y, si bien no lo

consiguió, no fué ciertamente por haber evitado imprudencias ni jactancias. Profesaba ideas ultrarrealistas, «porque los peligros de este papel se le habían subido a la cabeza». El general O'Moran, de quien era ayudante y a quien comprometía con sus salidas de tono, recomendaba a todo el mundo: «Decid a Jouy que sea más prudente.» Pero Jouy multiplicaba sus fanfarronadas y tonterías, hasta que un día recibió orden de presentarse inmediatamente en París, para dar cuenta de su conducta al Comité de Salud Pública.

Sus camaradas le vieron alejarse aliviados, aunque no sin tristeza. «He aquí otro que no volverá», se decían; aquella cabeza loca estaba indudablemente predestinada al verdugo. Pero él, sonriente, satisfecho y complacido de la aventura, hablaba de su próximo regreso, «después de una corta visita a los tunantes del Gobierno». Partió. Por el camino, continuando sus extravagancias, interpelaba a cada relevo a los jefes de la posta: «Señor jefe de postas, ¿qué noticias hay de París?» Al oír la palabra *señor*, las caras se ensombrecían, y las respuestas se limitaban generalmente a un «No sé nada». «¡Cómo!—replicaba Jouy—. ¿No se dice que Robespierre ha sido ahorcado?» La gente, aterrada, se apartaba rápidamente de él, o le volvían la espalda como si nada hubiesen oído; los postillones se apresuraban a proporcionar caballos a aquel energúmeno, para desembarazarse de él cuanto antes, y él reía a mandíbula batiente.

A un amigo que le acompañaba, a quien aterraban aquellas provocaciones, le decía: «No temo ni creo nada; me divierto, y esto me basta.»

Ocho días después reapareció en Lille, empenachado y triunfante, anunciando a sus camaradas estupefactos que el Comité de Salud Pública, admirado de su civismo, acababa de premiarle con el nombramiento de comisario superior del Consejo ejecutivo, encargándole de sacar 21.000 hombres de los ejércitos del Mosela y de los Ardenes, para llevarlos por la posta en socorro de la plaza de Valenciennes, que estaba sitiada: idea ésta suya, copiada de Federico *el Grande*, que había entusiasmado a los estrategas del Comité. Puesto inmediatamente en campaña, trasteó las guarniciones del Nordeste, corrió de Cambray a Sedán, de Verdún a Lille y de Avesnes a Mezières, reclutando y requisando sin que nadie le opusiera una negativa, y atropellando a las autoridades, desconcertadas ante el omnipotente comisario del Poder central, que echaba pestes contra Robespierre y los piojosos del Comité, y pedía dinero so pretexto de que equivalía a «quitárselo a los bandidos del Gobierno». Su amigo Thiébault, el que más adelante había de ser ilustre general, que le seguía en calidad de oficial de ordenanza, no le ocultaba que creía exageradas y peligrosas aquellas requisiciones pecuniarias: «¿Pero tú crees—le replicaba Jouy—que hay quien sepa lo que se hace en este zafarrancho de la República?»



LÁM. XXXVI.—EL EJÉRCITO DE CONDÉ.

Estaba apostado en las riberas del Rin y compuesto de emigrados franceses, nobles en su mayor parte, al mando del príncipe de Condé. En esta caricatura revolucionaria se le presenta como un ejército de salón, con el cual los ex privilegiados de Francia juegan a los soldaditos de plomo.



Lám. XXXVII.—El regreso de los emigrados.

Caricatura revolucionaria, sobre la vuelta de los franceses que en un principio huyeron de la Revolución, por creerla sólo un fuego de virutas; que luego, al verla arraigarse, trataron de combatirla con las armas, desde la frontera del Rin, y que, finalmente, cansados y desilusionados, regresaron cabizbajos a recoger los restos de sus hogares.

Abandonó por completo a su mujer, y hasta olvidó que estaba casado: esto había sido un simple accidente en su vida. Cuando regresaba a Lille, en donde le gustaba exhibirse, se olvidaba ex profeso de ir a verla, y de hecho no la volvió a ver más.

Un día, para evitar el tener que dar un rodeo, lanzó su cabriolé, entre Cambray y Douai, en medio del ejército austríaco. Un escuadrón de ulanos salió en persecución del carruaje, que huía al galope; con una mano empuñaba Jouy una pistola, dispuesto a hacer fuego contra el primero que apareciera en el marco de la portezuela, y con la otra apuntaba una segunda pistola al postillón, amenazándole con disparar si frenaba la marcha de los caballos. El fantástico galope duró media hora, y así pudo, al fin, escapar; luego, comentándolo, decía que en su vida se había divertido tanto.

Durante una de esas correrías, los dos compañeros, sin otro motivo que el de «ir a respirar el aire de la hoguera», reaparecieron en París. Jouy se mostró en todas partes, satisfecho de sí mismo y de sus fechorías, proclamando en voz alta que «no tenemos ejércitos; que lo que se llamaba el ejército del Norte no era más que una pandilla de haraganes, y que bastaba un látigo para poner en fuga a todas las tropas de la República». Encontrándose un día en el Teatro Francés, se presentó de pronto Thiébault, para avisarle que,

por orden del Comité de Salud Pública, iban a ser detenidos los dos aquella misma noche.

—¡Tonterías!—exclamó Jouy, y después, reflexionando—: ¡Ah, cobardes!

—¿Qué hacemos?—le preguntó su ayudante.

—Ya lo pensaremos esta noche. ¡Sígueme!

Jouy conocía a una señora que había pertenecido a la corte y estaba ahora establecida de lencera en la calle de Saint-Denis. Los dos proscritos—Thiébault rozando las paredes, y Jouy canturreando en medio de la calle—fueron a pedirle asilo. La dama no pudo acogerles en su casa, pero les ofreció una vivienda desocupada, de que disponía en el tercer piso de una casa de la calle de Meauconseil. Ella misma les acompañó, les abrió la casa y cerró tras ellos la puerta con llave.

Encontrábanse allí, sin luz y andando a tientas por las habitaciones desamuebladas, cuando oyeron en el patio, al cual daban las ventanas, la voz ronca de la portera que hablaba con una vecina: «Traer a casa dos hombres, después de cerrar la noche, no decir nada a nadie y dejarlos sin luz, en unas habitaciones sin arreglar, me parece bastante sospechoso. Deben de ser sin duda dos enemigos del pueblo, y lo mejor será ir a contarlo en la sección.» Se la oyó salir y cerrar la puerta: los dos compadres se encontraban como cogidos en una ratonera. No había medio de abrir la puerta sin fracturar la cerradura, lo que hubiera sido grave imprudencia. Midieron con la

vista la altura del piso: imposible saltar sin romperse los huesos. La estrechez de las chimeneas tampoco permitía salir por ellas, además de que un tejado aislado ofrecía un refugio muy poco seguro, donde no tardarían en ser vistos y perseguidos... Al cabo de un cuarto de hora de angustia, un gran golpe dado en el portal les anunció que iba a decidirse su suerte. Inmediatamente llegó de nuevo hasta ellos la voz de la portera: «¡Qué contrariedad! En la sección no hay nadie; volveré sin falta mañana a las nueve de la mañana, y ya veremos en qué para todo esto.»

Thiébault ha contado cómo pasó esta noche de ansiedad, maldiciendo a su compañero, quien, sea dicho de paso, se convirtió años después en su cuñado, parentesco que satisfizo tan poco a Thiébault, que el editor de sus *Memorias* se consideró obligado a suprimir las páginas en que el general daba rienda suelta a sus antiguos rencores. Al hacerse de día, acudió su protectora a libertar a los dos proscritos, que se deslizaron fuera de la casa. Al llegar a la calle, Thiébault dijo a Jouy:

—Separémonos. ¿Hacia dónde vas?

—Doblo a la derecha.

—Entonces, yo voy hacia la izquierda. Adiós.

Y se separaron.

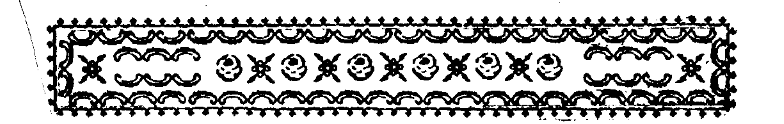
Jouy fué a refugiarse en casa de un procurador amigo suyo, llamado Bosquille, en cuya vivienda, oculto por una trampa, se encontraba un escondite.

Allí pasó seis semanas, y fué un milagro que sus imprudencias no le costaran la vida, a él y a su amigo. A lo mejor, salía de improviso de su escondite, sin preocuparse de quiénes eran las personas que recibía el procurador, las cuales se quedaban boquiabiertas al ver abrirse el suelo y salir de él a un hombre con la cara sonriente; y si le venía en gana íbase a corretear por París, y, sin hacer caso de que le hubiesen condenado a muerte por contumacia, atravesaba la multitud estacionada en los alrededores del tribunal revolucionario.

Se había jurado hacerse prender, y no lo consiguió nunca. «La dificultad—decía Montaigne—da precio a las cosas», y era sin duda su desdén por la guillotina lo que estimulaba los deseos de Jouy. Por lo demás, toda su vida parece un reto. Después de haberlo intentado todo para subir a aquel cadalso que nunca quiso saber nada de él, le ocurrió, cuando se hubo vuelto cuerdo, la más singular de sus aventuras: escribió sus veinte volúmenes de *Ermitaños*, que es la obra más insignificante, ilegible y fastidiosa con que cuenta la literatura francesa. Pero este nuevo alarde le salió tan bien como todos los precedentes, pues la Academia le abrió de golpe sus puertas. ¡Y el señor Jouy fué a sentarse en el sillón que antes había ocupado La Bruyère!

XX

EL PATRIOTA INGENUO



El campo de batalla de Wattignies, bajo un pálido sol de octubre. Praderas cerradas por setos; granjas aisladas, cuyas techumbres de pizarra brillan entre follajes bermejos. El paisaje carece de relieves acusados, si bien aparece bastante quebrado; los horizontes son limitados. Las vacas, acostadas en la hierba húmeda, rumian melancólicamente. Los pastizales forman una sucesión de encantadores y variados decorados; los que están plantados de manzanos tienen profundidades tenebrosas y azuladas; los demás se extienden soleados y verdeantes. Todo está tranquilo y silencioso, y se requiere un esfuerzo de imaginación para representarse el espantoso huracán que, hace unos ciento cincuenta años, se abatió sobre este rincón de tierra, para salvar a Francia, que jugaba su última carta. Vencida en Wattignies, la Revo-

lución hubiera sido aplastada. París, aprisionado entre la invasión enemiga y el ejército vendeano victorioso, habría sufrido sin duda la suerte con que le había amenazado antaño Brunswick. Hoy puede asegurarse que el heroísmo de los soldados franceses orientó aquel día el destino del mundo.

Con todo, Wattignies no es sitio que suelan visitar los turistas. Más de veinte mil ingleses, según se dice, emprenden anualmente la peregrinación a Waterloo; pero no creo que ningún francés haya modificado nunca su itinerario, para hacer una excursión a Wattignies-la-Victoire, pues el nombre de la célebre aldea ha sido oficialmente empenachado con este epíteto triunfal.

Yo no me atrevería, sin embargo, a jurar que todos los habitantes del país estén muy informados de los incidentes de la batalla; únicamente algunos eruditos de Avesnes y Maubege se interesan todavía por ella, procurando precisar sus peripecias y discutir sus tradiciones. Pero esos mismos eruditos se muestran escépticos sobre la desnudez de los voluntarios, tales como los evocan Michelet y Luis Blanc: «ganapanes *sin zapatos*, conquistadores del mundo». Que no llevaran zapatos parece inverosímil; nadie cree en los pies desnudos de aquellos héroes. Hay allí demasiados arroyos, empalizadas, zarzales y taludes pedregosos, para que pueda creerse que hayan maniobrado en terreno semejante unos hombres descalzos. Es más: ni siquiera parece verosímil que llevaran zuecos.

Pero, es cierto: los voluntarios del 93 iban descalzos. Y no, desde luego, porque así lo dictara la ordenanza; mas, como aquella pobre gente tenía que preocuparse por sí misma de su equipo, ponía en ello cierta parquedad. Un grabado alemán de la época, que se conserva en la colección de don Gabriel Cottreau, nos muestra a varios soldados de la República haciendo ejercicios: los soldados van descalzos. La curiosísima serie de acuarelas que el Gabinete de estampas de la Biblioteca Nacional debe a su llorado bibliotecario Augusto Raffet, que las reprodujo de la colección Mellinet, constituye una estupenda galería de los extraños vestidos que llevaban los héroes de Wattignies y de otros lugares, héroes a quienes llamaban los *azules*, aunque fuesen en realidad de todos los colores. Van vestidos con harapos de telas o encerados, alfombras viejas, pedazos de cortinas, mantas destrozadas, carmañolas remendadas, esclavinas..., y aun con faldas, chales y basquiñas; llevan la cabeza cubierta con grotescos sombreros acampanados, cascos con cimera, tocas, turbantes de piel, indescriptibles andamiajes de trozos de cartón, telas o pieles de animales. Y, colgándoles por todas partes, balanceándose sobre la espalda, de sus costados o entre las piernas, surgen cacerolas, hornillos, parrillas... No: evidentemente, el indumento de los voluntarios del 93 no tenía nada de uniforme. Por lo demás, en lo referente a sus legendarios pies desnudos, basta una frase de

Carnot, para zanjar la cuestión: «El soldado, en cuanto dispone de un par de zapatos, corre a venderlos—escribe el vencedor de Wattignies—, y los hay que venden incluso sus vestidos.»

Pero si inspira verdadera curiosidad el saber cómo iban vestidos aquellos muchachos, no resultaría menos interesante conocer cuáles eran sus pensamientos e impresiones. ¿Cuál podía ser, en efecto, la mentalidad de aquellos seres desarraigados? Habían dejado, en efecto, sus casas, en un arrebato de entusiasmo, creyendo que, después de luchar y vencer al enemigo, regresarían rápidamente al hogar; y, sin embargo, se veían enrolados en una guerra inacabable, obligados a llevar aquella misma vida de soldado que, entre los prejuicios de la antigua Francia, pasaba por algo despreciable y hasta deshonroso. A través de los relatos vendeanos, los terribles *azules*, formando columnas infernales, aparecen como monstruos de crueldad, verdugos más que militares, incendiarios de granjas, degolladores de mujeres, profanadores de iglesias, asesinos de campesinos desarmados, hasta el punto de que los cronistas se preguntan de dónde puede sacar la Revolución aquellos ejércitos de demonios.

Pues bien, eran todos, individualmente, unos buenos muchachos, escrupulosos, patriotas y sensibles, con todas las cualidades y defectos del temperamento francés: valentía, lealtad y turbulencia, junto con el amor a la independencia, una

resistencia milagrosa y soberbio desprecio de la muerte. Algunos de ellos—muy raros—han escrito sus recuerdos: tales el sargento Fricasse, Denís Belot, el fusilero Godard, Mauricio Duviquet... Pero ninguno de esos documentos iguala, al parecer, a las cartas que el voluntario Francisco-Javier Joliclerc dirigió, durante sus cinco años de campaña, a su anciana madre, que permanecía en la aldea. Recogidas por el señor Esteban Joliclerc, su sobrino segundo, estas cartas fueron publicadas hace ya algún tiempo, y editadas a continuación, con un notable prólogo, por Funck-Brentano.

Joliclerc era de Mignovillard, en el Franco Condado. No había salido aún de sus montañas, cuando, respondiendo al primer enganche de guardias nacionales voluntarios, se incorporó, en 1791, al séptimo batallón del Jura. Tenía entonces veinticinco años. Dos años después, tras interminables marchas a través de Francia, yendo de Alsacia a Lila, de Lila a Bélgica, de allí a Amiens y otros lugares, resultó herido en los alrededores de Maubege, en una batalla cuyo nombre ignora—la de Wattignies—, en la que recibió un casco de metralla en la nariz. «Como la tenía un poco larga—escribe—, esto me ha quitado lo que me sobraba.» Se le evacuó al hospital de Saint-Denis, a donde llegó al cabo de catorce días de camino, a pie, desde luego.

Curado y perfectamente restablecido, se vuelve a incorporar a su batallón. Helo aquí en Dreux,

en Chartres y de nuevo en Amiens. «Arrastramos nuestro cuerpo sin saber a dónde vamos; hemos andado más de cien leguas, pero continuamos en los alrededores de París, siempre a la misma distancia de 15 ó 20 leguas de la capital.» Al fin, llega a una gran ciudad: Rennes. Corre el mes de diciembre de 1793. A pesar de las privaciones, Joliclerc ve la vida de color de rosa: «Lo único que me falta son zapatos.» No sabe a dónde le llevan, pero le da lo mismo, seguramente; la patria le necesita, e iría, para servirla, hasta el fin del mundo. No hay nada que enturbie sus sentimientos; está enamorado y expone a su madre sus veleidades matrimoniales: «He encontrado a una joven criatura que me agrada. No os hablo de sus riquezas porque no son cuantiosas; pero he de deciros que es bella y llena de gracia. Enviadme un permiso para tomar estado.»

No puede haber mayor precisión y rapidez. Pero ya no vuelve a hablar de aquella joven criatura llena de gracia; la ha olvidado. El casquivano· cabo se encuentra en Saumur formando parte de las columnas infernales, y escribe sencillamente: «Vamos a devastar los departamentos de las Dos-Sèvres y la Vendée. Entraremos allí a sangre y fuego; en una mano el fusil y en la otra la antorcha. Hombres y mujeres, todos pasarán por el filo de la espada... Hemos incendiado ya siete leguas de territorio. Hay soldados que han hecho ya fortuna... Yo no he encontrado todavía

con qué cambiar de camisa...» Por lo demás, está muy contento y se encuentra perfectamente; «está acostumbrado al vino, y lo necesita; cuando se halla en un país de cerveza o de sidra, es hombre medio muerto».

En Vesins cae herido por los chuanes, y le llevan al hospital de Nantes, donde permanece ocho días. Aquel terrible *azul* cree en los presentimientos; recuerda que, cuando salió de su casa, la llave del cofre de su madre le retuvo cogido por la ropa, y siempre ha considerado esto como un mal presagio. Su buen humor se enturbia; quizá porque sólo tiene para comer media libra de pan podrido al día. Sin embargo, ya está otra vez en pie; vuelve a su cuerpo y empieza de nuevo a degollar, no por gusto, sino por deber: simple incidente. «Si os contara las crueldades que se cometen en la Vendée, por una y otra parte, se os erizarían los cabellos... Sólo quedan unos pocos campesinos en los bosques, desparramados, que carecen de todo lo necesario para la vida...»

A aquel soldado de las columnas infernales, que, sin duda alguna, fusiló, degolló e incendió como los demás, le recomienda su anciana madre que no olvide sus rezos, y le envía una imagen piadosa. Joliclerc no es hombre incrédulo, nada de eso: «Pongo mi confianza en manos de Aquel que rige el universo y vela por nuestra dicha; Él sabe lo que necesitamos y lo que nos conviene. ¡Hágase su santa voluntad!» ¿Qué chuán hubiese

escrito algo más piadosamente? Pero el buen muchacho tiene también sus puntos de filósofo, y he aquí su profesión de fe: «No cesáis en todas vuestras cartas, como lo hacíais cuando me encontraba a vuestro lado, de recomendarme que eleve plegarias al Señor y a sus santos. ¿Para qué pedirle la lluvia, al mismo tiempo que mi compañero le pide el buen tiempo? No; yo digo sencillamente: hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo. ¿No sabéis que rogar a Dios equivale a pedirle la desorganización del universo? Dejemos hacer al Altísimo... Abandonémonos a su santa Providencia, mantengámonos entre sus brazos y hagamos todo el bien posible, y después, al borde de la tumba, la voltereta.»

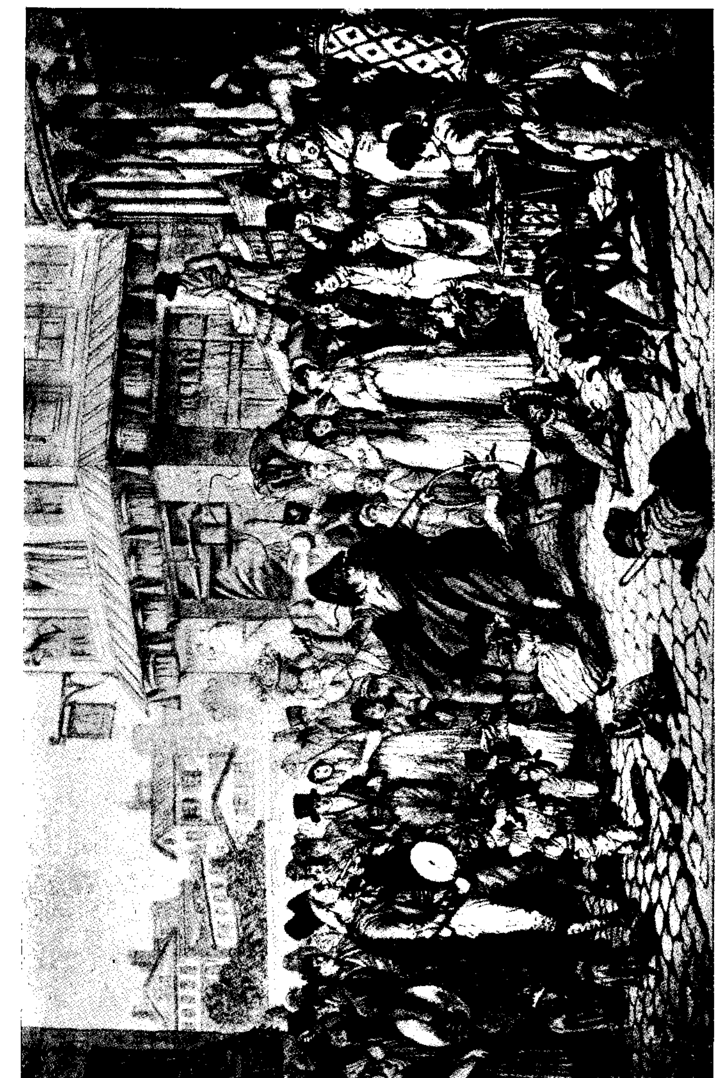
Los Joliclerc son propietarios, y la anciana madre se aflige al ver que su hijo pierde el tiempo guerreando, en vez de regresar al país, para trabajar útilmente en la granja. Pero él, cuando ella se lo dice, se enoja. ¡Qué le importan sus bienes, mientras la patria tiene necesidad de su ayuda! ¿Ha reclamado alguna vez dinero? No lleva medias y viste un pantalón que se ha hecho con sus propias manos, con un delantal que se encontró en la Vendée. Que su madre disipe su fortuna si quiere; que venda o malgaste: le es completamente indiferente. Pero que no se olvide de hacer limosnas: «¡Hay tantos miserables en nuestras montañas!» En cuanto a él, nada le preocupa; durante dieciocho meses se ha acostado en la tierra desnuda, sin quitarse el vestido, y al dejar el depósito de Saint-Denis ha tenido que sustraer del almacén dos camisas y un pantalón... Siente escrúpulos por ello y escribe con ingenuidad encantadora: «Le voy a deber mucho a la nación.» Palabras sublimes, escapadas a un campesino que, voluntariamente, sacrifica a su país bienestar, salud, familia y fortuna, y se dispone todos los días a entregarle la vida: «Estoy dispuesto; sólo espero la orden del Todopoderoso...»

Nunca consentirá en volver a su tierra, mientras se luche en alguna parte por Francia. ¿Cómo? ¿Su madre le aconseja el regreso, mientras «la patria es destrozada por sacerdotes insensatos y realistas bribones, que desean encadenarnos de nuevo? ¿Cómo os atrevéis a decirme—escribe—que me vuelva? ¿Estáis, acaso, ahí, tanto los unos como los otros, gangrenados, podridos? ¿Quiénes son los monstruos que os han pervertido?»

La pobre mujer, al leer aquellos dicterios, debía de derramar todas las lágrimas de sus ojos e imaginarse que su chiquillo se había convertido en el más sanguinario de los revolucionarios. A decir verdad, nada podía comprender de todo aquello. Un día, en una carta fechada en Josselin, en Bretaña, Joliclerc le anunciaba que «el día de Pascua había asistido a la misa, la primera que había oído desde hacía dos años»; la ceremonia, añadía, «había alegrado mucho a militares y paisanos». Por la carta siguiente se enteró de que su

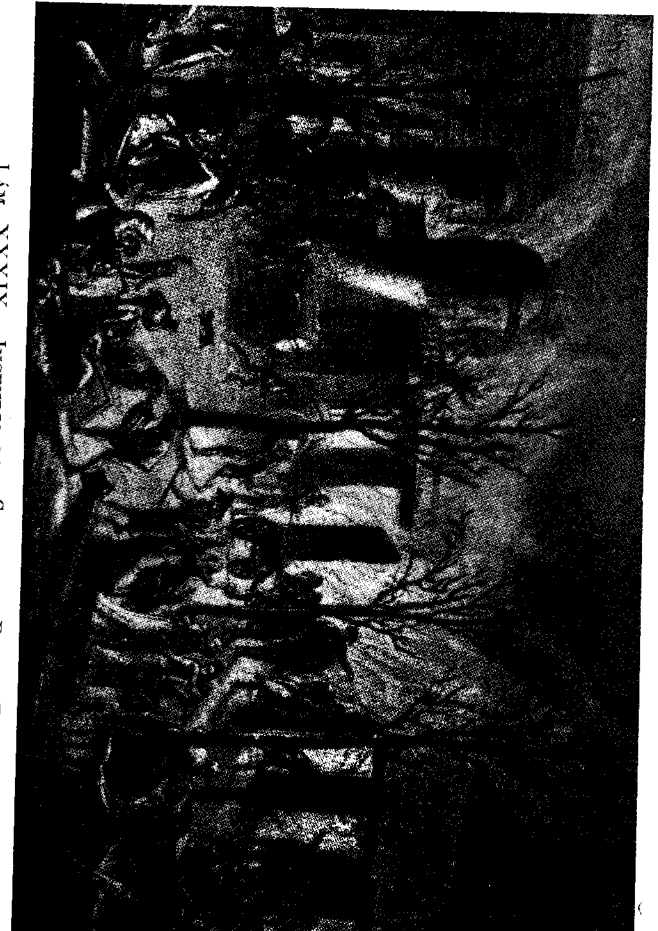
hijo figuraba entre los vencedores de Quiberon, encargados de pasar por las armas a seis mil prisioneros, de lo cual parecía alegrarse mucho. Y tres meses después, al poner en su carta la fecha del 12 de frimario del año cuarto de la República una e indivisible, añadía: *Festividad de San Francisco Javier*, lo que parece indicar que no olvidaba a su santo patrón y que no había perdido aún por completo el sentido humano. Pero, ni así le abandonaba su locura, pues expresaba en estos términos la máxima que él había convertido en regla de vida: «Me amo a mí mismo, pero amo más a mi familia, y más que a ésta a mi patria, y más que a mi patria al mundo entero. Hay que estar siempre dispuesto a sacrificar lo uno por lo otro...»

¡Excelente muchacho! ¿Quedarán muchos todavía como él? Todo cuanto dice en sus rudas y admirables cartas ese herido de Wattignies, merece recordarse. Se discute hoy con aspereza, sobre los manuales de historia que conviene destinar a las escuelas primarias. Pues he aquí el libro perfecto: el compendio de las cartas de Joliclerc, que al mismo tiempo que el amor a la patria, enseña la tolerancia, el respeto al pasado, la fe en el porvenir, la generosidad, la resignación, el desprecio del peligro, de la reputación, del dinero, de la muerte... Y esto lo escribió un campesino de Francia que no sospechaba siquiera que su nombre oscuro llegaría un día a verse en letras de molde.



LÁM. XXXVIII.—TITIRITEROS AMBULANTES.

Una de las más bellas y extraordinarias historias que contiene este libro es *Aquilón*, la del aristócrata convertido en titiritero y acabando en vicario general. Nuestra estampa recoge una escena de la vida de los titiriteros ambulantes de la época revolucionaria.

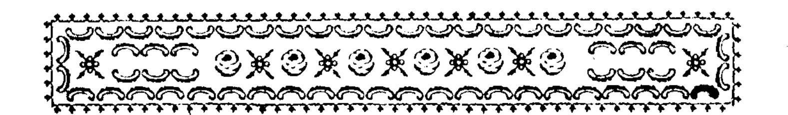


LÁM. XXXIX.—INCENDIO DEL CIRCO DEL PALAIS ROYAL.

En los famosos jardines del Palais Royal, de París, que tanto se destacaron en tiempos de la Revolución y del Imperio, edificóse en 1788 un circo, para espectáculos acrobáticos y funambulescos, que luego sirvió de Liceo de las Artes y fué destruído por un incendio en 1798.

XXI

HERMANOS ENEMIGOS



PODRÍA decirse del ejército reaccionario de Condé, lo mismo que decía Napoleón de Robespierre y de la Revolución de termidor: «Es un proceso sentenciado, pero no debatido.» La cosa, tomada a bulto, tal como la exponen los manuales, no es fácilmente excusable: diez mil gentileshombres franceses, entre los cuales figura gran número de oficiales, que emigran de su país en tiempo de guerra y prestan servicio a sueldo del extranjero, es un hecho que subleva nuestros sentimientos patrióticos y no tiene explicación plausible. Para entenderlo con equidad, necesitaríamos posesionarnos de las mentalidades de antaño, cosa bastante difícil, y buscar los motivos personales de cada uno de esos proscritos voluntarios, lo que es más difícil aún. Lo que sí puede asegurarse es que, aparte algunos botarates y *snobs*, todos ellos abandonaron

a Francia creyéndose obligados a ello por motivos de honor, si bien, como suele decirse, «con la muerte en el alma». Los príncipes habían cometido la falta de dar el ejemplo. Una convicción atávica inducía a nuestros abuelos a considerar que la patria se hallaba donde se encontrasen los miembros de la ilustre casa que no tuvo igual en los anales de la realeza, y con la cual se había identificado el alma de Francia por espacio de diez siglos. Importaría también conocer a fondo, no sólo por meros rasgos aislados, en qué medida los partidarios de la Revolución favorecieron la misma emigración de los nobles contra la cual reclamaban, al propio tiempo, las más draconianas medidas. Aquel constante éxodo aumentaba el acervo de los bienes nacionales y tranquilizaba a los compradores timoratos, que así se veían desembarazados de la presencia de los despojados. Se hizo todo lo posible por evitar que éstos reaparecieran, y las puertas del país se cerraron tras ellos, hasta que sus bienes quedaran repartidos y desmigajados de manera definitiva. Graves cuestiones todas ellas, merecedoras de un profundo estudio, que tal vez atenuaría la impopularidad que pesa sobre aquellos fugitivos por fuerza.

Sea como fuere, lo cierto es que los que dejaron a Francia con la esperanza de regresar muy pronto, sufrieron crueles desilusiones. No he de referirme aquí a los infelices que, habiendo marchado con unos pocos luises en los bolsillos, se vieron reducidos a la miseria, al cabo de seis semanas, y tuvieron que ingeniarse para emprender algún modesto oficio. Su caso no deja de ser, en medio de todo, pintoresco. Resulta trágico, en cambio, el de los oficiales que, deseosos de no rebajarse y de continuar ciñendo la espada, incluso después de las acuciantes decepciones de Valmy, integraron el ejército que se agrupó alrededor del príncipe de Condé, y de su hijo, el duque de Borbón. Lo que llegaron a sufrir esos obstinados nos lo revelan las notas de uno de ellos, el caballero de Pradel de Lamase. Que faltara dinero, pan y vestidos; que hubiese que dormir sobre la nieve; que no quedaran municiones, ambulancias ni abrigos..., eran, en último término, detalles nimios, de los que nadie pretendía quejarse. Lo que se desprende clara y distintamente de esa relación, escrita al correr de los días, es que para aquellos franceses sólo había una privación insoportable: la de la propia Francia.

Nadie ignora que el príncipe de Condé, después de haber agotado todo el dinero de que disponía en equipar y alimentar a sus tropas, hubo de reclamar la ayuda del emperador de Austria. Éste, tras muchos regateos, consintió en tomar a los *condeanos* a sueldo, a condición de que aceptaran un jefe escogido por él. Hubo que transigir, y se nombró a Wurmser comandante en jefe del ejército de los gentileshombres franceses. En estas condiciones se inició la campaña de 1793, contra

las tropas republicanas; los emigrados se batieron como héroes, pero su bravura pareció inquietar a Viena. Lo que más temía el emperador austríaco era una victoria obtenida gracias al concurso de los *condeanos*, pues sabía que éstos no le permitirían abusar de ella en detrimento de su patria. Los fines de aquellos aliados eran diferentes: el ejército de Condé combatía únicamente para restablecer a los Borbones en el trono; Austria y Prusia, en cambio, se preocupaban poco de esta restauración, y soñaban con anexionarse Alsacia y Lorena y reconquistar los Países Bajos.

De esto surgía un perpetuo conflicto entre los confederados, unidos tan sólo en apariencia. A los *condeanos* se les mantenía a retaguardia, y sólo entraban en liza para cubrir la retirada de las tropas austríacas, cuando éstas eran rechazadas, que era lo que sucedía casi cada vez que se entablaba batalla. Cuando parecía que el ejército realista tomaba ventaja, su comandante austríaco lo retiraba del combate, en espera de hacerle soportar de nuevo todo el peso de la derrota de los aliados; y cada una de sus acciones brillantes era castigada como un acto de traición. Se le estuvo amenazando con no pagarle el sueldo, hasta que, al fin, un día se decidió suprimirlo efectivamente. El príncipe de Condé, indignado ante semejante proceder, vació su bolsa; sólo contenía 94 luises, que repartió entre sus compañeros, a

razón de nueve sueldos por barba, lo suficiente para una comida. Luego escribió al emperador de Austria, solicitando para sí una plaza de granadero, a razón de 15 *kreutzers* diarios. Por fortuna, enterada Inglaterra de esta penuria, envió dinero, y el ejército de nobles pudo volver a entrar en campaña. Pero persistiendo el temor de que penetrara en Francia, Wurmser, y después de él Colloredo, por orden de Viena, le inmovilizaron en la orilla derecha del Rin, imponiéndole de continuo marchas y contramarchas. No es difícil comprender la exasperación que en el campo realista producían tales argucias; nunca hubo aliados más hostiles, y a esta hostilidad se unía, por parte de los austríacos y prusianos, un desconocimiento absoluto del carácter francés.

«¿Por qué no habéis continuado en el ejército republicano?—preguntó un general austríaco a un lugarteniente de Condé—. ¿Acaso los que gobiernan en París no pagan los sueldos a los oficiales?» El gentilhombre intentó inútilmente hacer comprender a aquel patán, que nadie había considerado nunca en Francia la profesión de las armas como un oficio lucrativo, y que los motivos de la emigración eran otros. El alemán, boquiabierto, indicaba con su mímica que desde hacía mucho tiempo sabía a qué atenerse con respecto al carácter de los franceses, hombres de incorregible ligereza, cuyos afanes del momento les impiden tomarse la vida en serio.

A veces, pese a su obligatoria condescendencia, la impaciencia traicionaba a aquellos jóvenes fogosos y desinteresados, al encontrarse en presencia de los insolentes hidalgüelos alemanes, que antaño, en Versalles, hacían antesala en compañía de los lacayos de los grandes señores franceses, cosa de la que, por cierto, se sentían muy honrados. Un día, el caballero de Lamase hubo de llevar, en calidad de estafeta, ciertos papeles a un general austríaco. Éste le recibió bastante mal.

—Os dais mucha importancia, señores emigrados—masculló.

—Monseñor—replicó el caballero señalando la orilla izquierda, la orilla francesa, del Rin—, nos daríamos mucha más si nos encontráramos al otro lado.

El general echó fuera al impertinente, y presentó una queja contra él; el príncipe de Condé, después de haber reído mucho, hubo de castigar al caballero.

Por otra parte, al mismo Condé, aunque fuese príncipe real, se le tenía en gran desconfianza en Viena. Las cortes de Austria y Prusia se comprometían a impulsar vigorosamente el esfuerzo contra la República, si aceptaba, como premio de este apoyo, la cesión de Alsacia a Alemania. Condé había respondido, en nombre de sus hombres, «que no conocía un solo emigrado que no prefiriese el destierro perpetuo a la disminución del territorio patrio», y a partir del día en que se

negó a convertirse en cómplice de la desmembración de Francia, sus relaciones con el Estado Mayor austríaco se hicieron más tirantes que nunca.

Se reconoció, sin embargo, de nuevo a los *condeanos* el derecho de batirse, en octubre de 1793, cuando el ataque de Wissemburgo. Wurmser les puso en primera fila para apoderarse de la ciudad, en la que entraron los primeros. Se les recibió como libertadores, al grito de «¡Viva el Rey!», y los habitantes consideraron un honor albergar en sus casas a aquellos compatriotas, satisfechos, como puede suponerse, de revivir la vida de Francia. ¡Hacía tanto tiempo que no habían comido tan bien ni dormido en tan buenas camas! Pero, al día siguiente, sus aliados alemanes penetraron a su vez en la ciudad y la trataron como país conquistado. Al ver el cambio operado, los wissemburgueses, refunfuñando, llegaron a confesar sin ambages que preferían la tiranía de la Convención al yugo brutal de los prusianos, de los que no querían saber nada, opinión que los *condeanos* aprobaban muy sinceramente.

Pues, en efecto: a causa del contacto diario con sus pseudo aliados, los gentileshombres del ejército realista habían acabado por apreciar a sus enemigos, entendiéndose por tales a los republicanos franceses, «los patriotas y los *carmagnols*», contra quienes batallaban. Los *carmagnols* demostraban, por su parte, una no disimulada simpatía por aquellos adversarios que, nacidos, como ellos,

bajo el cielo de Francia, combatían valientemente, pero a disgusto. Cambiando mamporros y sablazos, se sentían todos como en familia y hacían la guerra con despreocupación. Este sentimiento domina manifiestamente en el cuaderno de notas, vivaces y pintorescas, del caballero de Lamase, aportación completamente nueva a la historia del sentimiento patriótico francés, que sobrevive intacto en medio de las más ásperas disensiones políticas. A partir del primer choque, que se dió en Rulsheim, realistas y republicanos se admiran mutuamente, estableciéndose una especie de camaradería burlona entre los dos campos. Se hablan de una orilla a otra del Rin. Nadie ignora la facilidad con que se transmite la voz a través del elemento líquido, y los centinelas, así que anochece, cambian de una margen a otra frases irónicas.

—¡Eh, camarada—grita a lo mejor un soldado *condeano*—, envíame a tu capitán zapatero, que necesito remendar mis botas!

—No podrías pagarle con tus quince *kreutzers*—responde la voz del republicano—. Aquí un par de botas nuevas cuesta hoy mil libras (corrían los tiempos de la gran baja del papel moneda), y las composturas doscientas...

En otra ocasión, un patriota interpela así a un realista que se encontraba de guardia en la orilla opuesta:

—¡Buenos días, esclavo del tirano! ¿Qué tal te va?

—Soy mucho más libre que tú—responde el emigrado—. Y, si no, ¡vamos a hacer una apuesta! Voy a gritar *¡Viva la nación!*, con todas mis fuerzas, y te desafío a que grites *¡Viva el Rey!*

E inmediatamente clama *¡Viva la nación!*, con una voz tan estentórea, que hace retemblar el ribazo.

—¡Ahora te toca a ti!

El patriota no se arriesga, pero los realistas oyen las risas de los republicanos, divertidos por aquella provocación.

—He ganado la apuesta—dice el emigrado.

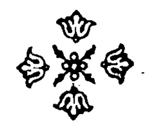
—¡Ya te pagaré en la próxima batalla!

Y, de hecho, cuando llegaban a las manos, se degollaban a conciencia. Condé, con su hijo, el duque de Borbón, y su sobrino, el duque de Enghien, eran populares en el campo de los *azules*. Se estimaba su valentía y generosidad; en una carga de caballería, al duque de Borbón le dió un sablazo en la mano derecha un dragón republicano, quien, al descargarle su terrible golpe, gritó: «¡Viva el duque de Borbón, que le queremos mucho a pesar de todo!» No le quiso mucho tiempo más, pues llovieron instantáneamente sobre él diez estocadas...

Incluso los jefes del ejército patriota rendían pleitesía a la lealtad de sus adversarios. En Ehbling, un general republicano envió a su ayuda de campo para avisar al duque de Enghien que tendría el sentimiento de atacarle al día siguiente,

y se excusaba de esta libertad que se tomaba, alegando las necesidades estratégicas. Y así se entablaba—¿quién lo hubiese creído?—, entre aquellos enemigos irreconciliables, una especie de *guerra de encajes*, que no excedía en nada a las caballerescas cortesías de los tiempos de Fontenoy. Cuando se dejó en paz el Rin, para ir a batallar junto al Danubio, la fraternidad fué más completa aún; de tal manera, que el 8 de septiembre de 1796, mientras se celebraba en el campo de Condé una misa de campaña, se vió al otro lado del río a los *carmagnols* agruparse para asistir pacíficamente a la ceremonia. En el momento de la elevación, anunciado por un disparo de artillería, los oficiales realistas quedaron sorprendidos al ver a muchos soldados republicanos arrodillarse devotamente, para murmurar, al mismo tiempo que sus compatriotas enemigos, una común plegaria.

Me parece que, si yo fuese pintor, escogería este tema, con preferencia a cualquier escena de carnicería.



XXII

UN DIPLOMÁTICO DESCAMISADO



De haber vivido entonces Fígaro, puede creerse que habría abrazado con ardor la Revolución, que no habría perdido la cabeza, que habría salido de ella conde del Imperio y provisto de una opulenta senaduría, y que habría terminado de embajador en Londres o en cualquier otra capital. Muchos maliciosos de su especie, con mucho menos ingenio y mano izquierda, tuvieron el talento de saberse sustraer a los riesgos que ofrecía el permanecer en Francia, y lograron continuar su carrera revolucionaria fuera del país, al abrigo de los trastornos y lejos del peligro.

Verdaderamente, el oficio de enviado de la República cerca de una corte extranjera distaba bastante de ser una colocación tranquila, ya que suponía muchos sinsabores y vejaciones. Felipe-Antonio Grouvelle tuvo de ello amarga expe-

riencia, aunque, a decir verdad, su vida pasada no le había hecho demasiado apto para el ejercicio de la diplomacia. Hijo de un orfebre, después de haber sido pasante de notario y de haberse señalado como versificador de pobres poesías y de libretos de ópera, supo manejarse tan bien, que sucedió a Champfort como secretario de las comandancias de S. A. S. el príncipe de Condé. Cambió de casaca a los primeros días de la Revolución, publicando la *Feuille villageoise*, y en 1792, como la naciente República andaba escasa de personal, se le nombró secretario del Poder ejecutivo. Desempeñando este cargo, le sucedió a Grouvelle una gran desgracia, pues fué él quien, el 20 de enero de 1793, en la Torre del Temple, tuvo que anunciar a Luis XVI que se le había condenado a muerte. Lo hizo con voz vacilante, y sus manos temblaban cuando entregó la sentencia al condenado, quien la dobló cuidadosamente y la guardó en su cartera.

A partir de aquel día, Grouvelle no vivió tranquilo; la República no parecía tan sólida como para creer que no podía producirse ninguna reacción contra ella, en cuyo caso el antiguo secretario del príncipe de Condé quedaría en situación muy delicada. Consideró, pues, prudente abandonar a París; pero, como no tenía otros ingresos que los que le producía su empleo, no podía emigrar. Fué entonces cuando obtuvo el puesto de ministro plenipotenciario en Copenhague, donde

contaba hacerse olvidar, lejos de compromisos y camaraderías peligrosas, mientras durara la tempestad, sin perjuicio de emerger o desaparecer luego, según la dirección de donde soplara el viento.

La corte de Dinamarca, al igual que las demás monarquías europeas, había retirado a su ministro en París; pero mantenía la intención de observar la más estricta neutralidad en la guerra declarada por las potencias a la República francesa. Era, pues, de buena política que ésta despachara un representante a la única nación que no le era hostil. Los daneses, en los primeros tiempos, habían mirado con simpatía la revolución de los parisienses. El rey Cristián VII, que reinaba entonces, estaba asustado; pero Bernstorff, su primer ministro, hombre muy liberal, temía tan poco el contagio jacobino, que dejaba entrar sin dificultad en Dinamarca el *Moniteur* francés, cuya circulación estaba prohibida en todas partes. A partir, sin embargo, de la muerte de Luis XVI cambiaron tan buenas disposiciones: los burgueses de Copenhague, que eran muy pacíficos, juzgaron que los revolucionarios, rebasando la medida, se habían convertido en unos bárbaros. La Corte se vistió de luto, aunque sin romper con la Convención nacional, pues Bernstorff, muy interesado en continuar en buenas relaciones con Europa entera, maniobraba lo mejor que sabía para no atraer sobre su país los rayos de la República, y no cap-

tarse a la vez la enemistad de Rusia, Inglaterra, Austria y Prusia, que, como es sabido, se habían coaligado a favor de los Borbones.

Así, pues, cuando a los catorce días de navegación desembarcó Grouvelle en Copenhague, en agosto de 1793, se presentó a Bernstorff, y éste, con mil amables rodeos, le dió a entender que era imposible que la Corte de Dinamarca pudiera admitirle, de acuerdo con las fórmulas diplomáticas; sólo podía reconocerle el título de agente secreto de la nación francesa, y le recomendaba que guardara el incógnito hasta el día en que al menos una de las grandes potencias hubiese reconocido la soberanía de la República. Hubo de insinuar también al pobre Grouvelle, ya muy desilusionado, que habría de abstenerse de aparecer en las recepciones del palacio real y que incluso podría darse el caso de que le pusieran de patitas en la calle, si osaba presentarse en las audiencias semanales del cuerpo diplomático. En suma, Bernstorff, que era hombre *de la carrera*, supo dorar tan bien la píldora, que el embajador de la Convención se resignó a la singular situación de ministro plenipotenciario «sin carácter público». En este ostracismo reside todo el interés de su misión, comedia deliciosa que, desgraciadamente, desconoció Scribe, quien sin duda habría sacado de ella mucho provecho para completar la divertida silueta de su *Diplomático*.

Grouvelle no era el único francés que residía

en Copenhague. Tenía a sus órdenes dos secretarios de embajada: Framery y René; su secretario particular se llamaba Désaugiers. Había, además, cuatro comisarios, enviados por el Comité de Salud Pública, que cuidaban de la compra y expedición de granos destinados a los ejércitos de la República: eran Delamarre, antiguo procurador del Châtelet; Castéra, escritor de talento; Aubry, *ci-devant* religioso, convertido en médico, y Duveyrier, ex abogado de origen provenzal.

La presencia de aquellos extranjeros era un acontecimiento en las calles de Copenhague; cuando pasaban, gesticulando con viveza y hablando en voz alta, con la escarapela nacional en el sombrero y la cinta tricolor en el cuello, los transeúntes se detenían, divertidos por su fogosidad meridional. Se les consideraba «como habitantes caídos de la luna». «¿Habéis visto a los franceses?», era la pregunta que corría por los salones y las tiendas de la capital danesa. Duveyrier, con su tez morena y sus ojos negrísimos, sombreados por unas cejas muy pobladas, ocasionaba verdadera inquietud. «¿No era así Marat?», decían todos. Castéra, con la cara cubierta de pecas, afectaba una simplicidad verdaderamente republicana. Delamarre, por el contrario, que poseía una gran fortuna, exhibía alfileres de corbata y cadenas de reloj con diamantes. En cuanto a Grouvelle, el papel que había desempeñado en la tragedia del Temple alejaba de él a las personas timoratas. Sin embargo, no inspiraba

horror; su rostro pálido, distinguido y un poco melancólico, le hubiese conquistado muchas simpatías, a no llevar tras sí el fantasma del rey decapitado.

Las mujeres declaraban, unánimes, que aquellos descamisados tenían facciones muy interesantes. Ya que no se les había querido admitir en la Corte, ¿era necesario que todo Copenhague les tratara como a unos parias? Los banqueros y los comerciantes, pensando en hacer ajustes fructuosos con los comisarios de abastecimientos, se preguntaban si no sería conveniente recibir a aquella gente.

Uno de ellos, el banquero Zinn, invitó a los patriotas franceses a concurrir a su casa. Tenía una hija encantadora, llamada Sofía, que se apresuró a hacerles los honores del salón. ¡Qué extraño! ¡Aquellos feroces jacobinos resultaban muy simpáticos! De hecho, todos ellos se esforzaban por parecer alegres, ingeniosos y afables. Duveyrier, además de escribir unos versos en el álbum de Sofía, llevó consigo a un amigo suyo, Augusto Garonne, joven negociante de Montpellier, que tocó la flauta como un pastor de Arcadia. Grouvelle exhibió de nuevo los finos modales aprendidos en los tiempos de los Condé. En una palabra, el éxito de aquellos regicidas fué prodigioso, y la deliciosa Sofía Zinn los patrocinó tan bien, que los salones aristocráticos entreabrieron sus puertas a los franceses. A las mujeres les parecía divertido oírse llamar «ciudadanas» por aquellos

demócratas que habían trastornado el mundo. Duveyrier cantaba la *Marsellesa*, cuyo estribillo repetían a coro sus compatriotas; y los asistentes creían ver a Bruto, rodeado por los padres de Lucrecia, jurando exterminar a los tiranos. La dulzura de Grouvelle seducía a las bellas damas, las cuales se repetían, con un escalofrío de espanto, que había leído la sentencia de muerte al Rey de Francia, lo que aumentaba su hechizo. Se vanagloriaban de tener amaestrados a aquellos leones que, con su reputación de indomables, se habían vuelto tan tiernos, tan asiduamente galantes y tan apasionadamente enamorados. Delamarre tenía constantemente entre los dedos una tabaquera adornada con el retrato de su joven esposa, orlado de gruesos diamantes; Duveyrier tenía también en su tabaquera la imagen de su mujer, pintada por Ysabey; estaba representada con un vestido de tafetán oscuro y tocada con un chal de las Indias, y la pintura tenía por fondo un gran espacio de cielo vacío, como para indicar que la ciudadana Duveyrier se encontraba sola en este bajo mundo, desde la ausencia de su esposo querido. Grouvelle, que era soltero, no tenía tabaquera; pero abría a veces su cartera, en la que guardaba amorosamente la miniatura de una mujer hermosísima, en actitud de contemplar con lánguidos ojos un busto de hombre que le representaba a él; detrás del zócalo, el Amor, traidoramente embocado, tenía en la mano una antorcha encendida.

Aquella romántica alegoría trastornaba el corazón de las danesas.

¿Quién era capaz de resistir a aquellos amables franceses? Todo lo sabían hacer: tocaban el violoncelo, cantaban romanzas tiernas, rimaban bellos versos, llenos de graciosas alusiones... Grouvelle, que bailaba con gracia consumada, enseñaba a las damas la contradanza; las amas de casa se lo disputaban; se modificó en su honor la hora de las comidas, y se comía tarde, «a la francesa»; la bella Sofía Zinn se había declarado su protectora; de una caja llena de cintas, chales y turbantes, última expresión de la moda, que Delamarre se había hecho enviar de París, escogió una banda tricolor y con ella se adornó con desparpajo, para asistir a una ceremonia en la que su belleza causó sensación; y los tres colores le iban tan bien, que las damas de la ciudad ya no salieron a la calle sin llevar en el peinado o alrededor del cuello alguna cinta con los colores azul, blanco y rojo. Y hasta un director de baile imaginó improvisar un cotillón con la tonada del *Ça ira*.

Era en vano que los representantes de las grandes potencias se inquietaran por aquella oleada francófila. El embajador de Inglaterra, sobre todo, estaba exasperado y decidió intervenir. Bernstorff se le rió—diplomáticamente—en las narices. Y así fué cómo Grouvelle, ayudado por sus compañeros, conquistó la amistad de Dinamarca para

la República francesa, y consiguió, al fin, presentar sus cartas credenciales al rey Cristián, no sin penalidades ni resistencias. Un corto estudio, firmado por Martina Rémusat, nos contó hace años las peripecias de esta pacífica conquista, que no tiene nada que se le parezca en los graves anales de la diplomacia francesa, y cuyo recuerdo, después de transcurridos muchos lustros, vivía aún en Copenhague, donde las abuelas contaban el episodio como un cuento maravilloso.

Por desgracia, los franceses, para conseguir su objeto, tuvieron que pasar por el aro, quiero decir por el amor, y la historia acabó trágicamente. A pesar de la miniatura que cada uno llevaba fielmente en la tabaquera o en la cartera, cada uno había elegido a alguna bella danesa a quien cortejar. Augusto Garonne, el tocador de flauta, apodado *Saint-Preux*, como el héroe de la novela amorosa de Rousseau, ponía tanta pasión al cantar unos inflamados duos con la adorable Sofía Zinn, que el padre de ésta, alarmado, acabó por cerrarle la puerta. Garonne cayó enfermo, habló de morir y sacó las pistolas de su estuche; hubo que ceder, y Sofía quedó prometida al joven francés; pero los padres, torturados por la idea de que su hija tendría que vivir en adelante en un país donde funcionaba permanentemente la guillotina, se arrastraron de rodillas a los pies del flautista, y alcanzaron de él que, devolviéndoles la palabra empeñada, consintiera en partir para Montpellier. Desde allí escri-

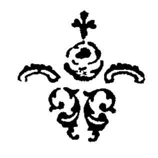
bió que no la olvidaría nunca y que moriría, sin duda, a causa de su amor frustrado. Muy pronto, sin embargo, se tuvieron noticias de su boda, y Sofía, tranquilizada, se casó entonces con el cónsul alemán en Elsenor.

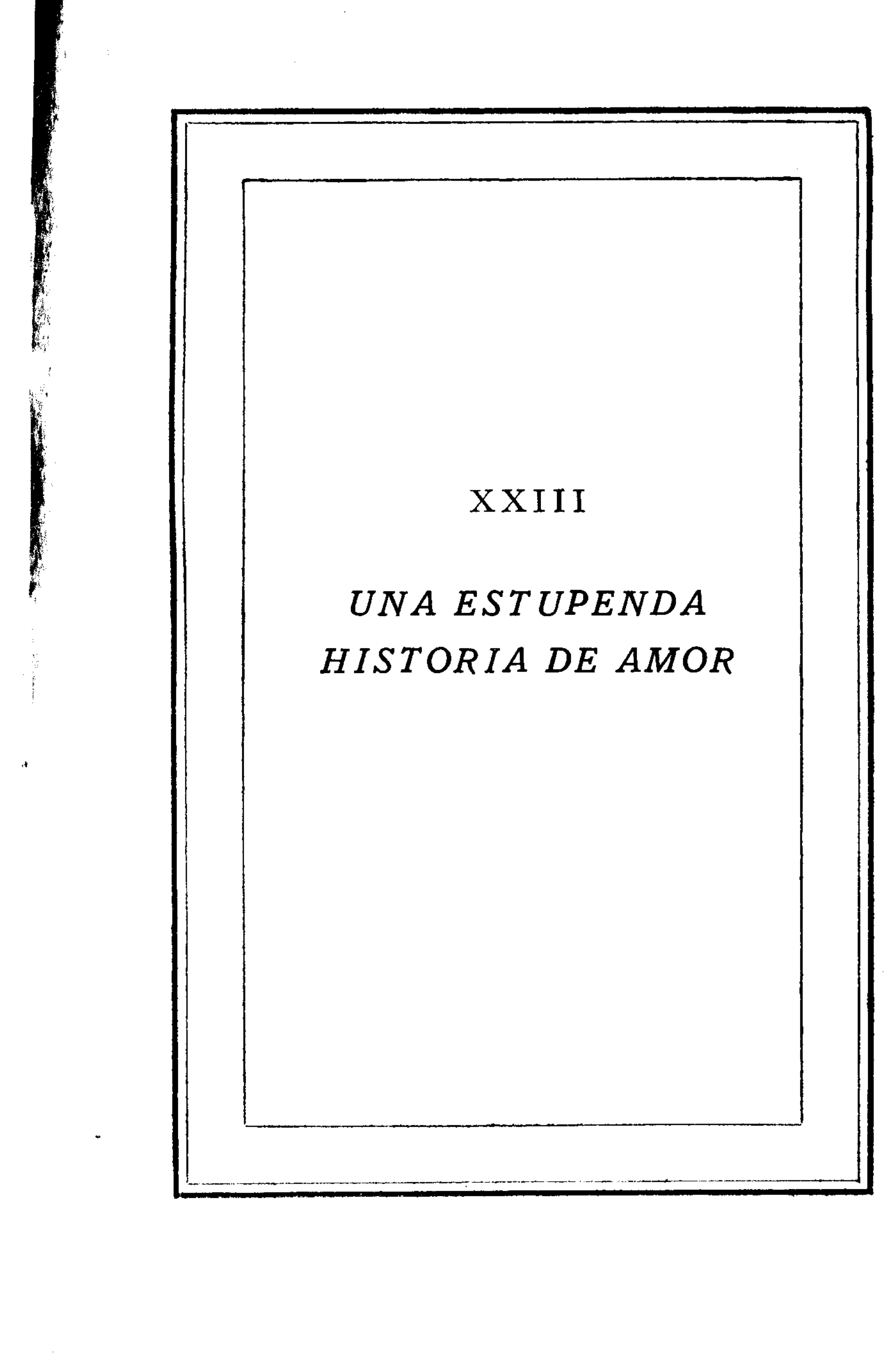
Duveyrier se enamoró de la joven esposa del poeta Heiberg, buen hombre de edad madura, y tan francófilo, que hacía los quehaceres de la casa mientras su mujer conversaba con el altivo republicano. El idilio—muy inocente, según aseguraba la dama—duró más de dos años, al cabo de los cuales Duveyrier regresó a Francia. Al llegar a París, se enteró de que su mujer, cansada de vivir relegada a la sustancia etérea, había poblado con un adorador el cielo desierto representado en la tabaquera. Hubo divorcio; pero Duveyrier, olvidado de la señora Heiberg, no compareció más por Dinamarca; y ésta, cansada de esperarle, se divorció a su vez, y publicó, bajo el expresivo título de *Senderos peligrosos*, la historia de sus amores con el comisario de abastecimientos.

Grouvelle sazonó igualmente su embajada, mediante un devaneo sentimental con Ulrica de Schoel, hija de un gentilhombre danés, singularmente bella y amante de la música. Quizá hubo entre ambos promesa de matrimonio; pero el noviazgo se prolongó, y cuando, en 1797, Grouvelle, aprovechando un permiso que le fué concedido, regresó a París, se casó allí, y se llevó luego a su esposa a Copenhague. La pobre Ulrica, al saberlo,

desesperada, resolvió morir. Su cuerpo apareció una mañana en un estanque de los alrededores de la ciudad.

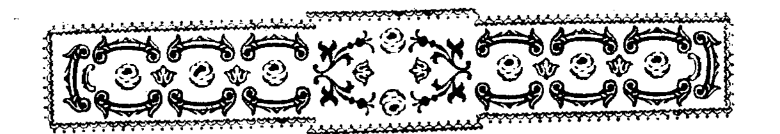
A partir de entonces, Grouvelle fué presa de profunda melancolía. Relevado de su misión a principios del Consulado, emprendió tareas literarias. Al presentar su candidatura para el Instituto, un competidor avisado recordó oportunamente el caso del 20 de enero de 1793, y el antiguo comisario del Poder ejecutivo hubo de renunciar al puesto. Cansado de los hombres y de la vida, se retiró a Sainte-Menehould, en casa de su amigo Drouet, el famoso maestro de postas que detuvo a Luis XVI en Varennes; y allí murió, de una fiebre maligna, en 1806.





XXIII

UNA ESTUPENDA HISTORIA DE AMOR



AQUILÓN—muy pronto se sabrá a qué circunstancias debió este singular apodo el joven caballero de Lamase—era un adolescente encantador, bello como un Apolo y ágil como un mono. No obstante, su carácter tranquilo y pacífico, y sus gustos sobrios, parecían destinarle al estado eclesiástico.

El castillo de Roffignac, noble y antigua fortaleza, era propiedad de los Lamase desde hacía varios siglos, y cada una de las generaciones de esta rancia familia se había dedicado a ensancharlo y embellecerlo. El conde Juan, uno de los últimos descendientes, había mandado, además, construir caminos a través de la abrupta región, por la que serpentea el Vezère; se había ingeniado asimismo en proporcionar a los campesinos y viticultores mercados lejanos y productivos, aumen-

tando así su fortuna particular y la de todo el país. El valor de sus tierras era estimado en más de un millón de libras, y su casa, generosamente hospitalaria, rebosaba de muebles preciosos, heredados de los antepasados, y de venerable orfebrería.

A principios de la Revolución, cuando resonó por toda Francia la nueva consigna: «Guerra en los palacios y paz en las cabañas», no faltaron en Brive y Uzerche gentes malintencionadas, que insinuaron que Roffignac era una rica presa. Seiscientos campesinos, pérfidamente excitados, fueron a poner sitio al castillo. El conde de Lamase disponía de veintidós hombres, comprendidos sus hijos y varios amigos que habían acudido a ayudarle; levantó el puente levadizo e hizo varios disparos de fusil, pero la pugna era muy desigual: el castillo fué tomado por los asaltantes, y sus propietarios, obligados a huir, se refugiaron en su casa solariega de Uzerche. La población les persiguió; Lamase corrió a Limoges, en demanda de socorro, y obtuvo un destacamento de cincuenta hombres del Real-Navarra. Pero los campesinos se habían fortificado ya en Ruffignac, y hablaban a voz en grito de degollar a su *ci-devant* señor y a toda su familia, si reaparecían en sus tierras. El conde se estableció entonces en Eymoutiers, pero no fué considerado este lugar bastante alejado por los invasores, y, hostigado en su retiro, Lamase hubo de replegarse con los suyos hasta Limoges, donde esperaba vivir

en mayor seguridad. Vana ilusión. Lo que deseaban los campesinos era que emigrara, pues de este modo sus bienes irían a parar a la nación y podrían repartírselos. Los jacobinos de Limoges, informados por sus hermanos de Uzerche, asaltaron la casa que habitaba en la ciudad el anciano gentilhombre, que hubo de huir una vez más. Se fué a París; él se negaba a salir de Francia. Pero, a fuerza de amenazas, se le obligó: a medida que se alejaba de su provincia, le seguía de etapa en etapa un reguero de denuncias, y encontraba en todas partes un comité revolucionario que le negaba el permiso de residencia. Empujado así de ciudad en ciudad, se detuvo en Estrasburgo, obstinado en no atravesar la frontera. Mas la iracundia de sus lemosines, que tenían prisa por repartirse sus despojos, se abatió de nuevo sobre él: denunciado como aristócrata culpable «de haber disparado contra el pueblo», y viéndose en peligro de que le encarcelaran, optó al fin por emigrar, y fué a establecerse en Offenburgo.

Su familia se había ido dispersando por el camino. Durante el tumulto de Limoges, había desaparecido el joven caballero de Lamase, y, como quiera que los amotinados le buscaban, se escondió, para despistarles, bajo la tienda de un circo ambulante. Y aquí empezó su novela.

En el momento en que, seguido por una turba aullante, se metió en el circo, le cogió con sus robustos brazos una joven amazona de la compañía,

llamada Cefirina; le arrastró hasta lo más profundo de las cuadras y allí le tuvo hasta el día siguiente. Cuando, calmada la tempestad, fué a libertarle, quedó admirada de la juventud y el lindo rostro del perseguido. Éste expresó calurosamente su gratitud a aquella muchacha que le había salvado la vida. No sabía qué hacer; el seguir a su familia, reducida a errar de asilo en asilo, era una suerte que no le satisfacía; Cefirina le propuso otra más estable. ¿Por qué no se quedaba con ella? El joven Lamase, un tanto filósofo, y un mucho seducido por los hermosos ojos de la amazona, no dudó un instante, y el mismo día entró a formar parte de la caravana ambulante.

Al principio, hubo de resignarse a hacer el «pasacalle» y a iniciarse en la jerga de los payasos; pero, después de su noviciado, fué promovido a la dignidad de acróbata. Cefirina, actuando de profesora, le enseñó a andar con las manos, a bailar sobre la cuerda floja, a tenerse en pie sobre un caballo en pelo, y a lanzarse de un trapecio a otro. La aplicación del pupilo era tal y su deseo de complacer a su graciosa instructora tan grande, que al poco tiempo pudo figurar en el programa, y ésta fué la ocasión en que recibió el halagador sobrenombre de *Aquilón*, merecido por su impetuosa agilidad y por el género de ternura que sentía por Cefirina.

La Revolución suscitó situaciones a menudo trágicas, rara vez agradables; pero ésta de *Aquilón*

puede contar entre las más extravagantes. ¿Cabe imaginarse a aquel gentilhombre, denunciado a todos los comités revolucionarios del país, viviendo plácidamente, sin otra preocupación que sus pesas y sus saltos mortales? Llega así el Terror; se levantan cadalsos en Brive, en Tulle, en Uzerche y hasta en Limoges; si los jacobinos lograran dar con un Lamase, ¡qué ganga! Como éste no figura en las listas de los emigrados, es evidente que se oculta en alguna parte; en la región quizá. Pero ¿dónde?

No se oculta, sin embargo. Al contrario: se exhibe todos los días ante quinientas o seiscientas personas. Los mismos que se han pasado el día buscándole, le aplauden por la noche y se divierten con sus volteretas. ¿Quién reconocería al fugitivo, bajo aquella blusa de payaso, con la cara enharinada y con un tupé ridículo en la cabeza? No hay mejor disfraz. Mientras tantos otros se entierran angustiados y tiemblan al oír el menor ruido, el caballero de Lamase atraviesa alegremente los malos días, reventando aros de papel, saltando banderolas y ejecutando miríficas piruetas, que todos acogen con calurosos aplausos. Es, muy probablemente, el único aristócrata que, durante todo el año segundo, fué aclamado por los ciudadanos y saludado a diario con ovaciones entusiastas. Terminado su trabajo, reaparecía en la pista, con una mano sobre el corazón, y con la otra enviaba besos a los descamisados,

tocados con el gorro rojo y sentados en las mejores localidades, entre los cuales podía reconocer a los antiguos servidores de su familia, convertidos en propietarios y enriquecidos con los despojos de sus señores.

Los pequeños burgueses de Uzerche, en efecto, cayeron como bandada de moscas sobre la hacienda de Roffignac. Así que se hubo conseguido inscribir al *ci-devant* señor del país en la lista de los emigrados y, por consiguiente, *nacionalizar* sus bienes, empezó el pillaje. La venta del mobiliario, iniciada el primero de septiembre de 1793, duró hasta diciembre. La maravillosa barandilla de hierro, de la gran escalera, copiada de los modelos de rejas de Juan Lamour, el célebre forjador de Nancy, fué dividida en veintiún lotes; en la misma forma se repartieron los artesonados y se mutilaron las antiguas vidrieras góticas. Los campesinos se llevaron por algunos sueldos las hermosas cómodas ventrudas, bordadas con bronces cincelados, los antiguos arcones de fresno, la ropa blanca, los estantes de la biblioteca y los muebles tapizados. La orfebrería no se sacó a subasta, sino que desapareció, para volver a salir, en tiempos más tranquilos, de los escondites en que fué ocultada prudentemente.

Vino luego el reparto de las tierras, que fueron adjudicadas por la mitad de su valor y pagadas en papel de la República. Los compradores escogieron, para saldar sus débitos, el mo-

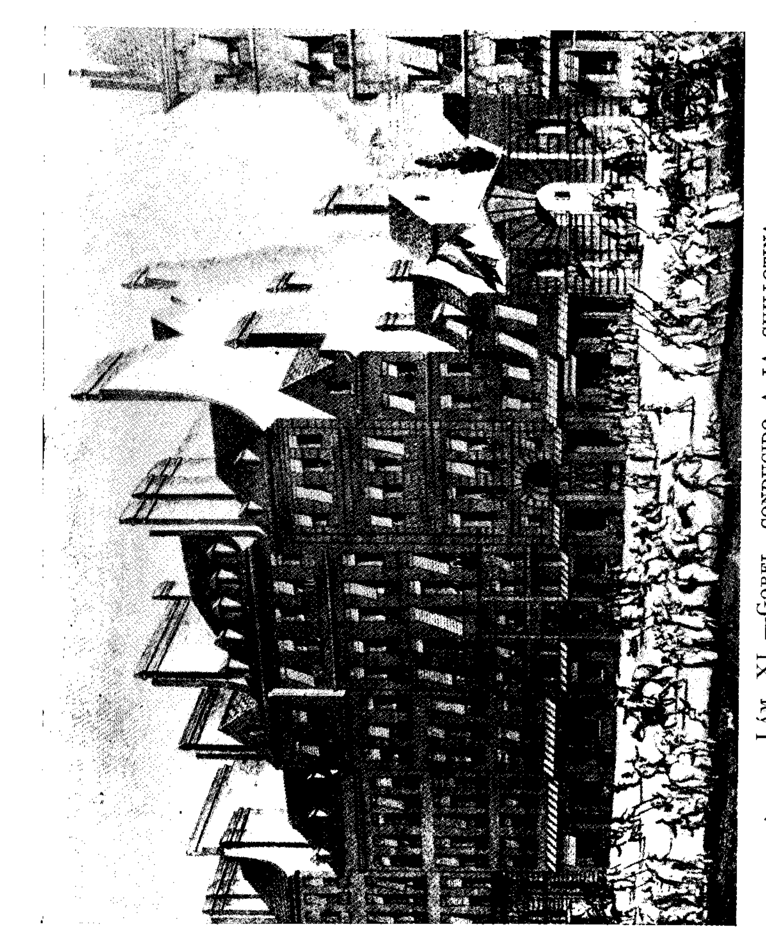
mento en que el asignado de cien libras se daba por diez sueldos; es decir: que por ocho o diez escudos de seis libras pudo adquirirse una hectárea de hermosa pradera. Un *quidam* que no tiene dónde caerse muerto se convierte en adjudicatario de una hermosa finca, por el precio de treinta mil libras. Corre a su nueva propiedad, coge un par de bueyes, los vende por cuarenta mil libras—en asignados—en el mercado de la ciudad vecina; da treinta mil al fisco, emplea el resto en la compra de terneros, que pone a pastar, y regresa a su casa enriquecido por arte de birlibirloque.

Gracias a los papeles de sus antepasados, el conde de Pradel de Lamase ha conseguido precisar los sucesivos episodios de la gran expoliación revolucionaria, que la propia Convención condenó, después de Termidor, y que había de sancionar más adelante, gracias a un imprevisto cambio de frente, el rey Carlos X. La graciosa historia del payaso *Aquilón*, como es fácil comprender, ocupa poco lugar en este memorial de familia; pero podrían espigarse en él muchos otros episodios más trágicos e impresionantes, como, por ejemplo, la triste aventura del bisabuelo, el conde Juan de Lamase, quien, en la época del Consulado, osó penetrar en Francia y solicitar del Gobierno que se le borrara de las listas de los emigrados. El anciano contaba con poder llegar al Lemosín a tiempo para salvar algunos restos de su for-

tuna; pero los especuladores estaban en guardia, y el anciano gentilhombre quedó retenido en París dieciocho meses, antes de que se le devolvieran sus derechos de ciudadano francés. ¡Dieciocho meses!: el tiempo necesario para desmenuzar las últimas parcelas y arrasar el castillo de Roffignac. Cuando todo se hubo parcelado y vendido, obtuvo Juan de Lamase el permiso para regresar a Uzerche: no le quedaba ni un prado, ni un escudo, ni un mueble, ni una sábana. Sus siete hijos, sus hermanos y sus sobrinos se habían dispersado y desaparecido. Pero nada de esto fué obstáculo para que, a los setenta y ocho años de edad, pusiera animosamente manos a la obra, intentando reconstituir el hogar perdido; y poco a poco, los sobrevivientes de su numerosa familia, todos ellos arruinados, fueron a agruparse a su alrededor.

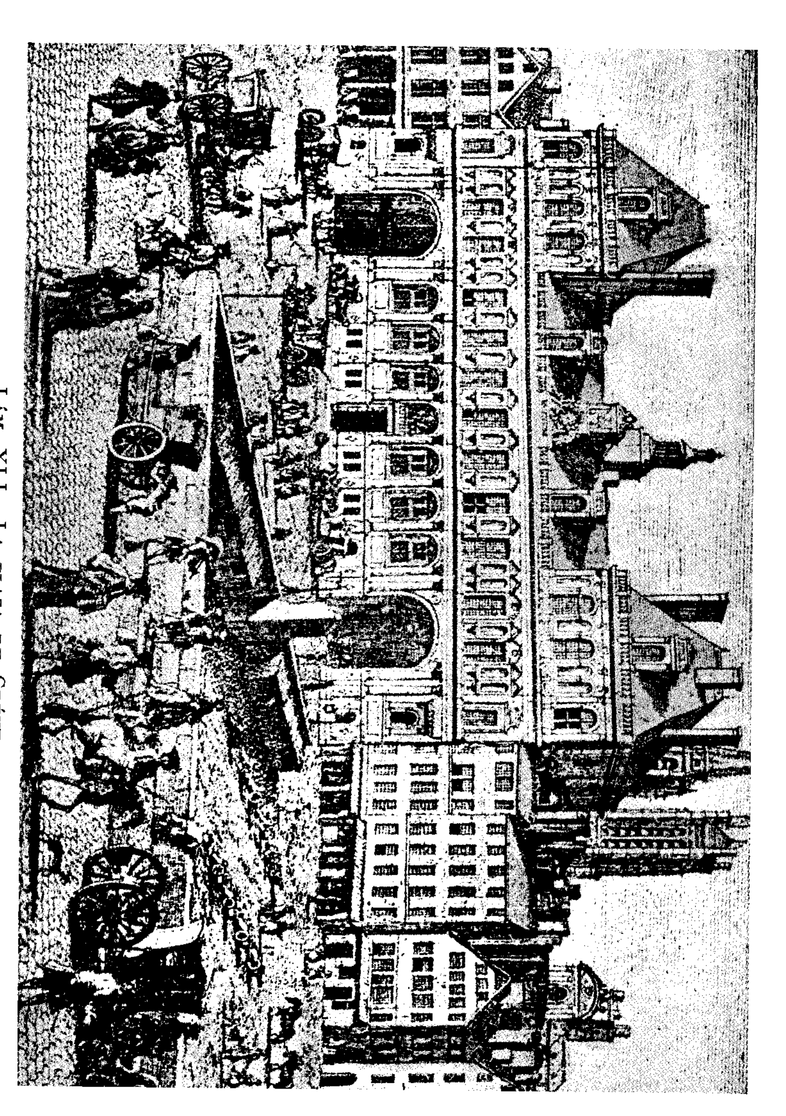
Aquilón, por su parte, le había tomado afición al oficio; los aplausos del público y los amores de Cefirina le sujetaban a la pista del circo. Durante diez años bailó sobre la cuerda, dió volteretas sobre un caballo en pelo y actuó como héroe del trapecio. Ninguno de sus parientes sabía qué se había hecho de él. Un día, en los comienzos del Imperio, se presentó en casa de su padre, en Uzerche: Cefirina había muerto. Inconsolable y tocado por la gracia, *Aquilón* había resuelto ordenarse de sacerdote.

Fué bien acogido, como el hijo pródigo, bajo el techo del viejo Lamase; pero mentiría si dijera



LÁM. XL.—GOBEL, CONDUCIDO A LA GUILLOTINA.

Gobel, el cura que consintió ocupar el cargo de arzobispo de París, que le ofrecieron los revolucionarios, fué elegido el 13 de marzo de 1793. Sólo trece meses después, el 13 de abril de 1794, era conducido al suplicio por sus mismos electores. Esta estampa, grabada por Duplessis-Bertaux, reproduce el paso de la carreta fatal en que iba el reo, por el *faubourg* Saint-Honoré, delante del club de los Jacobinos.

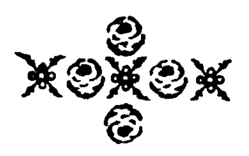


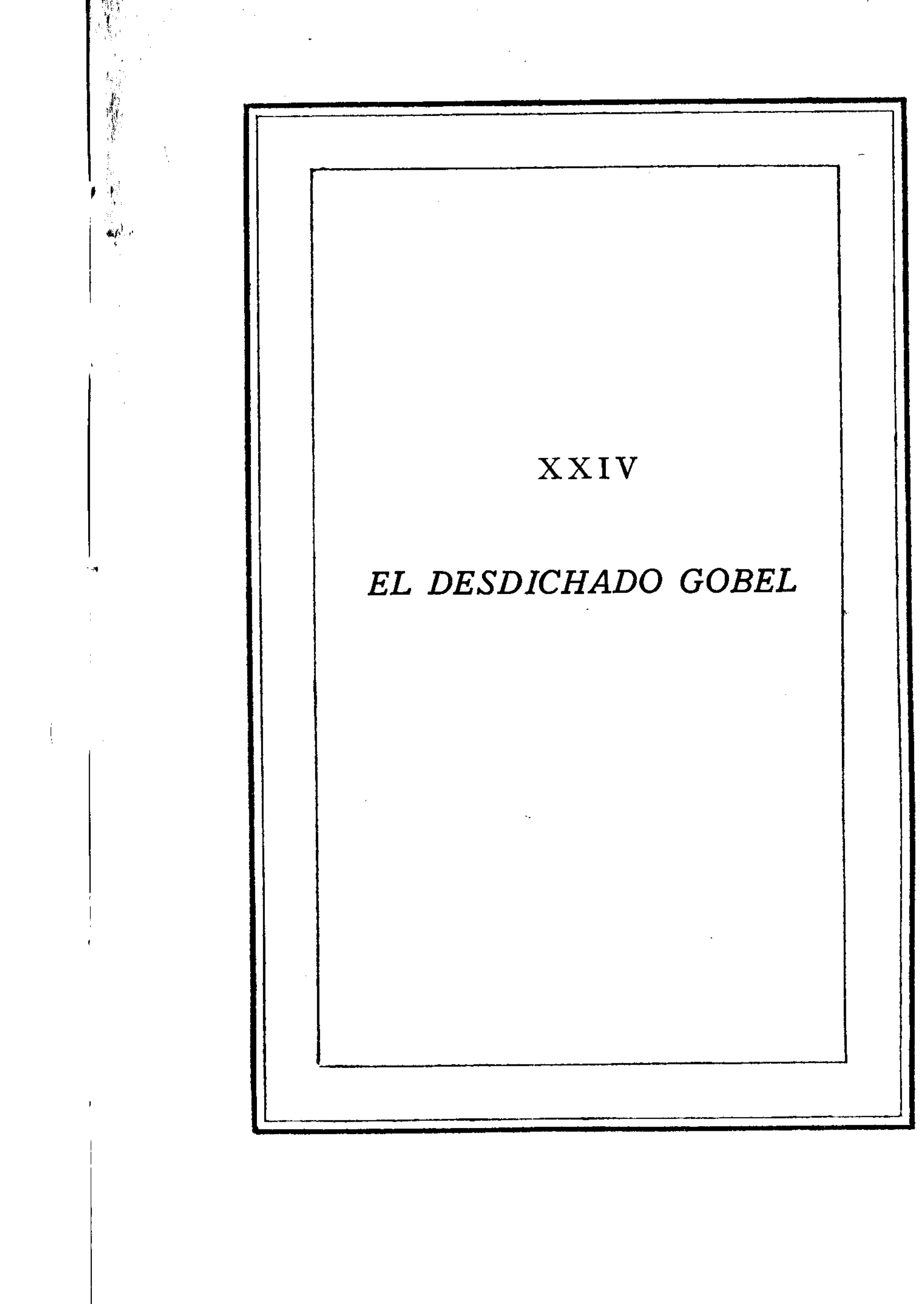
LÁM. XLI.—LA PLAZA DE GRÈVE.

Esta es la antigua plaza de París llamada de Grève, actualmente reformada y conocida por plaza del Hotel de Ville, donde se levantó por primera vez la guillotina.

que se mató en su honor un buey cebado, pues el antiguo señor de la comarca no era lo bastante rico para entregarse a esa tradicional prodigalidad; además, *Aquilón* sólo deseaba hacer penitencia. Entró, pues, en el gran seminario de Limoges, y, en cuanto fué ordenado sacerdote, se enterró en una humilde casa parroquial campesina. Al cabo de seis años, fué a buscarle y protegerle monseñor de Lostanges, obispo de Perigueux, y el abate Lamase quedó nombrado vicario general y canónigo de la catedral. Toda la diócesis le consideró muy pronto como un santo: un santo afable e indulgente, que aceptaba sin la menor sombra de enojo las alusiones que a veces sus cofrades arriesgaban sobre su pasado. Se le confió la dirección de las obras de caridad; algunos observaron que sentía particular afecto por la institución encargada de dotar a las doncellas pobres, ya que consagraba a ella todas sus rentas y pedía infatigablemente para aumentar los recursos de su patronato. Casaba a cuantas de sus protegidas le era posible; la idea de que una de ellas pudiese escoger «el mal camino», entrar en el teatro o seguir a los titiriteros, le atormentaba sin cesar.

El vicario general pensaba aún en Cefirina.





XXIV

EL DESDICHADO GOBEL



Su historia es un drama conmovedor. Había nacido en 1727, en Than, en Alsacia, pequeña población que, aunque francesa, formaba parte entonces de la diócesis-principado de Basilea. En su niñez, fué educado por los jesuítas de Porrentruy; era piadoso, inteligente y trabajador. A los catorce años, su tío Hans, obispo de Domitiópolis, le llamó a Colmar, le enseñó humanidades y filosofía, le confirió la tonsura y las órdenes menores, y le envió después al Colegio Germánico de Roma.

Al regresar a su comarca, cuando no había cumplido aún los treinta años, el joven Gobel fué nombrado oficial de la diócesis de Basilea, canónigo de la catedral y, a pesar de no ser noble, vicario general. Catorce años después, en 1771, fué consagrado obispo de Lyda, y así llegó a ser el hombre de confianza y primer ministro de los

príncipes obispos. Lujosamente instalado en el palacio de Porrentruy, administraba la diócesis y gobernaba de hecho el principado, con lo que así vió realizarse sus sueños de ambición insaciable.

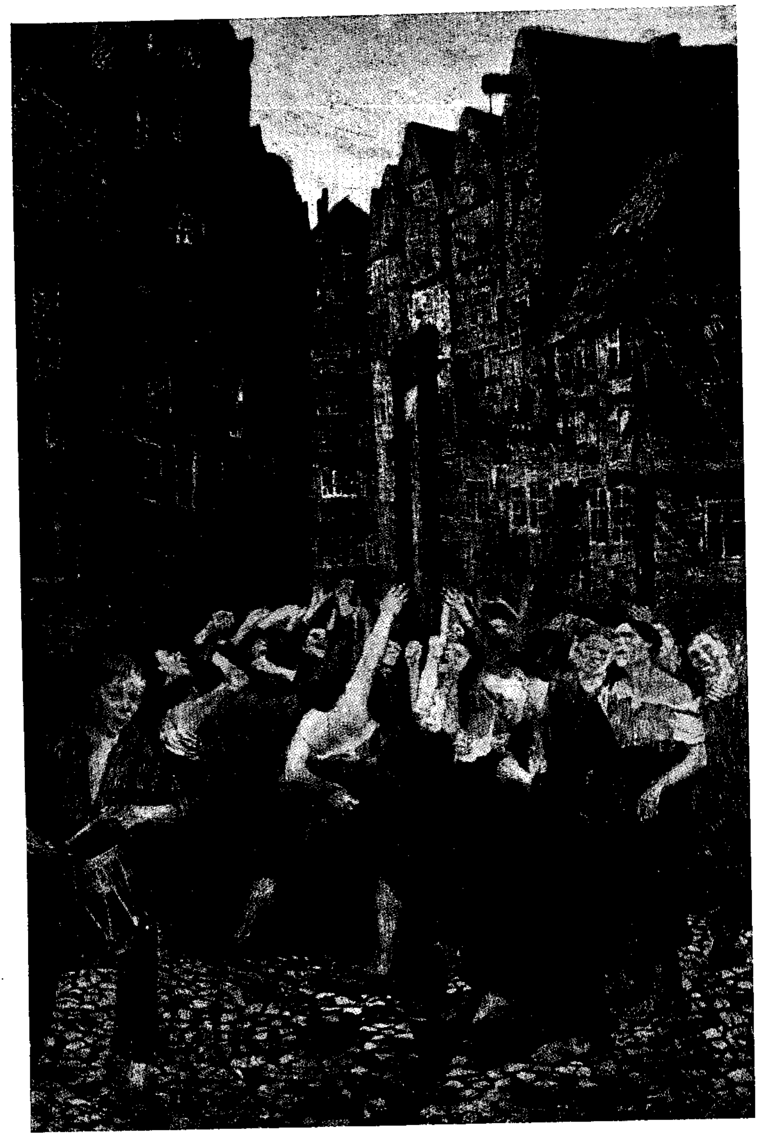
El clero rendía tributo a su saber en teología; la Corte se sentía conquistada por sus aires de gran señor, y el pueblo, impresionado por la piadosa majestad con que oficiaba, le llamaba «el ángel de Lyda». Pero el ángel había perdido ya sus alas, y su vestido de inocencia había dejado de ser presentable. En su quinta alsaciana de Mortzwiller, Gobel, siguiendo el ejemplo de muchos otros prelados mundanos de fines del siglo XVIII, había reunido una colección de cuadros de valor. Su finca rústica se había convertido en galante asilo de las Musas, frecuentado por «ninfas y náyades» que nada tenían de teológico; y, para satisfacer sus gustos de lujo profano, elevado por un gran favor de la suerte a una categoría a que no le daba derecho la oscuridad de su nacimiento, recurrió a todos los medios que estuvieron a su alcance. Cometió su primera falta grave en Versalles, en 1780. Encargado por el príncipe de Wangen de negociar un tratado de alianza con Francia, consintió en firmar una cláusula que entregaba a aquélla, en caso de guerra, los pasos del obispado, recibiendo en recompensa de esta casi traición una renta de 8.000 libras sobre el arzobispado de París. Este dinero le sirvió para pagar algunas

deudas, y le convirtió en adelante en servidor a sueldo—más aún: en espía secreto—de la Corte de Francia.

Expulsado de Porrentruy por esta villanía, declara la guerra al obispo de Basilea: guerra de delaciones, falsos informes e interesadas maledicencias; y, como no ha restringido su lujo, contrae nuevas deudas, hasta el punto de que le embargan sus bienes. Al acudir al ministro Vergennes para que le salve de la ruina, obtiene un adelanto inmediato de cuatro años de su pensión sobre el arzobispado de París. En 1789, cuando acaba de ser nombrado diputado de los Estados generales, debe doscientas mil libras a la caja del obispado, a las iglesias del valle de Delémont, al seminario de Porrentruy y a varios particulares. Su hermano, el canónigo Gobel, que es un santo varón, alumbrado aquel día por el espíritu profético, escribe que, si las cosas no cambian muy pronto, el desgraciado prelado correrá inminente riesgo de «perder el cuerpo y el alma». El obispo de Lyda tenía encarnizados adversarios en la Asamblea Nacional, y su acta fué anulada. Sin embargo, a fuerza de maniobras, consiguió que se le admitiera en la Asamblea, y logró sentarse entre los diputados, aunque sin brillo. Figuraba entre los mediocres, tímidos y silenciosos: el peso de las deudas que arrastraba no le permitía elevarse; de encontrar en aquellos tiempos un partido que le hubiese hecho una

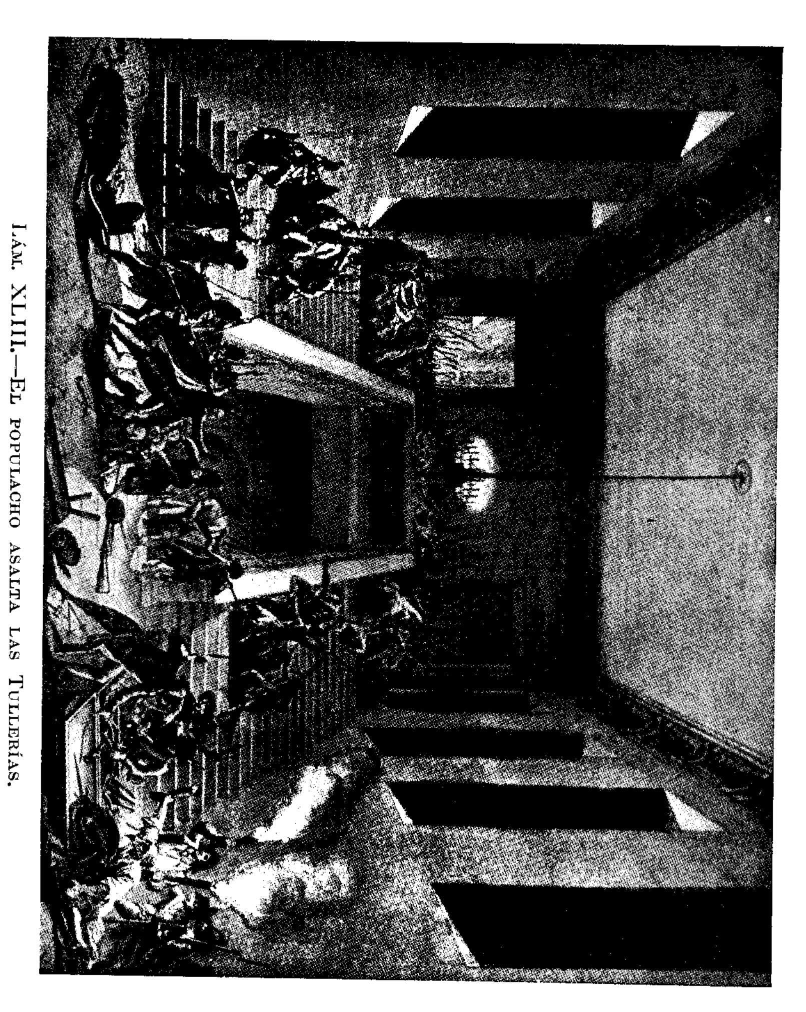
oferta, se habría vendido sin escrúpulos al mejor postor. Uno de sus más recientes biógrafos, Gustavo Gautherot, ha trazado un impresionante retrato de este ruin personaje, sin convicciones ni conciencia, a quien no guiaba opinión alguna, sino el deseo de pagar sus deudas y no perder la situación que un destino demasiado indulgente le había permitido alcanzar.

Hasta entonces Gobel había permanecido ignorado; sólo se le conocía de nombre; pero cuando, en medio de las aclamaciones entusiastas de las tribunas, prestó el juramento constitucional, fué llevado naturalmente de este modo a la candidatura de un episcopado. El de París se encontraba a la sazón vacante, a causa de la huída del piadoso Antonio de Juigné—el prelado caritativo que había vendido su vajilla de plata para socorrer a los pobres—. Se ofreció la sucesión a Talleyrand y a Sieyès, y ambos la rechazaron. Tan timorato como ellos, pero viendo en el éxito probable un medio de acallar a sus acreedores, Gobel se dejó tentar. El domingo 13 de marzo de 1793 se reunieron en la gran nave de Notre-Dame los electores—entre los cuales se encontraban, como si tal cosa, varios ciudadanos que no pertenecían a la religión católica—, en número aproximado de seiscientos. Y se pasaron el día haciendo escrutinios. Gobel fué elegido por quinientos votos, y en la misma noche se presentó en el club de los jacobinos, en donde fué felicitado



LÁM. XLII.—LA DANZA MACABRA.

Las furias sanguinarias de los bajos fondos parisienses, bailando y cantando *La Carmañola* en torno a una guillotina levantada en un barrio popular, mientras un miliciano hace redoblar lúgubremente el tambor de alarma.



LÁM. XLIII.—EL POPULACHO ASALTA LAS TULLERÍAS.

El 28 de febrero de 1791, so pretexto de que en el palacio de las Tullerías se almacenaban armas para combatir al pueblo, las turbas asaltaron el edificio, arrollando a la guardia y librándose al pillaje y saqueo.

y aplaudido. Y quince días después tomaba solemnemente posesión de *su* basílica, a los acordes de las charangas, mientras el pueblo, que había acudido para verle, era contenido por una triple hilera de soldados; la multitud, malhumorada, les gritaba a éstos: «¡Fuera! ¡Fuera!»; de suerte que el nuevo prelado pudo tomar por dirigidas a él semejantes invectivas. La ceremonia fué tan tumultuosa, que un extranjero preguntó ingenuamente «qué había hecho el pobre obispo, y qué suplicio se le iba a aplicar». «No os aflijáis—le respondió un vecino—, pues toma posesión de un cargo que renta cincuenta mil libras.» Unas voces, más expertas en himnos revolucionarios que en cánticos piadosos, entonaron un *Te Deum* de fantasía; los tambores redoblaron bajo las bóvedas cargadas de historia; y Gobel, revestido con ornamentos pontificales, la mitra en la cabeza y el báculo en la mano, se asustaba de lo que su corazón, creyente todavía, consideraba como sacrílega aventura, y experimentaba «la espantosa sensación del desgraciado que se siente fatalmente atraído por un insondable abismo».

Aquel día comenzó su tortura moral. Gobel estaba «henchido de remordimientos»; anatematizado por el Papa y perseguido por los libelos de un padre jesuíta a quien había conocido y amado antaño, el fogoso Barruel, en un principio el obispo metropolitano trató de hacerse el sordo y continuar el camino espinoso por el que se había

arriesgado; pero al experimentar tan sólo amargas desilusiones de parte de las facciones políticas, de las que se había convertido en esclavo, quiso sacudir el opresivo yugo. Pero, ¡ay!, ¿cómo renunciar a su paga y al lujo, y cómo, convertido en presa de los acreedores, resignarse a vivir pobremente, privado de las comodidades y satisfacciones de la existencia? ¡Qué combate para aquella alma tan poco dispuesta al sacrificio!

Cierto día de 1792, se fué a ver, con la esperanza de conciliarlo todo, al marqués de Spínola, ministro de Génova, y le dijo en sustancia: «Tengo conciencia de la magnitud del crimen que he cometido, y quiero retractarme solemnemente. Pero me veré en seguida privado de mi pensión y amenazado, a causa de mis deudas, por la ruina y la bancarrota. Como esto desanimaría a los que quisieran imitarme, obtenedme vos del Papa cien mil escudos, cantidad modesta si se considera que el bien de la religión puede depender de ella...» El cardenal Zelada, consultado sobre esta extraña proposición, rompió todo trato, declarando que el hombre desprovisto de sentido moral que osaba formular aquella cínica propuesta, sólo merecía el desprecio y la execración de las personas honradas. Gobel había querido venderse una vez más; pero valía tan poco, que no había ya nadie que quisiera comprarle.

Repudiado por todos, hasta por sus colegas del clero constitucional, el desgraciado obispo se entregó en cuerpo y alma a los demagogos. Ofició pontificalmente el día de la Ascensión, en 1793, delante del abate Albert y su concubina, que ocupaban un estrado de honor en el coro de la catedral. Vivía «como un portero» en su amplio palacio episcopal, ocupado en su mayor parte por los servicios públicos; su precioso y querido sueldo había sido reducido de cincuenta mil libras a seis mil; cenaba con Chaumette y con Clootz, y fué probablemente este prusiano quien, viendo acorralado al miserable obispo, concibió la infernal maquinación que escandalizó a la Convención en masa. Clootz, asistido por Momoro, Hebert y otros exaltados, invitó a Gobel a que, en presencia de la Asamblea, rompiese sus cartas de clerecía y se retractase «de todas las estupideces con que los curas habían engañado durante tanto tiempo a la gente». En vista de que el infortunado se rebelaba ante aquella suprema infamia, se le dieron dos o tres días de plazo, para que escogiera «entre la abjuración y la guillotina». El 6 de noviembre le avisaron de que la *ceremonia* se había fijado para el día siguiente, y, según la afirmación de un testigo, de que asimismo se tenía el propósito de pagar al sacrílego 300.000 libras. Las 300.000 libras que el Papa había negado a cambio de la declaración contraria, Gobel iba a encontrarlas ahora en la apostasía. Y obedeció.

Obedeció con la frente baja y el espanto en el corazón. Cuando, acompañado del terrible cor-

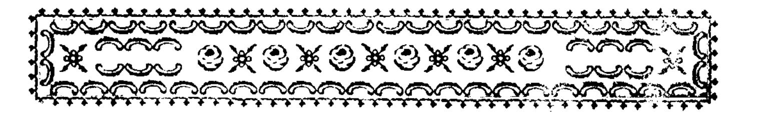
tejo, penetró en la Convención, a los acordes del *Ça ira* y de la *Carmagnole*, su rostro «pregonaba la desesperación y el abatimiento propios de una víctima»; y cuando hubo de leer, ante el pretorio de la Asamblea, el acta de adhesión al culto de la diosa Razón, sus facciones descompuestas por el terror declaraban trágicamente lo contrario que sus palabras...

No llegó a tocar ni un sueldo de las 300.000 libras prometidas; pero, en cambio, sus nuevos amigos no le ahorraron el cadalso. El 13 de abril de 1794, París vió pasar a su obispo en la carreta de los ajusticiados. Gobel, transfigurado, volvía a ser el «ángel de Lyda». Al lado de Chaumette, que estaba furioso, él recitaba piadosamente las plegarias de los agonizantes. Un sacerdote no juramentado a la Revolución le había asistido en sus últimas horas; cuando se le ataba a la báscula y mientras el populacho gritaba: «¡Viva la República!», él respondió: «¡Viva Jesucristo!»



XXV

«HAY QUE AULLAR CON LOS LOBOS»



EL individuo que llevaba el sabroso nombre de Gâteau * era un amigo de Saint-Just. Ambos habían correteado, siendo niños, por las calles de Blérancourt. La palabra es arriesgada, lo reconozco; pues ignoro si Saint-Just correteó alguna vez. Si hay que dar crédito a Gâteau, antes de la época en que estaba permitido «ser impunemente virtuoso»—lo que quiere decir, supongo, antes de que se convocaran los Estados generales—el futuro convencional «luchaba animosamente contra los abusos»; y luchar animosamente contra los abusos, en Blérancourt, cuando se tienen sólo veinte años, es algo manifiestamente meritorio. Creo que el afecto y hasta la admiración que Gâteau profesaba a su amigo, y quizá también los gustos de

* *Gâteau,* en francés, significa pastel o golosina.—(N. del T.)

la época por los severos cuadros a lo Tácito, han solemnizado algo sus recuerdos.

Según él, Saint-Just, lejos de jugar a los bolos y a «salta carnero», lo que, no obstante, nada tiene de deshonroso, se dedicaba, en cuanto salió de la infancia, «a profundas meditaciones sobre la ciencia del gobierno y de los derechos del pueblo»; «el horror a la tiranía devoraba su alma» de adolescente, y «le abrasaba con un entusiasmo más que humano»... Es posible que fuese así; pero esta precocidad resulta muy poco seductora, aunque, desde luego, la amistad de Gâteau se entusiasma con ella, ya que más adelante añade: «Diré cuál era tu celo para defender a los oprimidos, cuando, en las estaciones más rigurosas, hacías a pie marchas penosas y forzadas, para prodigarles tus cuidados, tu elocuencia, tu fortuna y tu vida. Diré cuáles fueron tus austeras costumbres, y revelaré los secretos de tu conducta privada.»

Aquí Gâteau se equivoca: *la austeridad de costumbres* de Saint-Just, al menos durante su residencia en Blérancourt, no tuvo nada de exagerada. Tenía a la sazón veinte años, era apuesto, ardiente, elegante, apasionado y entonaba fácilmente las cancioncillas galantes, cosa que en aquel entonces daba en pueblos y aldeas un prestigio irresistible; en estas condiciones, parecen excusables algunos pecadillos, y se cree que Saint-Just no se abstuvo de ellos. En cuanto a los «secretos de su vida privada», más hubiera valido no insinuar nada, pues el erudito rebuscador A. Begis nos ha revelado, sobre el particular, algo que no aumenta ciertamente la gloria de Saint-Just.

Lo indudable, en todo caso, es que, en la época en que Gâteau trazaba de su amigo este panegírico, se encontraba en la cárcel: Saint-Just había muerto; los termidorianos triunfaban; no había injuria con la que no se manchara la memoria de Robespierre y de sus amigos; fueron muy pocos los que les permanecieron ostensiblemente fieles. Gâteau fué de éstos; era audaz y valiente.

Según el erudito Carlos Vellay, que ha dado con la pista de este personaje de tercera fila, Gâteau dejó a Blérancourt, para dirigirse a París, en 1791; en la capital se alojó en el palacio de Saverne, de la calle de Saint-Sauveur, y, como era soltero y poseía escasos bienes, comía en la mesa familiar del ciudadano Quillet, su huésped. «Gozaba de mayor seguridad, comodidad, economía y distracción, que si me hubiese aislado alquilando una o dos habitaciones en una casa cualquiera, en donde habría sido un ser completamente extraño e indiferente a cuanto me rodeara.» Gâteau era, como se notará, un muchacho ordenado y de costumbres sencillas.

Dos años después, Saint-Just, al ganar influencia, pensó en su camarada de infancia, al que hizo nombrar agente del Consejo ejecutivo provincial, cerca del ejército del Rin. Sus funciones,

bastante imprecisas, consistían en informar al Comité de Salud Pública sobre el estado de ánimo de los generales y la organización del ejército; era una tarea temible, ¡y tan nueva! Pero el patriotismo hace milagros, y Gâteau la realizó tan honradamente, que, a su regreso, fué nombrado administrador de Intendencia militar. Púsose de nuevo en camino, con Thuillier esta vez, otro amigo de Saint-Just. La correspondencia cruzada entre ellos no da una idea demasiado favorable de la honradez de los proveedores de la época, pues en todas partes se encuentran irregularidades en las escrituras, depredaciones, «infernales astucias», desorden y dilapidación; los guardianes de los almacenes son ladrones; los inspectores de forrajes, bandidos; los encargados de las compras, prevaricadores. El único Juan Lanas es Saint-Just.

Cabbe, un proveedor, paga con su cabeza sus malversaciones, y Gâteau se indigna al oír declarar al condenado, en sus últimos momentos, que «muere por su rey y su religión», a pesar de que durante toda su vida había hablado enérgicamente al estilo de los republicanos y defendido el ateísmo. Pero esto no es óbice para que Gâteau suplique a la administración superior que no se hagan recaer sobre el hijo de Cabbe los crímenes de su padre; «su situación arranca lágrimas de los ojos»; y pide que aquel joven «sea alejado de los lugares que le recordarían su desgracia».

Lo que más le perjudicó a Gâteau fué su sello, el famoso sello que empleaba para cerrar las cartas, en el que había una exacta reproducción de la guillotina, con esta leyenda: *Intendencia militar: guerra a los bribones*, que no debía de ser personal de Gâteau, a menos que...

En el año cuarto, J. de Norvins se encontraba prisionero en La Force, en calidad de emigrado que había penetrado subrepticiamente en el país; trabó allí conocimiento con Gâteau, que era entonces jefe de abastecimientos del ejército de Helvecia e iba con frecuencia a visitar a uno de sus amigos, detenido en la cárcel. Gâteau se interesó por Norvins y le propuso llevársele a Suiza; para ello creía estar seguro de la benevolencia de Fouché. «No ha olvidado—añadió—que hemos bebido sangre juntos.» Al oír estas palabras, no pudo Norvins reprimir un gesto de repugnancia; pero Gâteau le tranquilizó: «No toméis esas palabras al pie de la letra. Forman parte de la jerga revolucionaria, y quieren decir, sencillamente, que ambos hemos sido jacobinos.»

Mientras Gâteau hablaba, la atención de Norvins estaba absorta en la contemplación de un singular dije que pendía del reloj de bolsillo de su interlocutor. «¿Qué demonio es eso?» «Es una guillotina—replicó Gateau—. En los tiempos del Terror comía a menudo en casa de los procónsules; me iba en ello la vida, pues había que aullar con los lobos. Las aves nos las servían con sus cabezas, y la

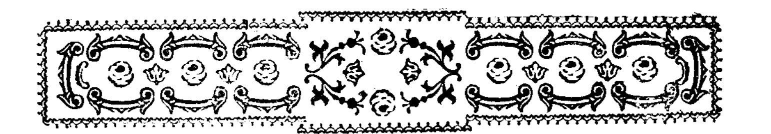
buena educación de aquellos caníbales consistía en invitar a sus comensales a cortar dichas cabezas con una pequeña guillotina que formaba parte de la vajilla. Esto dió lugar a la moda de llevar como dije la figura del instrumento de ajusticiar, y éste lo tengo de Fouché.»

Hay que aullar con los lobos: frase preciosa, que explica quizá el siniestro emblema de que se servía Gâteau para sellar las cartas dirigidas a los comités de la Convención. Gâteau, desde luego, aunque fuese lo que llamamos un vivo, no era seguramente hombre feroz. Detenido en Termidor y llevado a la Conciergerie al mismo tiempo que Saint-Just, se quedó sorprendido al ver que no le acompañaba al cadalso. Como se ha dicho, tuvo el valor de no renegar de él. En aquella época, hacía poco que se había casado, y su mujer, que estaba a punto de ser madre, se encontraba tan necesitada—otra buena nota—, que carecía del dinero indispensable para pagar al guardián del precinto de embargo que habían puesto en sus muebles.

El «hombre terrible» que usaba en su sello y en el dije de su reloj la imagen de la guillotina, murió, según se cree, en 1815, convertido en un calmoso jefe de negociado del Ministerio de Hacienda.

XXVI

«*PATA DE PALO*»



En la tarde del 17 de julio de 1791, después de la sarracina que se llamó «la matanza del Campo de Marte», circuló por París el rumor de que la Corte preparaba un golpe de fuerza contra los patriotas, motivo por el cual muchos de ellos no osaron regresar a sus casas. Robespierre, reconocido por la multitud en el momento en que pasaba por la calle de Saint-Honoré, para doblar sin duda por la de Saintonge, en dirección al Marais, en donde vivía, trataba de escabullirse, cuando un ciudadano, saliendo de una casa, le cogió por el brazo y le ofreció un refugio, hasta que se calmara la efervescencia de la calle. Robespierre lo aceptó y se fué en pos de aquel hombre complaciente: era el carpintero Duplay. Éste sólo conocía a Robespierre de vista; quizá se habían encontrado ambos en el club de los jacobinos; pero

no les unía ninguna relación particular. Así, la invitación del carpintero no pasaba de ser el gesto de un buen hombre que, viendo a un transeúnte apurado, le acoge momentáneamente; por tanto, muy sorprendido habría quedado si le hubiesen dicho que, al cerrar la puerta de su casa tras el nuevo huésped, hacía entrar en ella, sin darse cuenta, un imperecedero renombre para él y todos los suyos, a la vez que los empujaba hacia espantosas catástrofes.

El hecho de acoger a un patriota de calidad, ofreciéndole un asilo para una o dos horas, no tiene en verdad nada de extraordinario; lo es de veras, en cambio, que Robespierre pasara la noche en aquella casa desconocida, que continuara en ella al día siguiente y que, mandando a buscar su equipaje y ajuar, se instalara allí para siempre, con gran satisfacción de la familia Duplay. Se componía esta familia del carpintero, que era hombre laborioso, activo, honrado y escrupuloso, como solían serlo muchos artesanos de aquellos tiempos; de su mujer, hija de un contratista de carpintería, de Choisy, llamado Vaugeois, esposa modelo y madre amantísima de un hijo y cuatro hijas; una de ellas, Sofía, había dejado la casa para ir a vivir, una vez casada, en Auvernia; las tres restantes, Leonor, Victoria e Isabel, educadas piadosamente en el convento de la Concepción, cercano a la casa de sus padres, testimoniaban a éstos tanto respeto como confianza y afecto.

Leonor, la primogénita, tenía, en 1791, veintitrés años; Isabel, la más joven, así como también la más bonita, contaba dieciocho. En cuanto al hijo, Jaime-Mauricio, se acercaba a los catorce años en la época en que Robespierre tomó la casa por albergue; había sido en un principio alumno del colegio de Harcourt, pero ahora continuaba su educación en casa. Gracias a los *Recuerdos* de Isabel Duplay, que casó, como es sabido, con el convencional Le Bas, conocemos con bastante detalle las interioridades de aquel hogar compuesto por personas sencillas y rectas, que disfrutaban del bienestar que les proporcionaba el trabajo.

Parece que aquellos pequeños burgueses—cosa increíble—no experimentaron sorpresa ni vanidad alguna al albergar al hombre que encarnaba la Revolución, dado que con ello se metían de lleno, ya en vida, en la Historia. Sin embargo, las comidas en familia, en el modesto comedor que daba a un pequeño jardín, debieron de ser bastante angustiosas, en las noches en que el huésped regresaba triunfante de la Convención, después que habían pasado por delante de la puerta de la casa, durante todo el día, las carretas que conducían al suplicio a tantísimos adversarios suyos, abatidos sucesivamente. Con todo, nada de esto parece turbar la quietud de la familia: las jóvenes planchan o cosen; el padre cepilla la madera, y la madre desgrana legumbres, guisa

y vela por los quehaceres de la casa, con placidez imperturbable. Todos profesan al terrible pensionista un afecto sincero y tierno. Robespierre, casi siempre atento y jovial, se ha convertido en el confidente de todo el mundo; a veces acompaña a las señoritas al teatro, o bien, después de cenar, les recita versos; las lleva de excursión al campo, de donde regresan todos cargados de flores. El sereno idilio de la casa Duplay y el drama tumultuoso que se representó por espacio de tres años, a pocos pasos de distancia, teniendo idilio y drama el mismo protagonista, continúan siendo uno de los espectáculos más desconcertantes de la Historia.

A principios de 1793, entró un nuevo huésped en el hogar del carpintero: su sobrino, Simón Duplay, joven de dieciocho años, asimismo carpintero de profesión. Alistado como voluntario en 1791, habíase portado valientemente; en Valmy, un proyectil le rompió el muslo derecho, y hubo que amputárselo en el hospital, donde estuvo siete meses. Regresaba ahora con el grado de subteniente, una pierna de palo y una pensión de quince sueldos diarios. Aunque no muy instruído, era bastante listo, y Robespierre le hizo secretario suyo. Duplay, *Pata de palo*—así se le llamaba para distinguirle de su tío y de su primo—, se acostaba en la habitación contigua a la en que dormía el *Incorruptible*, y escribía por las mañanas al dictado de éste. Era él, sin duda, quien hacía funcionar la

pequeña imprenta—privada, si no clandestina—que se descubrió entre los efectos del «tirano», después del 9 termidor.

Pues, como nadie ignora, el huracán dispersó a la nidada entera: Robespierre partió para el cadalso; Duplay y su hijo fueron encarcelados; Le Bas, su yerno, se suicidó; Isabel, junto con su hijo de seis semanas, fué encerrada en un calabozo sin ventilación; la señora Duplay fué asimismo encarcelada en Santa Pelagia, junto con su padre, su hermano y sus primos, y murió estrangulada al día siguiente. El Comité de Seguridad General, clausuró y selló la casa deshabitada (o, mejor dicho, «vaciada») de la calle de Saint-Honoré, donde los termidorianos hicieron abundante cosecha de documentos, que en seguida publicaron a son de bombo y platillos. Pasaron muchos años sin que pudiera reconstruirse el hogar de los Duplay. Los cronistas han seguido hasta el fin los pasos del carpintero, de Leonor, de Isabel Le Bas y hasta de Mauricio; tan sólo quedaban perdidas las huellas de Duplay, *Pata de palo*, hasta que un gran rebuscador de archivos, Leoncio Grasilier, le descubrió entre los que rodeaban a Desmarets, uno de los más importantes colaboradores de Fouché en el Ministerio de Policía, en la época de Bonaparte.

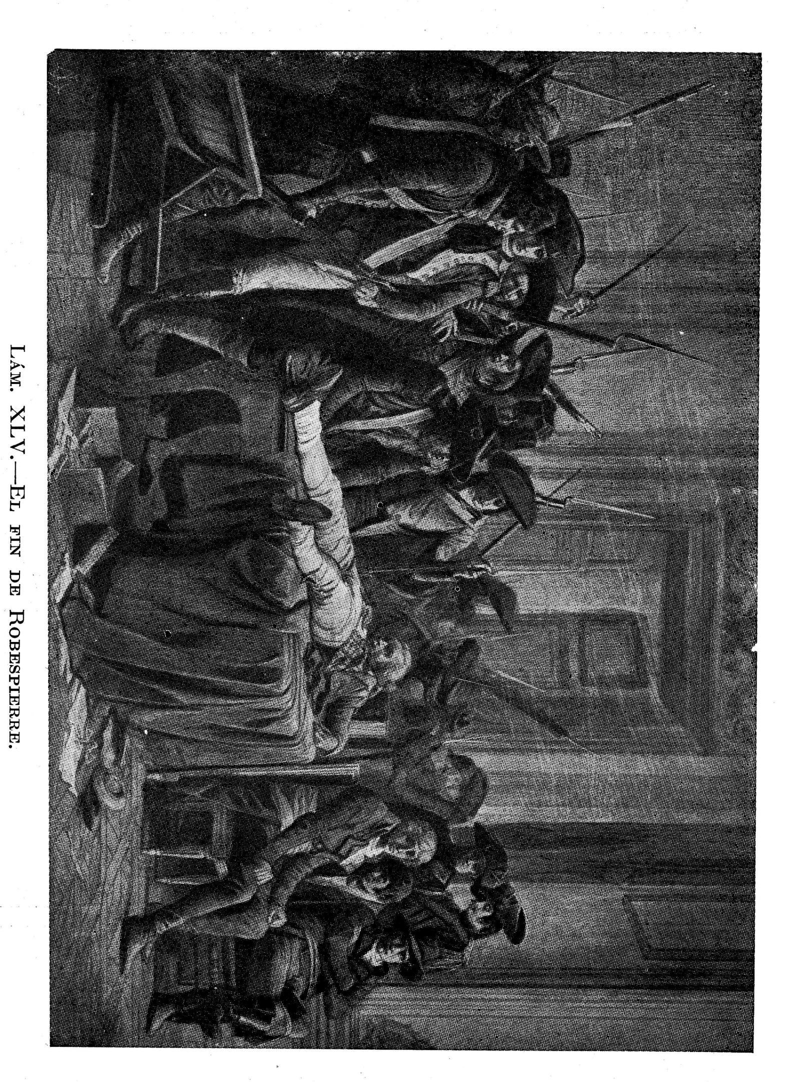
El estropeado de Valmy no pasó inadvertido a los vencedores de Termidor. Encarcelado como todos los suyos, fué arrastrado de prisión en

prisión, y no recobró la libertad hasta el cabo de un año. Hasta 1799 no se volvió a hablar de él: sin duda procuró hacerse olvidar, y vivió—mezquinamente—de su pensión de inválido, si es que se la pagaban. A los que habían sido amigos de Robespierre y no renegaron de él, se les trataba como parias. Es raro, pues, que fuese justamente Fouché, el irreconciliable enemigo del *Incorruptible*, quien, nombrado por el Directorio ministro de Policía, recogiese al antiguo secretario de aquél. Así obtuvo Simón Duplay una colocación, bajo las órdenes de Desmarets, en la *oficina particular*, encargada especialmente de la policía política. Encontró allí a los dos hermanos de Le Bas, y la conciencia profesional que, incluso los empleados más modestos, aportaban entonces al desempeño de sus funciones, era tal, que aquellos antiguos familiares de Robespierre demostraban el mismo celo contra los *ci-devant* amigos de su difunto patrón, que contra los más contumaces agentes realistas. Pues, desde principios del nuevo siglo, no eran únicamente los chuanes los que inquietaban al Gobierno consular; los jacobinos impenitentes le inspiraban mayor desconfianza aún. Así, desde 1800 a 1815, Duplay vió pasar bajo sus ojos muchas fichas en que figuraban nombres citados antaño con elogio y simpatía en el saloncillo del tío carpintero, y que ahora estaban señalados como malhechores indignos de piedad.



LÁM. XLIV.—DOS EFIGIES DE ROBESPIERRE.

De cuando no era más que un adolescente, se conserva del futuro dictador de Francia, Robespierre, un magnífico retrato (a la izquierda), en el que aparece con un aire suave y enigmático, de gatito de Angora. En la otra imagen (a la derecha), el gran felino se nos muestra en la plenitud de su terrorífica y fugaz omnipotencia.



LÁM. XLV.—EL FIN DE ROBESPIERRE.

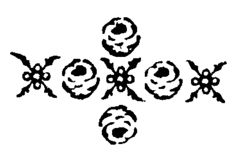
En la madrugada del 9 Termidor (27 de julio) de 1794, Robespierre, derribado del Poder, después de una **noche** tormentosa en la Convención, caía prisionero, con la mandíbula rota de un pistoletazo, en una antesala del Ayuntamiento de París, y poco después era guillotinado.

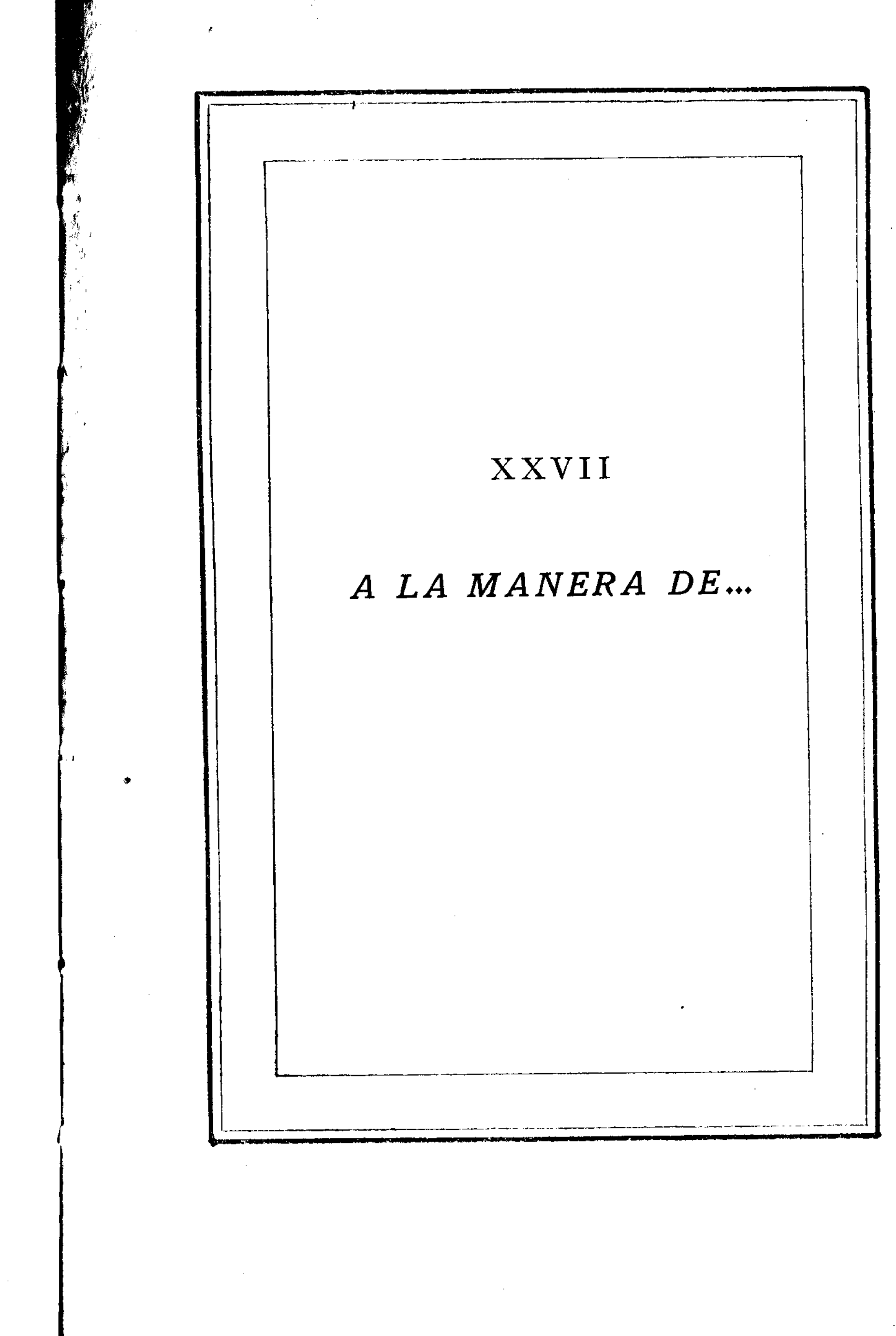
Pero el buen funcionario no debe tener preferencias ni opiniones particulares, y limitarse a ser como la ruedecita de una poderosa máquina movida por un motor, a distancia. Así, pues, Duplay, *Pata de palo,* era un empleado modelo, que se hizo notar de sus jefes. Habiendo exigido Napoleón, en 1804, que se le proporcionara una relación alfabética de todos los turbulentos que hubiesen participado en conspiraciones contra el Estado, desde el comienzo de la Revolución, el ministro confió esta formidable labor a Simón Duplay, quien la llevó a cabo escrupulosamente. En pocos días, con un cuidado minucioso y un conocimiento profundo de la historia secreta de Francia, ayudado probablemente en su tarea por ciertos recuerdos o algunas notas de los tiempos anteriores a Termidor, consiguió ordenar un repertorio que contenía más de 2.500 nombres de conspiradores, lo que puede pasar por un *record,* pues no creo que ningún país pueda llegar a tantos. De aquella preciosa relación, a la que se dió el nombre de *Libro verde,* por el color de sus tapas, se hicieron tres copias, una de las cuales se destinó a Bonaparte, la segunda quedó en casa de Fouché—ambas han desaparecido—, y la tercera fué depositada en los archivos de la policía, en donde se encuentra todavía.

Uno no sabe a punto fijo si hay que lamentar o admirar la imparcialidad, o, mejor dicho, la fría impersonalidad a que reduce a sus víctimas la

labor administrativa. Y Simón Duplay poseía en alto grado esta virtud burocrática. Por ello, en cuanto cambiaron de súbito los vientos políticos, a raíz de la restauración de los Borbones, se dió el caso de que todos los personajes fichados por él como «peligrosos» se convirtieron, de pronto, en los más sólidos puntales del Poder, mientras los otros, los fieles al Emperador depuesto, quedaban clasificados en masa como sospechosos. En cuanto a la numerosa falange de los «ideólogos» y republicanos, de aquellos a quienes se llamó durante mucho tiempo «la cola de Robespierre», el Gobierno de Luis XVIII los temía más aún que los había temido Napoleón; y como Simón Duplay los conocía muy bien, a él se recurrió para establecer una lista completa que, acrecentada con notas biográficas, constituyó el cuadro «de las fuerzas revolucionarias en Francia»...

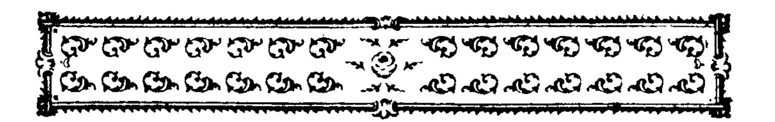
Que el Gobierno de los Borbones tuviese interés en informarse sobre ese personal inquietante, nada tiene de extraño; lo sorprendente es que confiara este trabajo, delicado y eminentemente confidencial, a un fantasma del Terror. Duplay se ocupó en ello con gran asiduidad, y redactó una importante y curiosísima memoria sobre las «sociedades secretas». ¡Ah, cuán numerosas eran estas asociaciones, y qué singulares sus nombres! *El león durmiente, Los buitres de Bonaparte, El alfiler negro, Los buenos muchachos, La logia de los trescientos cultivadores del campo de la Viuda* (la República)... Duplay las registraba todas, señalaba su origen lejano, sabía su composición y desenmascaraba a sus afiliados. Indudablemente, le había tomado gusto a aquella lucha encarnizada contra los enemigos de la realeza. Duplay, buen burgués acomodado, casado y padre de familia, iba todos los días, contoneándose con su pierna de palo, desde su casa de la calle de Bac a su oficina del Ministerio del Interior, para tener a raya, sin otras armas que sus cajas de fichas, a los perturbadores del orden público. Murió al pie del cañón, el 21 de marzo de 1827. Su obra colosal, que realizó con perseverancia y lealtad, continúa siendo hoy el campo más vasto donde pueden espigar los que se interesan por la historia, todavía oscura, de aquellos tiempos remotos.





XXVII

A LA MANERA DE...



IGNORO de quién es este raro cumplido, dedicado por un parisiense a una que no lo era:

Tiene ojos muy lindos para ser provinciana...

Pero me ha obsesionado continuamente mientras he estado leyendo—con tanto regocijo como sorpresa—un relato de la Revolución en Clamecy, publicado en un ya viejo ejemplar del *Bulletin de la Société scientifique et artistique* de dicha pequeña ciudad del Nivernais.

Dados los recursos de que se dispone en una cabeza de distrito, fué aquello algo ingeniosamente perfecto. Los habitantes de Clamecy consiguieron, en 1793, sin grandes gastos, proporcionarse un espectáculo del Terror en pequeña escala, pero suficiente para ahorrar, a los curiosos por saber lo que sucedía en París, un desplaza-

miento que en aquella época resultaba bastante costoso. Los que asistieron a «aquéllo», pudieron decir que habían visto la Revolución, desde más cerca, en mejor situación y con menos fatigas y angustias que los mismos parisienses.

No faltó nada. Primero, como los niños que juegan a los soldados y sólo eligen de la profesión militar lo que brilla o hace ruido—el sable, el plumero, el pantalón rojo, las charreteras, la corneta...—, dejando para los soldados de veras la disciplina, los peligros y las fatigas, todos los habitantes de Clamecy, hombres y mujeres, adoptaron nombres de patriotas, a la moda antigua. Era fácil, es verdad, pero muy gracioso: hubo Escévola Trottier, Manlio Pilavoine, Casio Gillois, Torcuato Duchenne, Mucio Gandouard, Catón Cochin, Milcíades Massé, Euclides Paillard, Pelópidas Guillet, Arístides Bonneau... Aquella buena gente había desvalijado a Tito Livio y Jenofonte. El alcalde se llamaba Fabricio Simonnot, y su hija, por consiguiente, Fabricia.

¡Lo que se divertían! Un tal Brunier se había puesto Epaminondas, y como el nombre resultaba largo y difícil de pronunciar, su esposa le llamaba simplemente «mi querido Epa». El alguacil Balivet había escogido el nombre de Libre. Pero el pobre hombre fué encarcelado, y las instancias con que solicitaba que se le pusiera en libertad las firmaba: *Libre Balivet, detenido.* El carpintero Hebert se había puesto Pertinax, sin saber

a ciencia cierta lo que quería decir; pero el nombre sonaba bien. Se le hizo entonces notar que llevaba el nombre de un tirano, de un emperador, y quedó consternado; se puso de nuevo a buscar, y tras mucho revolver—todo estaba tomado—se decidió al fin por *Ziska.* La historia del peluquero Barreaux es aún más pintoresca. Habiendo elegido el nombre de Praxiteles, esto le sugirió la idea de improvisarse escultor, aunque no había aprendido nunca este oficio y era incapaz de modelar una bola de juego de bolos. Confeccionó con sus manos una estatua del *Sueño eterno*, para el cementerio, y, como le fuera tomando gusto a manosear la arcilla, emprendió el modelado de una gran efigie de la *Libertad*, que reemplazó a la hermosa cruz de piedra que había en el centro de la plaza del mercado.

Mas no se detuvo aquí Clamecy. Necesitaba un *triunvirato*—la palabra estaba de moda—. La pequeña ciudad, que no se privaba de nada, tuvo también a su Robespierre, su Saint-Just y su Marat.

El *Robespierre* del lugar se llamaba Diógenes Tenaille Delaure; era presidente del Comité de Vigilancia y Salud Pública; había estudiado bien el papel y lo desempeñaba a conciencia; vestía pulcramente, aunque sin amaneramiento; no usaba *carmañola*, como los demás, sino un frac de paño o de nanquín, según la estación; llevaba los cabellos trenzados y empolvados. Como, por los

informes recibidos, habíase enterado de que el creador de su papel vivía en París, en casa de un carpintero, como un miembro más de la familia, Diógenes Tenaille Delaure pidió pensión en casa de unos pacíficos burgueses de Clamecy, donde pasaba todo el tiempo que le dejaban libre los negocios públicos; lo mismo que el *Incorruptible* en casa de Duplay, Tenaille «prefería los goces patriarcales de aquella casa, a los placeres más vivos de la sociedad». Su correspondencia tenía «algo de la energía y concisión de un Tácito»; y, para completar el plagio, se hizo «inquieto y desconfiado: a todos los que no le parecían amigos, los consideraba como enemigos»... No cabe duda de que, con este rasgo, los de Clamecy debían de sentirse satisfechos, pues su Robespierre *se parecía.*

El *Saint-Just* resultaba menos perfecto: se llamaba Bruto Gobert y «era galante con las damas». Vestía con el rebuscamiento que él mismo criticaba en los petimetres, y le gustaban la sociedad, los placeres de la mesa y las mujeres. En cuanto a Manlio Pilavoine, que se había encargado del papel de *Marat*, resultó un fracaso. Se conserva el texto de uno de sus discursos, pronunciado en el club, que dice así: «Ciudadanos: Me bulle en el cerebro una idea que es preciso que os diga. Para cimentar la República, se necesitan tres cosas: primero, que la sangre corra por las calles, lo mismo que el agua cuando llueve; después, que crezca la hierba, como en un campo, y en

tercer lugar, parejamente...» Nunca se supo cuál sería, según la idea que bullía en el cerebro del célebre Manlio, la tercera condición indispensable para afianzar la República; pero la arenga fué calurosamente aplaudida.

Bías Parent representaba a *Chaumette;* era un antiguo cura; la mujer con quien se había casado se llamaba Tulia; uno de sus hijos, que tuvo la mala fortuna de nacer en agosto, fué bautizado, en vista del calor, con el nombre de *Canícula.* Bías sólo aparecía en público con el atuendo de *descamisado:* carmañola de tela o paño, gorro rojo, cabellos alisados, y zuecos. Se titulaba a sí mismo *sacerdote de la libertad*, y había nombrado a doce *apóstoles* encargados de recorrer los campos, «para desarraigar los últimos restos del fanatismo y la superstición». El ensayo resultó desgraciado, pues el celo de desarraigo inspiró a los doce apóstoles de Bías travesuras que desagradaron a los ciudadanos. En Cuncy-sur-Yonne, por ejemplo, simularon una procesión carnavalesca; para ello habían colocado sobre sus carmañolas unos *ci-devant*, ornamentos sacerdotales, y utilizaron como incensarios unos muslos de carnero; la alusión no fué comprendida, y aquella alegórica ceremonia acabó a estacazos. La población del país no era fanática en ningún sentido; pero amaba sus antiguas costumbres y no le gustaba que la molestaran. En consecuencia, Bías Parent y su hermano Curcio obtuvieron muy poco éxito. Curcio ase-

guraba, fríamente, que en Clamecy había que cortar doscientas cabezas; como era curtidor de profesión, se ingeniaba, por lo visto, para «animar el comercio de pieles» y proponía *despellejar a los aristócratas*... Huelga decir que sólo se trataba de palabras, y que los revolucionarios de Clamecy no despellejaron a nadie.

Indudablemente, aquella buena gente había sido amasada con buen sentido y honradez; pasaban por que se les divirtiera con una parodia revolucionaria, pero no permitían que se tocaran ciertas cosas respetables, que les eran gratas. En cuanto se hubo promulgado la ley del divorcio, se supo con estupor que una dama de la ciudad, madre de seis hijos, se disponía a aprovechar la ocasión para casarse con un joven abogado, elegante y parlanchín; tenía la cabeza llena de novelas, y su marido, que carecía de las cualidades del héroe de un idilio, si bien gozaba del aprecio de la ciudad entera, por su laboriosidad y honradez, había cesado de gustarle. La población en masa, poniéndose de parte del marido, abucheó a la *divorciante* y rompió a pedradas los cristales de sus ventanas. Fouché, que se encontraba de paso en Clamecy, a causa de una diligencia, intervino en el asunto y, hablando con la dama, consiguió hacerla entrar en razón; la reconciliación de los esposos fué unánimemente aplaudida y tuvo lugar ante el altar de la patria, que en forma de montículo de césped se levantaba en el centro del Pré-le-Comte.

No se sabe si el calabaceado jurisconsulto asistió; su papel, en todo caso, debió de ser muy lastimoso.

Los ciudadanos de Clamecy, como se habrá notado, no eran fácilmente *fanatizables*, lo que se evidenció el día en que se celebró la fiesta de la Razón; pues Clamecy, siguiendo en todo el ejemplo de París, quiso tener también sus pompas revolucionarias. Aquel día—15 de enero de 1794—el cortejo salió del pretorio—así se designaba al tribunal—y desfiló con el imponente orden siguiente: Primero, las autoridades, los miembros del club y los funcionarios, todos con gorros rojos y carmañolas de color castaño, sobre las que lucía la banda tricolor; «vestían descuidadamente, pero la expresión de sus semblantes era severa». Seguían a continuación, llevados por patriotas, los admirados bustos de Lepeletier, Marat y Voltaire; pero, como estas efigies no existían en Clamecy, se habían pedido prestados, para reemplazarlas, los yesos que servían de modelo de dibujo en la escuela municipal; el profesor iba detrás, lleno de ansiedad, temiendo a cada paso que los portadores los dejaran caer; y todos reconocían, al pasar, en Voltaire o en Marat, el *Calígula* y el *Nerón* copiados tan a menudo al difumino. En un estrado habíase instalado la Razón, que era una bonita lencera vestida con un corpiño blanco y una sencilla falda, toda ella temblando de miedo sobre un trono que se bamboleaba. Al llegar a la iglesia de San Martín,

transformada en templo para la circunstancia, la diosa se negó obstinadamente a entrar, pues aquella profanación era contraria a sus sentimientos religiosos; nadie osó insistir, y todos se contentaron con bailar en una sala vecina.

Algún tiempo después, con motivo de la fiesta del Ser Supremo, los ciudadanos de Clamecy, enterados de que los parisienses habían levantado una simbólica *Montaña* colosal, en el Campo de Marte, decidieron hacer otro tanto; bastaron algunas carretadas de tierra para formar un montículo de ocho pies de altura, que toda la población subió y bajó en filas compactas, con marcial continente.

Hubo también, como puede imaginarse, un pequeño Termidor—¡oh, muy pequeño!—. Bías, Delaure, Gobet y sus amigos fueron detenidos por abuso de poder; toda la ciudad se movilizó para asistir a los interrogatorios; la *reacción* les envió a París, en tres carretas, como era de rigor. Clamecy tuvo incluso su *Austríaca*, representada, mal de su grado, por la mujer de Delaure, el seudo-Robespierre; y se cantaba con la tonadilla de la *Carmagnole*:

La señora Delaure creyó
guillotinar a Clamecy,
pero el golpe falló
porque valientes no faltan aquí...

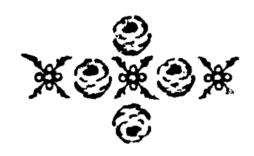
El «valiente» en cuestión era Charbonier, el Tallien local, que se había puesto al frente del

movimiento contrarrevolucionario; el club fué depurado, y los detenidos regresaron a sus casas. Aquellos *desgraciados*, como se les llamaba, aprovecharon la ocasión para apoderarse de todos los empleos, y fingieron haber encontrado en los archivos del Comité depuesto unas listas de proscripción en las que figuraban más de la mitad de los habitantes de la ciudad.

A los, *terroristas* se les envió a París, donde fueron puestos en libertad después de unos meses de detención: sólo pudo reprochárseles su celo revolucionario. Incluso sus peores enemigos reconocieron que, durante su proconsulado, había reinado en Clamecy una austeridad de costumbres digna de servir de ejemplo a las generaciones futuras. Mientras había durado la revolución, al pueblo se le había mantenido a raya mediante la ejecución de pesados trabajos. Toda la población, mujeres, muchachas y niñas, tuvo que trabajar, seleccionando y amontonando leña en la orilla del río Yonne, o fabricando pólvora en las escuelas públicas; el último día de cada década, por la tarde, todos los habitantes sin excepción habían de dirigirse con sus armas a la *Montaña*, que escalaban y bajaban formados militarmente; aquellos paseos cívicos reemplazaban a los bailes y otras diversiones. Los días de fiesta, que eran muy frecuentes, todos tenían que presentarse en su sección, de donde salían formados hasta la plaza de Bethlemi, para cantar allí la *Marsellesa*,

postrados de rodillas, con la cabeza descubierta; luego subían al mercado, siempre en formación, y volvían por la iglesia de San Martín; todo el mundo regresaba extenuado, pero inofensivo. Ya no se veían borrachos; en todo el año, sólo hubo un nacimiento clandestino... Nunca había reinado mayor tranquilidad ni orden más perfecto; nunca los obreros habían sido tan sobrios y laboriosos...

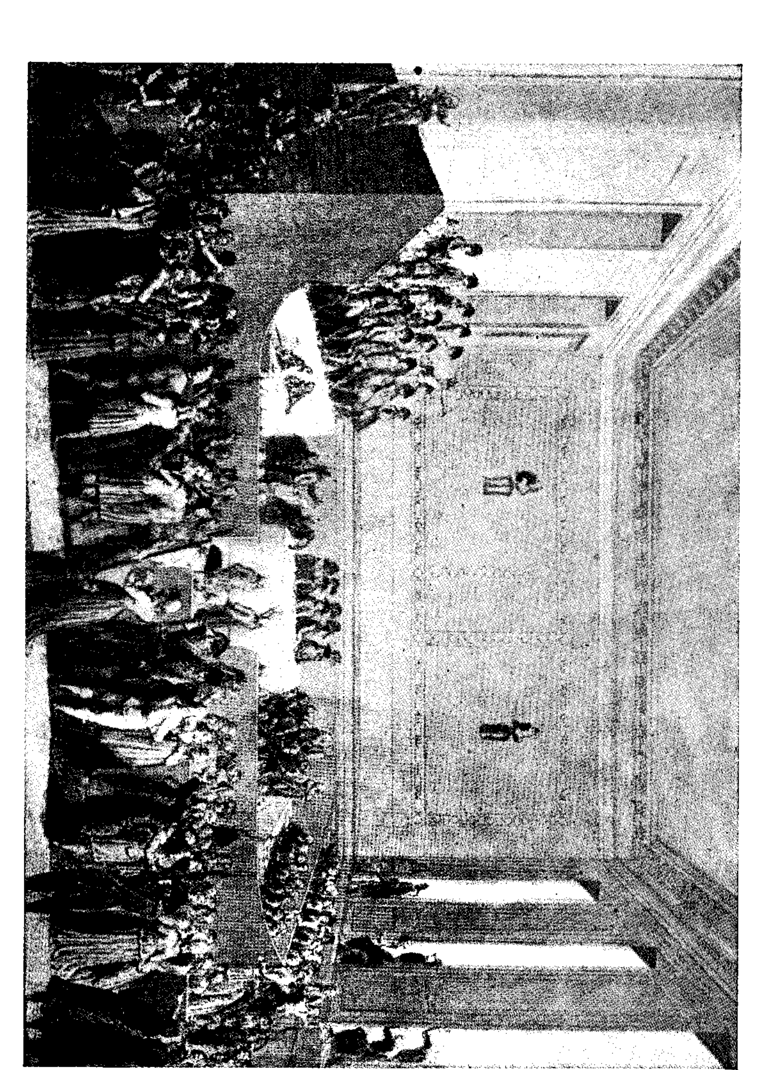
Clamecy demostraría ser muy ingrata si no conservara de sus *perseguidores* un recuerdo enternecido.





LÁM. XLVI.—EL FISCAL SANGUINARIO.

El nombre de Fouquier-Tinville se hizo tristemente famoso durante la época del Terror. El era el «acusador público» o fiscal del Tribunal Revolucionario de París, en cuyas funciones aparece representado en esta estampa de la época. Fué un infatigable «proveedor» de la guillotina, y en ella acabó, a su vez, en 1795.

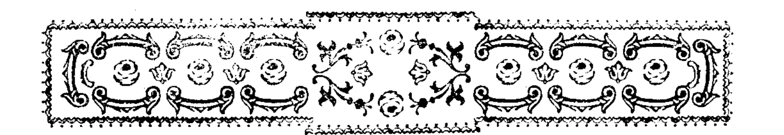


Lám. XLVII.—El Tribunal Revolucionario de París.

Este es el aspecto que ofrecía el entonces tribunal más temido del mundo, precisamente en los momentos en que ante él se sustanciaba la causa seguida contra el que había sido su más sanguinario fiscal, Fouquier-Tinville. Esta parte del edificio de la Conciergerie es la que fué derribada más tarde. *(Véase Lám. LXIII.)*

XXVIII

UN FUNCIONARIO DE ANTAÑO



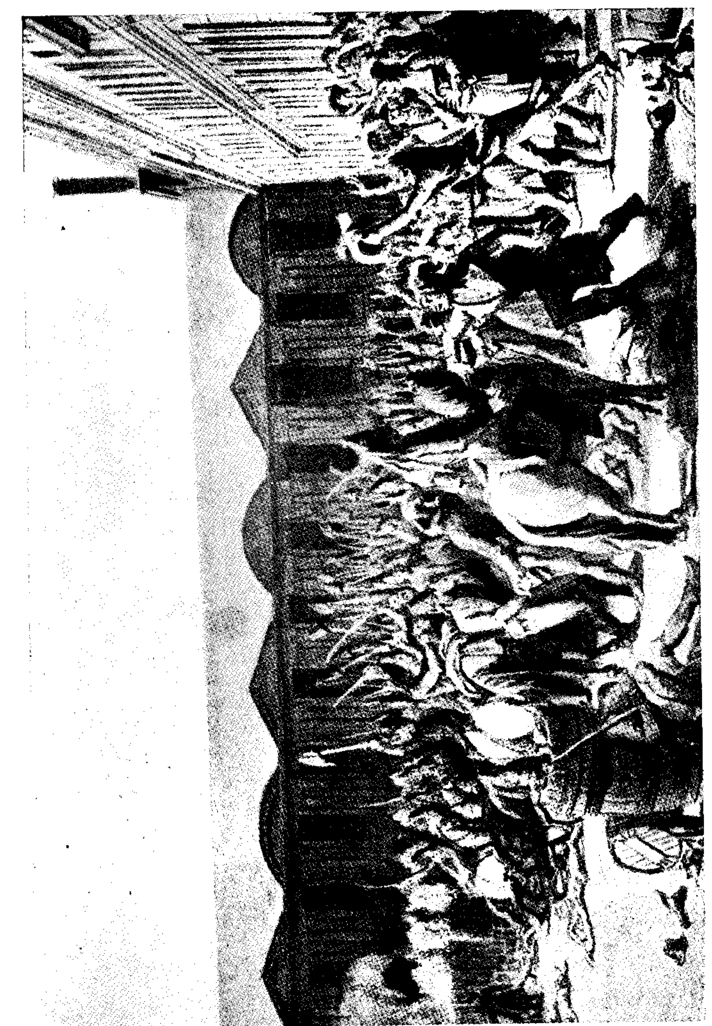
Unos días después de la caída de Robespierre, Antonio Tortat, joven de diecinueve años, que vivía en la Châtre, fué nombrado redactor del Comité Legislativo de la Convención Nacional, gracias a una recomendación del diputado Porcher de Richebourg. Tortat marchó inmediatamente a París, y, como andaba escaso de recursos, hizo el camino a pie hasta Vierzón, donde tomó la diligencia; a los dos días se presentó en casa de su protector.

Porcher de Richebourg era un buen hombre, médico de profesión, que sólo había ejercido su arte en beneficio de los indigentes. En la Châtre, donde vivió antes de 1792, había sido vecino y amigo del padre de Tortat. Miembro electo de la Convención, se abstuvo de votar la muerte del Rey; durante el Terror se mantuvo asimismo pru-

dentemente apartado, y no volvió a salir a la superficie hasta después de la caída del «tirano». Al ser nombrado presidente del Comité de Legislación, su primer pensamiento fué ofrecer al hijo de su antiguo amigo un empleo de 2.000 libras de sueldo en las oficinas de dicho organismo.

Richebourg recibió paternalmente a su protegido. «Te hice preparar una habitación en la buhardilla—le dijo—. Durante un mes dormirás allí y comerás a mi mesa; pero luego proveerás tú mismo a tus necesidades. Es preciso que vistas mejor y que te quites esa ropa demasiado provinciana; mi sastre ya esperará para el cobro.» Antonio hizo algunos remilgos antes de aceptar; pero su amo le puso punto en boca diciendo: «Ya he dicho a tu padre lo que pensaba hacer; como no eres rico, te quedarás en casa.»

El joven funcionario había, en efecto, de esperar un mes para cobrar su sueldo, y estos treinta primeros días debieron de parecerle monótonos. Mas cuando, llegado que hubo el día de cobro, vió alineados en su pupitre 166 francos con 66 céntimos, fruto de su trabajo, experimentó una especie de vértigo a la vista de aquel montón de asignados, y juró a la República su eterno agradecimiento. Agradecimiento tanto más sincero, cuanto que la labor, tan magníficamente retribuída, no era aplastante: consistía en asistir una vez cada diez días a la sesión del Comité, instalado en el pabellón de Marsán, en el Louvre, y servir de men-



LÁM. XLVIII.—PARÍS SE SUBLEVA CONTRA EL TERROR.

En las jornadas del 10 al 13 Vendimiario (1795), el pueblo de París se amotinó contra la Convención. Los miembros de ésta, sitiados en las Tullerías, salen a recibir a las tropas que acudieron a imponer el orden. Pero los días de la Revolución están contados. Uno de los destacamentos militares que más se distinguieron en esa hora crítica estaba al mando de un joven oficial desconocido, que se llamaba Napoleón Bonaparte.

CHARPENTIER

TRIBUNAL

RÉVOLUTIONNAIRE.

LE CHARPENTIER du Domaine fera les préparatifs nécessaires pour l'exécution du Jugement rendu par le Tribunal, contre Fouquier, Foucault, Sellier, Garnier Launay, Leroy dit Dix-août, Renaudin, Vilate, Prieur, Chatelet, Girard, Boyenval, Benoit, Lanne, Verney, Dupaumier et Herman

condamnés à la peine de mort. Cette exécution aura lieu demain dix huit floréal à neuf heures du matin

sur la place de Grève

de cette ville.



L'ACCUSATEUR PUBLIC.

Fait au Tribunal, le dix sept floréal l'an troisième de la République Française.

LÁM. XLIX.—LA JUSTICIA INMANENTE.

El conocido refrán, «Quien a hierro mata, a hierro muere», nunca fué tan verídico como con los principales jefes de la Revolución Francesa, y en especial sus terroristas. El más temido de todos, Fouquier-Tinville, pereció como sus propias víctimas. Reproducimos aquí la orden del Tribunal mandando preparar la guillotina para el terrible fiscal, con otros varios condenados: «La ejecución—dice—se verificará mañana, 18 Floreal, a las nueve de la mañana, en la plaza de Grève, de París.»

sajero, si era necesario, entre sus miembros y la Convención, que se reunía, como es sabido, en el antiguo teatro de las Tullerías. Muy raras veces fué puesto a prueba el celo de Antonio. Posteriormente, al repasar en su memoria las peripecias de su carrera, reconoció que no había tenido que ir nunca a la Asamblea por necesidades del servicio.

La colocación era, pues, bastante descansada. Antonio hacía ordinariamente sus colaciones con dos compañeros de su misma edad, en un modesto restaurante de la calle de Froidmanteau, donde comía bastante bien por 33 sueldos; a veces echaba una cana al aire, y por 30 sueldos se iba a terminar la jornada en el teatro de la República. Recién llegado de la austera provincia, aquella existencia le parecía deliciosa. Su única «nube» era la privación de pan. Los parisienses, en vista de la escasez, sólo disfrutaban de dos onzas por cabeza—unos 65 gramos—. En la comida se solía prescindir del pan, sustituído por patatas; mas, para el desayuno de la mañana, era preciso levantarse temprano y hacer cola a la puerta del panadero. Antonio Tortat no tardó, sin embargo, en imitar a los parisienses levantándose tarde, y, gracias a la esplendidez de sus recursos, enviaba al portero de su casa a buscar el pan, y se hacía servir el desayuno en la habitación.

Para matar el tiempo, seguía con asiduidad las sesiones de la Convención, y, como tenía un pase de entrada permanente, penetraba en la

sala y se sentaba en uno de los escaños de la derecha, que se encontraban siempre desocupados, pues ningún diputado se atrevía aún a sentarse en ellos; todos se amontonaban en los escaños de la izquierda, para aparecer como puros *montagnards*, lo cual, naturalmente, no engañaba a nadie. Tortat asistió, pues, gratuitamente al espectáculo de las sesiones en que Carrier, acusado, trató de defenderse. Vió a aquel «hombre larguirucho, de pálido y huesudo rostro, que llevaba todavía los cabellos lisos como los jacobinos. Sus explicaciones levantaban tempestades». El joven funcionario, que tan inteligentemente ocupaba sus ocios, fué a ver guillotinar al «anegador» de Nantes y a sus cómplices. El cadalso se había levantado en la plaza del Ayuntamiento, donde se apiñaba la multitud. Pinard y Grandmaison fueron ejecutados en primer lugar. Al llegar Carrier ante el instrumento de suplicio, estaba pálido como un muerto. «Quedé sobrecogido en aquel momento —escribe Antonio Tortat—, no por la compasión que me inspirara aquel hombre, sino por una impresión indefinible, por un desfallecimiento que me hubiera derribado al suelo, si no me hubiesen sostenido los que me rodeaban. No vi caer aquella tercera cabeza, porque tuve necesidad de apartar los ojos del cadalso y apoyarme en mi vecino, para recobrar los sentidos. Es la única ejecución que he presenciado. Pero he visto pasar por el puente del Cambio a los dieciséis miembros del

tribunal revolucionario, con Fouquier-Tinville, que había sido acusador público del mismo. Mientras pasaban, la muchedumbre les insultaba; algunos adoptaban actitudes de reto. Fouquier-Tinville decía: «*¡Pueblo, pierdes a tus mejores amigos!*»

Maravilla seguir, en los cortos *Recuerdos* de Tortat, la rápida metamorfosis de un joven provinciano lanzado, con sus 166,66 francos mensuales, en el torbellino revolucionario. El preciosísimo relato de ese año de su vida es un documento íntimo de primer orden, porque nos revela cómo eran las oficinas de la Convención, tan poco conocidas hasta ahora, en el año 1795. De buenas a primeras, al rozarse con sus colegas, Antonio perdió su fe republicana. Todos los empleados del Comité eran reaccionarios, y ninguno de ellos se recataba de fustigar a los avanzados. Sólo leían el diario de Frerón, el *Eco del Pueblo*, que les calentaba los cascos. Hicieron la vida tan dura a varios empleados viejos, sospechosos de ser jacobinos, que hubieron de dejar la oficina y presentar la dimisión.

Más aún: Tortat y sus amigos iban por las tardes al café de Chartres, donde se daba cita la juventud dorada, y allí entonaban el *Despertar del pueblo*, como si no fuera la República quien les alimentaba. ¡Ah, el inmortal agradecimiento jurado a la vista del primer sueldo, había durado muy poco! Con aquel dinero que le pagaba la nación, Antonio tuvo la osadía de mandarse hacer

un frac *verde*, adornado con *diecisiete* botones, lo que simbolizaba la *esperanza* de ver muy pronto a Luis *diecisiete* subir al trono. Figuró asimismo entre los más entusiastas del tumulto que lanzó a la cloaca un maniquí que representaba a Marat. No faltaba a ninguna manifestación realista, y, para colmo de indisciplina, se puso a especular. Como las cajas públicas no podían pagar a los funcionarios, éstos recibían como emolumentos, a fin de mes, bonos de ropa, arroz, aceite, velas, etcétera. Antonio trabó relación con un antiguo recaudador de rentas que le iba proporcionando algo de dinero, con el cual compraba a bajo precio a sus camaradas los bonos de racionamiento. Bastaba guardar aquellos bonos unos días y esperar el alza, para realizar pingües beneficios... Tales eran las actividades en que se ocupaban los funcionarios del Gobierno en el año de hambre de 1795.

El 13 vendimiario, en que París se sublevó contra la Convención, cogieron las armas todos los funcionarios y fueron a engrosar las fuerzas rebeldes. De los doscientos veinticinco que prestaban servicio en el Comité Legislativo, dejaron de comparecer en la oficina doscientos diecinueve, por la sencilla razón de que la estaban asaltando. Antonio Tortat, armado con un fusil, hizo, como los demás, prodigios de valor para derribar al Gobierno que le pagaba. Vencido el motín, hacia las once de la noche, se encontró cogido con

sus camaradas, como en una ratonera, en el primer piso de una casa del Carroussel, que habían invadido para mejor tirotear desde allí su oficina, cuyos bajos acababan de ser ocupados por los granaderos de la Convención. Había que escapar; pero ¿cómo? Antonio, gracias a la complicidad de un buen hombre, se deslizó hacia un cobertizo vecino, y en él pasó la noche, en uno de los coches del servicio del Comité, que allí se guardaban. Al hacerse de día, vestido con una blusa y llevando bajo el brazo una gavilla de cebada y bajo el otro otra de paja, atravesó el Carroussel, que había sido ocupado por las tropas. Le tomaron por un palafrenero del Gobierno, y pudo llegar así a su casa, donde cambió de vestido. A la hora en que se abrieron las oficinas del Comité, se presentó a su jefe, reclamando audazmente un certificado en que se hiciese constar que figuraba entre los seis empleados fieles que habían permanecido en su puesto la víspera. El certificado se le entregó inmediatamente; sin duda, sus doscientos dieciocho camaradas sublevados recibieron otro parecido.

Pero todo aquello inspiró a Antonio Tortat tal desdén por la Administración civil, que solicitó—y obtuvo—un lucrativo empleo en la Intendencia militar.

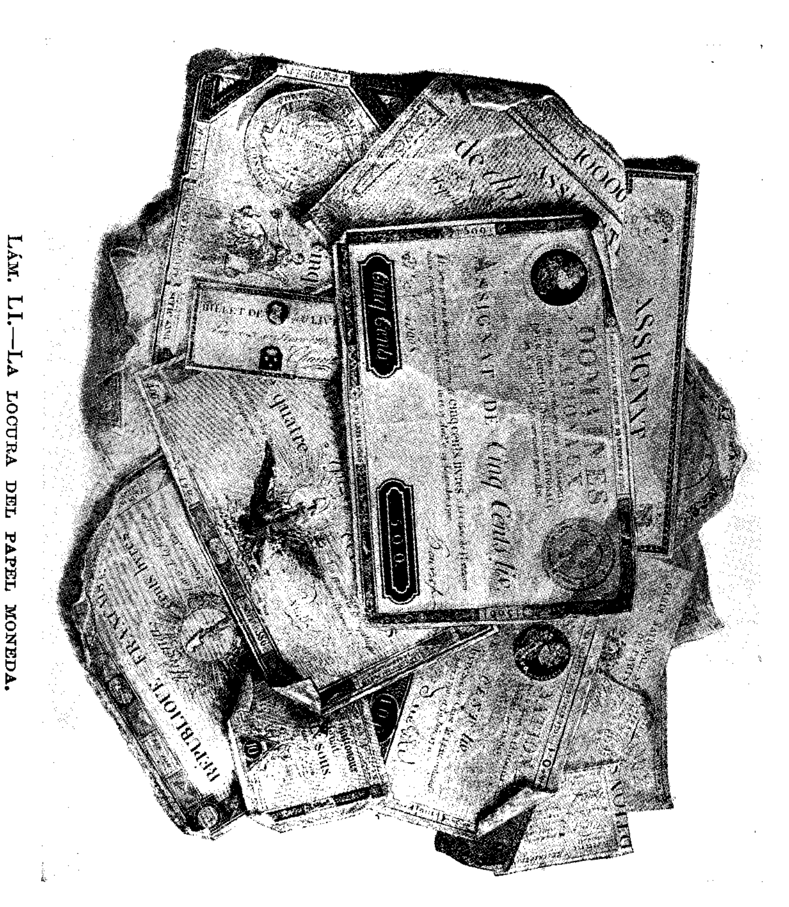
XXIX

EL APÓSTOL DE LA INFLACIÓN



LÁM. L.—EL MERCADO DE ASIGNADOS.

Otro de los efectos fatales de todas las convulsiones revolucionarias es la depreciación sucesiva, en grados inverosímiles y fabulosos, de la moneda antes estable. En la época del Directorio, este fenómeno llegó a extremos nunca vistos, y en el Palais Royal de París el «mercado de asignados» era un tráfico público y corriente.



LÁM. LI.—LA LOCURA DEL PAPEL MONEDA.

El procedimiento de fabricar moneda imprimiendo papel barato, no es cosa de nuestros tiempos. La Revolución Francesa ya recurrió a él, arruinando, naturalmente, a los ciudadanos que tenían algo que perder, y enriqueciendo a quienes lo osaban todo, porque no poseían nada. El montón de papel moneda que reproducimos valía, nominalmente, varios millones de francos. Sólo el primero y más visible de esos billetes equivalía a 500 libras. En realidad, era un montón de papel mojado, pues muchos días no podía adquirirse con él ni para merendar.



Si en Francia se llama *andrinople* a la tela carmesí que disfrutó en los hogares modestos, hace unos sesenta años, de una estima tan aflictiva para la vista como para el gusto, se debe a que, en el siglo XVIII, a un infeliz tejedor de Montpeyroux, cerca de Montpellier, se le ocurrió plantar una especie de rubiácea en un campo y teñir con el brutal color que da esa planta los hilados de algodón importados de Turquía. La modesta industria de aquel aficionado al rojo, que se llamaba Cambón, prosperó rápidamente, y cuando se retiró de los negocios, en 1784, poseía, además de su casa de comercio en Montpellier, un despacho en Burdeos y una fábrica de pañuelos en Cholet. Dotó con 50.000 libras a cada uno de sus cuatro hijos y les encomendó que continuaran su obra.

El mayor de ellos, José Cambón, se encargó

de la dirección de los negocios y de la contabilidad. Tenía en aquella época veintinueve años; su instrucción no era muy vasta, y su cultura espiritual bastante rudimentaria; pero poseía cualidades que le granjeaban en Montpellier la reputación de hombre de negocios distinguido: una probidad ejemplar, que llegaba hasta la minuciosidad, y una admirable capacidad de trabajo. Nunca se le había visto pasear por el Peyrou ni por la Explanada; no ponía los pies en el café ni en el teatro; vivía como un asceta, practicando un solo culto: «el de *a* × *b*». Cuando, en 1789, se convocaron los Estados generales, Cambón padre se las arregló de forma que José fuese designado candidato para la diputación; no salió elegido, pero sus conciudadanos le enviaron a París en calidad de ayudante y consejero de sus representantes. Justamente, cuando Francia fué dividida en departamentos, a sus activas gestiones se debió el que Montpellier se convirtiera en la capital del Hérault; por consiguiente, fué recibido a su regreso como un triunfador y, en recompensa de sus servicios, se le nombró diputado de la Asamblea Legislativa, con lo que entró desde entonces en la Historia.

Intentar la descripción de la vida pública de Cambón equivale a afrontar todos los problemas financieros de la Revolución, empresa superior a las ambiciones y competencia de este humilde cronista; sólo le es posible agrupar los rasgos esenciales, esbozando un sencillo diseño, cuando apenas bastaría para el caso un fresco monumental.

La Asamblea Legislativa sucedió a la Constituyente, y la composición de la nueva Cámara era inferior en calidad a su antecesora. No había en ella hombres destacados ni grandes fortunas, ni nombres ilustres, ni oradores de fama; eran todos ellos desconocidos, jóvenes en su mayoría, abogados de provincias, sólo famosos en su país, modestos funcionarios municipales o procuradores de distrito. Alguien ha calculado que aquellos elegidos no poseían, todos juntos, más allá de 300.000 libras de rentas. Al llegar a París llevaban por todo equipaje «unos chanclos y un paraguas»; su bagaje de sabiduría económica no estaba mejor provisto, pues sus electores los escogieron por sus ideas avanzadas, no por su competencia. Excepto Lafond-Ladébat, que dirigía importantes negocios, e Isnard, el perfumista de Grasse, apenas podía encontrarse a otros que, aparte Cambón, estuviese familiarizado con la contabilidad y supiesen lo que era un balance, un estado de cuentas, un giro o un vencimiento. Sin embargo, se les veía hablar mucho de dinero a los diputados de la Legislativa, pues la deuda del Estado, que en 1789 ascendía a 162 millones de libras, había subido desde los comienzos de la Revolución a la cifra, entonces fabulosa, de ¡dos mil millones! Se habían creado ya 1.800 millones de asignados, pero la brecha no podía ser taponada con papel moneda y se hacía preciso encontrar algo más eficaz.

Desde las primeras sesiones, Cambón consigue imponerse; habla con solemne seguridad de temas que sus colegas ignoran; sus palabras sin calor son «inflexibles como una cifra»; no tiene nada que cautive y carece de elocuencia. Su exterior, además, tampoco atrae: hombre de estatura mediana, con ojos grandes en una cara ancha dominada por una nariz aguileña, no produce la menor sensación el verle en la tribuna; pero tiene fe; cree en lo que dice y lo hace creer a los demás, tanto más, por cuanto sus razonamientos están al alcance de todo el mundo. Sólo existen dos medios para que Francia pueda contar con los recursos necesarios: exigir el pago de los impuestos o recurrir a nuevas emisiones de asignados. Cambón huye del primero de esos procedimientos, que le haría impopular y que, por la misma causa, repugna a la Asamblea, y preconiza el segundo, que no lesiona ningún interés particular; para él, además, ofrece la ventaja de contribuir a dar pruebas de un optimismo imperturbable y de servirle a él, personalmente, para pasar por un financiero milagrosamente hábil. Bien es verdad, por otra parte, que Cambón es hombre absolutamente sincero, y su integridad moral se ruboriza al sostener una opinión contraria a sus íntimas convicciones; lo que le falla es su ciencia económica, pues no posee, a decir verdad, más cualidades que las de un tenedor de libros, y cree que puede dirigirse una nación lo mismo que una

casa de comercio; con tal que estén bien hechas las sumas y que los balances salden perfectamente, se figura que las cosas marchan a las mil maravillas.

Cuando fué elegido miembro de la Convención, en septiembre de 1792, había dos mil millones de asignados en circulación, y la nueva Asamblea, absorbida por los antagonismos de partido y las rivalidades personales, reiteró a Cambón la confianza que le había otorgado la Legislativa. Y se continuó la inflación. En el mes de octubre de aquel mismo año se emitieron 400 millones de papel moneda, 600 en noviembre, 500 en diciembre y 800 millones en enero de 1793. A cada emisión, Cambón conseguía el voto de sus colegas, demostrándoles, cifras en mano, que la situación era excelente. Este afortunado financiero proporciona un impresionante ejemplo de los desastres que un hombre honrado, exacto y meticuloso puede ocasionar, por falta de amplitud y clarividencia. De ahí que las diferentes fases de la carrera de Cambón luchando, sin preparación suficiente, con inextricables dificultades financieras, se relaciona tanto con el pasado histórico, como con la más palpitante actualidad.

La calle de Mignón existe todavía, al menos en parte; se encuentra cerca de la de Dantón, y se ven en ella dos o tres viejos caserones que fueron imponentes en su tiempo, los cuales quizá tienen derecho a figurar en la Historia, pues en aquella calle, poblada entonces de imprentas y pa-

pelerías, se estableció la «fábrica de papel moneda». El papel llegaba allí en balas, y, en cuanto se le había descargado en el almacén, pasaba a las prensas, y de ellas a los secadores, mientras los asignados impresos el día anterior eran cargados en carretas que, custodiadas por gendarmes, llevaban a la Comisión del Presupuesto, en la calle Neuve-des-Petits-Champs, aquel imaginario tesoro. Allí se contaban escrupulosamente los asignados y, luego de timbrados, se guardaban en una caja con tres cerrojos; pero nunca permanecían allí mucho tiempo, pues al día siguiente eran puestos en circulación, y la nueva remesa pasaba a ocupar el mismo lugar por unas horas más.

A medida que se imprimen, baja el valor de los asignados; se gastan más rápidamente que se fabrican; los impresores no dan abasto; se dobla, triplica y cuadriplica su número, y falta espacio en los talleres; los de la calle de Mignón resultan insuficientes y se abre una sucursal en los Campos Elíseos, en la avenida de las Viudas; pero luego se destina a este servicio el amplio convento de los Capuchinos, de la plaza de Vendôme. Allí podrán instalarse las prensas con toda comodidad y se logrará imprimir cada noche, poco más o menos, el papel moneda suficiente para las necesidades del día. De este modo se llegó a la cifra de cincuenta mil millones de asignados en circulación... Y Cambón seguía obstinándose en afirmar que nunca había sido tan próspera la hacienda del

país, lo que no dejaba de ser verdad... sobre el papel.

La garantía de los asignados se componía, en efecto, de los bienes del clero, de los príncipes, de los emigrados y de los condenados. Ahora bien, a medida que se lanzaba al viento el papel de la República, el gran financiero atribuía un aumento progresivo de valor a dicha garantía: la estimaba en cuatro mil millones en 1793, en catorce mil millones en 1794, en treinta mil millones a principios de 1795, y así sucesivamente, partiendo del principio de que, cuanto más abundaba el asignado y más se envilecía, más aumentaba a su vez el valor de la propiedad mobiliaria que constituía su garantía. Era matemático: el activo y el pasivo aumentaban en proporciones idénticas; por consiguiente, la situación era clarísima, y cada tarde se enviaba al Comité de Salud Pública una hoja en la que se indicaban las operaciones del día. Esa hoja, que se fijaba en el pabellón de Flora, permitía a los transeúntes cerciorarse de que la cifra de los gastos no rebasaba de la de los ingresos; nunca había ni un sueldo de déficit; ¿cómo discutir aquellas sumas perfectas y elementales? El asignado era, decididamente, una panacea, y Cambón le profesaba la misma ternura que un padre a su hijo débil, declarando que el oro, aquel oro maldito, no era, en comparación, más que «estiércol». Incluso trató de obtener de la Convención un decreto que valorase el oro más bajo que cualquier

otro metal, menos aún que el hierro, «el cual, al menos, sirve para armar a los defensores de la patria». Pero esta vez los diputados no le siguieron, pues cada uno de ellos—lo mismo que buen número de franceses—conservaba un puñado más o menos grande de luises con la efigie real, contando comer con ellos el día en que el papel moneda no sirviera más que para encender lumbre.

Cambón se hundió después de Termidor. El día en que se le despojó de su título de presidente de la Comisión de Hacienda, debió de encontrarse desamparado: desde hacía cuatro años venía trabajando el pobre hombre día y noche, muy satisfecho de su tarea y feliz de poder consagrarse al bien del país. Ya que por primera vez podía respirar, aprovechó este descanso para casarse; preocupado por no sustraer ni un minuto a las horas que debía al servicio de la República, no había tenido tiempo de hacerlo. Se casó a los cuarenta años de edad, con una parisiense acomodada que tenía veintiséis, llamada María Hottegindre. Pero estaba escrito que la dicha conyugal no había de constituir el premio de su labor. Tres días después de la boda, sin reparar en que no había transcurrido aún ni el primer cuarto de su luna de miel, la Convención decretó su arresto. Cambón desapareció, y no fué posible dar con él; para descubrirle, se dió una batida por los alrededores de París y se puso en campaña una nube de espías; pero todo en vano. Y hasta que se



LÁM. LII.—UN SUICIDIO COLECTIVO, A LA ROMANA.

El 17 de junio de 1795, ya vencido el régimen del Terror, seis de sus principales representantes, condenados por el Tribunal militar, prefirieron suicidarse a ser guillotinados. Al salir de la Audiencia, uno de ellos se hundió un cuchillo en el corazón; otro, recogió el arma ensangrentada e hizo lo propio; imitóle un tercero, quedando muertos los tres, y los restantes, que sólo consiguieron herirse, fueron rematados en el cadalso. *(Estampa popular de la época.)*

TERREUR DES ROIS
RÉUNION DES RÉPUBLICAINS
UNITÉ
INDIVISIBILITÉ
DE LA
RÉPUBLIQUE
LIBERTÉ
ÉGALITÉ
FRATERNITÉ
OU LA
MORT

LÁM. LIII.—UNA PATENTE DE CIUDADANÍA.

Durante el Terror, en París y otras muchas poblaciones de Francia, los habitantes solían fijar a la puerta de sus casas este cartel, para dar testimonio de acendrado republicanismo y librarse, en lo posible, de persecuciones, como los campesinos del antiguo régimen ponían una cruz o un ramo bendecido, para ahuyentar al diablo.

proclamó la amnistía general no se supo que había permanecido oculto durante ocho meses en un granero de la calle de Saint-Honoré, a pocos pasos de sus mismos perseguidores.

Partió sin tardanza para Montpellier, en donde no osó presentarse en público: tanto había cambiado la opinión. Si se hubiese mostrado por las calles de la ciudad en que antaño se le había aclamado, es probable que su vida hubiese corrido peligro, pues todo el mundo había quedado arruinado y le trataban unánimemente de vampiro, ogro, bandido, sanguijuela y ladrón. Orgulloso de su «intrépida» honradez, se encerró en casa de sus padres, en el campo. Y apenas acababa de instalarse, cuando su mujer dió a luz un niño muerto, y falleció a su vez con pocas horas de intervalo. Desde aquel día, el antiguo convencional vivió como un oso en su guarida, sin querer ver a nadie ni leer los periódicos, ignorando incluso si el país «estaba en paz o en guerra». Sería, sin embargo, demasiado extraño que no se hubiese informado de las dificultades pecuniarias del Directorio, con el empréstito forzoso y la reducción a su tercera parte de las rentas inscritas en el Registro que él había creado. Por cada cien francos, los rentistas perdían sesenta y cinco: tal era el resultado de su inmensa labor. El país le hacía responsable de esta catástrofe; todas las arcas, públicas y privadas, estaban vacías, de tal manera, que, cuando cayó el Directorio, sólo le

quedaba en numerario al Tesoro la miserable suma de 167.000 francos.

Cambón se había enterrado en vida en su propiedad de los alrededores de Montpellier; ciego y sordo voluntariamente, como un muerto, vegetó allí hasta el final de la primera Restauración. Durante los Cien Días el horizonte pareció despejarse: se reconocía con justicia que aquel paria había realizado el milagro de hacer vivir a Francia, en la época más tumultuosa de sus anales, sin aumentar, o, por mejor decir, sin percibir impuestos y sin contratar ningún empréstito. Sus conciudadanos, rectificando, le enviaron como diputado al Cuerpo Legislativo; pero, al tomar allí la palabra, después de Waterloo, para tratar del equilibrio del presupuesto, sus colegas se apresuraron a desviar la discusión, pasando al orden del día... No se fiaban.

Desterrado como regicida por la segunda Restauración, asqueado de todo y de todos, amargado, atribiliario, extenuado y aquejado de trastornos nerviosos que le producían atroces dolores de cabeza, el apóstol de la inflación murió en Bruselas el 15 de febrero de 1820.



XXX

UNA RESURRECCIÓN INQUIETANTE



Los parisienses de fines del siglo XVIII, tan imbuídos de las costumbres de la antigüedad que llegaron incluso a vestir la clámide y a calzar sandalias, debieron de creerse verdaderamente trasladados a los tiempos heroicos de la tragedia, cuando se enteraron, el 17 de junio de 1795, de que seis de sus legisladores acababan de traspasarse con un mismo puñal, en presencia del tribunal que los juzgaba. En efecto, los convencionales Romme, Borbotte, Soubrany, Douroy, Goujón y Duquesnoy, despojos del partido de Robespierre en lucha contra la reacción termidoriana, condenados a muerte por una comisión militar, rechazaron el oprobio de la guillotina. Al salir de la Audiencia, Goujón se hundió resueltamente en el corazón un cuchillo con mango de madera negra; Romme tomó el propio cuchillo

de las manos desfallecientes de su amigo, y se asestó con él varias puñaladas en el pecho; Duquesnoy se mató en tercer lugar, y los demás, pese a la furia con que se iban dando uno tras otro, sólo consiguieron herirse, y fueron llevados sangrantes al cadalso.

Creíase que nada más podía saberse sobre el épico fin de estos últimos *montagnards* *, cuando un erudito, Armando Delpy, magistrado del tribunal de Riom, descubrió hace unos cincuenta años un legajo de cartas antiguas dirigidas, entre 1793 y 1825, a J.-B. Tailhand, abogado, sobrino de Gilberto Romme. En este mamotreto, que tuvo la paciencia de leer y clasificar, encontró Delpy varias cartas fechadas en el año cuarto, escritas desde París al ciudadano Tailhand por un arquitecto llamado Nouvión, que había sido íntimo amigo de Romme. Una de ellas, sobre todo, resulta preciosísima, pues nos proporciona un relato, manifiestamente auténtico, del drama del 17 de junio.

«El 29 pradial, cuando Romme salió del tribunal de sangre y entró con sus colegas en la sala donde murió—dice el documento—, fué Goujón quien se apuñaló primero, en los peldaños de la escalera, a pesar de su precaución de tomar veneno antes de comparecer a presencia de sus asesinos.

* Nombre que se dió en Francia, en 1792, a los revolucionarios exaltados que formaban el partido llamado de la *Montaña*.

Romme no tardó en seguirle. Viendo que su amigo no había muerto aún, le ayudó a sostenerse, por miedo de que se cayera desde lo alto de la escalera. Le acompañó a un ángulo de la sala, le hizo sentar en el suelo, le abrazó y luego se asestó él mismo dos puñaladas, diciendo: «¡Muero por la República!» Los demás hicieron otro tanto.

»A las audiencias asistieron constantemente muchos patriotas desconocidos. Y, como los gendarmes que vigilaban a los acusados, así como la mayor parte de los que fueron testigos de su muerte, eran todos jacobinos, ninguno dió aviso de lo que ocurría hasta que todo hubo terminado. Hubo un gran revuelo. Los cuerpos de Romme y Goujón fueron puestos uno sobre otro y cubiertos con una alfombra; los otros fueron llevados al cadalso.

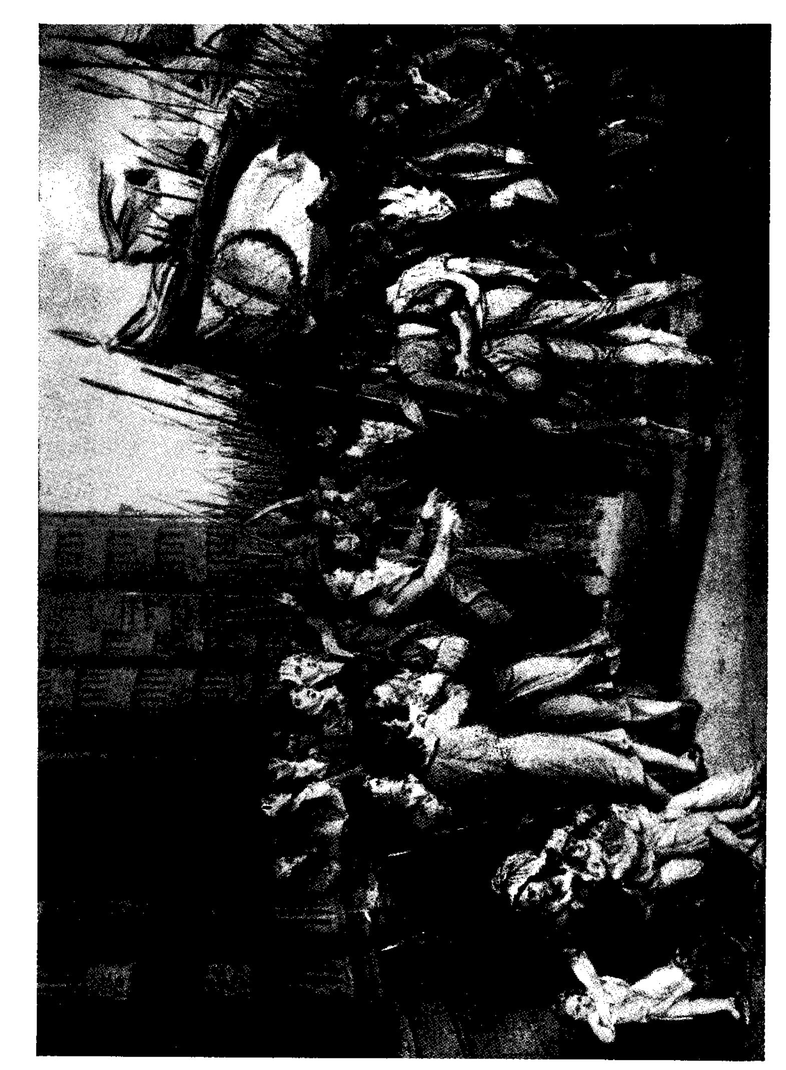
»Durante este intervalo de tiempo, se presentó un cirujano patriota, con el propósito de reconocer a los dos cadáveres, pero no se le permitió acercarse; no obstante, pudo observar muy bien, a distancia, que las manos de Romme y de Goujón eran muy bellas y estaban muy coloreadas, de modo que no se parecían en nada a las de los muertos. Las de Duquesnoy, por el contrario, eran de color púrpura y violeta.

»Pocos instantes después, la patrulla se apoderó de los dos cuerpos y procedió seguidamente a su entierro en el cementerio de Monceau, situado fuera de las murallas. Algunos patriotas seguían desde

lejos; al llegar al cementerio no pudieron entrar, pues las puertas estaban cerradas. Sin embargo, uno de ellos tuvo la constancia de andar observando por los alrededores, lo mismo que otros ciudadanos, y se dió cuenta de que, al cabo de las veinticuatro horas, aún seguían los dos ataúdes al borde de la fosa.»

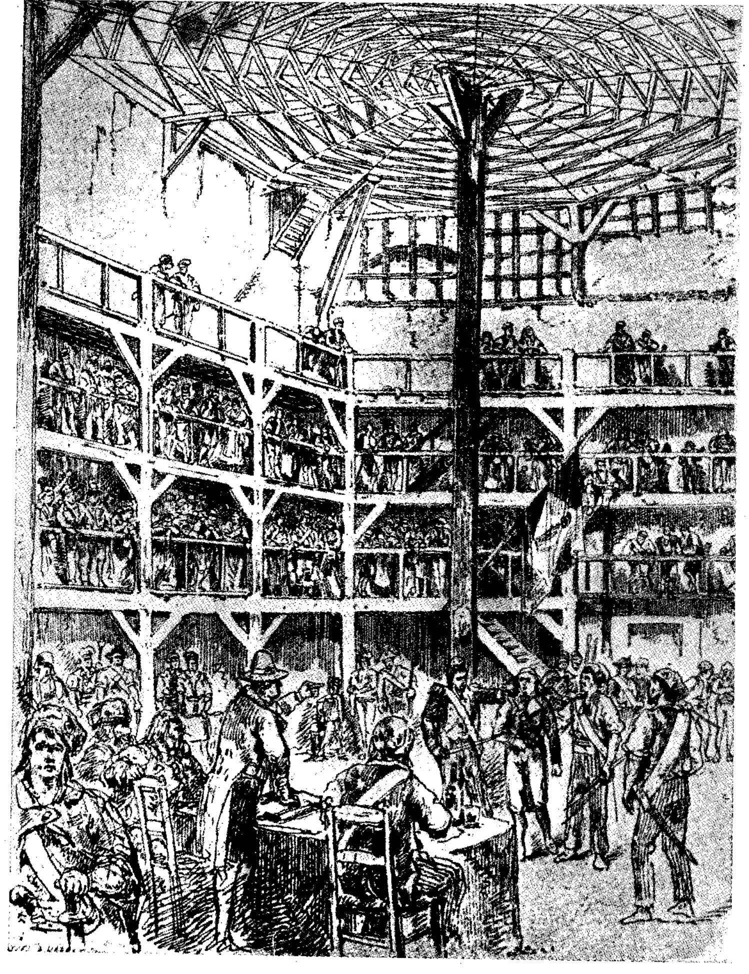
Las circunstancias no permitían hacerse muchas ilusiones; pero, aun así, empezó a circular el rumor de «las dos cajas desaparecidas» y de «las manos muy coloreadas, que en nada se parecían a las de los muertos». En una palabra: no había transcurrido aún una semana, y la gente bien informada ya se decía al oído que Romme y Goujón habían sobrevivido. Enterado de aquellos rumores, el arquitecto Nouvión se puso a investigar el caso seriamente; los informes que logró recoger eran tan extraños, que realmente justificaban algunas dudas.

«Dos días después del drama—prosigue el anterior documento—, hacia las tres o las cuatro de la tarde, se presentó en casa de la ciudadana Goujón, madre del diputado, un joven bastante bien vestido, con pantalón ancho, chaqueta de nanquín y sombrero redondo, y con los cabellos cortados en la misma forma que los jacobinos; parecía bastante embarazado. Penetró hasta una habitación del fondo del primer piso y, en presencia de varios criados y de los hermanos y hermanas de Goujón, solicitó hablar a solas con la madre.



LÁM. LIV.—LA PROSCRIPCIÓN DE LOS GIRONDINOS.

Uno de los más dramáticos y decisivos episodios de la Revolución Francesa se produjo el 31 de mayo de 1793, cuando, arrojados de la Convención por los extremistas, a los girondinos o moderados se les declaró «fuera de la ley», yendo la mayoría de ellos a perecer en el cadalso, la miseria o el destierro.



LÁM. LV.—UN DOCUMENTO INESTIMABLE.

Aspecto del Tribunal revolucionario que funcionó en un granero de la abadía de Saint-Germain, de París, en septiembre de 1792, y al cual se debieron las espantosas matanzas en masa que allí se efectuaron. *(Croquis tomado por un testigo presencial.)*

Ésta se presentó, muy apesadumbrada todavía y con ciertas muestras de temor, pues creía que iban a arrestarla. El joven, que parecía tan conturbado como ella, sólo quería hablarle a solas.

»Como no cesaba de insistir, la mujer le invita a bajar al comedor. Él la sigue; después de penetrar en la estancia, cierra ella la puerta y le pregunta de qué se trata. Los que se encuentran en la casa, no augurando nada bueno de aquella misteriosa entrevista, permanecen vigilantes, mientras los niños se sitúan junto a la puerta de la sala.

»—¿Tenéis lo necesario—dice el joven—para vestir a un hombre?

»—Sí, desde luego.

»—Siendo así, haced un paquete, con medias, pantalones, vestido, calzado, etc., y estad preparada para seguirme esta noche, a las nueve en punto. Yo vendré a buscaros, pero es preciso que me sigáis sola.

»Tras objetar algunas dificultades, ella consiente y le da palabra de seguirle. Con todo, pide algunos informes; pero el joven, muy embarazado, se obstina en lo mismo y sólo dice estas palabras:

»—Me seguiréis sola, a las nueve. ¿Habéis comprendido?

»Abre la puerta precipitadamente y desaparece como un relámpago...

»A partir de entonces no se ha vuelto a oír hablar más de él.»

La viuda de Romme recibió, por su parte, una

carta de Nouvión, muy prudente, en la que le dejaba entrever que no había que dar por perdidas todas las esperanzas. La historia de esta mujer, con sus tres casamientos, no está exenta de notas pintorescas. Gilberto Romme, a los cuarenta y cinco años, decidió casarse y «descamisar al amor», pidiendo al efecto a su sección que le señalara de oficio a la viuda de un defensor de la patria, muerto sin hijos. La sección le envió a María Magdalena Chaulin, una real moza de veinticuatro años, oriunda de Normandía, cuyo marido había perecido combatiendo por la República. Romme la introdujo en su casa a mediados de 1794, pero no se casó hasta el 8 de marzo de 1795. María Chaulin, aunque de condición muy oscura, había recibido cierta instrucción.

Al enviudar por segunda vez y encontrarse sin recursos, se refugió en Auvernia, en casa de la madre de Romme. Se conservan algunas cartas de ella: buscaba en la lectura un calmante para su dolor. «Si tenéis los *Ocios del hombre sensible* o los *Duelos del sentimiento*, os ruego que me los enviéis. En todo caso, prestadme lo que tengáis, sobre todo las obras de Florián.» El derivativo surtió tan buen efecto, que la viuda quedó muy pronto consolada.

Inquieta por los relatos de maridos que reaparecen, creyó necesario precaverse contra una posible resurrección del suyo; así, llevaba ya dieciséis meses de viudez cuando contrajo terceras

nupcias con un «chico de veinte años», llamado Carlos Dulin, hijo de un notario de Combronde, a dos leguas de Riom. Lo que hacía un tanto embarazosa la situación de los recién casados, era el rumor de la supervivencia de Romme, que subsistía y tomaba incluso una corporeidad extraña. Se le decía refugiado en Rusia, en casa del príncipe Strogonof, que había sido antaño su discípulo, y la cosa parecía tan cierta, que las gacetas anunciaban la próxima entrada en escena del resucitado.

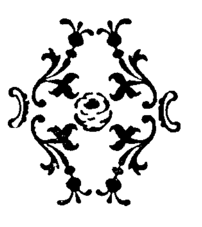
«Se asegura—podía leerse en el *Rapporteur Républicain* del 8 de octubre de 1797—que Romme, a quien el público ha creído muerto a consecuencia de las heridas que él mismo se produjo en presencia de sus jueces, fué recogido por sus amigos, los cuales le pusieron en manos de médicos muy hábiles, y así fué devuelto a la vida por un prodigio del arte y de la amistad. Enterado del cambio que se ha operado en su patria, en virtud de la jornada del 18 fructidor, Romme cree que puede regresar a ella sin peligro, *y llegará a París dentro de unos días.*»

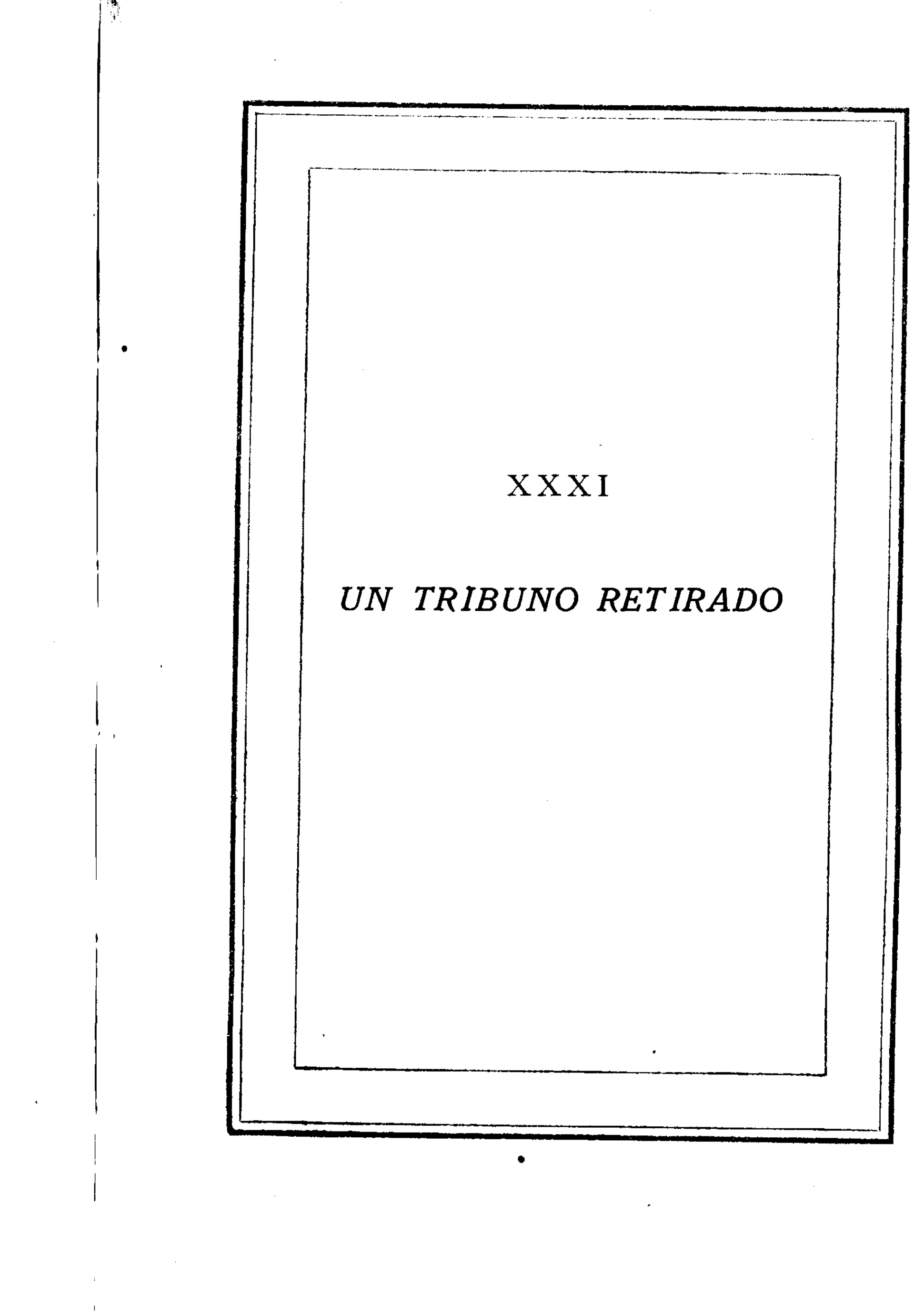
Esta noticia turbaba el sueño del señor Dulin y de su esposa, viuda de Romme en segundas nupcias. La anciana madre del convencional, que desde que su nuera se había vuelto a casar vivía sola, multiplicaba las indagaciones. Escribió a la ciudadana d'Horville, fiel amiga de su hijo, la cual le respondió en estos términos: «Según las

averiguaciones que he hecho en virtud de vuestra carta (pues confieso que hasta antes de que me escribierais, creía que los rumores de las gacetas no eran más que un juego de intrigas), parece que os han dicho la verdad al aseguraros que vuestro hijo se salvó y que se encuentra en Rusia.» En cuanto al padre de Dulin, cauteloso notario, convencido de ver reaparecer de un momento a otro al precedente marido de su nuera, comenzó a preparar a su hijo para esta inquietante resurrección: «El rumor de que Romme vive aún se difunde más cada día. Si poseéis algunas pruebas de ello, sería conveniente para el honor de las dos familias, que no deben odiarse, que me las comunicarais. En estos casos, la incertidumbre es más angustiosa que el desenlace, sea el que sea. Al alegrarme del regreso de Romme, tendré que consolar a mi hijo y tomar a la vez una resolución: la de una sana filosofía... Indicadme lo que pensáis de estos rumores, para que pueda preparar los ánimos de aquellos a quienes deben afectar directamente.»

Huelga decir que Romme no regresó nunca, pese a que en diferentes ocasiones, y hasta en el 18 brumario, hubo personas que aseguraron habérsele encontrado «con vestido de gala, de representante del pueblo». *Hacerse el muerto* no era propio de su carácter. Para dar idea de su alma de hierro, basta citar un sólo rasgo: en la época de su arresto hacía más de un mes que no

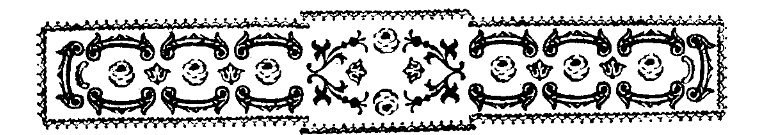
había probado el pan, pues «no quería comprarlo a 16 libras la libra, para no contribuir a la desmonetización de los asignados». Su mujer, que se encontraba en vísperas de ser madre, se arriesgó a comprar un pedazo, ¡y él la obligó a devolverlo al panadero!... Hombres semejantes representan tragedias y no farsas, y en la epopeya de su existencia no suelen adjudicar a la muerte el papel de bobo.





XXXI

UN TRIBUNO RETIRADO



DESPUÉS de tres años, un mes y cuatro días de trabajos ininterrumpidos y tumultuosos, la Convención celebró su última sesión el 26 de octubre de 1795. Al votar una amnistía general, de la que sólo quedaban excluídos los sacerdotes y los emigrados, decidió, a modo de pública retractación, que la plaza de la Revolución llevara en adelante el nombre de plaza de la Concordia. Luego, en medio de un recogimiento solemne, se levantó el presidente y, con voz grave, dijo:

—La Convención Nacional declara que, cumplida su misión, han terminado sus sesiones.

Eran las dos y media; se levantó un gran clamor de «¡Viva la República!», seguido a poco del barullo de la marcha. Aquellos hombres que juntos habían demostrado tanta audacia, o tantas ilusiones, que habían cometido tantas cobardías, autorizado tan-

tos crímenes, saciado tantos odios, salvado al país de la invasión extranjera y modelado una humanidad nueva, se separaban al fin, sin que ninguno de ellos fuese capaz de discernir cuál había sido su obra común.

Muchos de ellos, poco ganosos de regresar a sus departamentos y abandonar la política, habían de entrar en los «consejos» del nuevo Gobierno; algunos, para no tener que dejar a París, se habían asegurado un empleo; otros, sintiéndose cansados, tenían prisa por regresar a sus casas. Todos se dispersaron, y por primera vez desde los ardorosos días de la primavera de 1793, en el gran palacio de las Tullerías, crisol incandescente día y noche, volvió a reinar el silencio.

Entre los que, no habiendo sido favorecidos por la suerte, cuando la composición de los «Quinientos», se disponían a regresar a sus provincias, figuraba Gabriel Bouquier, representante de la Dordogne. Había dejado en Terrassón a su mujer y a sus dos hijas, a las que no había visto desde septiembre de 1792, y ahora se disponía a reunirse con ellas, no sin inquietud para el porvenir. Su fortuna, es verdad, era suficiente, y su vida en la gran casa familiar sería seguramente confortable; pero, después de tantas turbulencias y agitaciones, ¿se acostumbraría a no ser nada? La ociosidad le asustaba. ¿Se habituaría, a los cincuenta y cuatro años, al retiro? ¿En qué ocuparía sus ocios? ¿En qué emplearía, en su aldea, la audacia,

energía y actividad de espíritu que, después de tanto ejercerlas, se le habían desarrollado de manera prodigiosa? Vacilante y desorientado, se resignó: hizo las maletas, recogió sus papeles y subió a la diligencia de Périgueux.

Durante los siete días del trayecto, revivió el pasado, tratando de recoger sus impresiones de antaño, cuando, a los veinticuatro años, había recorrido el mismo camino en sentido inverso, al hacer su primer viaje a París, lleno de ilusiones y esperanzas, de confianza en sí mismo y entusiasmos artísticos. Pintor y poeta en aquel entonces, se creía destinado a igualar a los Vernet, los Van Loo y los Parrocel; con su álbum de apuntes abierto sobre las rodillas, había esbozado todos los parajes del camino, las posadas pintorescas y hasta la vieja galera en que iba dando tumbos. Durante un año entero había vivido, en la gran ciudad, la alegre y fecunda existencia de artista, entre los Saint-Aubin, los Moreau y los Greuze concurriendo al café Procope y frecuentando el trato de los marchantes de cuadros del puente de Notre-Dame, y haciéndose camarada de Landara, «que a menudo pagaba con un dibujo una taza de chocolate», y de Jeanteau, que fabricaba —¡ya!—, por docenas, falsos Watteau, Rubens y Rembrandt, y lo hacía con tanta perfección, que hasta los mismos entendidos se engañaban. Recordaba luego Bouquier su regreso a Terrassón, su encendida pasión por una muchacha con quien,

por haberse opuesto sus padres, no pudo llegar a casarse; su desesperación, su rompimiento con un padre tenaz, su viaje a Italia en busca de aventuras y de obras maestras desconocidas... Mas, al fin, con los años, habíase aquietado un tanto. Casado burguesamente en su pequeña población, continuó pintando y escribiendo en verso y en prosa; durante el buen tiempo recorría el país, para reproducir con su lápiz, que se había hecho hábil, las nobles perspectivas de las orillas del Dordogne o las gargantas del Vézère.

Al sobrevenir entonces la Revolución, se lo llevó en su torbellino. Con todo el ardor de su alma de artista se enamoró de la Libertad, y se lanzó ciegamente en el entrevero; rimó en honor de los innovadores, como lo había hecho por Luis XVI, fué a la guerra contra los nobles y los curas, y se reveló como orador fogoso e innovador audaz. Y así fué cómo, elegido diputado de la Convención por sus conciudadanos, se vió de nuevo en París, un París transfigurado y febril. En la Asamblea elige sitio entre los más intransigentes, vota la muerte del Rey; se convierte en admirador de Marat y en amigo de David y Robespierre; preside a los jacobinos, contribuye a empujar hacia la guillotina a los girondinos, a Danton y a Desmoulins, festeja a la diosa Razón, se hace apóstol de extravagancias impías y antisociales, clama contra las artes, contra el matrimonio, contra la educación de la infancia, contra cualquier culto que no sea el de la guillotina. Atacado por la contagiosa locura de aquellos días y puesto «al rojo vivo», se convierte en un energúmeno, grita, amenaza, se exalta, gruñe, se obstina y delira como el que más... Y, de repente, le enfría el gran soplo de Termidor; se calma, y mira a su alrededor... ¿Qué ha hecho? No lo comprende. ¿Fué el miedo lo que le impulsó a obrar así? ¿Ha sido para vivir, por lo que ha matado? Pues, ciertamente, ha matado, y a los más estimables. Sólo los cobardes han logrado escapar; y él es uno de ellos; lo comprueba y lo anota, pues no ha perdido la costumbre de consignar en sus libritos de apuntes pensamientos e impresiones; por esto escribe antes de dejar a París: «¡Cuántos hombres, para no perecer ignominiosamente, han disimulado sus sentimientos durante la Revolución! ¡A cuántos otros les ha llevado la franqueza al cadalso!»

En estas cosas va pensando, mientras la diligencia, a través de Francia devastada, rueda hacia Terrassón. He aquí, al fin, las primeras casas del pueblo, las calles tranquilas, que reconoce en todos sus aspectos, y la amplia casa de los suyos, en la plaza de la Abadía, bajo la sombra sedante de la vieja iglesia. Bouquier, en un principio, se complace en aquella inmutable paz provinciana; nadie de entre los que le rodean parece acordarse del papel que ha representado; los propietarios de la vecindad le dispensan buena acogida. En el propio pueblo de Terrassón, son mu-

chos los que han desaparecido; los supervivientes, aquellos que fueron declarados sospechosos por la ley, aquellos a quienes él no defendió, no parece que alimenten rencor alguno; numerosas familias lloran a varios de sus miembros, sacerdotes y deportados que han muerto, allende los mares, a causa de los dolores y privaciones; pero también éstos han perdonado.

Mas el antiguo convencional no se absuelve a sí mismo. Cada vez que sale de casa, se cruza en las calles del pueblo con los parientes y amigos de las víctimas que habría podido salvar cuando ejercía el Poder; su cobardía de entonces le produce náuseas; lucha consigo mismo; aprisiona su remordimiento y trata de ahogarlo: vano esfuerzo. Entonces busca un refugio en la soledad, y, abriendo su librito de confesiones, anota: «Los genios del mal han aniquilado todas las virtudes, a las que habían declarado la guerra.» Para escapar a esa obsesión, se encierra en su taller y, tomando de nuevo pinceles y lápices, se pone a trabajar; pero su mano empieza a debilitarse; su delicadeza se ha embotado; los cielos, las rocas y las aguas de que tanto gustó antaño, nada dicen ahora a su alma agitada, y reproduce sin gusto los paisajes queridos de su tierra natal. A pesar suyo, como guiados por una especie de fuerza inconsciente, sus pinceles esbozan dolorosos dramas: Cristos con magníficas actitudes de sufrimiento o escenas religiosas, todas de ejecución pesada, pero singulares por su rebuscado misticismo.

Pocos temas ofrecen tanto interés como el estudio de la vejez de los convencionales, la de aquellos, al menos, a quienes el retiro y el renunciamiento permitieron el regreso imaginativo al pasado. Conservan un espantoso recuerdo de la obra realizada. Muchos se obstinan, creyéndola útil y justa; otros dudan, y algunos se enclaustran en su aislamiento y meditan. Pero en todos subsiste la angustia de haber formado parte de aquellos titanes que derribaron el viejo mundo y, sobre el montón de sus ruinas, trazaron el camino de las generaciones nuevas. ¿A dónde lleva ese camino? No lo saben, pero ya está abierto; la multitud se precipita por él, y nadie en adelante podrá detenerla. El caso de Gabriel Bouquier ofrece la particularidad de un arrepentimiento consternado: es como el caso del hombre que, habiendo sido siempre sobrio y morigerado, bebe una vez hasta embriagarse locamente, y lo rompe todo en su furor desencadenado; y cuando vuelve a la razón, contempla con espanto los destrozos que ha cometido y los juzga irreparables.

Todos los escritos del antiguo convencional se conservan en los Archivos de la Asistencia Pública, donde fueron analizados antaño por Eugenio Defrance. Gracias a ellos pueden seguirse hoy los pasos de Bouquier, desde el taller bullicioso de Lantara hasta el austero retiro de Terrassón, pasando por las inflamadas cimas de la «Montaña».

En ellos el antiguo convencional aparece como hombre poco preparado para desempeñar el papel que asumió, a la vez que demasiado sincero para callar que eso le hizo polvo. De año en año fué debilitándose bajo el peso de sus recuerdos. Su vida no era únicamente una retractación, sino una negación del pasado. El que en la tribuna de la Convención había propuesto reemplazar las escuelas por los clubs, proclamando que el de los Jacobinos había hecho más en unos meses, en favor de los pueblos, que en muchos siglos todos los establecimientos científicos de Europa, se dedica a la educación de sus dos hijas, Olimpia y Cenobia, y redacta para su uso un *Curso de instrucción*, la mayor parte de cuyas páginas son destinadas a la enseñanza religiosa, repudiando así el método que él mismo hizo adoptar por la Convención... para los demás. Si aclamó antaño la diosa Razón y le rindió pleitesía, recibe ahora al obispo de Angulema, a su paso por Terrassón, y le dirige humildes cumplidos. Rima todavía, pero ya no para deificar a Marat, sino con ocasión de la fiesta del Corpus. El viejo regicida que lanzara antaño invectivas a los conquistadores, motejándoles de «miserables tiranos, azote de los pueblos», dirige ahora a Bonaparte, convertido en Emperador, una oda entusiasta, cantando al héroe cuyas virtudes

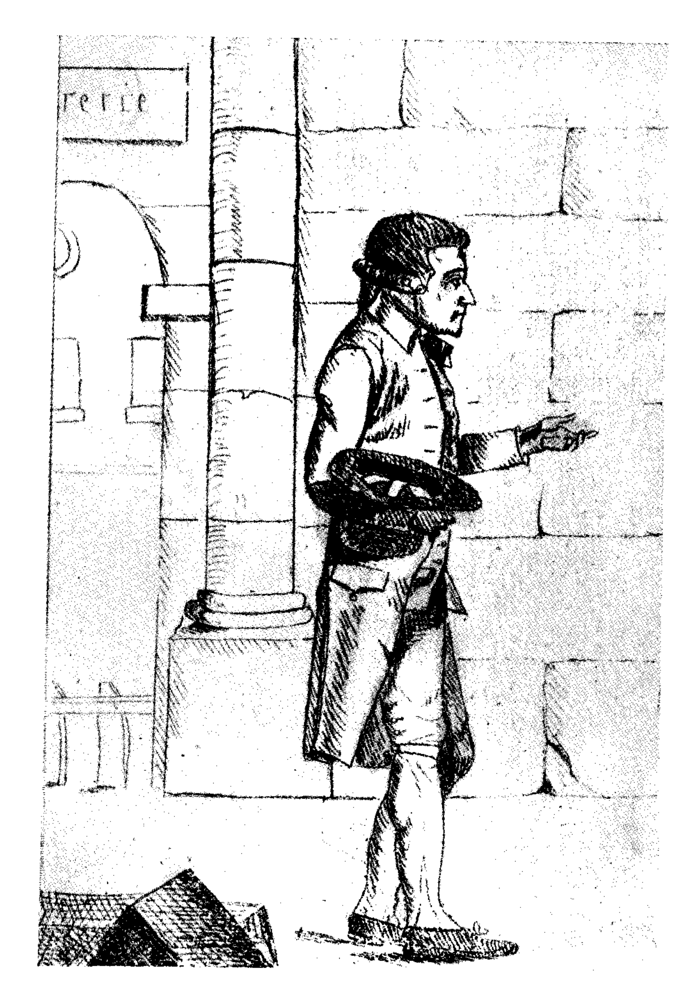
han hecho olvidar a nuestra nación
los incalculables desastres de la Revolución.

No solicita cargo o empleo alguno: sólo pide el olvido; la indiferencia y el disgusto le sumen en una inacción enfermiza: vive «como un autómata», sin salir apenas de su «guarida», sin tratarse con nadie, y considerándose afortunado por ello. Le ocurre incluso «querellarse con sus libros»; sueña con la vida religiosa y proyecta hacerse cartujo, y morir bajo el sayal de San Bruno. Dedica un culto retrospectivo a Luis de Orleáns, hijo del regente, que personifica a sus ojos la sabiduría, porque dormía en un jergón de paja, no bebía más que agua, se privaba del fuego durante el invierno y se levantaba a las cuatro de la mañana, para ir a despertar a los pobres prodigándoles consoladoras palabras. Llega incluso a afligirse por no haber tenido la valentía de sucumbir al lado de sus amigos, al embate de las ideas; el hacha le hubiese ahorrado al menos los dolores, las amarguras y «todos los agentes tenebrosos de la muerte, que le atenazan el alma y el cuerpo». «Ya no soy casi de este mundo —escribe—, y todo contribuye a hacérmelo odiar: mis desdichas, el infortunio de mis amigos, la perversidad de los hombres y su inhumanidad.»

El 6 de octubre de 1810 acabó de extinguirse aquel débil tribuno que, junto con otros seiscientos, tan débiles como él, imprimió al mundo una formidable sacudida, cuya conmoción dura todavía, después de haber transcurrido más de un siglo y medio.

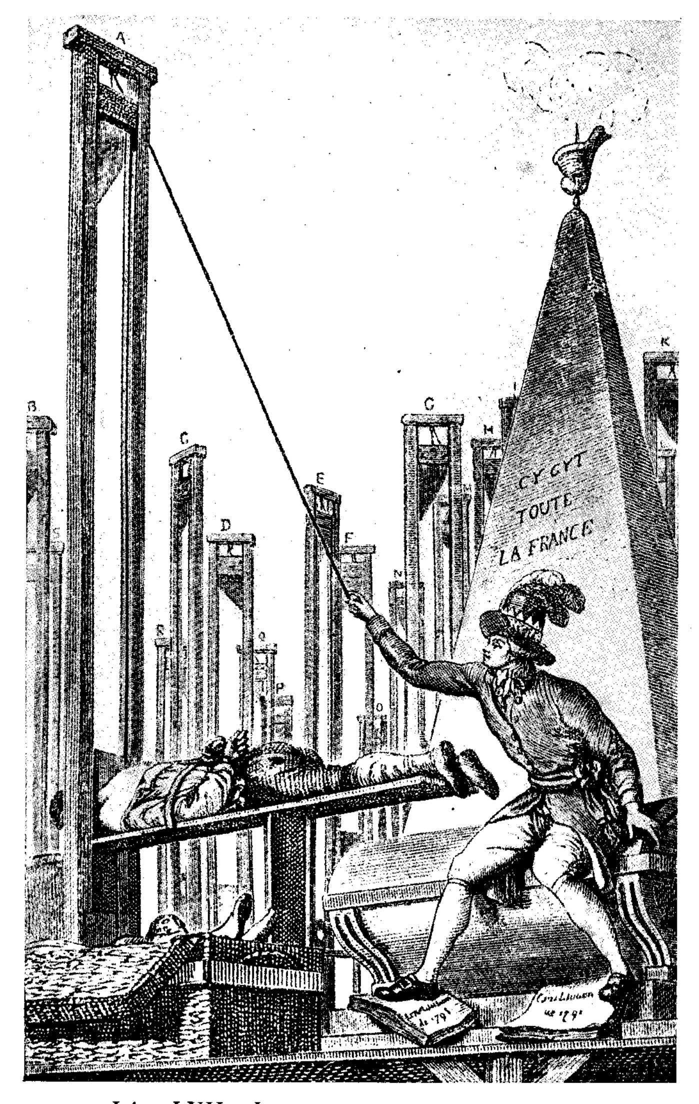
XXXII

EL ARTE DE SER ARRUINADO



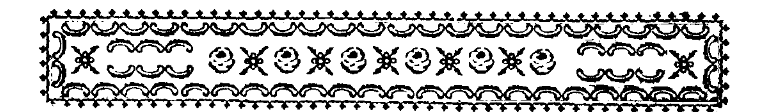
LÁM. LVI.—EL RENTISTA ARRUINADO.

Caricatura del rentista francés, saliendo de la Hacienda Pública, donde acaban de cambiarle sus valores por bonos del Tesoro. Al pie de la lámina original, que se conserva en el Museo Carnavalet, de París, hay una leyenda satírica que dice: *Los Malos me atormentan, y los Buenos (Bons*, esto es, bonos, en francés) *me arruinan.*



LÁM. LVII.—LOS EFECTOS DE LA GUILLOTINA.

Robespierre, vestido de Comisario público, ejecuta por su propia mano al verdugo, último superviviente de los ciudadanos franceses. En la pirámide, con el gorro frigio puesto cabeza abajo, se lee: *Aquí yace la Francia entera.* Un bosque de guillotinas se divisa al fondo, cada una de ellas con una letra del alfabeto, correspondiente a la inicial de los ejecutados. *(Grabado de la época.)*



CON el pretexto, un tanto trivial, de que no hay nada nuevo bajo el sol, se ha abusado del cotejo entre los acaecimientos de hoy y los de otros tiempos, hasta el punto de que ya casi no se atreve uno a señalar algunas de esas singulares simetrías de la Historia; resultan un juego demasiado fácil, en el que el lector se halla muy curtido. Con todo, son tan importantes ciertas similitudes entre el presente y el pasado, que no pueden menos que divertir. Ojeando días pasados unos diarios de la época del Directorio, vi en ellos unas *Noticias de París* que podrían figurar hoy, sin ninguna modificación, en nuestras gacetas, bajo el título de *La vida cara:* «Desde que la carne ha alcanzado precios tan excesivos, el público ha empezado a recurrir al pescado, bastante abundante en esta época del año; pero las especulaciones de los revendedores

impiden este recurso: en vez de rebajar los precios, guardan el pescado por la noche, en las bodegas, para venderlo estropeado al día siguiente...» Habréis leído esto, sin duda, en los últimos años, en vuestro mismo periódico, reclamando contra la «cámara» del Mercado central y el provecho que sacan de ella los especuladores. Pues bien, el suelto ha sido extraído del *Courrier Républicain* del 15 de diciembre de 1795, es decir, de hace cosa de ciento cincuenta años.

El mismo *Courrier* se quejaba, días antes, de que «las paredes de París están cubiertas de carteles de todos los colores», y criticaba aquel despilfarro impropio de unos tiempos en que «el papel escasea y ha subido de precio». Es una reflexión que actualmente también nos hacemos todos. ¡Ah, sí!, era caro el papel a principios del Directorio: ese *Courrier Républicain* sólo tiene ocho páginas y su formato es el de un modesto *indoceavo;* desde hacía años se vendía al precio razonable de tres sueldos; pero el 1.º de octubre cuesta diez sueldos; el 11 de noviembre, veinticinco, y doce días después, treinta sueldos. El 8 de diciembre inserta este comunicado: «Nuestros obreros encargados de la composición, han creído necesario tener que aumentar a 420 libras el precio de una forma, que, hasta ahora, costaba sólo 200 libras. En vista de que esta demanda imprevista y excesiva daba lugar a ciertas dificultades entre ellos y nosotros, interrumpieron inmediatamente el trabajo,

lo que nos impidió publicar nuestro número de ayer. Hoy se han presentado otros obreros, exigiendo el mismo precio, al que nos hemos visto obligados a someternos. Nuestros conciudadanos no deben, pues, extrañar que el precio de este periódico haya sido aumentado en una legítima proporción.» Y hete el *Courrier* a cincuenta céntimos. El 18 de diciembre, sin más aviso, anuncia que, en adelante, el precio del ejemplar será de ¡cuatro francos! Por este precio, los animosos suscriptores de aquella hojita—¡si es que aún quedaban!—podían informarse sumariamente de lo cara que resultaba una carrera en un coche de punto, del precio inasequible de la volatería, de las cotizaciones de bolsa, de la aplicación del reciente tratado con Prusia, de la ocupación de la orilla izquierda del Rin, de la insolencia y egoísmo de los nuevos ricos, y de otras muchas cosas que son todavía de tanta actualidad, que casi se podría estar al corriente de los acontecimientos de hoy, con sólo leer ese diario impreso en el año tercero de la República.

Sea dicho todo esto, sin necesidad de multiplicar los ejemplos, con el sencillo objeto de hacer notar que nuestros padres, lo mismo que nosotros, pasaron por horas difíciles y las soportaron con una resignación que iguala, cuando menos, a la nuestra. Al escuchar sus quejas, más sarcásticas que afligidas, queda uno sorprendido de ver consoladoramente que es mucho más fácil adap-

tarse a la pobreza que a la riqueza. Cada vez que un trastorno social o un billete de la lotería convierte en millonarios a quienes el día anterior no tenían donde caerse muertos, los agraciados no saben mantenerse en su nuevo papel, a pesar de que se nos antoja fácil de representar. Y, por el contrario, los que, acostumbrados desde la infancia al bienestar, sufren reveses de fortuna a causa de las guerras o las revoluciones, acogen siempre la adversidad con un desprendimiento lleno de elegancia. El nuevo rico mueve a risa; el venido a menos inspira respeto. Así, cuando, en 1791, nuestros apuestos señores y nuestras bellas damas de Versalles se refugiaron en el Piamonte, Alemania e Inglaterra, su suficiencia y su tono arrogante les indispusieron en todas partes con los indígenas; pero cuando, agotados sus recursos, los nobles emigrados conocieron la indigencia, disipáronse al punto las prevenciones, y todos se admiraron de la ingeniosidad con que aquellos franceses, sin haber aprendido otra cosa que el arte frívolo y sutil de las genuflexiones y las zalamerías de la Corte, llegaban a adaptarse a los oficios más rudos. Sin falso rubor y sin lamentos jeremíacos, con los vestidos raídos y la ropa blanca hecha jirones, se ganan el pan animosamente. Y, aunque su aparente decadencia suscita carcajadas y les atrae las invectivas de los alemanes, la verdad es que inspira emoción y estima «en aquellos países donde el sentimiento moral no se

encuentra deprimido por el culto de la brutalidad y de la hipocresía».

La condesa de R... canta en los cafés; la señora de C... vende pescado; los señores de Genouillac ejercen de tintoreros; el marqués de B... se establece como zapatero en Magdeburgo; la condesa de Serillón da lecciones de danza; el señor de Montlau, oficial de la guardia francesa, ingresa en la compañía del teatro de Hamburgo; el señor de Goffreteau de la Gorce, «muy buen gentilhombre del país de Burdeos», desempeña las funciones de apuntador en el mismo teatro; la señora de Gontaut, futura aya de los infantes de Francia, gana zurciendo medias dos sueldos por hora. He ahí también, por las calles de Londres, a una mujer que llena cubos de agua en la fuente y los sube, por un penique, a los pisos más altos de las casas de la City: es madama de Montmorency, convertida en aguadora. Algunos, dotados de talento o favorecidos por la suerte, logran de este modo rehacer su perdida fortuna. El conde de Moré de Pontgibaut se ha convertido en buhonero; recorre con el bastón en la mano Baviera, el Tirol y Austria, exponiendo en ferias y mercados las pañoletas y pañuelos que saca de su hatillo; llega así a Trieste, donde se detiene y abre una tienda; habiendo aprendido el arte de atraer a la clientela, prospera, se enriquece, especula y, con nombre supuesto, se convierte en uno de los más opulentos banqueros de Europa. Más impresionante es todavía el caso

del señor de Champcenetz, gentilhombre de muchas campanillas, quien, reducido a la última pregunta, y no sabiendo más que aderezar la ensalada, se distinguió en este mismo menester, hasta el punto de que la condesa de Salisbury le «lanzó» en sociedad; inmediatamente llovieron las demandas: cada noche, Champcenetz iba de casa en casa para dosificar a buen precio los condimentos y revolver con mano experta la ensalada de escarola o de berros. Su celebridad fué maravillosa: los ricos gastrónomos de Londres se hubiesen considerado deshonrados al presentar a sus invitados una «ensalada» preparada por otro que no fuese el hábil francés, y como su presencia era solicitada a la misma hora por todos los mayordomos de Londres, tenían que disputársele a fuerza de guineas; los grandes círculos y los restaurantes se lo arrebataban; hubo de tomar un coche, abrir un curso y formar discípulos. Con todo ello vino a ganar una fortuna muy superior a aquella de que le había desposeído la Revolución. Cuando regresó a París, después de diez años de destierro, trajo ciento cincuenta mil francos de renta. Y si acaso se juzga la aventura extravagante y la cifra exagerada, remitiré al lector al diario del caballero Pradel de Lamase, oficial del ejército de Condé, quien, en sus *Notas de un emigrado*, cuenta la anécdota tal como acabo de referirla.

Lo que impresionaba de aquellos industriosos franceses era su jovialidad en la lucha contra la

miseria. Tenían a gala el no parecer afectados por las privaciones. Uno de los signos de la buena sociedad y una prueba de nobleza, era el afrontar las peores vicisitudes con la sonrisa en los labios: «He observado siempre—escribía la vizcondesa de Noailles—que los advenedizos son los únicos que se lamentan de la pérdida de sus comodidades.» Esas coqueterías con la pobreza y esa elegante adaptación a la miseria pleitearon a favor de los emigrados, los cuales pudieron así gozar de cierta indulgencia.

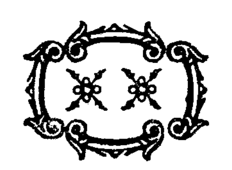
El teatro y la novela de la época nos los muestran invariablemente simpáticos, puntillosos en materia de honor, templados por el infortunio y satisfechos con unos mendrugos de pan, que comían con sano apetito. El *gentilhombre pobre* es el prototipo del género. Por el contrario, los enriquecidos por la Revolución servían de blanco a todos los libelistas, y los autores de sátiras se relamieron con ellos durante casi un siglo. En 1796, en el teatro de la Emulación, Maillot hizo representar *Madame Angot ou la Poissarde parvenue*. En esta obra aparece una vendedora de ostras que, convertida en millonaria, tan ridícula como presuntuosa, hace los honores de su salón, con los brazos en jarras, el *argot* en los labios y los arrumacos en sus modales, para darse aire de gran señora. La caricatura reflejaba tan bien el sentir general, que se hicieron de ella un sin fin de ejemplares, y hubo *Le mariage de la fille Angot*, *Le repentir de Madame Angot*, *Madame Angot au*

serail, Les folies de Madame Angot... La cosa dura aún, pues en las carteleras continúa figurando este nombre fascinador.

Queda, pues, demostrado que—en Francia, sobre todo—la miseria goza de consideración, y la opulencia demasiado reciente parece ridícula. Es, evidentemente, uno de esos axiomas de apariencia paradójica que, aunque no consuele a nadie de carecer de dinero ni haga que se disguste nadie de tener mucho, no deja de ser una verdad que, desde el punto de vista histórico, resulta indiscutible. Sucedió incluso que, terminada la Revolución, la mayoría de los refugiados, en cuanto regresaron a Francia, donde algunos lograron reconstituir su fortuna, continuaron llevando el modesto tren de vida que, como agradable costumbre, les había impuesto la desgracia; no podían pasarse de ser pobres: tan fecundo en delicias les parecía este estado; y, desde luego, encontraban en él una independencia desconocida por los nuevos ricos, obstinados en mantener el tren de vida que les imponían sus millones. Entonces se vió a la duquesa de Fezenzac bajar, en la calle de Saint-Martín, de la diligencia de Arpajón; a la señora de Molé viajar desde su regia morada de Champlatreux, hasta París, en un carricoche, «del que se habría avergonzado un notario de cabeza de partido», y a la condesa de Lubersac, en el castillo de Saint-Maurice, espumar el puchero, dar vueltas al asador y entregar los domingos veinticuatro sueldos a su marido, para jugar a la berlanga. El señor de Champcenetz, el gran aderezador de ensaladas, vivía en un modesto alojamiento de la calle de Saint-Roc, y no gastaba ni un céntimo de sus ciento cincuenta mil francos de renta. Desde las ventanas de las casas del Faubourg Saint-Honoré podía verse también al señor de Bossy pasear «en bata», por el jardín de su palacio, cortando manojos de ramas secas para la cocina de su casa. Y hasta cuando, con la Restauración, llegaron de nuevo mejores tiempos, sucedió que la simplicidad patriarcal continuó estando de moda: los visitantes sorprendían al vizconde de Martignac, primer ministro, regando el jardín de su palacio, y, todos los días, desde el otoño de 1815 hasta fines de 1818, podía verse hacia la una del mediodía al duque de Richelieu, otro presidente del Consejo, salir de su palacio de la Cancillería envuelto en una vieja hopalanda raída, para fumar tranquilamente su pipa, al pie de la columna Vendôme o paseando por la calle de la Paix.

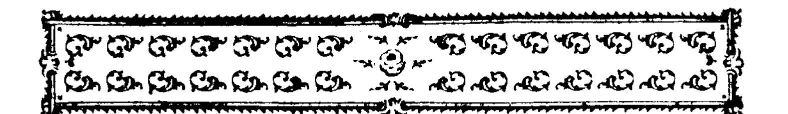
Tales ejemplos, por cuidado que se ponga en escogerlos, es probable que no inspiren a nuestros contemporáneos el desprecio de las riquezas que aquellos emigrados sintieron; pero, a pesar de todo, hay que sacar su moraleja y citar la frase de un sabio—Joubert, según creo—, el cual, después de haber asistido a unos acontecimientos bastante parecidos a estos de que somos testigos, declaraba que, después de las grandes crisis eco-

nómicas, lo que retrasa la convalecencia de los pueblos «es que los enriquecidos no acaban de aprender a ser ricos, ni los arruinados a ser pobres». Hay, verdaderamente, en estos temas, doctrina suficiente para formar escuela. Mientras alguien piensa en fundarla, no seáis millonarios, si podéis dispensaros de esa servidumbre: es más distinguido ser pobre. Y la pobreza da a sus elegidos un no sé qué de perfección, que constituye el signo supremo de la verdadera elegancia.



XXXIII

LA SEÑORITA LANGE



¡QUÉ difícil resulta conocer la Historia! Si algo ha quedado demostrado en virtud de las amables coplas de *La fille de Madame Angot*, es que la señorita Lange fué «la favorita de Barrás». Así nos lo han certificado Clainville y Siraudin, y ¿cómo poner en duda una aserción tan verosímil, cuando se canta con música tan pegadiza, que ha llegado a hacerse popular?

Pero hay que poner las cosas en su punto: después de examinados todos los documentos, no parece que la rival de Clairette haya merecido nunca los homenajes del galante director. Le hubiera bastado con pronunciar una palabra, pues la virtud de la dama no tenía nada de diamantina; pero esa aventura demasiado fácil no debió tentarle, probablemente, y parece que aquella bonita muchacha no franqueó nunca las puertas

del Luxemburgo, donde residían entonces los cinco reyezuelos galoneados que componían el Gobierno. Se sabe, sin embargo, que la entrada era libre. Los parisienses iban en tropel a contemplar con irónica admiración a los Directores, bastante parecidos, con su vestido de gala, a unos perros de circo: frac azul cubierto de bordados, pantalón ajustado, banda tricolor, corbata de encaje amplia como una sábana, zapatos con lazos y manto escarlata, a la moda antigua. Aquellos animosos hombres llevaban incluso una espada corta romana, de la que se servían a veces... para rascarse la espalda.

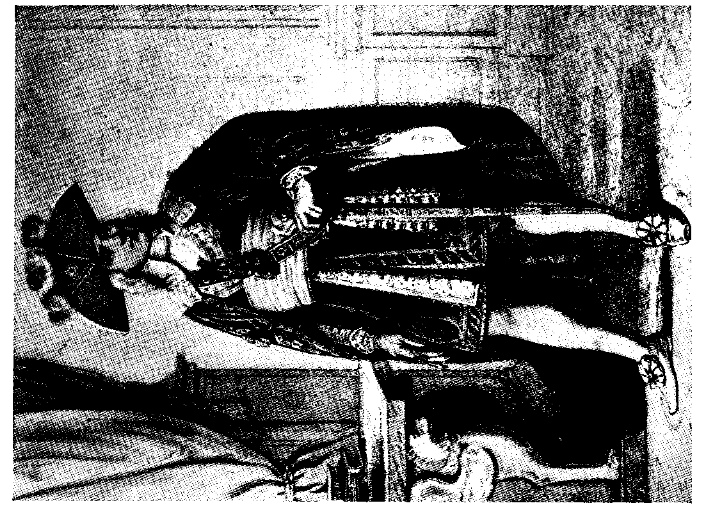
Así, pues, pese a los cantares de la famosa opereta, la señorita Lange no fué nunca reina en aquella corte retozona. Lo que sí es cierto es que reinaba por aquella época en un número incalculable de corazones; y puede juzgarse de su poder por su retrato: esbelta y graciosa, nariz fina, ojos de terciopelo «capuchino», boca chiquita, cuerpo perfecto, aire cándido y voz hechicera. Cuando a los dieciocho años apareció en el papel de Galatea, de *Pigmalión*, en el escenario del Teatro Francés, vestida con unas gasas que la envolvían vaporosamente, y llevando una corona de follaje verde sobre sus cabellos castaños, descuidadamente sueltos, un estremecimiento de admiración recorrió toda la sala; París, desde aquella noche, adoptó a la hechicera debutante, y su éxito costó la vida a dos jóvenes, dos hermanos, de una honorable

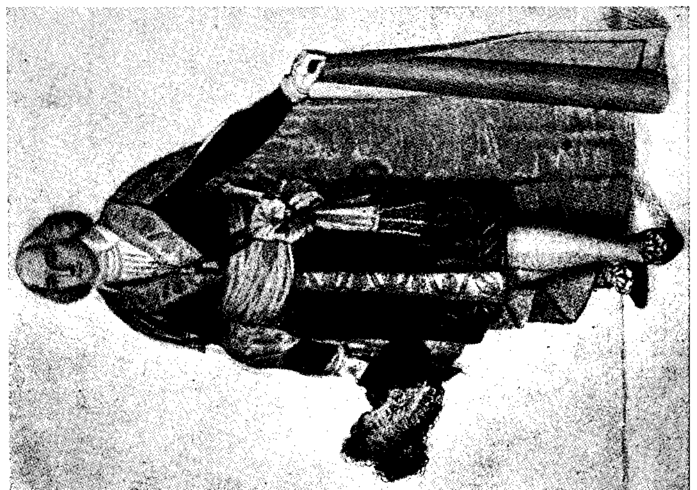
familia de burgueses parisienses. Uno de ellos, Juan Agasse, que era tan sólo pasante de notario, se enamoró perdidamente de la adorable actriz y tuvo la desgracia de que ésta le distinguiera. Sus escasas economías y sus modestos emolumentos no fueron más que un desayuno de sol para los dientecillos de la ninfa, y el pobre muchacho, no pudiendo resignarse a perder su inesperada conquista, falsificó letras de cambio, en complicidad con su hermano, que sostenía también relaciones con una bailarina de la Opera. Ambos, convictos y confesos, fueron ejecutados en la plaza de la Grève, el 8 de febrero de 1790.

Simple episodio en la vida de la deliciosa muchacha. Había nacido en Génova, entre bastidores; su madre era comedianta, y su padre músico. Había asistido desde pequeña a tantos dramas, había visto representar tantas tragedias y figurado en tan gran número de óperas, en las que los héroes más celebrados se mataban unos a otros en el quinto acto, por los lindos ojos de una coqueta, que desenlaces como el de los hermanos Agasse ya no la conmovían. Y ¿cómo enternecerse por las torpezas de un pasante de notario, si todas las noches, desde hacía dieciocho años, veía morir, sin entristecerse, a tan poderosos monarcas y altivas princesas, que proclamaban su pasión con gran acopio de alejandrinos inflamados? La tierna Lange, pues, no se turbó, pese a que el desagradable coronamiento de su idilio levantó gran re-

vuelo en París. Sacó, no obstante, de ello la provechosa enseñanza de que no debía permitir que «hablara el corazón», si no era en favor de personas cuya situación pecuniaria estuviese a cubierto de posibles expedientes.

De las diferentes etapas de la carrera de esta encantadora mujer, que devoraba los millones como si fueran confites, estamos informados por una de las obras de Alfred Marquiset. En un principio es la rivalidad de las compañeras, celosas por la belleza y el éxito de aquella principiante; después, las pruebas del Terror, que pone de acuerdo, para encarcelarla, a la compañía en peso; pero terror anodino, porque ¿qué puede temer del verdugo una cabeza a la que admira todo París? Francachelas en las cárceles, intrigas, risotadas que turban las agonías vecinas, despreocupación y sarcasmo: la linda Lange desafía al cadalso. Su belleza le conquista mayor número de fieles adictos, que los que cuenta la reina de Francia, detenida también como ella, y el Comité de Seguridad General, mientras se muestra despiadado con la viuda Capeto, se ingenia para suavizar la cautividad de la actriz y acaba por decretar su libertad. Entonces se inicia para ella una carrera loca de bailes y tés, éstos de importación reciente, en la que se suceden sus grandes triunfos en Feydeau y las aclamaciones en Tívoli y en casa de Garchi, en donde aparece adornada con encajes y plumas que han pertenecido a María





LÁM. LVIII.—BARRÁS, EL HOMBRE DEL DIRECTORIO.

El vizconde de Barrás, que fué convencional en los días de la Revolución, cuando se estableció luego el Directorio destacó momentáneamente como el primero y más brillante de sus tres miembros. En nuestras dos estampas de aquella época frívola y licenciosa, aparece Barrás revestido como un falso rey de baraja, con el recargado y pomposo uniforme de primer magistrado de Francia.



LÁM. LIX.—LA SEÑORITA LANGE.

En la galería de pinturas del Teatro Francés, de París, se conserva este retrato de la señorita Lange, la actriz que fué llamada «la favorita de Barrás», y cuyos estragos en los corazones y, sobre todo, en la bolsa de sus innumerables adoradores constituyen el tema de uno de los más curiosos capítulos de esta obra.

Antonieta, ofrecidos por uno de sus adoradores.

Entre éstos hay que señalar a tres, pues caracterizan de manera distinta la vida de la señorita Lange. El primero, un rico banquero de Hamburgo, llamado Hoppe, se arruina por ella en tres años, y le deja en recuerdo de su corta unión una hija, Palmira, que se convirtió en la heroína de un proceso célebre: el padre y la madre, en efecto, se disputaron la criatura, que representaba las 200.000 libras con que la había dotado Hoppe a su nacimiento.

Zanjado este incidente, con desagrado de ambas partes, la comedianta unió su suerte a la de Leuthraud, el agiotista, el hombre de las relucientes botas, antiguo oficial peluquero, enriquecido por un robo y protegido por el Directorio, con el cual trata importantes negocios de cañones que los arsenales no reciben, explotaciones imaginarias de minas cuyo carbón vende sin extraerlo, compras de bosques que se vuelven a vender antes de ser pagados, suministro de hierro que no se entrega jamás..., operaciones todas ellas que se traducen en un río de oro desbordante: Leuthraud adquiere el hotel de Salm—hoy palacio de la Legión de Honor—; compra el soberbio tiro de doce caballos que perteneciera un día al príncipe de Poix, y compra finalmente a la señorita Lange, mediante el pago de 10.000 libras diarias, abonadas por anticipado. Las fiestas que se celebraron en la isla encantada de Versalles, en

comparación con las que da Leuthraud en su casa, fueron regocijos de merendero; él las preside, del brazo de la señorita Lange, paseando sus modales de lacayo insolente por los salones alfombrados con narcisos—su flor preferida—. Leuthraud toma tan en serio su vanidad de advenedizo y su título de «conde de Beauregard», con el que se adorna, que se convierte en realista. Conspira entonces a favor del retorno de los príncipes; le detienen, le condenan a cuatro años de presidio y le llevan, de patrulla en patrulla, hasta la cárcel de Melun, donde desaparece para siempre, sin que nadie haya podido saber cuál fué su misterioso fin.

Lange no se inquieta por ello ni trata de informarse de lo ocurrido. Hacía ya algún tiempo que el amor de Leuthraud era reemplazado por el del hijo de un Creso de Bruselas, carrocero de profesión. Este recién llegado, que se llamaba Miguel Juan Simons, quedó a la primera mirada tan rendidamente enamorado, que habló en seguida de matrimonio. Tenía treinta y cinco años, y no le asustaba el himeneo con la bella actriz. Pero cuando el viejo Simons se enteró desde Bruselas de la locura sentimental de su retoño, se puso en guardia; no hubo de hurgar mucho para informarse de quién era la mujer que aquel insensato le destinaba como nuera, pues se contaban por legiones los que, sin maledicencia, podían alabarse de conocerla. Indignado, escribió una carta fulminante. ¡Cómo! ¡Su hijo iba a dar su honrado apellido a

una mujer galante, a una andorrera que se había exhibido en los tablados, a una aventurera de tan notoria mala conducta! El buen hombre lloraba de vergüenza, renegaba solemnemente de su hijo, amenazaba con desheredarle.

La señorita Lange se hubiese conformado con la maldición; pero la otra amenaza la asustaba. Recomendó a Miguel Juan que no respondiera a la carta paterna, que muy pronto fué seguida de otra; en ella el señor Simons, en vista de la inutilidad de sus amonestaciones, decidía trasladarse a París, y anunciaba su próxima llegada. Miguel Juan se puso a temblar de miedo; pero la comedianta, que conocía a esta clase de padres por el repertorio teatral, se ofreció para afrontar el enojo del anciano. Pidió que asistiera a la entrevista su linda compañera de teatro, Julia Candeille, de quien se decía que había sido la amante de Vergniaud—y de muchos otros—, y que se había sentado en el altar mayor de más de una iglesia, en calidad de diosa Razón. Julia Candeille, que, además de seductora, romántica y dotada de una languidez bastante poética, era también mujer muy lista, comprendió en seguida lo que Lange esperaba de ella. Las dos amigas, pues, se encontraban reunidas cuando el anciano Simons, que había llegado por la mañana, se hizo anunciar en casa de la indigna criatura que le robaba a su hijo.

Al entrar con los ojos echando chispas, las mejillas encendidas y los labios resoplando de

cólera, las damas le acogen con deliciosas sonrisas; quiere reñir, y le contestan con requiebros; los argumentos que ha preparado por el camino le parecen singularmente irrazonables, en presencia de aquellas dos encantadoras parisienses, y el buen flamenco comprende que en su vida volverá a encontrar nada que se le parezca. Deja, pues, que se le mime, aplazando la escena decisiva para más tarde. Por la noche, una deliciosa cena reúne a las dos comediantas con los dos Simons, padre e hijo. Candeille representó el principal papel, apelando a todo su poder de seducción; no se separaron en toda la noche, ni al día siguiente, ni los que siguieron, de modo que, al cabo de una semana, el riquísimo carrocero no había podido aún colocar ni una palabra del hermoso discurso que tan cuidadosamente había preparado. Por el contrario, suplicaba a la *ci-devant* diosa Razón que aceptara su mano, su nombre, su corazón y su fortuna. Los dos matrimonios quedaron muy pronto concertados: Lange se casó con Miguel Juan, y el viejo Simons con Candeille. Cuando las dos parejas atravesaron por entre la muchedumbre de curiosos que se habían estacionado frente a la alcaldía, para ver pasar a aquellas aduladas criaturas, «todos hubieron de reconocer que jamás suegra alguna había tenido a nuera tan bella».

La novela de la señorita Lange se detuvo aquí. La fortuna de los Simons no duró mucho: entre aquellas manos tan lindas se fundió rápidamente.

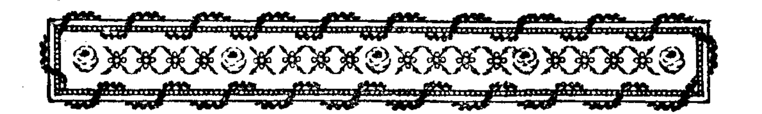
El viejo Simons, arruinado, se volvió loco, y Julia Candeille tuvo que colocarse de institutriz en casa de una familia burguesa. El matrimonio Lange-Simons, reducido a un tren muy modesto, se refugió en las afueras de París, luego en Suiza, en donde se casó Palmira, y al fin en Florencia; allí murió la ex comedianta en 1825. Miguel Juan adoraba a su compañera como el primer día. La hizo embalsamar, la mandó pintar y adornar como el día en que la conociera, y luego encerró el cuerpo así aderezado en un ataúd con cubierta de cristal, que puso en su salón, para tener siempre bajo sus ojos aquella a quien había amado tanto.

¿Qué se hizo de esa macabra reliquia, cuando el inconsolable marido tuvo que desaparecer a su vez? Hasta hoy, según creo, no se ha descubierto ningún indicio de que haya sido inhumada. Si los restos de la bella señorita Lange existen todavía, de no exhibirse por azar en algún museo ambulante, ¿en qué granero o en qué gabinete anatómico debe encontrarse ese curioso ejemplar?



XXXIV

EL CABALLERO DESTOUCHES



Los novelistas pueden darse por muy dichosos, pues con sólo contemplar la vida o dar rienda suelta a su imaginación, componen trescientas páginas que premian las Academias e imprimen los editores, en número de cien mil ejemplares. Comparad esta envidiable suerte con la de un pobre historiador que, antes de escribir una sola línea, tiene que pasarse meses y años hojeando legajos de archivos y leyendo documentos soporíferos y a menudo indescifrables. Cuando, a fuerza de sudores, decepciones, terquedades e indiscreciones, logra al fin poner en claro el relato de un acontecimiento de tiempos pasados, se da cuenta—demasiado tarde—de que esa crónica, articulada al precio de tantos sinsabores, sólo le interesa a él, y con él a algunos pedantes hostiles, que se abalanzarán sobre el libro con afán de revisarlo, ex-

purgarlo, corregirlo y disecarlo, para proclamar al fin, con pruebas en la mano, que se trata de una obra mentirosa, merecedora del desprecio de las personas honradas.

Lo más trágico es que, como reza el proverbio, se nace historiador o novelista, lo mismo que cocinero; no puede esperarse que ningún paleógrafo produzca algo parecido a *Madame Bovary.* Con todo, Flaubert, al arriesgarse en el campo de la Historia, se ilusionó magníficamente. Cuando, en 1845, emprendió Alejandro Dumas el relato de las aventuras del caballero de Casa Roja, el hijo de este personaje, perfectamente auténtico, creyendo prestar un señalado favor al gran novelista, le facilitó todos los papeles que había dejado el misterioso conspirador. Debía de haber allí revelaciones estupendas; pero Dumas se dió cuenta de que, si metía las narices en aquel mamotreto, se extinguiría de repente su facundia, y optó por escribir el libro sin haber desatado el legajo, el cual acabó por perderse en uno de sus cambios de casa.

Barbey d'Aurevilly fué más imprudente: durante las temporadas que pasó en Contentin oyó hablar vagamente de un tal Destouches, que, en tiempos de la Revolución, encontrándose comprometido en una conspiración realista, fué raptado de su prisión por los chuanes, sus cómplices, y consiguió pasar a Inglaterra. El tema tentó a Barbey, y decidió ponerlo en solfa. Pero no sabía

nada de su héroe, y se le había metido en la cabeza no seguir adelante con ningún hecho que no estuviese conforme con la verdad histórica. Se dirigió, pues, a los amigos que había dejado en la Baja Normandía: interrogó a Trébutieu, erudito bibliotecario de Caen, recomendándole que «consultara a todo el mundo»; importunó a Beaurepaire, uno de los hombres más instruídos acerca de las cosas y las personas de la revolución normanda; hizo un llamamiento a Le Hericher, sabio autor de una voluminosa obra sobre el *Avranchin historique et monumantal*... Lo que Barbey reclamaba eran datos precisos. «Averígüeme—imploraba—quién era ese Destouches. ¿Era rubio o moreno, alto o bajo, robusto o débil?» Sus corresponsales le prometían informarse; pero pasó el tiempo, y no llegó nada a sus manos. Los dramas de los chuanes dejaron profundas cicatrices y, al despertar su recuerdo, se corría, por lo visto, el riesgo de reanimar los viejos rencores locales. De haber estado mejor informado del método histórico—lo que, a pesar de todo, hubiese sido una lástima—, habría conocido la existencia del voluminoso legajo del proceso de Destouches, que se conservaba todavía en los archivos del tribunal de Coutances; podía interrogar, además, a algunos supervivientes de la célebre hazaña, entre ellos al señor Gustavo de Clinchamp, quien, sobre ser íntimo amigo de Destouches, compartía con él la habitación cuando fué detenido en la noche del 3 al 4 de julio de 1789. El

señor de Clinchamp vivió hasta 1861. Barbey d'Aurevilly no se acordó de él: esperaba, pataleando, a que le enviaran los elementos de su relato, sin sospechar que, de haberlos tenido, le habrían embarazado cruelmente. Entretanto, en la expectativa, comenzó a entusiasmarse con su desconocido héroe; fué elaborando en su imaginación una hermosa novela, y esta novela quedó, al fin, rematada sin la menor participación de papeles sacados de los archivos. Todo el mundo ha leído la obra, tan perfecta en su composición; pero, ¡ay!, en ella la Historia es tratada a la baqueta. Por ejemplo, no habiendo conseguido informarse sobre el físico de su chuán, Barbey le atribuye generosamente todas las seducciones; nos le describe «de una belleza casi femenina, con blanca tez y cabellos que parecían empolvados, de tan rubios como eran..., una delicada figura de misal»; las muchachas le miraban «como un milagro, y de buena gana le hubieran apodado la Hermosa de las hermosas...» Si el héroe así gana, la verdad sale mal parada, pues Destouches tenía, en realidad, los rasgos duros, la nariz de pico de ave, el mentón hendido y la cara visiblemente picada de viruelas. Y por el mismo estilo lo demás. Pero no censuremos ni lamentemos nada; al contrario, pues la caprichosa obra de Barbey d'Aurevilly hizo célebre a Destouches, y ello nos ha valido desde entonces unos estudios históricos muy documentados sobre este personaje convertido en legendario.

A principios del año cuarto de la República, Jaime Destouches acababa de cumplir los diecisiete años. Su padre, hombre prudente y taciturno, estaba implicado en el servicio de la correspondencia clandestina que los realistas de Normandía mantenían con los emigrados de Jersey e Inglaterra, vasta asociación secreta, cuyas ramificaciones se extendían desde los más lejanos confines de Bretaña hasta el mismo París, y disponía de un número infinito de cómplices: marinos para pasar el mar, campesinos que ofrecían sus casas para refugio, correos constantemente en camino, muchas mujeres, mendigas o linajudas, muchachas y hasta niños. Todo este personal estaba vigilado y dirigido por unos jefes misteriosos, pues la intrusión de un traidor podía poner en peligro la vida de todos los conjurados. Se tenía mucho cuidado en el servicio, hasta el punto de que desde 1792 a 1804, y más tarde aún, a pesar de Fouché y del ejército de policías y espías que destinó a seguir la pista de estas secretas líneas de comunicación, los agentes realistas del Oeste y de París recibieron su correo de Inglaterra, con mayor regularidad incluso que los simples ciudadanos.

En marzo de 1789 murió el padre de Destouches, lo que constituyó una gran pérdida para el partido; su hijo se ofreció a reemplazarle, y fué aceptado. No era «el sorprendente joven» que imaginó Barbey, «que hechizaba a las olas como Napo-

león a las balas, pasando veinte veces de Normandía a Inglaterra y de Inglaterra a Normandía, acorralado en el mar por las corbetas, y en tierra por los soldados y gendarmes...» No. Jaime Destouches era un principiante, un poco presuntuoso, bastante ingenuo, hombre sin duda valiente, pero inocentísimo, como vamos a ver. Todo autoriza a creer que no llegó a embarcarse nunca «en servicio del rey»; su papel consistía en recibir a los emigrados que llegaban por la noche a la costa y acompañarles hasta algún escondite. Por lo demás, no tuvo tiempo de distinguirse. Apenas se había alistado, cuando recibió una carta del príncipe de Bouillón, que dirigía la correspondencia desde Jersey, a la que respondió con su mejor caligrafía, y confió la peligrosa misiva a un pescador que creía seguro. A la noche siguiente fué detenido; después de ser encarcelado en Granville, se le trasladó a Avranches, y de aquí a Coutances, para ser juzgado. La instrucción se realizó muy de prisa. Destouches lo negaba todo, pero como su crimen era flagrante, se le condenó a muerte. Destouches oyó la sentencia sin inmutarse, se negó a delatar a sus cómplices y esperó animosamente la hora de la ejecución.

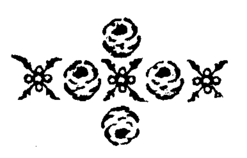
Las minuciosas investigaciones de Esteban Dupont en los legajos de los archivos del tribunal de Coutances, nos permiten hoy seguir paso a paso las etapas del dramático episodio, bastante trivial en sí, y acaso, ¡ay!, también demasiado vulgar.

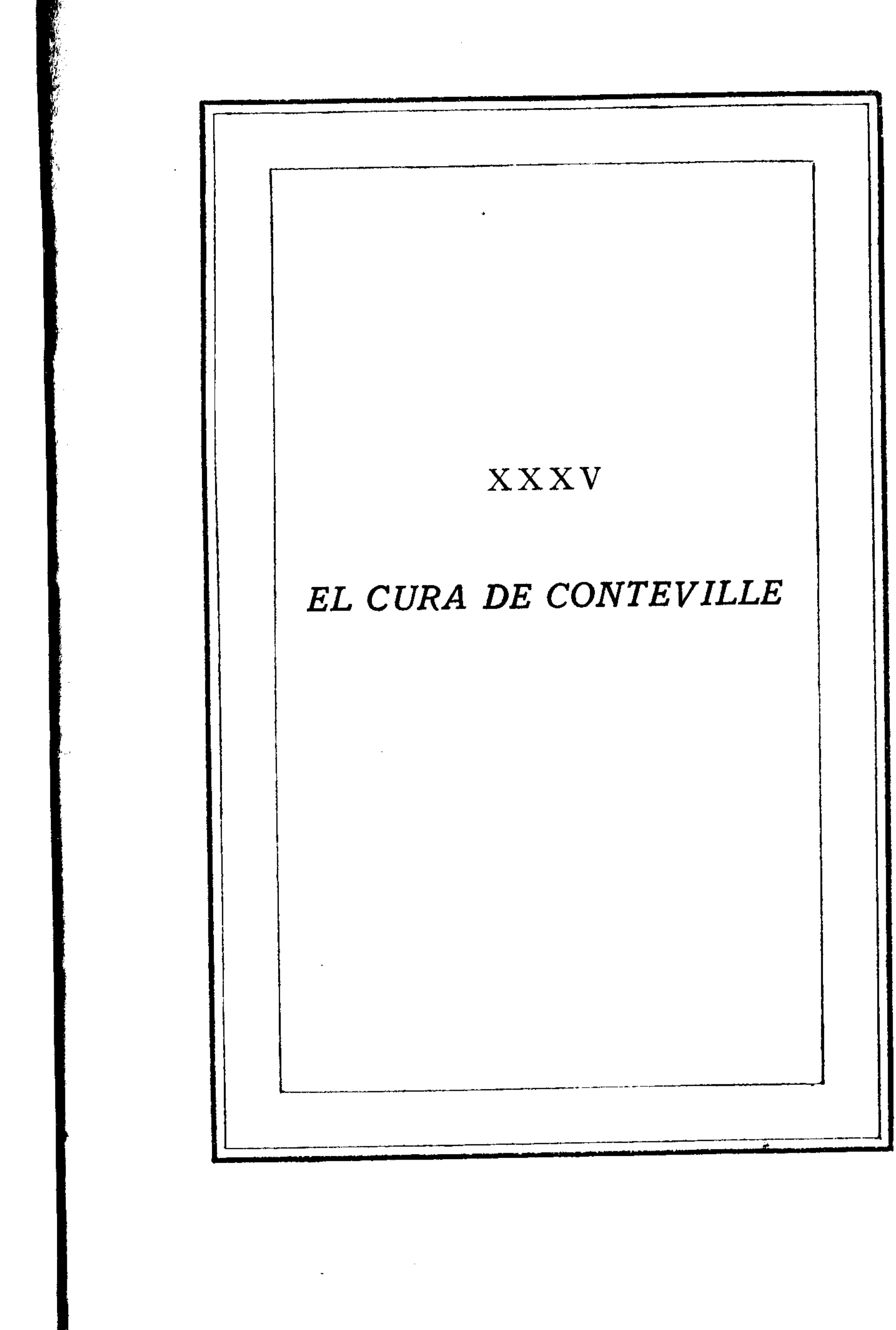
Como la República estaba en guerra con Inglaterra, todo francés culpable de inteligencia con el enemigo merecía la muerte; los patriotas normandos, poco sospechosos de ternura por sus vecinos de enfrente, no juzgaban esta ley demasiado dura; pero la opinión pública establecía una distinción, por encima de la ley, entre los ingleses y los emigrados. Destouches sólo había servido a los últimos; de modo que todos consideraban desproporcionado el castigo supremo que se iba a infligir a un muchacho, por una imprudencia en que había entrado más la vanidad de desempeñar un gran papel, que el deseo de «atraer al extranjero sobre la tierra de Francia». Y, además, la familia Destouches era muy querida; todo el mundo compadecía a la madre, que, tras de acabar de enviudar, tenía ahora sobre sí la amenaza de perder a su único hijo. En una palabra: todo el mundo se movilizó; se prepararon las cosas con gran secreto, y éste se guardó tan celosamente, que apenas es posible hoy desenmarañar la trama de la intriga conducida a feliz desenlace. En la noche del 9 de febrero de 1799, una veintena de jóvenes se dirigen a la prisión de Coutances, fuerzan las puertas, matan a dos soldados que prestan guardia, se llevan a Destouches, que estaba cargado de cadenas, ganan con él el campo, le montan en un caballo que habrán robado en una alquería, llegan a la costa—no se sabe aún el punto—y embarcan a su amigo liberado en un buque, nadie

ha dicho cuál, excepto Barbey d'Aurevilly, a quien este misterio no embarazó poco ni mucho. Llegado a la playa, Destouches, según Barbey d'Aurevilly, desentierra una chalupa que había tomado la precaución de ocultar bajo la arena, cuando el último desembarco, deja que el agua arrastre aquel cascarón de nuez, dice adiós a sus compañeros y desaparece muy pronto, rumbo a alta mar...

La novela obtuvo el gran éxito merecido; se la proclamó «soberbia epopeya de la chuanería normanda». Pero en la región de Avranches se la acogió fríamente, y hasta con desdén: aquella hermosa historia no interesaba a nadie. Destouches ya no era popular, y se prefería no hablar de él. Refugiado en Londres después de su rapto y desprovisto de recursos, aunque no de pretensiones, trató de desempeñar un gran papel y propuso al Gabinete británico «un plan para apoderarse de Granville», proposición que sería imperdonable y nos lo estropearía todo por completo, si no supiésemos que en aquella época la razón del fugitivo no andaba muy segura. Las angustias de la cárcel, la espera del cadalso y la liberación súbita; tantas emociones violentas le habían vuelto loco. Fué internado en el propio Londres, en un asilo de alienados; reintegrado a Francia en 1823, su familia le recluyó en el hospicio del Bon-Secours, de Caen, donde vegetó hasta 1858, fecha de su muerte. Se dice que Barbey d'Aurevilly fué a visitarle, y que le encontró vestido con ropas de «paño

azul, con botones de hueso y una bufanda de punto, como un marinero». En su preocupación por «documentarse», el novelista interrogó al anciano demente sobre... Aimée de Spens, la heroína imaginaria de su obra en preparación. El otro, como puede suponerse, no supo qué responder; nunca había oído aquel nombre... Y, suponiendo que no estuviese ya completamente loco, no cabe duda de que la manera como su autoritario interlocutor le presentaba su propia historia, debió de contribuir a hacerle perder el poco juicio que le quedaba.




XXXV
EL CURA DE CONTEVILLE



ERA un buen hombre, oriundo de una distinguida familia de letrados, liberal y caritativo. Había cumplido los treinta años cuando, en 1784, fué a tomar posesión del curato de Conteville, en la plácida y tranquila comarca de Normandía que separa Honfleur de Pont-Audemer.

Le llamaban el abate Rever. Consagraba a la arqueología las horas que le dejaba libre el ejercicio de su ministerio. Cobró verdadera afición a esta búsqueda misteriosa; le gustaba remover bajo los matorrales los sillares amontonados por César, e incluso había contagiado su amor a las viejas piedras a varios de sus feligreses, que le acompañaban en sus excursiones.

Al estallar la Revolución, el abate Rever era popular; con toda conciencia y tranquilidad de espíritu prestó el juramento cívico, y esto le valió

ser nombrado administrador del Consejo general del departamento. En 1791, elegido diputado de la Legislativa, se encaminó a París, con la firme resolución de no afiliarse a partido alguno. Fué, pues, en la Asamblea, un *salvaje,* como se llamaba a los independientes; y al no ser amigo de nadie, se convirtió en el enemigo común. Todo el mundo se apartaba de aquel moderado, hombre recto y ecuánime, opuesto a cualquier exceso. Como cura juramentado, era despreciado por los realistas; por el contrario, los avanzados le motejaban de tibio. Cierto día, un jacobino le apostrofó:

—Dime, ciudadano cura: si eres un verdadero representante del pueblo, ¿por qué no te quitas la sotana?

—Me la quitaré—respondió Rever—cuando tú te quites la carmañola.

Ocurrió fatalmente, en cuanto empezó a reinar el Terror, que el *ci-devant* cura de Conteville se hizo sospechoso a todo el mundo, y se le metió en la cárcel. Sus feligreses, al no oír hablar de él, empezaron a inquietarse; una delegación de la aldea se dirigió a Evreux para informarse; allí supieron que el abate había sido encarcelado en París y que le amenazaba la guillotina o, al menos, la deportación. Los campesinos continuaron animosamente el viaje hasta la gran ciudad, donde se presentaron en el Comité de Seguridad General, en la Convención y en el Tribunal, reclamando a su cura, lo cual en el transcurso del año segundo

era bastante arriesgado. No obstante, en virtud de lo insólito del caso fueron atendidos, y se llevaron a su cura triunfalmente a su parroquia.

El abate continuó ejerciendo apaciblemente el culto. Regía su parroquia como cura constitucional, y reanudó sus estudios arqueológicos. Merece notarse que él fué el iniciador de las llamadas «lecciones de cosas» y de las excursiones escolares. Pero, si innovaba en materia de educación, retardaba extrañamente en política. Cuando la promulgación del Concordato, continuó siendo *constitucional:* había jurado fidelidad a la Constitución de 1791, y le parecía indigno de él retractarse. Así, pues, se obstinó en su actitud. Excomulgado por el obispo y suspendido por el Emperador, se allanó, aunque sin ceder; no era un rebelde, sino un testarudo..., y quizá también, para decirlo todo, un hombre original.

Como la casa parroquial era propiedad suya, se retiró a ella, y allí fué donde, cierto día del año 1802, recibió la visita del abate Francisco Dumanoir, su sucesor, que le enviaba el obispado. Rever esperaba encontrar en él a un enemigo, propicio a la arrogancia y al menosprecio; pero, muy al contrario, el recién llegado era un hombre recto, delicado y prudente, un cura todo humildad, que a las primeras palabras conquistó su afecto. Rever le dijo (parece estar uno oyendo al obispo de *Los Miserables,* de Víctor Hugo):

—Señor cura: he aquí las llaves del tabernáculo

y de la sacristía. Los ornamentos sagrados son un poco de mi propiedad, pues los he comprado yo; pero los cedo al culto. En cuanto a la casa parroquial, es también mía, pero no estaría bien que mi sucesor se alojara en otro sitio. Consideraos aquí como en vuestra casa: yo seré su dueño después de vos. En cuanto a la iglesia, no pudiendo continuar diciendo misa en ella, asistiré a los oficios entre los fieles...

Y añadió, sonriendo bondadosamente:

—...En la última fila, como el *publicano*.

El erudito Juan Ravel nos ha dado a conocer esta simple y poco ruidosa aventura, así como el desconcierto que sintieron los rústicos campesinos ante caso tan singular: tenían ahora dos párrocos. Evidentemente, uno de ellos, el nuevo, era el verdadero; en cuanto al otro, al que habían querido tanto, instintivamente le sentían desautorizado; el intruso, ahora, era él; y lo que les dejaba suspensos era que los dos curas vivieran amigablemente, en la misma casa. Todos habían esperado que acabarían por tirarse los trastos a la cabeza; pero, en vez de esto, no disminuía en ningún momento su intimidad. Comían, rezaban y paseaban juntos; los domingos, en la iglesia parroquial, el antiguo cura, con su hermosa voz grave y serena, cantaba piadosamente la misa que el otro celebraba. Y el obispo de Evreux, cuando pasaba por Canteville, no ponía mala cara ni al uno ni al otro. ¡Dos párrocos! Era excesivo.

Dándole vueltas y mezclándose en ello las

comadres, se insinuó que el abate Rever había desertado del altar, para oficiar en el *sabbat:* era brujo. De hecho, con el objeto de distraer e instruir a los feligreses de su amigo, el ex párroco realizaba algunos experimentos de física que dejaban a los rústicos estupefactos. En todo el término municipal corría el rumor de que conocía muchos «secretos», y no faltaban los que, bien informados, pretendían haber oído retumbar el trueno en la casa parroquial. Otros decían que el antiguo cura «sabía un rato» y que podía hacer subir el mar hasta su habitación. Todo el mundo reconocía, por otra parte, que «el señor Rever» atravesaba el Sena hasta El Havre, sin mojarse los pies, andando sobre el agua. También se citaba a cierto ladrón que, habiendo entrado subrepticiamente en la casa parroquial, se había visto cogido por una mano..., sí, por una mano, invisible desde luego, en tal forma, que el ladrón quedó prisionero.

El señor Rever, viéndose mal comprendido, se concentró en sí mismo. Sus antiguos feligreses huían de él como de un ser temible, un hombre «de quien era prudente desconfiar». Con todo, parecía, y aun era quizá, completamente feliz. Sin embargo, le esperaba una gran desgracia: perdió a su amigo; el abate Dumanoir murió el 26 de septiembre de 1813. Rever lloró sinceramente a aquel hermano, el único hombre que desde hacía diez años le había comprendido, amándole sin

reservas. Al abrir el testamento del difunto, leyó sollozando estas líneas: «Nunca me he considerado más que vuestro vicario. A mis ojos, el verdadero pastor erais vos. Colocad sobre mi tumba esta sencilla inscripción: *Vicario de Conteville*. Así os rendiré lo debido. Ya que nuestras dos existencias estuvieron unidas, prometedme que nuestras tumbas serán también vecinas. Al lado de vos, que habéis sido mi vida, me parece que estaré menos muerto.»

Con sus manos temblorosas, el ex legislador enterró al abate Dumanoir y trazó obedientemente el epitafio exigido, sobre el monumento que se ve aún en el cementerio de Canteville; luego, para satisfacer el supremo deseo de su amigo, preparó su propia tumba, muy cercana, a fin de que los dos íntimos estuvieran uno al lado del otro, para la eternidad.

Con el sucesor del abate Dumanoir, la vida en común, intentada en un principio, se hizo muy pronto intolerable. Rever abandonó su casa parroquial, aunque sin dejar la parroquia, y se estableció no lejos de la iglesia; continuó sus estudios arqueológicos y se dedicó, además, a la jardinería y la apicultura. Renunció a la sotana que había vestido tan audazmente durante el Terror, y, ahora que los Borbones habían regresado, adoptó el vestido de los convencionales, con el cuello alto, las amplias solapas y la sencilla chorrera de lino: aquel hombre tenía la manía de los vestidos proscritos. A consecuencia de esto, coincidiendo con los vientos que soplaban, se enrareció más aún la atmósfera alrededor del anciano; a los mismos campesinos que un día le salvaran de la guillotina sólo les inspiraba ahora un sentimiento: el temor. Para ellos, no era más que *el Jacobino*.

Cuando murió, el 12 de noviembre de 1828, su cuerpo fué enterrado, no por sus amigos—ya no los tenía—, sino por un hermano de la Caridad. Por una extravagante singularidad, su acta de defunción está extendida con tinta roja, color de fuego, símbolo de maldición. Su cuerpo fué sepultado, como el de un réprobo, fuera del cementerio parroquial, en el camino que llevaba a la iglesia, a fin de que los que pasaran se vieran obligados a pisotear su tumba, en señal de oprobio. Cuando se abrió su testamento, se supo que era noble y se llamaba Beauvez; él nunca había hablado de ello. Se supo también que legaba su modesta fortuna a la aldea, esto es: a los que le habían vilipendiado y ultrajado, e inmediatamente se produjo un cambio. Renació en aquellos campesinos prácticos el primitivo entusiasmo, junto con el arrepentimiento y la vergüenza por haber obrado mal; y gastaron incluso doce francos en retirar de la fosa infamante los restos de su bienhechor, para enterrarlos en la tumba que él se había hecho preparar, al lado de aquella en que dormía su amigo.

XXXVI

FANTASMAS SUPERVIVIENTES



No hace muchos años se veía aún en París, en la esquina de las calles de las Postas y de Ulm, un viejo y amplio caserón con techo de pizarra abuhardillado y altas ventanas cerradas con persianas, separado de la calle por un amplio portalón y un patio lleno de hierbas; la otra fachada daba a una terraza, por la que se bajaba, mediante una escalinata custodiada por dos esfinges de piedra verdosa, a un vasto jardín, poblado por grandes árboles y lleno de maleza, abandonado y silencioso. El paraje era recogido, triste, casi siniestro. El inmueble existe quizá todavía, pero el parque ha quedado bastante reducido. Había formado parte, en otro tiempo, de los terrenos del antiguo seminario del Espíritu Santo, desalojado durante la Revolución. Tal como era antes, el sitio parecía trágico: era uno de aque-

llos lugares de los que se dice, aun sin saberlo, que deben de haber servido de teatro a algún drama.

Y, en efecto, allí se había desarrollado un drama de conciencia, emocionante y terrible. La casa, en tiempos del primer Imperio, fué habitada por Miguel Châles, antiguo canónigo de Tours, que había sido en 1792 periodista y diputado de la Convención. El ex sacerdote, convertido en discípulo entusiasta y ferviente de Rousseau, *en presencia de la imagen de Bruto*, había votado la muerte del Rey y su ejecución «en el plazo más breve». Después fué enviado en misión al ejército del Norte; herido de metralla en septiembre de 1793, se le ascendió al grado de general, al que en seguida renunció, pues «el título de ciudadano francés le parece lo suficiente honroso, sobre todo cuando va acompañado del de defensor de la patria mutilado en el campo del honor». Cobraba por ello una pensión de 6.000 libras, que se le pagó hasta los primeros días de la segunda Restauración; se le había gratificado, además, con un alojamiento en los Inválidos, que ocupó hasta la fecha de su matrimonio.

Pues, efectivamente, a los cuarenta y cinco años casó con una joven viuda de veinte, a quien conoció durante una de sus campañas. Se llamaba Teresa Halma, y se había casado con un terrorista de Sedán, llamado Durège, al que vió morir en el cadalso cuando apenas llevaba un mes de matrimonio. Teresa, holandesa de origen y calvinista de religión, era «bella como un ángel»; había pasado en el calabozo la luna de miel y conservaba de sus desdichas una invencible melancolía, que se traducía en largas meditaciones y en lágrimas frecuentes. Ella era dulce e ingenua, y Châles arrebatado y terco. Se obstinaba en su fe revolucionaria; había sido uno de sus últimos defensores, uno de aquellos con quienes se mostraba inexorable la nueva sociedad.

Desde antes del final del Directorio, el obstinado regicida había ido a ocultar sus cóleras, utopías y pesares en una pequeña propiedad de la Beauce; pero, no considerándose allí bastante seguro, volvió, bajo el Consulado, para perderse en París. Alquiló en el corazón de la ciudad un gran edificio parlamentario, el palacio de Flavencourt. Entretanto, le había nacido un hijo, al que llamó Filaretes, el cual alcanzó años después gran renombre. El niño recordó siempre la triste mansión en que se habían deslizado sus primeros años: «Una habitación cuadrada y oscura; unas ventanas que no se abrían nunca; una campanilla envuelta con algodones; personas que andaban de puntillas, hablando bajo, corrían a la puerta, entreabrían despacio una mirilla..., en fin: que tenían miedo...»

El convencional tenía miedo, en efecto; conocía el odio que profesaba Bonaparte a los jacobinos; «el hombre del destino» le infundía un terror enfermizo. El día de la coronación, enloquecido

por el ruido de las salvas de artillería, el repique de las campanas y los sones de las charangas, y, sobre todo, por la obsesión de aquel Papa que, a pocos pasos de su casa, ungía al nuevo soberano, el antiguo sacerdote, torturado por los recuerdos, huyó llevándose en brazos a su hijo, turbado a su vez por el tañido de las grandes campanas de Notre-Dame y por las alteradas facciones de su padre.

Entonces, confiando escapar, lejos del centro de París, a su acuciante pesadilla, fué a establecerse en la calle de las Postas—un barrio solitario—, en el antiguo seminario del Espíritu Santo. Y allí intentó fundar un establecimiento de educación. Por desconfianza, se ocultaba bajo el apellido de su mujer. «Ya no había en el mundo de los vivientes ningún señor Châles, sino un tal señor Halma o Chaleshalma, dueño de un pensionado, apellido que algunos transformaban en «Chaselma» o «Chaseluma». Mas, pese a este disfraz, no acudió ningún alumno; el viejo caserón sólo abría en secreto sus puertas a algunos antiguos colegas de la Convención, que permanecían también irreductibles, tales como los Amar, Vadier y Mallarmé, «titanes fulminados, verdaderas comadres», que se aborrecían mutuamente «y hablaban de comerse los hígados los unos a los otros».

Aquel hombre, que ya no tenía apellido ni amigos, sólo conservaba, a guisa de comensales,

los escrúpulos, la duda y el remordimiento. «La consagración sacerdotal que había recibido, y era el primer juramento que hiciera a Dios, reaparecía como un espectro en sus días y en sus noches.» Aislado de la sociedad, como uno de los leprosos a quienes, en la Edad Media, se mantenía a distancia, no lograba olvidar los años resplandecientes de su poder y fortuna. Y lloraba, y era presa de cóleras terribles. Tan pronto se reprochaba como se enorgullecía de haber renegado de Dios; se lamentaba «por la falta absurda, no de su existencia particular, sino del siglo XVIII entero». Su rostro, cruzado por mil arrugas, parecía llevar impresas las huellas de estos espantosos combates. Cogía la pluma, la soltaba, lloraba, abría un libro, se esforzaba por adoptar de nuevo las costumbres militares de sus campañas del Norte, fumaba rabiosamente, pasaba días enteros en amargas meditaciones... Al tropezar con la mirada triste, negra, fina, dulce y profunda de su mujer, creyendo que ella le juzgaba desfavorablemente, estallaba en invectivas contra el matrimonio, contra su esposa, contra los nobles..., y, de pronto, prorrumpía en sollozos... La pobre Teresa, sin embargo, no pensaba mucho en él: absorta en el recuerdo de su primer marido, permanecía inmóvil horas y horas, en muda contemplación, y, mientras sus lágrimas corrían suavemente, «sus labios rosados no cesaban de sonreír».

Estos fantasmas humanos, supervivientes del

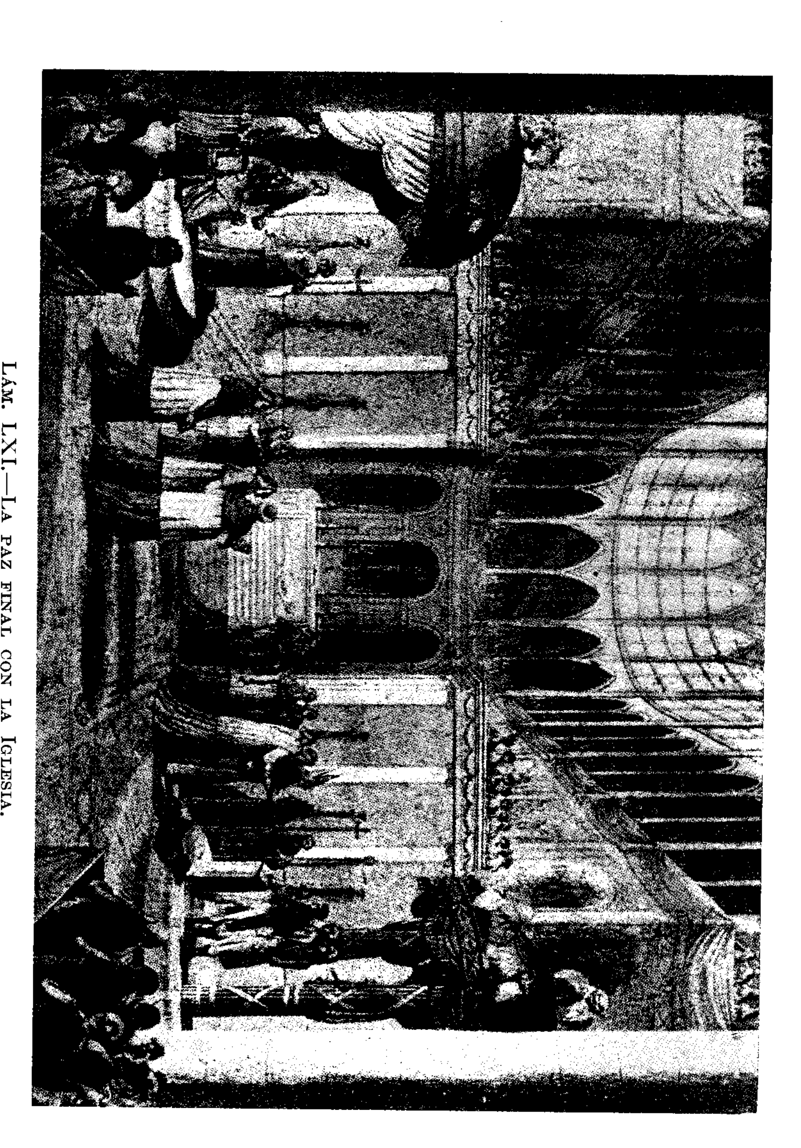
Terror, tuvieron un *mañana* trágico. Un estudioso, Eugenio Welver, se ha dedicado a seguir las huellas, en documentos antiguos, de buen número de esos convencionales, un día omnipotentes, y convertidos a poco, después de pasada la tormenta, en réprobos que se ocultan muertos de miedo. Muchos no osan siquiera abordar a sus conciudadanos, y al incorporarse a la vida privada, dirigen a su antiguo hogar un eterno adiós. La mayor parte se ocultan en París, donde la policía no siempre conoce sus señas, pues cambian constantemente de domicilio. Pero algunos van a buscar en provincias un retiro donde su pasado revolucionario no pueda ocasionarles molestias. Entre el gran público, ¿quién sospecharía, en efecto, que Froger (de la Sarthe), ahora fabricante de guantes en Vendôme; Hentz (del Mosela), director de un instituto en Neuilly; Julien (de Toulouse), abogado en Turín; Bo (del Aveyron), y Calès (del Alto Garona), médicos ambos, el primero en Fontainebleau y el segundo en Rambouillet; Laurence-Villedieu (de la Mancha), propietario rural en el Isère... quién sería capaz de sospechar que esta gente pacífica, a la que parece desinteresar la política, son antiguos regicidas?

Por lo que respecta a Châles, cuando la segunda Restauración, después de haber pensado en huir a Inglaterra o a los Países Bajos, tomó el partido de desaparecer. Cada vez más triste y aniquilado, abandonó la calle de las Postas, para ir a agaza-



LÁM. LX.—EL PALAIS ROYAL, DE PARÍS, EN 1792.

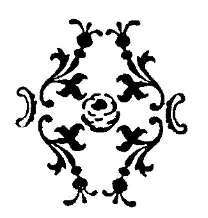
Como en todas las épocas de desquiciamiento social, el Terror produjo, a manera de contrapartida, una relajación de las costumbres. El Palais Royal, de París, en cuyos jardines se daban cita la elegancia y el libertinaje, hervía diariamente de una multitud que procuraba olvidar en los placeres el peligro revolucionario.

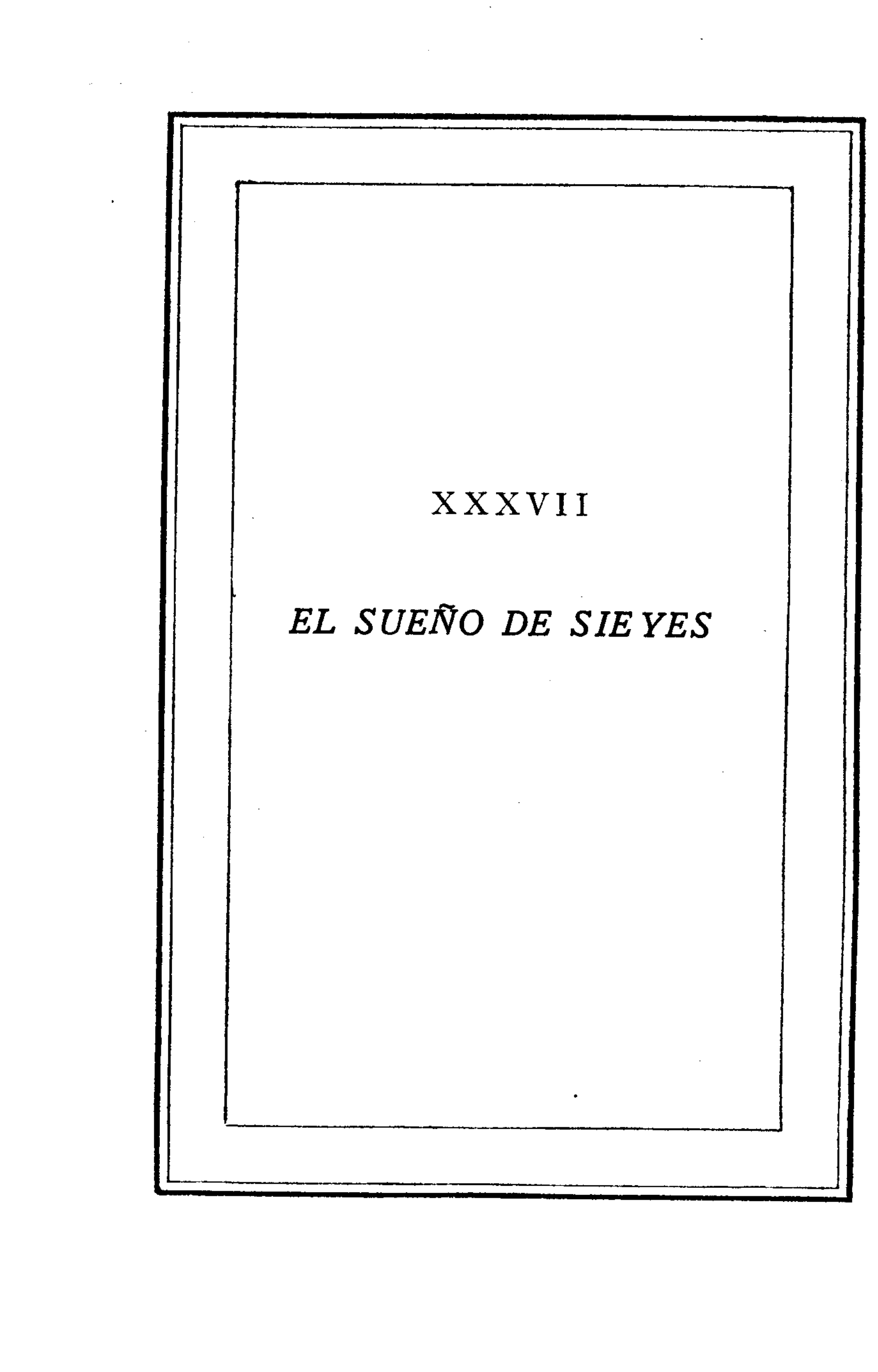


LÁM. LXI.—LA PAZ FINAL CON LA IGLESIA.

El día de Pascua del año X (8 de abril de 1802) se puso término a la persecución religiosa en Francia. El clero galicano, con asistencia del legado pontificio, prestó juramento de fidelidad al nuevo régimen, ante el primer Cónsul, Napoleón Bonaparte, en la iglesia metropolitana de París.

parse en el fondo del patio de una casa de la calle de Saint-Jacques. Reñido con su esposa y sus hijos, con sus hermanos y primos, con sus antiguos amigos, y con cielos y tierra, arrastró durante once años una existencia infernal; murió el 21 de junio de 1826. Su mujer sólo le sobrevivió dos años; sucumbió a una enfermedad del corazón que la minaba desde hacía mucho tiempo.





XXXVII

EL SUEÑO DE SIEYES



UN mes después del 18 Brumario, Bonaparte, Sieyès y Roger Ducos discutían ante la Comisión Legislativa, sobre la organización del nuevo Poder; se trataba de elegir a los tres cónsules y al presidente del Senado. Se hacían los preparativos para la votación, y parecía probable que el primer nombre que saldría elegido de la urna sería el de Sieyès. Era éste uno de los viejos luchadores de la Revolución, cuya popularidad databa de 1789; había sido miembro de la Constituyente y de la Convención, y presidente del Directorio, y acababa de elaborar en pocos días la Constitución del año séptimo, la cual, según el parecer de los más expertos, ponía para siempre a Francia a cubierto de aventuras... La edad de Sieyès, su gran conocimiento de los negocios públicos, la gravedad de su vida y su fama de político profundo, le hacían

acreedor antes que nadie a los unánimes sufragios de la comisión. Así lo esperaba él, y Bonaparte también; en su virtud, en el momento de ir a procederse al escrutinio, el joven general se apoderó de la urna, tiró las papeletas al fuego, y, en homenaje a su ilustre colega, le rogó que designara él mismo al primer cónsul. Larevellière-Lépeaux, que es quien cuenta la anécdota, asegura que ante esta proposición, lisonjera pero pérfida, Sieyès perdió los estribos y permaneció durante un buen rato perplejo: no pudiendo proponerse a sí mismo, designó a Bonaparte, el cual, siempre por deferencia, le obligó a nombrar a los otros dos, que fueron Cambacérès y Lebrun. Habiendo eliminado por medio de esta jugarreta a Sieyès, a quien no quería, Bonaparte elogió con énfasis el desinterés de que aquel benemérito ciudadano acababa de dar ejemplo: noble abnegación, digna de una alma de la antigüedad. No podía recompensársele de mejor manera que concediéndole el cuarto empleo vacante, el de presidente del Senado. Equivalía esto a un descarte, a un arrinconamiento, al entierro pomposo, pero definitivo.

Sin embargo, era de temer que en esta situación, eminente en apariencia, Sieyès lograra agrupar a los descontentos, ideólogos y antiguos liberales, a quienes no entusiasmaba el régimen del sable. En seguida, para comprometerle, Napoleón le colmó de honores, títulos y prebendas: le da el magnífico palacio de la calle de Varennes—que

había sido antes la embajada de Austria—, y la granja y el palacio de la Menagerie, situados en el parque de Versalles; le hace conde, gran oficial de la Legión de Honor y miembro del Instituto; le concede, por medio de cartas patentes, escudo de armas y librea... Por ceguera, timidez o cansancio —o por satisfacción de verse al fin pensionado—, Sieyès no pide nada, pero lo acepta todo, y se condena de paso al silencio, fingiendo desdeñosa indiferencia por el régimen que le colma de dádivas. Hubiera sido más digno, en verdad, abroquelarse en su pobreza y rechazar las dádivas de un amo a quien detestaba; pero no supo o no osó hacerlo. Al caer el Imperio, hubo de expiar esa debilidad: Luis XVIII desterró a los regicidas que habían servido al usurpador durante los Cien Días. Era el caso de Sieyès. Sin esperar a que se publicaran las listas de los proscritos, tomó la delantera y partió para Bélgica. Tenía entonces sesenta y ocho años.

La vida en el destierro, de los convencionales refugiados en los Países Bajos durante la Restauración, continúa apareciendo como algo misteriosa. Se encontraban tan viejos, gastados y vencidos, que no tardaron en apartarse de ellos las miradas de todo el mundo. Los aficionados a la historia anecdótica sólo contaban hasta ahora, para satisfacer la curiosidad sobre este punto, con las indicaciones de los legajos de la policía, siempre parciales e incompletas, y los recuerdos de un belga,

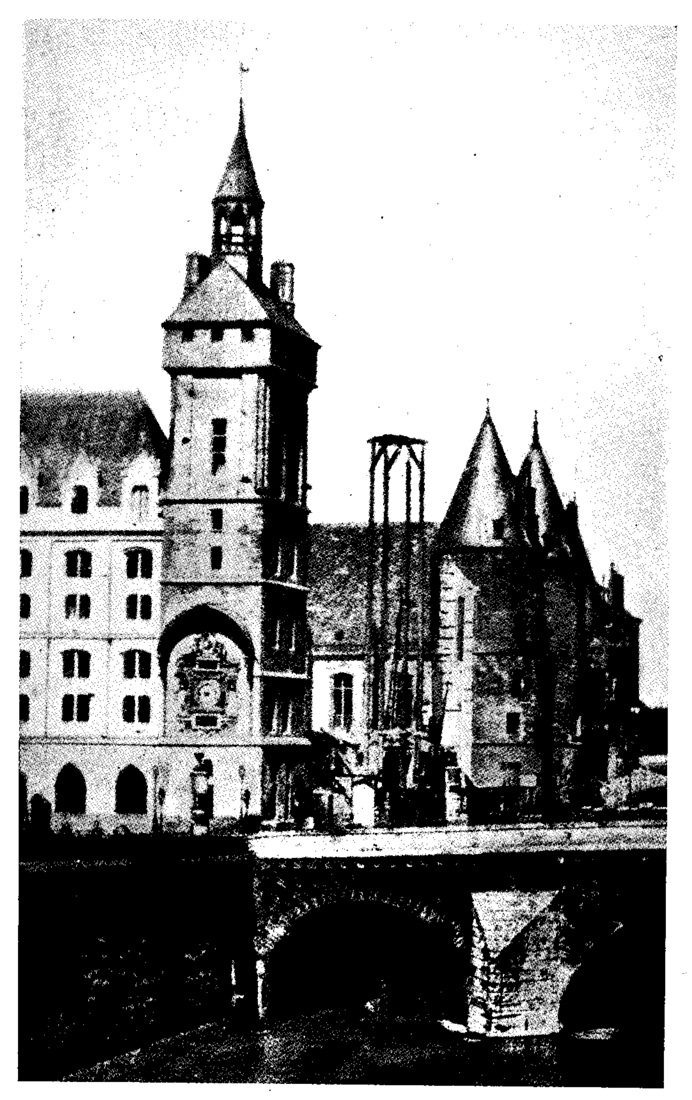
Barón, que publicó en 1830 varias anécdotas sobre los proscritos de categoría, a quienes se había complacido en tratar. Pero Paul Duvivier, historiador belga, se impuso la tarea de llenar esta laguna; sus obras, repletas de detalles inéditos, parecen a propósito para divertir a quienes gustan de seguir, fuera de la escena, una vez terminada la representación, a los actores famosos de la Historia.

Duvivier nos introduce en casa de Sieyès, el antiguo dignatario imperial, en el momento en que se instala, completamente convencido de que terminarán allí sus días, en un extremo de Bruselas, junto a las murallas, en un inmueble de la calle de la Orangerie, vecina del Parque, que confinaba entonces con la campiña. Ha reunido allí, a su alrededor, a sus sobrinos y sobrinas y, como es rico, el tren de su casa no excluye cierto lujo; tiene a su servicio dos ayudas de cámara, una cocinera, un cochero, una doncella y una ama seca. Pero ¡qué tristeza y qué soledad! Los días en que hace buen tiempo, el antiguo rival de Bonaparte sale de su casa para tomar el aire, del brazo de su sobrino o de uno de sus criados. Apoyándose en un bastón, de grueso puño de oro, anda a cortos pasos, con la espalda encorvada; los transeúntes que se cruzan con él no se engañan en sus suposiciones: se trata de uno de los hombres que han hecho temblar al mundo. Como va siempre vestido de levita larga y color



LÁM. LXII.—EL PRUDENTE Y ASTUTO SIEYÉS.

Una de las poquísimas figuras principales de la Revolución y del Imperio que consiguieron sobrevivir al tremendo cataclismo. Fué sucesivamente cura, publicista, fundador de los Jacobinos, miembro de la Asamblea Constituyente, de la Convención, del Consejo de los Quinientos, del Directorio y Cónsul, muriendo de muerte natural, a una edad avanzada (1748-1836), en pleno reinado de Luis Felipe.



LÁM. LXIII.—DERRIBO DEL TRIBUNAL REVOLUCIONARIO.

Los que actualmente contemplan el famosísimo edificio de París llamado la *Conciergerie*, teatro de innumerables escenas revolucionarias, a orillas del Sena, suelen suponer que el sombrío monumento se conserva tal como era en aquellos tiempos. Esta curiosa y rara fotografía muestra, por el contrario, que una de las partes más lúgubres de la *Conciergerie* —precisamente aquella en que se hallaba instalado el temible Tribunal Revolucionario—, fué derribada en 1868.

oscuro, que recuerda los hábitos sacerdotales, se adivina fácilmente en él al antiguo cura. Su ademán es austero, y su rostro, pálido, aparece artificialmente rejuvenecido por una peluca rizada; su mirada es fría; sus labios, delgados; parece que no haya sonreído nunca aquella boca.

En el parque, aquel fantasma encuentra a otros fantasmas—antiguos colegas, proscritos como él—. Se hallan en Bruselas más de sesenta. A lo largo de la calle Royale, en una avenida a la que él llama, en recuerdo de los Campos Elíseos, *la avenida de las Viudas*, Sieyès pasea con David, Thibaudeau, Merlin, Ramel, Chazal. Caminan sin rumbo fijo, pensativos y silenciosos. Cuando al azar de las idas y venidas se cruza con los Barère, Vadier y Beaudot, fingen unos y otros no verse. Son los adversarios de antaño, de los tiempos terribles de los Comités y sus luchas feroces. Los rencores del año segundo sobreviven, hirvientes, en aquellos viejos débiles y desarmados, sombras siniestras de tiempos siniestros.

En su casa, donde recibía raras veces, Sieyès vivía confinado en sus sueños, ocioso, taciturno e indiferente a todo. Pasaba días enteros inmóvil, con el pensamiento fijo en cosas lejanas. A los que le aconsejaban que hiciera algo, que leyera, o escribiera sus memorias, respondía invariablemente con la frase de los grandes descorazonados: «¿Para qué?» La casa, sin embargo, se alegraba a veces con risas infantiles, pues los so-

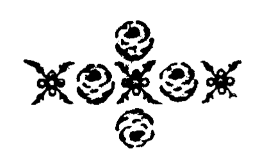
brinos y sobrinas segundos del ex convencional vivían con él; pero Sieyès permanecía insensible a sus alborozos. Nunca les dirigía la palabra. Cuando iban por la noche a estrecharle la mano, antes de acostarse, se limitaba a mascullar con voz sepulcral: «Buenas noches, hijos míos». Su sola presencia les helaba de espanto. Una de aquellas niñas contaba, años después, el miedo que había pasado cuando cierto día, equivocándose de puerta, abrió la de la habitación de su tío. Se hallaba éste sentado en un sillón, con la frente entre las manos, y debía de estar rumiando su largo pasado, porque lanzó de pronto un grito tan aterrador: «¿Quién está ahí?», que la niña huyó despavorida.

¿Con qué sello fatal el ejercicio del Poder y las decepciones de la política habían marcado el alma de aquel hombre, para llevarle a tal estado de disgusto y anonadamiento? ¿En qué pensaba durante todo el día? ¿Qué veían sus ojos cerrados, fijos en su vida pasada? ¿Quizá sus principios religiosos de cuando, canónigo joven, salmodiaba el oficio en la vieja catedral de Tréguier? ¿O acaso el primer beso de la gloria, que obtuvo, poco tiempo después, con su libro sobre el *tercer Estado?* ¿O quizá el tumulto de la reunión del Juego de pelota, en Versalles, cuando, embriagado de entusiasmo, declaraba la guerra al viejo mundo? ¿La sala de la Convención, en la que se codeaba con Dantón, Robespierre, Saint-Just y Couthón?

¿El palacio del Luxemburgo, donde había reinado vistiendo un manto de púrpura bordado de oro? A no ser que su pensamiento se concentrara sin cesar en el instante en que, después de constantes esfuerzos, iba a apoderarse del Poder supremo, que un taimado rival le había escamoteado subrepticiamente. ¡Qué pobres habían sido los resultados de tantas ilusiones, intrigas, meditaciones, acechanzas y habilidades! Su Constitución del año octavo, que él creyó inmortal, no había vivido cuatro años. ¿Conocía, al menos, la nueva generación el nombre de Sieyès? Entre los bruselenses, a quienes impresiona, cuando pasa junto a ellos, con su gravedad y tristeza, ¿cuántos podrían decir en qué ha empleado su vida? ¿No fué en su casa donde, cierto día, un buen burgués brabanzón permaneció como en éxtasis ante un hermoso ejemplar de la célebre estampa que representaba el *Juramento del juego de pelota?* Después de haberla contemplado durante largo rato, no pudo menos que preguntar el visitante: «¿Qué es esto?» «Esto—respondió el anciano revolucionario, con renaciente orgullo—, esto es el *juego de pelota...*» El otro continuó mirando el grabado, con profundo recogimiento; después, volviéndose, añadió con un suspiro: «Hay que reconocer que esta pasión por el juego de pelota es algo espantoso... Mire, si no, estas caras: ¿no parece toda esta gente una banda de alienados? Estos tres que se abrazan no parecen descontentos de su jornada; pero este otro—señalando a Mirabeau—,

este que aprieta los puños como si fuera a caer en una convulsión..., apostaría a que lo ha perdido todo...»

Sieyès fué uno de los proscritos más felices. Aún pudo ver de nuevo a Francia, cuyas puertas le volvió a abrir la revolución de 1830. Murió en París, en 1836, a la edad de ochenta y ocho años.



ÍNDICE DE LÁMINAS

ÍNDICE DE MATERIAS

ESTE LIBRO ACABÓ DE IMPRIMIRSE
EL DÍA 25 DE NOVIEMBRE DE 1945
EN LOS TALLERES «ALDUS»,
DE MADRID.